Frances Trollope

COSTUMBRES FAMILIARES DE LOS NORTEAMERICANOS

CLÁSICOS DE HISTORIA 522

FRANCES TROLLOPE

COSTUMBRES FAMILIARES DE LOS NORTEAMERICANOS

Domestic Manners of the Americans
Whittaker, Treacher & Co.
London 1832
https://books.google.es/books?id=vn5CAAAAcAAJ&hl=es

Traducción y notas de Juan Florán
Librería de Lecointe
París 1835
https://books.google.es/books?id=1LoTAAAAYAAJ&hl=es

Revisión y notas de José Javier Martínez

«Me dicen que como no hable de gobierno, ni de religión, ni de política, ni de moral, ni de empleados, ni de ópera, ni de persona alguna que sea algo en este mundo, puedo imprimir libremente cuanto quiera.»

El casamiento de Fígaro, comedia de Beaumarchais.

CLÁSICOS DE HISTORIA 522

ÍNDICE

APÉNDICE

Advertencia del traductor

Aunque bien puede un traductor ser mero intérprete de opiniones que tal vez desapruebe, no por eso deja el público de atribuir a cuantos bajo las formas de otra lengua reproducen una obra, cierta participación de las ideas de su autor. De ahí nace la responsabilidad de principios que expone al autor y al traductor a la misma censura, y de ahí también el esmero con que muchos se recatan de emprender, o a lo menos, de publicar con su nombre la traducción de un libro que temerían reconocer como propio. Semejante preocupación no carece de fundamento; suele empero degenerar en absurdo por la falsa aplicación que hace de ella la malicia, y entonces sirve de axioma para sostener acusaciones severas, que traspasan los lindes de la crítica literaria.

El traductor de las *Costumbres familiares de los norteamericanos* no esquiva en este libro, como tampoco en los que anteriormente ha publicado, la parte de responsabilidad que en justicia le alcance; pero no cree racional que se le haga cargo de opiniones que no son suyas, y que no podría adoptar sin una culpable apostasía. En efecto, al presentar la versión de los hechos, anécdotas, observaciones, consecuencias, en una palabra, de todo lo que forma la materialidad de la obra de Mistress Trollope, el traductor se reserva su juicio. En cuanto a la complicidad de que se le acusará por la imitación de las burlas y exageraciones que se encontrarán en sus páginas, nada se dirá que merezca o necesite respuesta: la obra es útil y provechosa, y era menester conservar, en lo que posible fuese, parte de la gracia, chiste, agudeza y movimiento que tan agradablemente sazonan el original inglés.

Prescindiendo de la justicia o parcialidad, y de la exactitud o exageración de la autora, nadie negará que en una época en que los Estados Unidos son para unos el pueblo modelo, y para otros el escarmiento vivo de cierto orden de ideas, la colección de observaciones de una señora de talento y de una sociedad opuesta a la de los republicanos de ultramar, sea una obra de muchísima importancia. El objeto de Mistress Trollope es provocar el examen, despertando el interés que da en nuestros días a las cuestiones políticas la historia americana; el del traductor es inspirar ese interés a los lectores a quienes dedica su trabajo, para excitar la curiosidad que merece una sociedad nueva, rica, poderosa, pero que en su opinión dista mucho de lo que puede y debe ser la sociedad a que pertenecen.

Si la prosperidad pública se alcanzara copiando las instituciones de los pueblos felices, bastaría imitar las formas y algunas de las leyes de una nación feliz, para llegar al mismo grado de opulencia y de fuerza; mas las formas políticas afianzan, no producen el bienestar, y sólo pueden ser útiles cuando se hallan en armonía con las ideas, y cuando satisfacen las necesidades del país a que se aplican. Los progresos que con tan admirable rapidez han hecho los Estados Unidos de la América del Norte en la carrera de la independencia y de la libertad, son sin duda estímulos irresistibles para lanzarse en pos de sus huellas; sin embargo ¿deberían prometerse nuestros pueblos iguales ventajas, siguiendo la misma senda? ¿Pueden trasplantarse a nuestro suelo las costumbres de aquel país? ¿Conservarían aquellas leyes su eficacia, sin fundarse en las mismas costumbres? ¿Son nuestras costumbres susceptibles de reformas que las aproximen a las de aquella sociedad?

He ahí las grandes cuestiones que se agitan hoy en todas partes, cuestiones que no pueden resolverse sin estudiar la vida interior de los dos pueblos que sirven de puntos principales de comparación en los debates. La traducción que se presenta al público no puede dejar de contribuir a ilustrar a los partidarios de las ideas transatlánticas, y a los que las combaten de buena fe y con intenciones patrióticas. El traductor cree que su trabajo reúne dos circunstancias que lo harán recibir con benevolencia: la una es la oportunidad; la otra, la instrucción que tanto necesitan las nuevas repúblicas americanas y la antigua y desgraciada metrópoli española.

La obra de Mistress Trollope es el complemento de la historia de los Estados Unidos. Los historiadores presentan los pueblos en la plaza pública; los viajeros en el rincón de sus hogares: la historia es el portal y el salón; los libros de los observadores la alcoba y la cocina. Pero unos y otros están sujetos a las mismas flaquezas, y los que se creen filósofos no son menos parciales que los que se llaman cronistas. Es pues necesario leer con prevención y reflexionar con madurez, si bien no se necesita este consejo cuando la censura, desde el alemán Furstenwarther y el inglés Fearon hasta el capitán Hall y Mistress Trollope, ha encontrado con un ejército de apologistas que, unas veces con talento y otras con entusiasmo, han neutralizado sus efectos. El hecho es que hoy está la cuestión como estaba hace veinte años. Y lo que parece más singular es sin duda que todos tienen razón; porque cada uno ha copiado la estatua por su lado, y aunque la espalda no se asemeja al frente, los traslados son más que fieles, son exactos.

Los ingleses, sin embargo, debieran ser más cautos en las críticas que hacen de un país, el cual aun conserva un aire de familia que nadie dejará de notar. ¿Quién no reconoce en alguno de los cuadros de los traficantes del Kentucky[1] la semejanza de los labradores de tierra de York[2] o de Lancaster en Inglaterra? Y ¿qué viajero no podría bosquejar un cuadro tristísimo de la Inglaterra por esas muestras del país? En él hallarían cabida además los modales rudos y bárbaras costumbres de las clases ínfimas, la extrema opresión de las criaturas en varias fábricas, el estado de miseria en que viven los pobres jornaleros, la violación de lo más santo, la mentira, el perjurio, resultado de las leyes de aduanas, y los asesinatos con circunstancias horribles, efectos de su código criminal; la leva para la marina, la venalidad de los representantes del pueblo, y otras mil lindezas de igual calaña.

Verdad es que tal retablo de miserias y crímenes sería incompleto, porque en él no se vería la finura y delicadeza de la buena sociedad inglesa, el arreglo, la comodidad, la limpieza, y demás circunstancias que hacen del interior de la vida inglesa un dechado de buenas costumbres y de maneras agradables, los numerosos establecimientos de beneficencia, el patriotismo y desinterés de muchos nobles que consagran su tiempo y sus riquezas al estudio, para fomentar la prosperidad nacional y las mejoras humanas; en fin, tanto bueno, tanto admirable como ofrece a la contemplación del extranjero, esa pequeña isla donde en medio de los vicios que la infestan, han hallado asilo y aun carta de ciudadanía el saber, el honor y las virtudes.

La obra que con el título de *Costumbres familiares de los norteamericanos* sale al público, no contradice en nada los elogios que merecen los Estados Unidos. Ese pueblo es una nación sin infancia, que en el corto intervalo de medio siglo ha adquirido la pujanza y lozanía del período viril de la sociedad: nación que ha unido el Océano Atlántico y la mar del Canadá; cuyos buques trafican en todos los puertos, y cruzan todas las aguas, y cuyos pescadores penetran hasta la Mar Glacial: nación que cuenta hasta ochocientos periódicos, tercio casi de los que se publican en todo el mundo, y que ha producido a Franklin que arrebató el rayo al cielo, y a Fulton que ha dado movimiento al universo.

Las *Costumbres familiares de los norteamericanos* contribuirán a rectificar el juicio que de ellos se haya formado el lector, y si esta obra no hace bien, tal vez servirá de remedio contra el mal, que sin ella haría mayores estragos en ambos mundos.

El traductor nada dirá sobre el desempeño del trabajo que exclusivamente le pertenece: su principal cuidado ha sido el de escribir en español, en un tiempo en que la lengua más rica, sonora y majestuosa de las lenguas vivas, va degenerando en una jerigonza ridícula. ¿Ha logrado el fin de su trabajo? A más de uno conoce que dirá: «No»; pero en semejantes disidencias sólo tiene fuerza de sentencia la opinión del público.

Entre los infinitos lunares y acaso manchas que la crítica descubrirá con sus ojos de zahorí, colocará tal vez el empeño decidido con que el traductor ha puesto en español todos los nombres

1 *Quentuquí* en la traducción de Juan Florán. Véase la nota 3.

2 *Yorc* en la traducción de Juan Florán.

geográficos que el uso universal no ha sancionado. Ni la índole ni la pronunciación de la lengua permiten que se diga *Cincinnati* por Los-Cincinnati, *Louis-Ville* por Villa-Luis, ni *Natchez-Town* por la Puebla de los Natchez.[3] El que se hubiera aventurado a servirse de tales nombres en los tiempos felices de la lengua, habría sido severamente criticado; ahora lo será sin duda el traductor de Mistress Trollope por varios escritores que darán a su intención los nombres que más lejos está de merecer. Mas ¿qué importa? En la literatura como en la política es menester resignarse a llevar con paciencia los disgustos que necesariamente acarrea la profesión de un credo literario. Quizás tengan razón los censores. ¡Ojalá fuera esta traducción una obra más digna de la crítica! Mayores serían entonces las ventajas que de sus observaciones y aun de sus invectivas sacaría el traductor: porque si bien se lastima su corazón de que en cuestiones literarias se mezclen pasiones mezquinas y fines vergonzosos, siempre hay algo en esas mismas animosidades que justifica nuestro viejo refrán: «Del enemigo el consejo.»

J. F.

---

3 En esta edición digital corregiremos, aunque no sistemáticamente, este uso del traductor, restituyendo los topónimos y otros términos originales actualmente usuales, en lugar de los que él acuña y propone, que ocasionalmente incluiremos en nota. También actualizaremos la ortografía y algunos otros extremos en relación con sus particulares preferencias de vocabulario.

El joven Juan Antonio de Padua Florán (1801-1862) salió de España tras el restablecimiento del absolutismo en 1823. Viajó por Marruecos y se estableció en Londres como emigrado liberal en 1825, y más tarde en París. Fue prolífico poeta en español, inglés y francés, aunque sólo publicó ocasionalmente sus versos en la abundante prensa de la época. Subsistió con múltiples colaboraciones en periódicos y revistas francesas, principalmente sobre la literatura española, interpretada desde el romanticismo en boga, y con numerosas traducciones del inglés al francés y al español. En este campo, sus mayores éxitos fueron la traducción al francés de *The Adventures of a Younger Son*, de Edward John Trelawny, y la obra que comunicamos, vertida al español. Posiblemente regresó a España en 1838, donde prosiguió sus tareas literarias, como periodista y editor, y así mismo políticas. Utilizará el título familiar de marqués de Tabuérniga (que sólo será reconocido en 1857), y será elegido diputado en varias ocasiones. También fue nombrado por un tiempo cónsul en Londres. La presente información ha sido extraída de *Últimos datos bio-bibliográficos sobre Juan Florán, marqués de Tabuérniga*, por Alfonso Saura.

Prefacio de la autora

Al ofrecer al público estos volúmenes sobre la América del Norte, quisiera quien los ha escrito que se mirasen más bien como un esfuerzo para excitar de nuevo la atención en un asunto importantísimo, que como una obra destinada a comunicar una instrucción completa sobre aquella región.

Mucho se ha escrito ya acerca del grande experimento, como lo llaman, que se hace en materia de gobierno al otro lado del Atlántico, pero mucho queda todavía que decir de las modificaciones producidas por el sistema político del país en los principios, en las inclinaciones y en los modales de la vida doméstica.

La autora de las siguientes páginas ha procurado suplir en cierto modo esa falta reuniendo cuidadosamente las observaciones que ha tenido oportunidad de hacer durante una residencia de tres años y medio en diferentes partes de los Estados Unidos del Norte.

A plumas de mayor habilidad deja el empeño más ambicioso de discutir sobre la forma democrática del gobierno americano, mientras, describiendo fielmente el aspecto diario de la vida común, ha tratado de demostrar cuán superior es la ventaja del gobierno de pocos a la del gobierno de muchos. El objeto principal que la autora ha tenido a la mira, es animar a sus compatriotas a adherirse más y más a una constitución que les afianza todos los bienes que fluyen de costumbres formadas y de sólidos principios. Si se desvían de aquellas y abandonan éstos, caerán en el tremendo riesgo de perder su reposo, abriendo las puertas al tumulto, a la discordia y a la degradación universal, consecuencias invariables del sistema feroz que pone todo el poder del estado en manos del populacho.

Los Estados Unidos de la América del Norte contienen una variedad considerable de objetos interesantes en los más de los ramos de las ciencias naturales, y además muchas cosas nuevas, bastante hermosas y algunas estupendas. Sin embargo como lo que sobre todo reclama la atención de un investigador filósofo es la condición religiosa y moral del pueblo, la autora creerá logrado el fin de su obra, si tiene la fortuna de suscitar en este asunto un interés más general.

Harrow, marzo de 1832.

I.
Entrada del Misisipi. La Baliza.

El día 4 de noviembre de 1827 me hice a la vela en Londres acompañada de mi hijo y dos hijas, y al cabo de una navegación favorable aunque algo cansada, llegamos el de navidad a la embocadura del Misisipí.

La primera señal que nos anunció la proximidad de la tierra fue la presencia de este caudaloso río, que con el cieno de sus inmensas aguas enturbia las azules y cristalinas ondas del Golfo Mejicano. Sus orillas son tan bajas que ninguno de los objetos que las cubren, se alcanza a ver desde la mar, pero contemplábamos con gusto el océano de fango que nos salía al encuentro, porque nos advertía que ya nos acercábamos al puerto; sin embargo no pasamos sin un sentimiento como de pesadumbre del campo azul y transparente cuyo aspecto variado había sido el principal recreo de nuestro viaje, a la corriente impura que entonces nos recibía.

Sobre las grandes islas de cieno que dominan la línea de las aguas, vimos posar numerosas bandadas de pelícanos, y un piloto salió a dirigir nuestro rumbo en medio de aquellos bancos, mucho antes de que apareciera ningún otro indicio de tierra.

Yo nunca he visto escena tan completa de desolación como la que presenta la entrada del Misisipí. Si el Dante la hubiera podido contemplar, de ella habría sacado imágenes de horror para otro Infierno. El único objeto que se percibe en la confluencia de las aguas es el mástil de una embarcación que zozobró mucho tiempo ha queriendo pasar la barra, y que aun está en pie como testigo melancólico de las desgracias que han sucedido y préságo fatal de las que han de suceder.

Poco a poco se fueron descubriendo juncos de un tamaño enorme, y habiendo atravesado unas cuantas millas más de fango, nos encontramos a la vista de un pelotón de chozas que llaman la Baliza, y que es el asilo más miserable que yo he visto servir al hombre de habitación; con todo me dijeron que allí vivían muchas familias de pilotos y de pescadores.

En algunas leguas no presenta el Misisipí desde su boca otros objetos más interesantes que bancos de cieno, juncos monstruosos y de cuando en cuando un tremendo cocodrilo que se deleita en el fango. Otra de las circunstancias que más contribuyen a dar un semblante tan lúgubre a esta escena, es la multitud de troncos que bajan sin cesar impelidos por la corriente hacia los diferentes desaguaderos del río. Se ven flotar, a veces con sus ramas y más frecuentemente con todas sus raíces, árboles colosales, víctimas de los continuos huracanes. Cuando varios de estos árboles se enganchan unos con otros y recogen en su centro todos los despojos de las selvas, parecen islas flotantes transportando un bosque entero que insulta al cielo con sus raíces, mientras por vengarse azota la corriente con sus desnudas ramas: al acercarse a la embarcación y pasando con la velocidad que van, estas masas más que otra cosa parecen fragmentos de las ruinas de algún mundo.

Sin embargo, al paso que nos íbamos internando, iban también reanimándonos, a pesar de la estación, las brillantes tintas de la vegetación meridional. Las orillas del río son siempre bajas, pero las caserías de los colonos o plantadores, aquí un edificio solitario, allí una habitación, rodeada de cañaverales y de chozas de negros, varían el cuadro, aunque en ninguna parte hay una pulgada de terreno que ofrezca a la vista lo que llaman los pintores un segundo punto; además la tierra está protegida contra las inundaciones por un malecón o gran calzada, a que conservan todavía el nombre francés de *la Levée*, sin la cual desaparecerían pronto las habitaciones, pues el nivel del río es sin duda más alto que el de sus riberas: esta muralla tiene ciento veinte millas desde la Baliza a Nueva Orleans y se prolonga otras ciento más arriba de la ciudad. Cuando llegamos había habido frecuentes y continuadas lluvias, y esto daba a este «gran rasgo natural» el aspecto más anti-natural que cualquiera puede imaginarse, haciendo conocer no sólo que el hombre había puesto allí su

mano, sino que aun las obras más poderosas de la naturaleza tal vez han sido hechas para llevar su marca: esta reflexión me trajo a la memoria el pensamiento heroico-burlesco de Swift.

«Debe al arte ceder Naturaleza.»

Con todo parecía la naturaleza tan fuerte, tan indómita al mismo tiempo, que me fue imposible el dejar de prever que un día tomaría otra vez la materia en sus propias manos, y entonces ¡adiós, Nueva Orleans!

Es fácil imaginarse la falta absoluta de belleza de esta perspectiva, y sin embargo la forma, el color de los árboles y de las plantas, tan nuevo todo para nosotros, y la larga privación que habíamos tenido que sufrir de toda vista, de todo sonido de tierra, eran circunstancias que debían hacernos agradables hasta aquellas pantanosas riberas. No obstante deseábamos con impaciencia tocar y ver la tierra; pero la navegación de la Baliza a Nueva Orleans es difícil y pesada, y los días que gastamos en ella nos parecieron más largos que cualquiera de los que habíamos pasado a bordo.

A la verdad los que hallan un placer en la contemplación de los fenómenos de la naturaleza pueden soportar sin fastidiarse una navegación de muchas semanas. Acaso pensarán algunos que el océano y el cielo no tienen más que ver que lo que muestran a la primera ojeada, y aun que esta ojeada puede inspirar ideas más de monotonía y aridez que de hermosura y sublimidad; en cuanto a mí su variedad me parece infinita como su belleza eterna. Muy rara vez se describen con buen éxito aun las escenas en que los objetos son prominentes y palpables, vana pues debe ser cuanta tentativa se haga para pintar aquellas en que el efecto es tan sutil y tan inconstante; éstas sin embargo producen tal vez una impresión más honda que las otras. A mí me parece posible el olvidar la sensación que me causó la vista del gigantesco Misisipí y las emociones con que he contemplado su majestuosa corriente; el Ohio, el Potomac se pueden confundir en mi memoria con otros ríos; puede costarme trabajo el recordar el contorno azul de los montes Allegheny[4]; pero mientras haya en mí la fuerza de un recuerdo, nunca podré olvidar la primera y la última hora del día sobre las olas del Atlántico.

Mas el océano y sus inefables encantos habían desaparecido; ya empezamos a notar que el paseo del alcázar se asemejaba mucho al ejercicio de un mulo de noria; que nuestros libros habían perdido la mitad de las hojas y que sabíamos de memoria las que les quedaban; que la carne estaba demasiado salada y la galleta muy dura; en una palabra, que después de haber estudiado nuestro buen buque *Edward* de la popa a la proa, hasta saber el nombre de todas las velas y el uso de cada roldana, ya lo habíamos disfrutado bastante, y cuando por la última vez nos acostamos cabeza con cabeza en nuestras estrechísimas camas, exclamé con no poca alegría:

«Frescos campos mañana y pastos nuevos.»[5]

---

4 *Aleghanies* en la traducción de Juan Florán.

5 Poco o nada se asemejan la descripción que el señor vizconde de Chateaubriand ha dado del Misisipí y la que Mistress Trollope hace del mismo río en su obra. La crítica no ha dejado de atribuir a la parcialidad inglesa la falta de entusiasmo de esta señora; pero en mi sentir es más fácil y mucho menos alambicado el juicio de los que explican la diferencia de las dos descripciones por medio de la diferencia de circunstancias de la viajera inglesa y del poeta francés. Mistress Trollope entró en el Misisipí tal vez sin la intención de publicar las impresiones que le causaba la vista de tantos, y para una europea, tan nuevos objetos como le salían al encuentro; M. de Chateaubriand saludó al *Padre de las Aguas*, como un poeta que buscaba al hombre de la naturaleza, para escribir su epopeya; la señora inglesa se contenta con los placeres de la sociedad, y juzga el mundo por ella; el ilustre autor del *Genio del Cristianismo* se deleita con las obras de la naturaleza, y piensa que sólo se disfruta de sus encantos en el desierto. Para el cantor de *Chactas*, un árbol derribado por el huracán es un manantial de emociones lúgubres y sentimentales; para la autora de las *Costumbres Americanas*, un árbol caído es un asiento, donde se puede descansar, y desde donde puede contemplarse un hermoso paisaje poblado de quintas y jardines. M. de Chateaubriand se extasía recordando las islas flotantes que pasaban por junto a su canoa; y Mistress Trollope se asusta todavía, cuando refiere los peligros a que se creyó expuesta tanto en el *Eduardo* como en los vapores, al ver aquellas masas de troncos unidos con lianas y afianzados con el cieno de las aguas. Lo sombrío del cuadro fue su sublimidad para el peregrino francés; la falta de matices alegres, de emociones de vida, de un aspecto claro, y de orillas más pintorescas para tan magnífico río, bastó para que la viajera inglesa no viese el Misisipí con los mismos

II.
Nueva Orleans. Sociedad. Criollos y cuarterones. Viaje subiendo el Misisipí.

Al pisar por primera vez el suelo de una nueva tierra, de un nuevo continente, de un nuevo mundo, es imposible resistir a una conmoción vivísima y al interés profundo que inspiran casi todos los objetos que nos salen al encuentro. Nueva Orleans tiene muy poco que pueda satisfacer a una persona de gusto, pero un europeo recién llegado puede observar muchas cosas nuevas y curiosas. La multitud desproporcionada de negros que andan por las calles, porque ellos son los que hacen todo el trabajo, la gracia y la hermosura de las elegantes cuarteronas, tal cual grupo de indios salvajes y de aspecto feroz, la escasez de vegetación, el grande turbio río, con su playa hundida y cenagosa, todo contribuye a variar esa especie de diversión que nace de mirar lo que nunca hemos visto.

La ciudad tiene mucha semejanza con las ciudades de provincia de Francia, y es en efecto una antigua colonia francesa tomada a los españoles por esta nación[6]. Los nombres de las calles son franceses, y la lengua de que se sirven es indiferentemente o la francesa o la inglesa. La plaza del mercado es hermosa y está bien surtida, viniendo todo por el río. Nos agradó mucho el canto con que los barqueros negros compasan y entretienen el tiempo de sus faenas: su música consiste en pocas notas, pero son dulcemente armoniosas, y la voz del negro es casi siempre llena y sonora.

Las horas que pasaba más agradablemente en Nueva Orleans eran las que iba con mi familia a explorar el bosque inmediato a la ciudad. Éste era nuestro primer paseo en «las eternas selvas del mundo occidental», y nuestra imaginación se elevaba a lo sublime de la poesía como nuestro corazón a lo patético del sentimiento. Los árboles, generalmente hablando, están demasiado juntos para crecer con robustez, y además impide su desarrollo frecuentemente una planta parásita, a que no he oído dar más nombre que el de *spanish moss* (musgo hispánico). Esta planta se deja caer graciosamente por toda la copa y da la forma de sauces llorones a los árboles que engalana y consume. La belleza principal de las selvas de aquella región consiste en la lozanía del palmito, que es sin duda la planta de más suave color y de más gentileza que yo conozca. El *paupau*[7] es también un bello arbusto y se multiplica con abundancia. Allí vimos por la primera vez la parra silvestre que después encontramos en las demás partes de América, y con tanta profusión que naturalmente se nos ocurría la idea de que los habitantes del país deben añadir el vino a los productos numerosos de

---

ojos que lo ven los más de los viajeros. A pesar de todo, Mistress Trollope no puede negar que el Misisipí es un río principal entre los principales de la América del Norte y grande entre los grandes del mundo. (Nota de Juan Florán, el traductor.)

6 Mistress Trollope dice que la Nueva Orleans es una colonia tomada a los españoles por la Francia. Sin duda lo ha escrito esa señora por distracción. La Nueva Orleans nunca ha sido tomada a los españoles por los franceses. Su territorio estaba antes comprendido en el de las Floridas, y había sido descubierto en 1520 por los españoles que lo abandonaron a causa de su esterilidad y clima enfermizo. D'Herville, famoso marino francés, muerto enfrente de la Habana en 1702, entró por mar en el Misisipí y tomó posesión de una corta extensión del territorio abandonado que desde entonces perteneció a la Francia. La colonia no prosperó, y cuando Crozat alcanzó el privilegio del comercio exclusivo de aquella región, apenas se contaban veinte y ocho familias en el establecimiento de la Luisiana. Law compró el privilegio de Crozat, formó una compañía para promover el fomento de la colonia, y llamó la futura capital Nueva Orleans en honor del duque de Orleans, regente entonces de Francia, y su protector declarado. En 1720, proyectaron los españoles la funesta expedición contra los misuris, en que todos los que la formaban perecieron, menos el capellán. Por el tratado de 1763, quedó asegurada la posesión de la parte oriental del río a los ingleses, y la de la occidental a los españoles; pero habiendo cedido estos su parte voluntariamente y como un testimonio de amistad a la Francia, en 1802, Bonaparte, primer cónsul de la república francesa, la vendió a los norteamericanos por 35 millones de francos o 7 millones de dólares. (Nota de Juan Florán, el traductor.)

7 Es el chirimoyo de la Florida (Asimina triloba Dun.), también llamado pawpaw o banano de montaña.

su fecundo suelo. Por todos lados serpentean sus sarmientos, se encaraman y vuelven a bajar enlazándose fuertemente y tejiendo seguros y cómodos columpios, a cuya terrible tentación no pudieron resistir algunas personas de nuestra reunión, a pesar de las sublimes emociones que acabo de mencionar.

Aunque ya estaba mediado el invierno cuando llegamos a Nueva Orleans, hacia un calor mucho más que agradable, y los mosquitos nos perseguían con la misma pesadez y acaso la misma furia que en el verano; mas creo que aun cuando hubiéramos podido, no nos hubiéramos negado a sufrirlos algún tiempo, con tal de ver las naranjas en el árbol, y en las matas los guisantes verdes y los pimientos colorados que crecían y se sazonaban al aire libre en navidad. En una de nuestras correrías nos aventuramos a entrar en un jardín cuya cerca de naranjos brillantes con sus globos de oro nos llamó la atención; allí vimos guisantes maduros y una hermosa cosecha de pimientos encarnados que se curaban al sol. Una negra bastante joven estaba trabajando en el portal de la casa; su condición de esclava nos la presentó como un objeto de lástima: era la primera esclava a quien hubiéramos hablado, y toda la dulzura del mundo nos parecía poca para dirigirle la palabra. ¡Qué lejos estaba la pobre muchacha de figurarse la simpatía que su suerte excitaba en nuestro corazón! Sus respuestas eran corteses, su tono jovial, y aun se reía al vernos extrañar como cosa rara los pimientos colorados, mientras yo estaba asustada, temiendo que un ama insensible le riñera por habernos dado unos cuantos. ¡En qué sandeces nos hace caer la ignorancia! ¡Y qué ignorantísimos somos en todo lo que no conocemos sino por tradición!

Yo había salido de Inglaterra con sentimientos tan contrarios a la esclavitud que no podía ver sin dolor sus víctimas. A la vista de cada negro, hombre, mujer o niño que pasaba, urdía yo allá en mi imaginación una novela lastimosa y se la aplicaba, condoliéndome de mi propio romance, como si en efecto no hubiera podido dejar de ser su verdadera historia. Instruida después por la experiencia sobre este punto y conociendo mejor la situación real de los esclavos del norte de América, me he burlado yo misma muchas veces de lo que entonces padecía.

El primer síntoma de igualdad americana de que me apercibí, fue la etiqueta con que me presentaron a una modista; y no me presentaron a ella en una casa de posada como a una «miss C***» cualquiera, ni en la calle bajo el velo de un tren elegante, sino en su propio santuario, detrás de su mostrador, dando leyes a la cinta y al alambre, e infundiendo vida en gorras y sombreros. Miss C*** era inglesa y mujer, según me dijeron, y lo creo, de gran talento y de mucha instrucción. En sus modales fáciles y graciosos dominaba cierto aire a la francesa; la dulzura, con que sus hermosos ojos y su voz suave dirigían los movimientos de una esclavilla que le servía, cautivaba el alma, en fin su manera de hablar en francés de modas con sus parroquianas y en inglés de metafísica con sus amigos era tan natural, tan sencilla, que la hacia superior a aquellas y a éstos.

En su casa vi a la hija de un juez que gozaba de una reputación eminente de saber jurídico y literario, y en varias partes me aseguraron, después de haber salido de Nueva Orleans, que todas las personas de capacidad tenían en el más alto aprecio el trato de esta señora. Sin embargo faltaría gravemente a la exactitud de los hechos, si, contentándome a fuer de viajera con semejantes observaciones, señalara como singularidad nacional o estilo republicano el que las modistas den la norma en los mejores círculos de la sociedad americana. Yo no he visto más que un ejemplo, pero puede contarse entre los infinitos que prueban la impresión que cualquiera circunstancia causa al entrar en un país desconocido, y la propensión irresistible de notar de costumbres propias y ordinarias de sus habitantes todas las cosas, por accidentales que sean. No obstante, si tales anomalías son raras en los Estados Unidos, en el resto del mundo son casi imposibles.

En la tienda de miss C*** conocí a Mr. Mac Clure[8], personaje venerable de bella presencia, que llovía axiomas por minutos como: «No hay más diablo que la ignorancia; el hombre labra su existencia», y otros refranes de igual calaña. Este profundísimo varón pertenecía a la escuela de

8 William Maclure (1763-1840) científico (especialmente geólogo), pedagogo y reformador social norteamericano de origen escocés.

New Harmony[9], o por mejor decir la escuela de New Harmony le pertenecía a él. Era (creo que escocés) hombre de buen caudal, y después de haber pasado una vida algo alegre, «había concebido altos pensamientos como le gustaban a Licurgo, el cual mandaba azotar a los muchachos de Lacedemonia», y se había resuelto a mejorar la especie humana y a inmortalizar su nombre, fundando una escuela filosófica en New Harmony. Le había chocado no sé qué de las vanas teorías de nivelación de Mr. Owen y parece, a lo que yo alcanzo, que trataba de apoyar sus planes en el experimento de una escuela, enseñando en ella a la juventud ideas de cuanto él podía embutir en el orden y la forma de sus paralelógramos. El venerable filósofo, como todos los de su escuela de que yo haya oído hablar, quería más bien inventar nuevos sistemas de soñada perfección que poner en práctica los ya inventados. Había comprado con mucha liberalidad y llevado al desierto una colección magnífica de libros y de instrumentos científicos; pero no habiendo hallado entre los hombres uno solo de miras tan extensas y generosas como las suyas, tuvo que asociarse con una mujer[10], a fin de poner en movimiento la máquina que había organizado. Como sus relaciones con esta señora venían de muy lejos y eran, según decían, de mucha intimidad, estaba seguro de que bajo su férula no se cometería la más leve infracción. Los dos habían de formar un solo individuo; él debía dirigir las facultades del alma y quererlo todo, ella debía ejercer las funciones del cuerpo y hacerlo todo.

El golpe principal del proyecto era que los gastos para sostener el establecimiento (pues Mr. Mac Clure había costeado generosamente los de la fundación[11]) se hubiesen de sacar del producto de los trabajos en que los pupilos de ambos sexos debían emplear ciertas horas del día, alternando las fatigas mecánicas y corporales con el estudio mental y las investigaciones científicas. Pero desgraciadamente el alma del sistema vio que el clima de la Indiana no convenía a su naturaleza y tomó el vuelo para Méjico, dejando que el cuerpo hiciese las operaciones de ambos como mejor le pareciera; el cuerpo, que era cuerpo francés, echó por su parte manos a la obra con la mayor actividad, sin molestar al alma para ello, y no tardando en convencerse de que cuanto mas simple es una máquina, tanto más perfectas son sus operaciones, se desembarazó de toda la parte intelectual del negocio (que, para hacer justicia a la pobrecilla alma, ocupaba su buena porción), y se dedicó con tanta felicidad como el cuerpo que mejor lo hiciera, a enriquecerse con el sudor de los infelices que habían reunido. La última vez que oí hablar de este establecimiento filosófico, me dijeron que ella y su sobrino recogían una cosecha de oro, porque muchos de sus pupilos eran de provincias remotas, y como habían sido enviados por padres indigentes para que les dieran una educación gratuita, carecían de medios con que salir del establecimiento.

Nuestra permanencia en Nueva Orleans fue tan corta que no tuvimos tiempo para introducirnos en la sociedad; pero me dijeron que se componía de dos clases, ambas celebradas por sus reuniones y fiestas elegantes. Forman la primera las familias criollas, es decir: los colonos y negociantes con sus mujeres y sus hijas: éstos se juntan entre sí, se convidan a comer entre sí, y son orgullosos y aristócratas; cada uno de sus bailes es un sarao de corte, y no hay dama en la casta que no sea más desdeñosa y exclusiva en sus pretensiones que una princesa de Europa. La segunda clase comprende a las excluidas pero amables cuarteronas y a los caballeros de la clase anterior que se pueden escapar de los altos parajes donde la sangre criolla pura se enciende en las venas, con solo la sospecha de estar cerca de alguno que tiene mezcla de color en el más remoto grado.

De todas las preocupaciones que he observado, me parece esta la más violenta y la más inveterada. Las jóvenes cuarteronas, hijas reconocidas de padres americanos o criollos, educadas con todo esmero, poseyendo los talentos que puede procurar la riqueza en Nueva Orleans, y con el decoro que inspiran el cuidado y el cariño; hermosas, gallardas, graciosísimas y amables, no son

9 *Nueva-Harmonía* en la traducción original.

10 La francesa Marie Louise Duclos Fretageot (1783-1833).

11 En realidad había sido Robert Owen (1771-1858) el que adquirió los 81 km² que constituían la ciudad y territorio de Harmony (Indiana) a por 150.000 dólares. De todos modos parece ser que William Maclure contribuyó a las finanzas del proyecto. La existencia de esta comunidad socialista fue efímera: de 1825 a 1827.

admitidas, ¡qué admitidas! ni admisibles en la sociedad de las familias criollas de la Luisiana. No se pueden casar porque ninguna ceremonia puede hacer legal u obligatorio el matrimonio con ellas; pero tal es el atractivo irresistible de sus gracias, hermosura y suavidad de modales que por desgracia siempre les toca la suerte de agradar y de ser amadas. Si las señoras criollas gozan del privilegio de ejercer el poder tremendo de repulsión, la linda cuarterona tiene la dulce mas peligrosa venganza de poseer el de atracción. Los enlaces formados con las mujeres de esta raza desventurada son por lo común, a lo que dicen, duraderos y dichosos, cuanto pueden serlo enlaces que llevan consigo cierto grado de disfavor.

Hay en la ciudad teatro inglés y teatro francés; pero hacia muy poco tiempo que habíamos salido de Europa para que despertara nuestra curiosidad ni el uno ni el otro, ni a la verdad ninguna de las demás diversiones de Nueva Orleans, así deseábamos con ansia comenzar nuestra navegación subiendo el Misisipí.

Miss Wright[12], menos conocida entonces, aunque ya había publicado más de un volumen estimable, de lo que se ha hecho después, había sido nuestra compañera de viaje desde Europa, y yo tenía intención de pasar algunos meses con ella y su hermana en la hacienda que había comprado en Tennessee[13]. Esta señora, tan celebrada después como abogada de opiniones que hacen a muchos millares estremecerse y que llenan de entusiasmo a otra porción, estaba dedicada, cuando salimos de Inglaterra, a tareas muy diversas de las que la han ocupado posteriormente. En vez de predicar en todas las ciudades y rancherías de América, trataba, como decía ella, de retirarse a vivir en los bosques más densos del mundo occidental, a fin de consagrar exclusivamente sus bienes, su tiempo y sus luces a la causa de los oprimidos negros. Quería empezar probando que la naturaleza no había puesto más diferencia entre los negros y los blancos que el color, y esperaba probarlo, dando la misma educación a una clase de niños blancos y negros. Miss Wright pensaba que, asentado este hecho de una manera irrevocable, la causa de los negros ganaría un terreno en que no se había visto jamás, y que se demostraría que el desprecio con que los miran las naciones civilizadas es una injusticia bárbara.

La cuestión de la igualdad o desigualdad intelectual entre nuestra raza y la de los negros, es de un interés grande y todavía no se ha ventilado bien: yo esperaba tanto por mis hijos como por mí que visitando su establecimiento y observando los resultados de su ensayo, lograríamos instruirnos con placer sobre este punto.

Los innumerables barcos de vapor que son las diligencias y carretas de este país de lagos y ríos, en nada se parecen a los de Europa, a los cuales llevan grandísimas ventajas. Los baños flotantes de París, llamados *les bains Vigier*, son las únicas construcciones que me parece tengan alguna semejanza con ellos. La cámara a que pertenece la doble línea de ventanas, es una sala hermosísima. A cada ventana corresponde un bonito camarote arreglado de manera que la colgadura se repliega y ofrece la forma de una cortina de balcón. Esta cámara se llama la de los «señores» y los señores sostienen su derecho exclusivo a ella con algo de grosería: allí se sirven el almuerzo, la comida y la cena, permitiendo a las señoras que hagan allí también sus comidas.

El primer día de enero de 1828 nos embarcamos en el *Belvedere*, buque grande y hermoso, aunque no de los más grandes ni de los más hermosos que fondeaban en los diques; pero debía arribar a Memphis[14], punto del río más cercano a la residencia de Miss Wright, y era el primero que partía, después de habernos despachado la aduana. La estancia destinada al uso de las damas nos pareció muy triste, porque sus únicas ventanas estaban debajo de la galería de la popa. La cámara de

12 Frances Wright (1795-1852), escocesa de origen, que emigró a Estados Unidos en 1818; fue escritora, activista social y abolicionista. Entre sus obras podemos citar *Views on Society and Manners in America* (1821) y *A Plan for the Gradual Abolition of Slavery in the United States* (1825).

13 *Tenesi* en la traducción.

14 *Menfis* en la traducción. En este caso se podría considerar preferible, ya que al fundarse la ciudad en 1819 se le quiso dar el nombre de la antigua capital del Bajo Egipto, a la que tradicionalmente se denomina así en español.

las señoras y la de los caballeros estaban perfectamente amuebladas, y esta bien entapizada; pero ¡ay qué tapiz! imposible me seria, aunque quisiera, describir el lamentable estado del tal tapiz; necesitaba la pluma de Cervantes[15], para salir airosa de mi empeño. Que ninguno de los que deseen formar una opinión favorable de los estilos americanos, empiece sus viajes en los barcos de vapor del Misisipí; en cuanto a mí confieso con toda sinceridad que quisiera más bien alojarme en una pocilga bien acondicionada que emparedarme en semejantes camarotes.

Apenas tengo idea de cosa que tanto repugne a los hábitos de un inglés como el eterno escupir de los americanos y el poco reparo con que lo hacen. Bien sé que debo disculparme con mis lectores del uso repetido de ésta y otras palabras repugnantes, pero no podría evitarlas sin que padeciese la fidelidad de la descripción. Acaso es ir demasiado lejos el generalizar en tales frases la voz de *americanos*. Los Estados Unidos se extienden por un continente dividido entre distintas naciones y debo advertir que ahora y siempre no hablo sino de los que yo misma he visto. En mis conversaciones con los americanos he observado constantemente que cuando aludía a cualquier cosa que consideraba como extraña, no dejaban de asegurarme que era local y no nacional, mera excepción y no regla, singularidad accidental de una pequeñísima parte, pero de ningún modo muestra de los usos del país. «Eso es porque conocéis todavía muy poco la América», es frase que he oído mil veces y en casi otros tantos lugares diferentes. *Puede ser*; y ya concedido esto, protestaré contra todo cargo de injusticia en la relación de lo que yo he visto.

15 Es, naturalmente, una sustitución del traductor. La autora se refiere a Jonathan Swift.

III.
Pasajeros del barco de vapor. Vistas del Misisipi. Cocodrilos. Llegada a Memphis. Nashoba.

El tiempo estaba claro y templado; así la guardia del vapor, como llaman en el país la galería exterior que da vuelta a los camarotes, nos pareció un sitio muy agradable, y como todos nuestros compañeros de viaje le dimos la preferencia. Allí nos sentábamos durante el día, y algunas noches, para gozar de la luna clara y refulgente del cielo americano, nos quedábamos nosotras solas abrigadas con nuestros chales, mucho después de haberse recogido los demás pasajeros. Llevábamos a bordo un cargamento de ellos completo. La cubierta estaba como de costumbre ocupada por los barqueros del Kentucky que volvían de Nueva Orleans, habiendo vendido barcas y mercancías, las cuales conducen allá sin más trabajo que el de seguir la corriente, andando a cuatro millas por hora. Habría sobre unos doscientos kentuckianos[16] a bordo, mas la parte del buque en donde van está separada de los camarotes, de suerte que no los veíamos sino cuando nos parábamos a hacer leña: entonces corrían a tierra o más bien saltaban y pasaban unos por encima de otros, para ayudar a embarcar la leña que sirve a la máquina, siendo ese trabajo una de las condiciones que entran en parte del pago de su pasaje.

Según la relación que de ellos nos hizo un criado que nos servía a bordo, y que iba en su misma separación, son las gentes más desordenadas del mundo, siempre jugando, siempre riñendo, rara vez sobrios, y sin que pase una sola noche que no den pruebas prácticas de la veneración en que tienen las doctrinas de la igualdad y de la comunidad de bienes. El escribano del buque tuvo la bondad de tomar bajo su protección a nuestro hombre y le dio un petate en su mismo camarote; pero como no era un asilo impenetrable, le aconsejó que no separara de su cuerpo en toda la noche ni el bolsillo ni el reloj. La raza de los kentuckianos, dejando a parte la moral, es bellísima. En general exceden mucho en la estatura a los europeos, y sus rostros, cuando no les desfigura una cabellera roja, lo que sucede a menudo, son extremadamente hermosos.

Los caballeros de la cámara (no había señoras) no hubieran merecido ciertamente esta denominación en Europa, ni por los modales, ni por el lenguaje, ni por la apariencia; pero pronto descubrimos que sus derechos a ella se fundaban en bases más sólidas, pues oímos que casi todos se daban títulos de mayor, coronel, general. Algún tiempo después, haciendo yo mención de estas dignidades militares, me dijo uno de mis amigos, inglés también, que él había hecho el mismo viaje en compañía de otra porción de jefes, y que notando que no se hallase entre ellos ni un solo capitán, le preguntó a un compañero de barco a qué se debía esto. «¡Oh, señor! Los capitanes van sobre cubierta», le respondió el otro.

Sin embargo no todos sus *honores* eran militares, que también iba a bordo un juez. No se me oculta que es tan fácil como odioso el ridiculizar las rarezas del exterior y modales de unas gentes que pertenecen a otra nación diferente de la nuestra; muy bien pueden ellas hacer burla de nosotros al mismo tiempo que nosotros la hacemos de ellas, y además no es mi ánimo el motejar todo lo que es nuevo para mí; a pesar de eso, hubiera sido absolutamente imposible el que dejaran de repugnarme muchas de las novedades que me rodeaban.

La falta total de cuantos respetos se guardan en la mesa, la prisa voraz con que se abalanzaban al plato y engullían la comida, la pronunciación áspera, las frases groseras, el asqueroso gargajear de cuya plaga de ningún modo podíamos libertar nuestros vestidos, la manera espantosa de servirse del cuchillo en guisa de tenedor, metiéndoselo en la boca hasta al cabo, y la manera aun más espantosa de mondarse luego los dientes con una navaja, en una palabra todo nos hizo conocer que

16 *Quentuqueños* en la traducción.

no nos hallábamos en medio de una reunión de generales, coroneles ni mayores del viejo mundo y que la hora de comer no era la menos incómoda de nuestra navegación.

La escasa conversación que solían entablar mientras permanecíamos en la cámara, se encerraba en la política, y como la competencia de Adam y Jackson preocupaba entonces los ánimos, debatían los derechos respectivos de uno y otro a la dignidad de presidente con más votos y juramentos que no he tenido la suerte de oír en toda mi vida. Una vez iba ya un coronel a tirarse encima de un mayor, cuando un jayán de siete pies, caballero kentuckiano, que trataba en caballos, les apostrofó, pidiendo al cielo que confundiera a los dos, y les hizo que se sentaran, mandándolos... Al verle sentado tranquilamente y dispuesto a incluir a todos los presentes en su sentencia, temimos nosotras por nuestra parte el merecerla, y nos apresuramos a salir de la cámara, donde nunca nos deteníamos un instante más del tiempo que absolutamente era indispensable para comer.

La llanura no interrumpida de las márgenes del Misisipí continua sin variedad alguna muchas leguas por cima de Nueva Orleans; pero las cubren el gracioso y fecundo palmito, la carrasca noble y sombría, el brillante naranjo, y nunca nos cansábamos de contemplar su bella perspectiva. Algunas veces solíamos aprovecharnos de las arribadas que el vapor hacia para proveerse de leña y saltábamos en tierra a dar un paseo de diez minutos: en uno de estos paseos recorrimos un campo de cañas de azúcar, cargando con todas las que pudimos acarrear. Muchos de los pasajeros eran apasionados del zumo meloso que se extrae de esta planta con sólo chuparla, mas yo la encontré demasiado dulce para mi paladar. También visitamos con la misma rapidez un plantío de algodón. A cierta distancia nos señalaron un convento, grande y hermoso edificio, donde las monjas educan a un número considerable de niñas.

En uno o dos puntos quiebran el nivel fastidioso del bosque unos altozanos o montecillos que los del país llaman *bluffs*: encima de una de estas eminencias está ventajosamente asentada la Natchez-Town[17], cuyo clima en la estación del calor es tan funesto como el de Nueva Orleans: si no fuera por eso, la Natchez-Town no tardaría en acrecentarse, pues ofrece a los nuevos colonos muchos y muy grandes alicientes. El bello contraste de su verde y risueña colina con la faja opaca de la negra selva que se extiende por uno y otro lado, la profusión espléndida de *paupaus*, palmitos y naranjos, la rica variedad de flores que matizan el suelo, embalsamando el aire con sus deliciosos aromas, todo hace que este recinto parezca un oasis en el desierto. Natchez es el punto más septentrional en que los naranjos fructifican al aire libre, o prevalezcan sin abrigo alguno en el invierno. En cuanto a los demás pueblos que pasamos, todos, excepto aquel sitio ameno, me parecieron de un aspecto tristísimo y en extremo miserable. Conforme nos íbamos alejando de Nueva Orleans, el semblante de riqueza y comodidad que distingue sus cercanías, iba poco a poco desapareciendo, y a no ser por una o dos rancherías que se llaman ciudades con nombres harto pomposos tomados generalmente de la Grecia o de Roma, muy bien habríamos podido creernos los primeros mortales que penetraban en semejante territorio de osos y de caimanes.

Sin embargo de cuando en cuando aparecía la choza de algún leñador de los que proveen los buques de vapor, exponiendo su salud o mas bien sometiéndose al golpe cierto de una temprana muerte por la codicia del dinero y la pasión del whisky[18]. Estas tristes habitaciones se inundan casi todas durante el invierno, y las mejores entre ellas están construidas sobre estacas, de manera que en

17 *Puebla de los Natches* en la traducción.

18 La pasión del huisqui o whiskey no es menos general en Inglaterra y sobre todo en Escocia que Mistress Trollope la cree en Norteamérica. Apenas hay rapazuelo de ocho a diez años que no vaya a la taberna y pida su copita, teniendo que levantarse de puntillas para tomarla y para poner su dinero encima del mostrador. El lujo de las cervecerías y tiendas de licores es una prueba pública de la generalidad de la afición a la bebida, y la preferida entre los trabajadores y personas de la última clase es el huisqui, que en el día cuenta más devotos que la ginebra. Las mujeres hacen también un abuso escandaloso de los licores, cosa que Mistress Trollope no ha observado en los Estados Unidos, y aunque prefieren el aguardiente, nada beben después con tanto gusto como su vasito de huisqui. Este licor produce tarde o temprano los mismos resultados que el aguardiente y el ron, añadiéndose a esos males el que como la ginebra predispone para la hidropesía. (Nota de Juan Florán, el traductor.)

las grandes avenidas no corran riesgo de ser ahogados sus pobres moradores. Todos ellos son víctimas constantemente de la fiebre, que los coge descuidados y sostenidos por el uso continuo de los licores fuertes. El aspecto lívido y asqueroso de las infelices mujeres y de sus hijos era horrible, y ninguna de las veces que se presentó a mis ojos este espectáculo, pude mirarlo con indiferencia. El color entre blancuzco y azulado de sus caras les hace a todos parecer hidrópicos, y hasta las pobrecitas criaturas están cubiertas de la misma sombra de muerte que sus padres. Una miserable vaca y unos cuantos cerdos, metidos en el agua hasta los corvejones, distinguen las habitaciones más prósperas; pero en su todo debo decir que jamás he visto la naturaleza humana reducida a un estado de tanta decadencia como en las chozas en que viven o por mejor decir agonizan los leñadores de las orillas pestilentes del Misisipí.

Dicen que en algunas partes de este melancólico río hay tal plaga de cocodrilos, que el miedo de sus ataques aumenta todavía los horrores de situación tan desdichada. Allí nos contaron la historia de uno de sus leñadores que llaman *squatters*, el cual había sufrido un desastre espantoso por haber construido su cabaña demasiado cerca del agua. La operación de edificar se acaba con la mayor prontitud, porque el interés de la vecindad y la afición al whisky atraen a los pocos habitantes del contorno, que ayudan al recién llegado, cortándole árboles, desbastándoselos, acarreándolos y trabajando de todos modos hasta que ven terminada su guarida. Acabada la del leñador, tomaron posesión de ella su mujer y cinco hijos pequeños, y toda la familia se entregó al sueño, para descansar de una larga peregrinación. Al amanecer se despertó el padre oyendo un gemido sordo, alzó la cabeza y vio el suelo cubierto de miembros despedazados de sus hijos, y un enorme cocodrilo con otros más pequeños, cebándose en tan horrible banquete. No teniendo armas y conociendo el infeliz que nada haría sin ellas, se levantó con mucho tiento y arrastrándose poco a poco ganó una ventana por donde saltó, con la esperanza de que su mujer y sus demás hijos que dejaba durmiendo, tendrían la fortuna de permanecer sin ser descubiertos hasta que vél volviera. Corrió a la choza del vecino mas cercano a pedirle socorro; antes de media hora volvió con dos hombres, armados los tres; pero ¡ya era tarde! su mujer y sus dos criaturas yacían hechas pedazos en la cama que empapaba su sangre. Los reptiles atestados de carne humana y embriagados de sangre, no tardaron en caer a los golpes de los leñadores, que descubrieron junto a la misma cabaña la boca de un agujero que parecía una caverna, donde había hecho el monstruo su detestable cría.

Se pueden contar entre las cosas que aumentaban el aspecto de desolación de aquella tierra maldita de la naturaleza, la llama moribunda de un bosque incendiado que se veía casi constantemente después de ponerse el sol, y el humo que impelido por los vientos solía flotar sobre nuestras cabezas como una espesa niebla. Ni toda la novedad de la perspectiva, ni toda la grandeza de su inmensidad bastaban para calmar la impresión horrible y enojosa que producía en el ánimo semejante escena. Tal vez podrán explicar eso las comidas y cenas que acabo de describir; pero lo cierto es que después de haber admirado una semana la continuidad incesante de la selva, después de habernos deleitado y de habernos cansado de deleitarnos con el festoneado y colgaduras del musgo hispánico, después de haber aprendido a distinguir por sus nombres de *snag, log* o *sawyer,* las diferentes masas de madera que pasaban por nuestro lado, o por cuyo lado pasamos nosotros, en fin después de habernos convencido de que los caballeros de los establecimientos militares del Kentucky y del Ohio no eran de la misma laya que los oficiales franceses o los oficiales ingleses, ya empezábamos a desear que se prolongase nuestro sueño. Al paso que nos íbamos adelantando hacia al norte, íbamos dejando atrás las orillas cubiertas de palmitos, y ni aun volvimos a gozar de la distracción de atisbar algún cocodrilo durmiendo.

En tal estado y cuando el deseo de llegar nos hacia andar con la imaginación dos millas por cada una que andaba el vapor, sentimos de repente un choque violento que nos asustó.

—Un aserrador —dijo el uno.

—Un diente —dijo el otro.

—¡Hemos varado! —exclamó el capitán.

—¿Varado? ¡Santo Dios, y cuánto tiempo estaremos aquí!

—Dios con su providencia puede sólo decirlo, pero me parece que lo bastante para apurar nuestra paciencia.

¡Y qué aterradas no estarían las pobres inglesas!

Dos veces tuvieron que almorzar, dos que comer y una que cenar con los caballeros del Ohio y del Kentucky, antes que pudiera el vapor dar un paso. Varios buques pasaron mientras estuvimos detenidos de aquella manera; los unos no tenían bastante fuerza para arrancarnos de allí, otros lo intentaron sin poder conseguirlo; hasta que al fin llegó una especie de «cosa viviente» grande y poderosa, nos echó unos garfios y en tres minutos se concluyó la operación: otra vez vimos pasar rápidamente los árboles y las balsas de lodo, manifestando todos los pasajeros su alegría con un grito de regocijo.

Por último tuvimos el placer de oírnos anunciar nuestra llegada a Memphis; pero era media noche, y la hora y más la lluvia que caía a torrentes, aguaron nuestro gozo.

Memphis se levanta sobre una altura, y entonces era casi inaccesible. La lluvia que había estado cayendo durante muchas horas, habría hecho dificultoso todo camino; nosotros tuvimos la desgracia de engañarnos tomando por mejor uno que acababan de abrir, y dejamos el suelo firme de la roca por un lodazal insondable. Allí se quedaron los zapatos y con ellos los guantes, que en tal apuro no era poca fortuna el poderse valer de las manos como de los pies, y llegamos a la gran Fonda en el más lastimoso estado.

Miss Wright era muy conocida de la casa, y todo el mundo, así que anunciaron nuestra llegada, nos recibió con la mayor solicitud, de suerte que no tardamos en encontrarnos instaladas en los mejores cuartos de la fonda. El edificio era nuevo y a mi parecer sin comodidad alguna; pero todavía no estaba yo habituada a la América ni conocía su manera de «ir adelante» (*getting along*) como dicen en los Estados Unidos: expresión que está eternamente en uso y parece que significa vivir con las menos comodidades posibles.

Con todo dormimos profundamente y nos levantamos con la esperanza de dejar nuestro cuartel que aun apestaban a mezcla, para dirigirnos a Nashoba a la hacienda de Miss Wright.

Mas conociendo que a causa de la noche anterior era peligroso aventurarse a atravesar la selva de Tennessee en cualquier clase de carruaje, nos resolvimos a pasar el día en nuestra estrambótica posada. Como yo había salido tan harta de mesa redonda, me hubiera alegrado mucho de comer mi ración de cecina de venado y de compota de orejones en un cuarto solo; pero Miss Wright me dijo que eso era imposible; que la dueña de la casa tomaría por una ofensa personal el proponérselo, y sobre todo, que ciertamente lo negaría. Este último argumento era de algún peso, y cuando oímos la campana mayor que llamaba desde una ventana alta de la casa, bajamos al refectorio.

La mesa estaba puesta para cincuenta personas y ya la habían ocupado casi toda. Nosotras tuvimos el honor de sentarnos junto «a la señora», es decir, el ama de la posada, mas para moderar el orgullo que semejante distinción hubiera podido originar, mi criado Guillermo estaba sentado casi en frente de mí. Componíase la reunión de todos los tenderos (o comerciantes como los llaman en los Estados Unidos) de Memphis. También era de la partida el mayor del pueblo, amigo de Miss Wright, y persona de modales muy finos, de un exterior agradable y que parecía fuera de su lugar en una pequeña población de las orillas del Misisipí. Desde que se ha establecido aquella fonda, según nos dijeron, se ha hecho costumbre entre todos los habitantes del pueblo el ir a ella a comer y a almorzar. Comieron con un silencio profundo y con una celeridad tan asombrosa que literalmente apenas habíamos nosotras empezado, cuando ya ellos estaban despachados. Se fueron con el último bocado y tan callados como habían comido, y otra bandada de ellos vino a reemplazarlos, desempeñando su mudo papel de la misma manera. El ruido de los cuchillos y tenedores era el único que se oía, acompañado por supuesto del coro perpetuo de toses y demás. No había en la mesa más mujeres que nosotras y el ama de la posada; pues las buenas mujeres de Memphis están

contentas de que sus señores vayan a participar de los pavos y venado de Mistress Anderson, con tal de no tener el trabajo de guisarles la comida, y ellas se regalan en sus casas con setas y leche.

Pasamos lo demás del día harto agradablemente, correteando por la población que ocupa uno de los puntos más hermosos del Misisipí. El río es tan ancho por aquella parte que parece un dilatado lago; divídelo una isla cubierta de magníficos árboles, y varía con su imponente masa de sombra la uniformidad de las aguas. Las casas se prolongan irregularmente por la falda de la colina desde el río Wolf hasta una milla más abajo. Media milla más arriba sobre la población se descubre una cima escueta que produce buenos pastos para caballos, vacas y cerdos; en cuanto a ganado lanar aun no tenían carneros. A los dos extremos de este espacio vuelve la selva a levantar su sombrío valladar, como si dijera al hombre: «No pasarás adelante.» La constancia y la industria se han burlado sin embargo de su precepto. La población da la vuelta por detrás de su larga calle y se introduce en el bosque, si bien a cada paso se enmaraña y hace casi intransitable la senda escabrosa que va a las rancherías más apartadas.

Rompen el terreno infinitas corrientes de agua, y para atravesarlas han construido puentes con grandes troncos de árboles al través de los cuales ponen otros más pequeños. Al andar por estos puentes una persona se mueven, mas cuando los pasan caballerías o carruajes retiemblan de una manera que pone miedo; sin embargo son muy pintorescos. La elevación prodigiosa de los árboles, la abundancia de parras silvestres que cuelgan de sus copas y forman entre ellos guirnaldas y festones, la variedad de aves de plumajes alegres, especialmente el papagayo verde, todo nos hacía sentir que nos hallábamos en un mundo nuevo, y hubiéramos dado con gusto un paseo igual al día siguiente; pero Miss Wright deseaba con impaciencia llegar a su casa, y yo y mi familia teníamos casi la misma gana que ella por ver su Nashoba.

Nos prepararon pues una especie de carretón con dos caballos, y empezamos de buen humor una jornada de quince millas por medio de la selva. Para no pasar uno de los puentes ya descritos, y que no creían muy firme, nuestro conductor negro nos llevó por una laguna que según él nos aseguraba, en cuanto a hondura no debía darnos cuidado; no obstante, cuando vimos desaparecer la lanza y que nos íbamos hundiendo a toda prisa, no pudimos menos de hacerle presente lo arriesgado de su obstinación en querer seguir adelante; su respuesta fue rechinar los dientes y arrear sus caballos. Casi al mismo instante perdimos de vista las ruedas delanteras; los pobres animales empezaron a zambullirse y dar coces del modo mas tremendo, sin que nada alterara a nuestro buen cochero. Al fin el eje se rompió y entonces el filósofo negro nos dijo con mucha gravedad: «Soy de parecer que lo mejor que podéis hacer es salir de aquí montando en los caballos, porque esto va largo.» Miss Wright que continuaba sonriendo al ver la escena, respondió: «Sí, Jacobo, eso es lo que es menester que hagamos.» En efecto así salimos a la orilla, no sin alguna dificultad, y en breve nos hallamos de nuevo formando corro delante de la chimenea de Mistress Anderson.

Se convino en diferir nuestra marcha hasta que las aguas bajaran, pero Miss Wright estaba con demasiada impaciencia para sufrir cualquiera dilación, así partió al instante a caballo con nuestro criado, el cual me dijo después que habían pasado por sitios que hubieran detenido al más intrépido cazador, y que «para Miss Wright eran la cosa más llana del mundo.»

Tocónos a nosotros el volvernos a poner en camino al día siguiente, y un cielo sereno, un sol brillante, la soledad augusta de la selva y nuestra curiosidad misma estimulada vivamente por objetos tan nuevos, fueron circunstancias que hicieron nuestra excursión deliciosa, y que nos dieron fuerzas para sobrellevar con resignación los coscorrones y magulladuras que atrapábamos. No tardamos mucho en perder de vista todo asomo de camino, tal nos pareció a lo menos, pues los troncos de los árboles que habían cortado para abrir el paso, tenían tres pies de alto. Por cima de estos troncos pasaba sano y salvo el elevadísimo *Deerborn*, como llamaban a nuestro carruaje; bien que necesitamos la experiencia de muchas millas para convencernos de que podíamos contar con alguna probabilidad de vida, y de que no íbamos a dejarla en el último tronco que veíamos: causaba gusto el observar la calma y facilidad con que nuestro conductor serpenteaba con ruedas y caballos

entre aquella estacada. La selva se espesaba más y más a cada milla, y ofrecía un aspecto más austero, mas nuestro negro respondía con su eterno rechinar de dientes, jurando que el camino era un excelente camino y que llegaríamos a Nashoba con toda seguridad.

Y en efecto llegamos... y bastó una ojeada para convencerme de que cuantas ideas me había yo forjado de aquel sitio, estaban en oposición diametral con la verdad: el único sentimiento que me inspiró fue el de la desolación, desolación la única palabra que hizo vibrar en mi lengua, bien que los labios no la dejaran sonar. Con todo Miss Wright hubo de apercibirse de la dolorosa impresión que había producido en mí la vista de su morada salvaje, y no dudo de que ambas nos convencimos a la par de nuestro engaño en creer que pudiera habernos sido agradable ni a la una ni a la otra el pasar juntas una temporada en semejante lugar. Haciéndole justicia al mismo tiempo, me parece que su cabeza estaba tan exclusivamente ocupada del objeto que se había propuesto que todo lo demás era para ella o indigno de atención o indiferente. Yo nada he oído ni leído jamás en punto a entusiasmo de cualquiera clase que sea que se acercase al entusiasmo suyo, excepto alguno que otro ejemplo de fanatismo religioso en los siglos primitivos.

Igualmente poderoso debía ser el sentimiento que había inducido a Miss Wright, acostumbrada como ella lo estaba a todas las comodidades, a todos los refinamientos de Europa, a imaginarse no sólo que ella podría vivir en su desierto, sino que sus amigos europeos entrarían en él sin que les abatiese el ánimo tan huraña perspectiva. Cada edificio constaba de dos grandes piezas amuebladas con la mayor sencillez, pues aun no se hallaba en ellas ninguna de esas comodidades de orden inferior que las inteligencias vulgares ponemos entre los artículos necesarios de la vida. En esto nada había de malo para nuestra filósofa, ni entraba en su indiferencia la más leve mezcla de afectación: real y verdaderamente no se le había ocurrido semejante cosa; todo su corazón, su alma toda entera estaba poseída de la esperanza de elevar a los negros al nivel de la ilustración europea, y aun ahora, después de haber visto rodar y convertirse en polvo bajo sus mismos pies la fábrica predilecta de su imaginación, no puedo recordar el abandono con que se entregaba a ella, sin experimentar la misma admiración.

Los únicos blancos que encontramos en Nashoba fueron mi amable amiga Mistress W***, hermana de Miss Wright, y su marido. Creo que tenían de treinta a cuarenta esclavos, inclusos los niños, pero cuando yo los visité aun no había escuela establecida. Habían reunido para el grande ensayo libros y otros materiales, y habían ajustado uno u dos profesores, pero todavía estaba todo por organizar. Encontré a mi amiga Mistress W***, en muy mal estado con respecto a la salud, y ella me confesó que lo atribuía al clima. Esto me asustó tanto por mi familia que me resolví a dejar aquel sitio lo más pronto posible, y lo verifiqué a los diez días.

No sé cual fuese la causa que indujo a Miss Wright a abandonar un proyecto tan profundamente arraigado en su imaginación, y en el cual había gastado tanto dinero. Antes de que se pasasen muchos meses tuve noticias, con gran regocijo mío, de que ella y su hermana se habían ido. Me parece que a su vuelta a Nashoba conoció que el clima era demasiado contrario a la salud de las dos. Todo lo demás que sé sobre aquel establecimiento se reduce a que Miss Wright penetrada (por uno u otro motivo) de la imposibilidad de realizar su plan, acompañó ella misma a sus esclavos hasta Haití, donde les dio la libertad poniéndolos bajo la protección del presidente.

No me pareció hermoso nada de lo que vi en las cercanías de Nashoba, ni puedo figurarme que tengan más atractivos en el verano. Los árboles están apiñados de tal modo que ahogan las plantas inferiores, principal ornamento de los bosques de la Nueva Orleans, y no dejan penetrar los rayos del sol que con los efectos de luz y sombras suplirían la falta de otros objetos. La cultura y desmonte de las tierras que avecinan el establecimiento me parecieron de poca consideración y muy lejos de perfección, aunque aseguraban que habían logrado buenas cosechas de algodón y de maíz. El tiempo estaba seco y agradable y el cielo por la noche sorprendía con el espectáculo de su rara hermosura. Yo no he visto jamás luna más clara, más pura, más alumbradora.

El 26 de enero de 1828 volvimos a Memphis; tuvimos que aguardar cinco días el vapor que iba a Cincinnati, metrópoli del oeste, donde me había determinado a ir con mi familia para esperar a Mr. Trollope. Todas las personas a quienes hablamos en Memphis de aquel punto, nos aseguraban que era la mas bella situación de la parte occidental de los Allegheny. Entre tanto disfrutábamos de los varios paseos que descubríamos entre los claros del bosque que rodea la población; las delicias de estos paseos verdaderamente agradables y la vista del horizonte inflamado que coronaba el río nos ayudaban a esperar con paciencia el barco que debía transportarnos.

IV.
Partida de Memphis. El Ohio. Louisville. Cincinnati.

El primero de febrero de 1828 nos embarcamos en el *Criterion* y volvimos a flotar sobre «el padre de las aguas», como se han empeñado en que los pobres indios desterrados llamaban al Misisipí. Nuestros compañeros de viaje se asemejaban tan portentosamente a los que lo habían sido desde Nueva Orleans, que en mi opinión debían ser primos hermanos, y lo más singular era que también habían ascendido todos ellos a las más altas graduaciones del ejército. En cuanto a vistas, subiendo el río Wolf, todas se reducen en muchas leguas a selva, selva y siempre selva, siendo el receso del río y sus usurpaciones en la orilla opuesta la sola variedad que interrumpa su monotonía en algunos puntos. Estos cambios se repiten a menudo, pero nadie me ha dado de ellos una explicación satisfactoria. En la parte invadida por la corriente, se ven árboles que crecen en el agua a muchos pies de profundidad; el agua mina con el tiempo sus raíces, y entonces el primer huracán los arranca sin dificultad, los sumerge en el cieno y abandona sus cadáveres a las olas. Así se acrecienta la cantidad inmensa de troncos desnudos y de balsas enramadas que bajan flotando al Golfo Mejicano. Las playas de donde se aparta el río no tardan en cubrirse de cañas silvestres que se levantan con la rapidez de la vegetación del clima. Este contraste quiebra de cierto modo la igualdad fastidiosa de mil millas de muro vegetal.

Pero ya nos íbamos aproximando al río tan enfáticamente llamado «el Hermoso» (la *Belle Rivière*) de la Nueva Orleans francesa, y al cabo de algunos días más salimos, espero que para siempre jamás, de las fangosas aguas a que con igual énfasis dan el sobrenombre de «mortales» que en realidad les cuadra, porque el aire de sus márgenes mata, y nunca se ha visto que lo que se ha hundido bajo su superficie haya vuelto a aparecer en ella. Con la misma justicia merece su denominación el «río Hermoso.» Las aguas del Ohio son puras y transparentes, y sus márgenes varían continuamente, pues corren por medio de un país rodado, como dicen allí, expresión que parece significar un terreno que apenas presenta de una vez un nivel de doce pasos. La selva primitiva sigue ocupando una porción considerable del terreno, y trepando por las laderas, o colgando majestuosamente de las rocas; mas se ve cortada por frecuentes establecimientos que animan ganados de todas clases y en que se deleita la vista del viajero. Se me figura que este río posee casi todas las riquezas de la perspectiva: ya riegan sus claras ondas verdes praderas, ya se encierran entre tajadas rocas; se ven sobre las márgenes lindas habitaciones con sus alegres pórticos, y alternando la hermosura con la gracia, grupos de árboles salvajes, fracciones del inmenso bosque, donde la enmarañada maleza indica claramente cuáles son sus habitantes. Muchas veces baja de la montaña un torrente que vierte en el seno del río su tributo de plata, y si acá o allá se descubrieran las ruinas de una abadía o algún castillo feudal para enlazar lo romántico de la vida real con la poesía de la naturaleza, el Ohio sería un dechado de perfección.

Tal era la magia de aquel hermoso espectáculo, que cesamos de murmurar de nuestras comidas y cenas, y aun aprendimos a casi rivalizar con nuestros vecinos en su voraz prontitud para tragar: tanta era nuestra ansia de volver a *la guardia*, por no perder las bellezas de que nos alejábamos.

¡Y a pesar de sus muchos encantos las riberas del Ohio son fatales al hombre! Más de una vez desembarcamos y hablamos con las familias de los leñadores; apenas vimos una que no hubiese perdido alguna persona, «muerta hacía poco de la fiebre.» Estos infelices son propensos a calenturas intermitentes, y aun cuando sus habitaciones son infinitamente mejores que las de las orillas del Misisipí, no dejan de tener la apariencia de una casta que vende su vida por dinero.

Louisville es una ciudad considerable, muy bien situada sobre el Kentucky o ribera meridional del Ohio; paramos algunas horas en ella, para verla, y si no me hubieran dicho que la fiebre suele hacer estragos durante la estación del calor, me hubiera detenido algunos meses, con el objeto de visitar sus amenísimas cercanías. Francfort y Lexington son dos poblaciones dignas de la curiosidad del viajero, mas yo nunca fui a ellas porque son pueblos fuera de camino. En Francfort reside el gobierno del estado del Kentucky, y Lexington es, según me dijeron, la residencia de varias familias independientes que con más tiempo de reposo del que se goza comúnmente en América, tienen más refinamiento, lo que es una consecuencia natural de su manera de vivir.

Las cataratas del Ohio están a cosa de una milla más abajo de Louisville, y aumentan la rapidez de la corriente de modo que los barcos no pueden pasar sino en la estación de las lluvias. Los pasajeros tienen que desembarcar por bajo de ellas e ir por tierra a Louisville, donde encuentran otras embarcaciones prontas para recibirlos y acabar lo demás del viaje. Ese inconveniente nos lo evitó la creciente de las aguas que neutralizaba entonces el empuje de la catarata, y no tardará en obviarlo del todo el canal de Louisville por donde podrán pasar los buques de vapor desde las vertientes a la ciudad.

Las vistas del Kentucky son mucho más hermosas que las de la Indiana, o las de las riberas del Ohio. Aquel territorio que varias tribus indias se reservaban como coto común para la caza, era su campo de predilección, su nuevo paraíso; aun no pueden nombrarlo sin conmoverse, y tienen una elegía salvaje o canto de dolor que entonan todavía en su memoria. La expulsión de estas tribus no es sin embargo de fecha muy reciente: el Kentucky ha sido ocupado mucho antes que el Illinois, la Indiana o el Ohio, y no sólo está mejor cultivado, sino que es más fértil y más pintoresco que los otros países. Rara vez he visto cuadros más ricos que los que ofrece el Kentucky.

Los árboles de la selva son, donde no están muy apiñados, de un tamaño magnífico, y las cosechas abundantísimas, excepto donde la codicia de un cultivador avariento ha fatigado el suelo con repetidas siembras. Campos nos señalaron que habían llevado mieses copiosísimas por espacio de veinte años consecutivos, cuando basta un período mucho más corto para extenuar la tierra con sólo hacerle producir tabaco, sin la intermisión de cosechas de otra especie.

El 20 de febrero llegamos a Cincinnati. La población está ventajosamente situada en la falda meridional de una colina que se va levantando poco a poco desde el mismo borde del agua, pero su aspecto es ordinario, pues le faltan cimborrios, torres y chapiteles: por lo demás, el puerto es soberbio con más de un cuarto de milla de extensión, está bien empedrado y le rodean limpios aunque no bellos edificios. Yo he visto en la dársena quince buques de vapor y aun quedaba espacio para otros tantos.

A nuestra llegada fuimos a parar a la *Fonda de Washington*, y nos pareció una fortuna el entrar a punto que iban a comer en la mesa redonda; sin embargo al abrirnos la puerta de la sala, retrocedimos asustadas de ver de sesenta a setenta hombres apoderados ya de sus cubiertos. Comimos con las mujeres de la familia, y luego salimos a buscar casa para establecer nuestro domicilio permanente.

Entramos en la oficina de un agente de anuncios que decía tener registro de informes de esa clase, y le describimos la habitación que necesitabamos. No puso el más leve reparo, contentándose con decirnos que su muchacho nos llevaría por la ciudad, para enseñarnos lo que deseábamos. En efecto salimos con él, y nuestro conductor nos hizo pasear calle arriba calle abajo, hasta que viendo que no tenía objeto determinado, le pregunté dónde estaban las casas que íbamos a ver.

—Estoy buscando papeleta —nos respondió.

Yo le repliqué que para buscar papeleta no necesitábamos de él. Entonces con la mayor actividad empezó a llamar a todas las puertas por donde pasábamos, preguntando regularmente si se

alquilaba la casa. Fue imposible aguantar más a nuestro guía; así pues lo despachamos al instante, no sin que me hicieran después darle un dólar[19] por «sus servicios».

Tuvimos sin embargo la buena suerte de hallar pronto una habitación, y volvimos a la fonda con ánimo resuelto de instalarnos en nuestra casa tan luego como estuviera dispuesta. No queriendo cenar ni con los sesenta o setenta caballeros de la mesa redonda, ni con las seis o siete damas del mostrador, pedí que me llevaran el té a mi cuarto. Acercóse a mí una irlandesa de chiste y buen humor, y tomándome la mano con cierto aire de protección, me dijo:

—Pardiez, mi vida, que seréis del viejo país. Yo misma voy a traeros el té para que os lo toméis solitas, mi vida.

Con esta seguridad nos retiramos a mi habitación, que en cuanto a capacidad y a cama no estaba mal pero que no tenía alfombra, y parecía en tinieblas con los encerados de papel, que son las cortinas del país. Estas colgaduras es menester arrollarlas y atarlas con unos cordones mal enganchados a los marcos de las ventanas, siempre que se quiere ver o respirar en la estancia. En todas partes de Norteamérica me he encontrado con la misma clase de incómodo cortinaje.

Nuestra amiga la irlandesa no se hizo esperar mucho; trájonos el té con el inevitable acompañamiento de un té americano, a saber: cecina de vaca cortada en crudo y varios dulces que en la cara y los hechos probaban su parentesco con la melaza. Acabado nuestro té, nos entreteníamos en hablar acerca de nuestros planes futuros, cuando oímos un golpe fuerte y seco a la puerta. Mi *adelante* fue seguido de la entrada de un personaje corpulento que se proclamó nuestro amo.

—¿Estáis mala alguna? —fue su primera pregunta.

—No, señor, todos estamos buenos, a Dios gracias —respondí yo.

—En ese caso, señora, debo deciros que me es imposible acomodaros en esos términos; aquí no hospedamos familias que toman té aparte, y es menester que viváis conmigo, con mi mujer o fuera de mi casa.

Dijo esto con tal aire de autoridad que casi me cortó; pero me aventuré a darle una excusa diciendo que eramos extranjeros y no conocíamos las costumbres del país.

—Nuestras costumbres son muy buenas costumbres y no necesitamos que nos las vengan a enmendar de Inglaterra.

Leyendo después la *Ana de Geierstein* de Scott, me ha parecido que nuestro amo del *Washington* no discrepaba en un cabello del mesonero inmortalizado en aquella novela, el cual hacía a sus huéspedes comer, beber, y dormir, dónde, cuándo y cómo se le antojaba. Yo no repliqué, pero me resolví a acelerar nuestra mudanza, que al día siguiente realizamos con la mayor satisfacción.

Encontrámonos instalados en una casa bonita y que ofrecía a la primera ojeada bastantes comodidades; mas al momento notamos que estaba desprovista de casi todo lo que los europeos juzgan necesario para la decencia y lo que un inglés entiende por confort. Ni bomba, ni pozo, ni cañería, ni sumidero, ni carro de basura, ni medio alguno aparente de desembarazarse de las inmundicias, que en Londres desaparecen con tanta celeridad que ni aun tiempo hay de reparar en ellas, nada de eso teníamos; y la basura se amontona en Cincinnati con tal rapidez, que me vi precisada a enviar por mi casero para saber lo que había de hacerse con toda especie de suciedad.

—Vuestra asistenta —me dijo— no tiene más que poner toda la porquería en medio de la calle, pero cuidado, buena vieja, que ha de ser en medio de la calle. Me temo que no sepáis que hemos promulgado una ley, la cual ley prohíbe el arrojar esas cosas a los lados de las calles; es menester echarlas en medio, y los cerdos las limpian al momento.

19 En la traducción, *un peso*.

Y a la verdad constantemente se ve a los cerdos por todos los cuarteles de la población ocupados en este trabajo de Hércules. Aunque no es agradable el habitar entre piaras, es un bien el que haya tantos y que sean tan activos en su capacidad de encargados de la limpieza, porque sin ellos no tardarían las calles en atascarse y convertirse en muladares de podredumbre.

Habíamos oído ponderar tanto la hermosura, la riqueza y la sin igual prosperidad de Cincinnati, que cuando partimos de Memphis para ir allá, casi sentimos el regocijo del novicio de Rousseau para quien no había mayor felicidad que «*un voyage a faire et París au bout!*» Al momento pues que acabamos nuestros arreglos y disposiciones interiores, salimos a ver «la maravilla del Occidente», «esta calabaza de mágico tamaño del profeta», «este infante Hércules»; y ciertamente jamás entró en ciudad alguna viajero más favorablemente dispuesto a admirarla que entramos nosotros en Cincinnati. Tres meses crueles habían transcurrido desde que habíamos dejado los encantos y glorias de Londres; en casi todo este tiempo no habíamos visto otra arquitectura que la de nuestro buque y la de los barcos de vapor, y excepto en la Nueva Orleans apenas habíamos descubierto rastro de habitación humana. Los ladrillos y la mezcla debían alegrarnos, y una casa de tres pisos parecernos un palacio espléndido. Muchos de estos palacios vimos en efecto y también una iglesia de ladrillo que, por dos pingorotes en forma de agujas, llaman la iglesia *de los dos cuernos*.

Mas, ¡ay! ¡qué pobre es la realidad cuando la imaginación ha soñado! Que sé yo lo que esperaba encontrar en una gran ciudad recién salida del seno del desierto. Sin embargo no era entonces más que una pequeña población, sin asomo siquiera de adorno en ninguno de sus edificios, y con el movimiento y ruido que basta apenas para animar una ciudad. El vecindario es mayor de lo que la apariencia del pueblo pudiera hacer creer. Parte de esto consiste en el número de negros libres que se apriscan en un rincón de la ciudad llamado África la Chica o *Little Africa*, y parte en lo apiñados que viven los demás habitantes alrededor de los molinos de papel y otras fábricas. Creo que el número de vecinos pasa de veinte mil.

Yo hablo de Cincinnati tal cual estaba a mi llegada en febrero de 1828; después han edificado algunas iglesias pequeñas, y las torres realzan agradablemente la masa triste y mezquina de sus edificios. En aquel tiempo creo que la única calle que estaba toda empedrada era *Main-Street* o calle principal. Esta calle es la mayor de la ciudad y la atraviesa toda, correspondiendo a la calle mayor o calle real de las ciudades de Europa. Las baldosas o aceras son de ladrillo bien unido, pero se inundan cuando llueve, pues no hay en toda la ciudad un solo albañal. Y lo que más notable hace semejante omisión, es el que la construcción de cañerías es fácil y necesaria. Cincinnati está edificada en la falda de una colina que empieza a subir desde la misma lengua del río, y si se abriesen conductos, por sencilla que fuere su construcción, las lluvias bastarían para tenerlos siempre limpios. Ahora esas lluvias lavan las calles altas, pero depositan en las más bajas la basura que arrastran, resultando que se hace recipiente general la segunda calle del pueblo que cruza *Main-Street*, y que contiene las tiendas y almacenes mejores. Tan horrible muladar no sólo es asqueroso sino que durante la estación del calor debe corromper el aire con sus miasmas.

La ciudad está construida, como creo que lo están todas las ciudades americanas, por cuadras o *squares* como allí se llaman. Con todo, las *squares* de los Estados Unidos no son como las de Inglaterra. Los ingleses dan este nombre a sus plazas; los americanos designan con él una manzana de casas compacta. Cada una consiste, o deberá consistir cuando la ciudad esté concluida, en una masa de edificios que harán frente a los cuatro puntos cardinales, y cada casa tiene o tendrá comunicación con un callejón o pasadizo por un postigo trasero. El plan no sería malo, si la ciudad tuviera las cloacas necesarias; en el estado en que yo la he visto, los tales callejones son letrinas abominables, y me parece que con el tiempo deben ir a peor.

Tiene por linde Cincinnati hacia el norte una cordillera de montes cubiertos de selva, los cuales, aunque son suficientemente altos y escarpados para impedir todo cultivo o construcción en su terreno, todavía no se elevan lo bastante para dominar desde sus cumbres vista alguna de

considerable extensión. Divídenlos en varias alturas hondos y estrechos barrancos, que en el verano están secos y llevan en el invierno torrentes caudalosos: esta perspectiva no ofrece otro accidente en muchas millas alrededor del pueblo. El Ohio encantado es hermoso donde quiera que se ve, mas la sola parte de la ciudad que disfruta de su hermosura es la calle próxima a las orillas. Las colinas de Kentucky, subiendo a la misma distancia del río sobre la margen opuesta, forman la barrera meridional del sitio en que Cincinnati está fundada.

Al principio de mi llegada me parecían muy amenos los muchos montes cubiertos de arboledas de los contornos, y luego, aun muy antes de mi salida, estaba tan harta de su perspectiva ahogada que me hubiera alegrado ver la llanura de Salisbury. Dudo que ninguno de los habitantes de Cincinnati haya trepado por aquellas lomas tanto como yo y mis hijos, si bien hacíamos el mismo ejercicio todos los días, mas por respirar un aire puro que por gozar de las bellezas del paisaje. Aquellas colinas no dan arbustos ni flores; en cambio presentan las muestras de milepora más delicadas del mundo, y sus vertientes están llenas de producciones fósiles.

Los árboles de la selva no son ni grandes ni lozanos, y crecen tan juntos que casi se anudan las copas de los unos con las de los otros. Hasta la parra silvestre pierde allí toda la gala: sus graciosos festones sólo llevan hojas en las puntas cuando logran abrirse paso por entre las cimas de los árboles que la sostienen; pues el aire y la luz apenas penetran en el interior de las espesas bóvedas, y los desnudos sarmientos se encaraman por todas partes buscando una atmósfera mejor en donde nutrir sus pámpanos. No encontré con abundancia mas yerba que el poleo, y esa en las laderas donde el terreno estaba algo desmontado. La vegetación es imposible en cualquiera otra parte, y he aquí la circunstancia que hace las «selvas eternas» de la América unas selvas tan detestables. Cerca de Nueva Orleans se reanima el aspecto de los bosques con los palmitos y *paupaus* que no dejan vacío entre la tierra y las ramas de los árboles; en el Tennessee, la Indiana y el Ohio no he visto nunca el más ligero adorno de los que realzan las perspectivas de selva. Troncos ya carcomidos y hojas pudriendose hacinadas desde el diluvio son los tristes objetos que cubren el suelo e infectan el ambiente. La alegre variedad de follaje que ofrecen las plantas siempre verdes no se conoce allí, y en el Tennessee y la parte del Ohio que rodea Cincinnati falta hasta la estéril hermosura de las rocas. La escena se mejora pasando al lado de Kentucky: el río se ve coronado de majestuosas hayas y de castaños corpulentos; han desmontado el terreno muy bien, y la yerba que lo cubre es excelente: el *paupau* crece con abundancia, y aunque tan al norte ni echa fruta ni flores, no deja de ser un bello arbusto. Allí también florece el tulipífero con mucha lozanía.

El río Licking entra en el Ohio casi en frente de Cincinnati; su corriente es mediana y tortuosa, y a dos o tres millas de su desembocadura forma una cascada, saltando entre blancos peñascos que a falta de mejores rocas nos parecían muy pintorescos.

V.
Cincinnati. Hacienda de la Selva. M. Bullock.

Aunque yo no me avenga con los que llaman a Cincinnati una de las maravillas de la tierra, no por eso dejo de mirarla como una población extraordinariamente vasta e importante, cuando me acuerdo que hace treinta años cubría la selva primitiva el solar donde ahora se levanta, y aun convendré en que parece que por meses ensanche sus límites y multiplique sus riquezas.

Varios economistas del país afirman que la conversión casi instantánea de una guarida de osos en tan próspera ciudad es resultado de las instituciones libres que la gobiernan. Como yo no soy profunda en tales materias, creo más probable que la causa inmediata de su incremento sean el aguijón con que la necesidad estimula constantemente la industria y la falta absoluta de recursos para la holgazanería. En el espacio de casi dos años que residí ya en Cincinnati ya en las cercanías, no vi jamás a un mendigo ni a un hombre de caudal que cesase de trabajar en aumentarlo; así se afanan todas las abejas de la colmena en busca de esa miel hiblea que el vulgo llama dinero: ni las bellas artes, ciencias, lectura ni placeres los seducen; nada los puede distraer de su intento. Una conformidad tan general de designios, sostenida por el espíritu de empresa, y junta, cuando media el interés, con una astucia y falta de honradez que pondrían en aprieto al más ladino, puede contribuir al logro de sus propósitos.

También la reducida cuota de sus contribuciones les permite sin duda el acumular riquezas individuales más fácil y prontamente de lo que vemos entre nosotros; sin embargo hasta que he viajado por Norteamérica, no he tenido yo idea de lo que vuelve al pueblo de sus contribuciones, no sólo en la compra de lo que produce su industria, sino en el goce de lo que ya ha producido. Si yo fuese legisladora de Inglaterra, en vez de mandar a los sediciosos a la Torre de Londres, los enviaría a dar una vuelta por los Estados Unidos. Yo también padecía algo de achaques de inclinación a la revuelta al salir de mi país, pero aun antes de la mitad de mi viaje ya estaba completamente curada.

Yo he leído mucho acerca de lo de *pocas* y *sencillas* necesidades de la vida racional y he solido manifestar cierta especie de asentimiento caprichoso a la opinión de los que se empeñan en probar que cada nueva necesidad es un nuevo suplicio. Nunca se entenderá bien ese lenguaje en una estancia cómoda ni en medio de los encantos de la civilización. Si se concretara todo lo que necesitamos al alimento material de la vida, nos bastarían para llegar a la felicidad suprema las facultades del cochino; pero si analizamos una hora de goce, la hallaremos compuesta de sensaciones agradables causadas por mil impresiones delicadas que han hecho vibrar casi otros tantos nervios: cuando esos nervios se hallan en estado absoluto de parálisis por no haberse movido jamás, el mundo exterior, siendo menos perceptible, descubre menos halagos; al contrario cuando toda la máquina del cuerpo humano está en plena actividad, cuando cada sentido hace resonar en el alma todos sus ecos de placer o de dolor, entonces cada objeto de los que salen al encuentro a los sentidos, adquiere para el hombre tanta más importancia cuanto que se convierte en órgano de felicidad o sufrimiento. Los que se sientan así predispuestos no vayan a los Estados Unidos, o solamente se detengan allí el tiempo preciso para enriquecer la memoria de imágenes que a fuerza de contraste les servirán en lo demás de la vida de lección o de consuelo.

«Guarda e passa (e poi) ragioniam di lor.»[20]

El modo *sencillo* de vivir de Norteamérica me disgustaba más por la influencia niveladora que ejerce en el pueblo que por las privaciones personales que impone; y con todo hasta que perdí de vista la elegancia y la finura de las clases medias de Europa, no supe de manera alguna apreciar las

20 Dante, en la *Divina Comedia*: «Non ragioniam di lor, ma guarda e passa», «no nos ocupemos más de ellos, mira y pasa» (Infierno III, 51)

gratas sensaciones que se derivan de esas ventajas tan pequeñas. Muchas circunstancias, demasiado triviales aun para mencionadas en estas páginas, de simple conversación, venían diariamente, por horas, a cada instante, a recordarnos, y recordárnoslo de una manera amarga, que no estábamos en nuestro país. Es menester una pluma superior a la mía para mostrar la conexión que, yo estoy persuadida, existe entre la carencia de esos refinamientos y las ideas y maneras del pueblo.

Todas las necesidades animales pueden satisfacerse en Cincinnati abundantemente y a precios muy cómodos; mas, ¡ay! ¿qué valen semejantes satisfacciones en la historia de los goces de un día? La falta completa y universal de buenos modales en hombres y mujeres es tan chocante que siempre me estaba devanando los sesos para descubrir su causa. Sería injusto atribuirla a mengua de entendimiento: yo he oído en América muchas conversaciones pesadas y vulgares, sin embargo rara vez he escuchado alguna que deba clasificarse estrictamente de tonta, si se exceptúa la de la clase en todas partes privilegiada de señoritas jóvenes. Me parecen dotados de clara comprensión y de inteligencia activa; son más ignorantes en materias de valor meramente convencional que en las de una importancia intrínseca; mas su trato no cautiva, no halaga. Muy rara vez en todo el tiempo que he habitado el país les he notado una frase construida elegantemente o pronunciada con exactitud; siempre hay algo ya en el estilo ya en el acento que neutraliza la emoción y hiere el buen gusto.

No pretendo decidir si el hombre mejora o no de condición, refinándose con las maneras y costumbres de la sociedad que lo rodea y poniéndose en el caso de no poder disfrutar sin ellas goce alguno; sólo observaré que el pulimento que depura nuestra naturaleza de las partes más rudas y groseras, es desconocido en América. Allí hay en las ciudades mayores muchas comodidades materiales y cierto lujo exterior; a la vista se parecen mucho a Londres o París, como grandes asociaciones de hombres activos e inteligentes, mas a pesar de eso en casi todas sus facciones morales se les desemejan maravillosamente. No permita Dios que algún sensato americano, (que los hay a millares) venga a preguntarme lo que quiero dar a entender; me pondría en un trance muy apurado, quizás en la imposibilidad absoluta de explicarme; pero por otra parte ninguno de los europeos que han visitado las repúblicas de la Unión, tendrá la más ligera dificultad en entenderme.

Yo no soy competente de manera alguna para juzgar de las instituciones de América; si acaso hago una que otra observación acerca de sus efectos, tales cuales una ojeada superficial ha podido hacérmelos conocer, las haré por el espíritu y con el sentimiento de una mujer capaz de hablar de sus primeras impresiones, mas incapaz de volver de los resultados a las causas para raciocinar sobre principios. Si mis observaciones no son acreedoras a mucha atención, también merecen poca repulsa; sin embargo hay puntos de singularidad nacional en que una mujer puede dar su fallo tan acertadamente como un hombre: todo lo que forma la concha de la sociedad se nos puede confiar sin recelo.

El capitán Hall, cuando le preguntaron en qué le parecía que consistiese la mayor diferencia de Norteamérica con respecto a la Inglaterra, respondió como un marino bizarro: «en la falta de lealtad.» Yo respondería al que me hiciera la misma pregunta: «en la falta de maneras.»

Si los americanos se hallaran dispuestos a seguir el porte de modestia y llaneza de los suizos, cuando los suizos vivían con su poética simplicidad (y que no mascaban tabaco) sería de mal gusto el motejarlos; mas no están en ese caso. Jonathan será un caballero muy cumplido, porque quiere serlo, pero lo será allá a su modo. ¿No es americano libre? No obstante acuérdese siempre el buen Jonathan que si se empeña en competir con el Viejo Mundo, el mal regañón no dejará de echarle el lente de cuando en cuando a ver en que funda sus pretensiones.

En cuanto a sus horas de negocios judiciales o mercantiles, políticos o militares, nada me importa; debo creer que las ocuparán con tino y aprovechamiento. Pero ¿y las horas de recreación? ¿Y esas horas que nosotros pasamos en disfrutar cuanto el arte ha podido ganar a la naturaleza? Si el demasiado esmero con que se prepara entre nosotros un banquete y el abandono con que nos entregamos a las delicias de nuestras fiestas hacen fruncir las cejas a los sabios, la elegancia, la belleza, el decoro ¿no son otras tantas razones que nos redimen de la tacha de sensualidad? ¿Y

cómo llenan ese tiempo los americanos? Yo no quiero comparar los banquetes de los dos países; algunos americanos dicen que no perciben la diferencia que pueda haber entre unos y otros; mas hablando en general, notaré que ellos rara vez comen con sociedad, excepto en las fondas y casas de pensión, y que entonces se dan toda la priesa posible para despachar guardando siempre un silencio profundo. Ademas he oído decir a varias damas americanas que los momentos que los caballeros pasan con mayor júbilo son los que se ven libres de toda traba, saboreando su vaso de ginebra o su ponche de huevo[21], sobre todo sin mujeres que les estorben.

Sin embargo, el país es hermoso y digno de visitarse por mil razones, de las cuales novecientas noventa y nueve se fundan en la admiración y el respeto, y la milésima en la certeza de que la mayor parte de los viajeros se reconciliarán con su patria y vivirán después más contentos en sus hogares. Cuanto más se diferencia el país por donde pasamos del que vamos dejando atrás, tanto más divertido nos parece; así todas las cosas de Cincinnati: nos presentaban este género de novedad que halaga; y aun yo hubiera encontrado en aquel paraje bastantes atractivos para detenerme con placer alguna temporada, mas para fijarme en él nada me ofrecía que hubiese podido suplir las comodidades de mi casa.

Mi casa empero debía establecer allí por cierto tiempo. Habíamos oído decir en todas partes que de cuantos puntos se conocen sobre «el globo llamado tierra», Cincinnati el más favorable para la colocación de un joven: así que sólo aguardaba la llegada de Mr. Trollope para tratar de acomodar a nuestro hijo, teniendo intención de permanecer a su lado hasta que se considerase bien establecido. Determinamos pues arreglarnos lo mejor que pudiéramos, y con ese objeto busqué una casa más grande, la cual no alcancé sin mucha dificultad, por haber excedido el número de las demandas de casa al de las edificadas, no obstante las mil cuatrocientas habitaciones construidas el año anterior. Hicimos conocimiento con varias personas amables, y entreteníamos el intervalo de inquietud y zozobra que precedió a nuestra reunión con Mr. Trollope, correteando por aquellas cercanías, lo que no solo nos procuraba distracción, sino oportunidad para observar el modo de vivir de las gentes del campo.

En esas excursiones visitamos una casa de labor o granja que nos llamó la atención tanto por su aislamiento y aspecto montaraz como por la dependencia absoluta en que vivían los moradores de sus propios recursos. Ocupaba la hacienda parte del terreno descuajado en el corazón de la selva. La casa estaba construida en la ladera de un monte tan escarpado que era menester subir por escala a la puerta, mientras el postigo daba contra la misma falda: al pie de la tajada altura corría un limpio y cristalino arroyo que rebalsando en su cauce, artificiosamente ensanchado, formaba un pequeño estanque en frente de la habitación. A un lado de ésta crecía un hermoso maizal que entraba hasta al fondo del bosque; al otro se veían unas cuántas aranzadas de tierra a medio desmontar con uno o dos tinglados para vacas, cerdos, caballos e innumerables gallinas. Delante de la puerta servía de jardín un huerto plantado de patatas y variado con algunos albérchigos y manzanos. La casa era de troncos mal desbastados y consistía en dos cuartos y un pequeño cobertizo donde habían hecho la cocina. Las dos estancias tenían buenas camas, buenas cómodas y los demás muebles necesarios.

La mujer del labrador y una joven que parecía hermana suya estaban hilando, y alrededor de ellas se divertían en travesear tres niños pequeñuelos. La mujer me dijo que ellas hilaban el algodón y la lana, tejían las telas que necesitaban para el uso de la familia, y hacían todas las medias y calcetas. Su marido, bien que no fuese zapatero de oficio, hacía los zapatos; ella fabricaba el jabón y las velas que consumían, y preparaba el azúcar, extrayéndolo del árbol de azúcar de cuya especie tenían muchos en su hacienda; solamente, según añadió, necesitaba dinero cuando tenía que comprar café, té y whisky, y para eso le bastaba mandar cualquier día una porción de mantequilla y gallinas al mercado. No hacían uso de trigo, ni vendían su maíz, porque a pesar de tenerlo al parecer en abundancia, no pasaba del preciso para su pan y pastas de diferentes clases, y para la manutención de sus animales en el invierno. La mujer del labrador tenía el semblante de una

21 Corregimos la traducción, ligeramente ininteligible.

persona enfermiza y nos dijo que todos habían tenido la fiebre «a la caída;» pero se mostraba contenta y llena de orgullo con su independencia, aunque exclamó con el tono de la melancolía: «Es extraño para nosotras ver gente: yo creo que el sol saldrá y se pondrá cien veces antes que volvamos a ver a otro humano que no sea de la familia.»

He sido minuciosa en la descripción de esta hacienda de la selva, porque me parece el mejor dechado de esa independencia de los bosques tan ponderada en la América del Norte. Aquellas gentes eran independientes, y éranlo como lo podía ser el mismo Robinsón Crusoe, comiendo y bebiendo a discreción; sin embargo yo no sé lo que hay de fúnebre, de innatural en semejante aislamiento. Nunca los llama la campana de alguna aldea vecina a la iglesia, donde pudieran encontrarse con sus semejantes y trocar con ellos palabras de amistad. Cuando mueren, no recibe sus huesos el recinto que una veneración antigua ha consagrado; la religión allí no derrama sus últimos consuelos junto al lecho de muerte, ni se oye sobre la sepultura su solemne y postrimero adiós: el padre o el esposo cava la huesa donde reposarán las cenizas de su mujer o de sus hijos bajo el árbol más cercano; él mismo los deposita en la tierra, y el viento que murmura entre las hojas es el único *requiem*. ¿Qué importa? Tampoco pagan contribuciones ni gabelas; tampoco tienen que quitarse el sombrero ni hacer una cortesía, y podrán vivir y morir sin oír ni dar el grito terrible de «viva el rey.»

* * *

Cerca de dos millas más abajo de Cincinnati, al lado del río en la parte del Kentucky, Mr. Bullock, bien conocido por su Salón Egipcio de Londres, ha comprado una grande hacienda con una casa magnífica. Él y su amable esposa se habían dedicado a mejorar el terreno y hermosear la habitación, y a la verdad, más buen gusto, más arte se admira en uno de sus bellísimos salones que en ninguna otra parte de toda la América septentrional. Es imposible dejar de advertir que Mr. Bullock está fuera de su elemento en aquel destierro; hasta las joyas del arte que ha llevado consigo parecen tan extrañas allí como parecería un jardín de rosas en la Siberia, o un elegante de Cincinnati en un salón del Almack.

La rara belleza del sitio que domina una de las vistas más deliciosas del Ohio, los jardines vastísimos que la cubren y la casa hermosa que lo enriquece han tentado a Mr. Bullock para que gaste sumas crecidas en comprar aquella posesión, y si alguien, después de haber pasado su vida en Londres, pudiera soportar tal mudanza, nada podría hacérsela mas llevadera que la inteligencia activa y la ardiente imaginación de Mr. Bullock; sin embargo su hospitalidad franca y verdaderamente inglesa y su talento investigador e ilustrado parecían perderse tristemente en el desierto. Después he oído con placer que aquel caballero se ha desprendido de su linda pero remota mansión.

VI.
Criados. Trato. Tertulias.

La mayor dificultad con que lucha una familia que trata de establecerse en el Ohio es la de encontrar criados, o como se dice en los Estados Unidos, tomar asistencia, porque es casi un delito de lesa república el llamar criado a un ciudadano libre. Toda la clase de mozas, cuya subsistencia depende del trabajo, están criadas con la idea de que la más abatida pobreza es preferible al servicio doméstico. Se ve trabajar a millares de mujeres andrajosísimas en los ingenios de papel o en otras fábricas por la mitad del salario que obtendrían en una casa particular; pero creen que el servicio doméstico compromete su igualdad, y sólo se someten a él por la codicia de echarse encima alguna gala. Con todo tanto hizo una de mis amigas para buscarme criada, que una mañana me vi entrar en mi casa a una muchachona alta y robusta que se presentó diciendo:

—Yo vengo a asistiros[22].

Causóme placer la noticia; la recibí con todo el agasajo posible y le pregunté cuánto ganaba al año.

—¡Oh *Gimini*! —exclamó la damisela con una fuerte carcajada—, vaya que bien se ve que sois pura inglesa por cierto. ¡Quisiera yo ver la señorita que contrata al año en América! Por mi parte confío en tener marido dentro de pocos meses, o *espero* quedarme una solterona pasada, que ya voy en los *decisiete*; demás que *pue-ser* tenga que *dir* al escuela. Me daréis *justo* a la semana un dólar y medio, y la esclava de madre, Filis, *espero* que vendrá una vez a la semana del otro lado del agua para *asistirme* a la limpia.

Sometíme a las condiciones del contrato con una docilidad respetuosa; y viéndola prepararse a trabajar con un traje amarillo sembrado de rosas de color de fuego, le dije con dulzura que me parecía una lástima el manchar un vestido tan bonito y que más valía que se lo mudara.

—Este es mi mejor y mi peor vestido —respondió ella—, porque no tengo otro.

En efecto luego supe que mi señorita se había salido de casa de sus padres con lo que llevaba encima. Al instante le dí dinero para que se comprara lo que le hacía falta, y me puse con mis hijas a coserle un zagalejo. Cuando nuestra tarea estuvo acabada, la aprobó sonriéndose, pero nunca le oímos una palabra de reconocimiento ni por esto ni por cosa alguna de las que hiciéramos por ella. Siempre nos estaba pidiendo prestados casi todos nuestros artículos de vestir, y cuando se los negábamos:

—Vaya —decía—, no he *veído* en mi vida gente tan agarrada. Señorita ha de mi *conocencia* que va a pasar temporadas con las viejas del pueblo, y tanto ellas como sus chicas les presta todo lo que les pide. Veo que vosotras las inglesas os figura que podrían envenenar vuestra ropa como si acá se fuera negras.

Aquí es menester asegurar a los lectores, que yo no invento cosa alguna en estas conversaciones. Todas las que se leerán en mi libro están escritas el mismo día en que pasaron con toda la fidelidad verbal que mi memoria las podía conservar.

Mi señorita se despidió al cabo de dos meses, porque no tuve a bien prestarle todo el dinero que quería, para comprarse un vestido de seda con que pensaba ir a un baile.

—Pues entonces —me dijo—, no vale mi tiempo el quedarme en esta casa.

Me es imposible creer que un estado de cosas semejante sea agradable ni que deba mirarse como ventajoso ni a una ni a otra de las dos clases interesadas. Podría escribir cien páginas sobre este punto y aun así no daría más que una idea incompleta de la susceptibilidad altanera y achacosa

22 «I be come to help you.»

de esas infelices. Tan excesiva es en muchas de ellas que la compasión vencía en mí todo resentimiento y hasta la risa. Tuve entre otras a una joven muy linda: la naturaleza debía haberla adornado de bellísimas disposiciones; pero a fuerza de oír repetir mil veces que valía tanto como cualquiera otra señora, que todos los hombres eran iguales, que de la misma manera lo eran todas las mujeres, y que era pecado y deshonra para una americana libre el ser tratada como una sirvienta, todos sus buenos sentimientos se habían torcido, y la suavidad de su natural se había convertido en una susceptibilidad que la menor cosa irritaba.

Cuando supo que debía comer en la cocina, dijo frunciendo su bonita boca:

—Veo que no me tenéis por bastante buena para comer en vuestra mesa, pero pronto conoceréis que eso no vale aquí.

No tardé en advertir que apenas probaba bocado, y que se pasaba llorando el tiempo de la comida. Aunque hice cuanto pude para reconciliarla con su condición y tenerla contenta, estoy persuadida de que me aborrecía; pero como le daba un salario crecido, me duró hasta que juntó para comprarse varios artículos de lujo. Cuando tuvo todos sus atavíos, vino una mañana vestida de gran gala, y me dijo:

—Necesito salir.

—¿Cuándo volveréis, Carlota? —le pregunté.

—Yo espero —me replicó ella— que no me volveréis a ver.

Así nos despedimos. Su hermana estaba también conmigo; pero aun no había podido completar su equipaje, y permaneció en mi casa algunas semanas, hasta que lo tuvo completo.

Temo que hablar tanto de mis criados no parezca de pésimo gusto; mas no puedo dejar de referir otra anécdota, porque sus circunstancias acaban la pintura de esa clase de Norteamérica. Pocos días después de la despedida de mi ambiciosa ninfa, mis clamores por asistencia fueron oídos y se me presentó otra señorita con la introducción de estilo:

—Vengo a asistiros.

Me habían advertido que nunca debía pedir informes, pues no sólo perdería la asistenta sobre quien los pidiera, sino que ninguna otra volvería a entrar por mis puertas; así que cinco minutos después de su presentación quedó instalada con paquete y todo como miembro de la familia. La pobre nada tenía de bonita, pero el aire de llaneza y simplicidad de sus modales le ganó nuestra voluntad. Por mi parte creí haber encontrado otra Juanita Deans, por las historias que me contaba de su mocedad, historias en que su buen instinto y luz natural la habían sacado a salvo de las garras de una legión de madrastras crueles, de amantes pérfidos y de hermanos bribones. Entre otras cosas me dijo con sus ribetes de emoción, que desde que estaba en la ciudad había hallado remedio para todas sus aflicciones.

—Gracias y alabanzas por todo a la religión —exclamó, y en seguida me preguntó si yo le permitiría ir a la congregación todos los martes y los jueves por la noche, añadiendo—: Yo no os haré falta, Mistress Trollope; nuestro ministro sabe que todos tenemos nuestros deberes hacia al hombre como hacia Dios, y junta la congregación tarde para que no puedan cruzarse unos con otros.

¿Quién se lo hubiera negado? no yo. Nancy obtuvo su licencia para ir a la congregación dos noches de la semana, además del domingo.

Una noche que los mosquitos habían hallado modo de entrar por la abertura de las cortinas de mi cama, y se divertían en no dejarme cerrar los ojos con su música y acompañamiento de picaduras, oí que entraban en la casa muy a deshora. Melevanté, fui a la escalera, y con la claridad de una hermosa luna reconocí la mejor papalina de Nancy. Llaméla y le dije:

—Venís muy tarde; ¿qué os ha detenido?

—Oh! Mistress Trollope, verdad es que vengo tarde. Esta noche hemos tenido diez y siete almas más en nuestro rebaño. Dios les dé vida para bendecir esta noche; pero la sesión ha sido larga

y acalorada; yo no tomaré mas que un trago de agua, y me voy a la cama; no me echaréis menos mañana, eso no impedirá que me levante temprano.

En efecto así fue. Nancy era muy buena criada, y hacía más de lo que se hubiera podido esperar de ella; además siempre tenía tiempo para leer la Biblia muchas veces al día, y observé que nunca hacía cosa alguna sin ponérsela junto a ella.

A lo último cayó mala del cólera y se agravó tanto que no daba esperanzas de vida. Yo la cuidé con el mayor esmero y pasé dos noches a su cabecera. El delirio se apoderaba de ella con frecuencia, y todas sus ideas se remontaban al cielo.

—Yo he sido una pecadora —decía—, pero Jesús mi señor me salvará.

Por fin se recobró, y habiéndome pedido que le dejara ir al campo a mudar de aires, me suplicó que le prestara tres dólares.

Durante su ausencia vino a verme una señora, y me preguntó con bastante agitación, si mi criada Nancy Fletcher estaba en casa. Respondíle que había ido al campo.

—¡Dios sea loado! —exclamó ella—; no la dejéis entrar nunca por vuestras puertas, que es la mujer más abandonada de la ciudad. Un caballero conocido vuestro ha oído que vivía con vuestra familia y que se jacta de poder entrar en la casa a cualquiera hora de la noche.

Enteróme de otras muchas circunstancias que no es necesario repetir, pero que contribuían a probar el peligro de vivir con semejante vecindad.

La esperaba al otro día por la tarde, y me parece que pasé todo aquel intervalo en meditar como me desharía de ella sin entrar en explicaciones. Llegó el momento, y no pudiendo trazar con todo mi estudio pretexto mejor que la razón verdadera que tenía para despedirla, se la presenté de buenas a primeras. No se vio la más ligera alteración a su semblante; sólo me replicó con mucho modo:

—Yo quisiera saber quién os lo ha dicho.

Díjele que de nada le serviría y que se marchara inmediatamente.

—Yo estoy pronta —me contestó—, pero ¿y vuestros tres dólares?

—Me quedaré sin ellos, Nancy: id con Dios.

—Es menester que arregle mis cosas.

Y con estas palabras salió del cuarto. Como media hora después, estando para comer toda la familia, entró con su aire acostumbrado de urbanidad, se despidió tranquilamente de todos y nos dejó con el mayor agasajo del mundo y sonriéndose amigablemente.

Asustóme tanto la última aventura que a pesar del fastidio de guisar nosotras mismas nuestra comida, no quise recibir en mi casa más señoritas de éstas sin tomar antes informes de su historia pasada. Al cabo encontré una francesa, excelente mujer, y poco después se me presentó una jovencita inglesa que recibí para que le ayudase. La una y la otra me sirvieron por mi buena suerte hasta poco tiempo antes de mi partida: aquí pues acaba felizmente la parte de tales infortunios en mi relación.

Con tantas dificultades para todo arreglo doméstico, es claro que las señoras que se educan en medio de ellas no deben tener mucho tiempo para cultivar y desarrollar sus talentos: en efecto, eso está fuera de la cuestión; y por lo mismo más sorprende el que varias de ellas sean muy agradables en su trato que el que ninguna de ellas posea una instrucción profunda.

Si yo hubiera pasado en cualquiera otra población tantas noches de tertulia como en Cincinnati, podría ahora dar una muestra de la conversación del país; pero al leer mis apuntes y poniendo en contribución mi memoria para llevar sus vacíos apenas descubro un recuerdo que merezca tal nombre. Los extractos de diálogos y dichos que he recogido en mi viaje ocuparán sus respectivos lugares. Baste decir que cualesquiera fuesen los talentos e ingenio de las personas que forman las tertulias de Norteamérica, la misma traza, forma y disposición de las reuniones bastaría a

paralizar la conversación. Las mujeres se arrebujan todas juntas en un rincón de la sala; los hombres en otro. Debe al mismo tiempo advertirse, para hacer justicia a Cincinnati, que esta costumbre no se observa sólo en aquella ciudad o en la parte occidental de los Allegheny.

A veces las tentativas de un concierto producen reuniones particulares: allí unos cuantos jóvenes de los más arriscados, contando con sus cabellos rizados y sus chalecos tiesos y rozagantes, se sientan al piano con desenfado y preludian algunas de las cosas bonitas que están aprendiendo y que sirven para calcular lo que cada uno lleva gastado en el maestro de música. Cuando la casa es de las respetables del pueblo, hay en ella dos salones: en el uno dejan solas a las señoritas mas jóvenes con los caballeros más mozos y el piano, oyéndose salir de aquella parte carcajadas frecuentes y rumor de alegría: mientras el otro salón, a que la etiqueta americana condena a las personas graves, ofrece un cuadro tristísimo. Los padres conscriptos gargajean, hablan de las elecciones y de los precios del mercado, y vuelven a gargajear; las matronas se miran los trajes hasta que se cuentan el último alfiler, hablan del último sermón del cura Fulano, de las nuevas píldoras del doctor Zutano contra la dispepsia; hasta que anuncian el té, que entonces se consuelan de cuanto han podido sufrir fuera de la cama a tales horas, atestándose el estómago de más té, café, tortillas calientes y costradas, fruta de sartén, buñuelos, beatillas, bufadas y otras masas, albérchigos en compota, pepinillos en curtido, jamón, pavo, cecina de vaca, almíbar de manzana, y ostras en escabeche, que se prepara jamás en ningún otro país del mundo conocido. Acabada esta sólida colación, todo el mundo se vuelve a la sala, donde, a lo que yo he observado, permanecen cuanto pueden, hasta que se levantan en masa para echarse de golpe sobre capas, sombreros y chales. Y luego, vanse.

VII.
Mercado. Museo. Galería de pinturas. Academia de bellas artes. Escuela de dibujo. Sociedad freneológica. Lectura de miss Wright.

Quizás lo más bello de Cincinnati es el mercado, que por su excelencia, abundancia y baratura no cede en mi opinión a otro alguno del mundo, si se exceptúa en el artículo de frutas, las cuales son muy inferiores a las que he visto en Europa. No hay por la ciudad carnicerías, pescaderías ni más tiendas de comestibles que panaderías o, como allí las llaman, hornos: todo se ha de comprar en el mercado, y para eso la mujer de gobierno ha de ir temprano; si no, a pesar de provisión tan abundante, se expone a quedarse sin tener qué almorzar, comer y cenar el día que se descuide en ir a la plaza antes de las ocho de la mañana.

La carne de buey es excelente y su precio más alto mientras estuvimos allí no excedió de cuatro centavos la libra, es decir, dos peniques de Inglaterra o menos de un real de vellón de España. El carnero no llega al buey, y la ternera no parece muy buena a la vista, pero es sabrosa aunque sin mucha substancia: el precio poco más o menos el mismo. Las aves son excelentes: una gallina grandísima y en estado de ponerse en la mesa no costaba más de doce centavos, y mucho menos si se compraba viva y no tan cebada; los pavos a cincuenta centavos, y a igual precio los patos y gansos. El Ohio produce varias especies de pescado, muchas de ellas muy buenas, y todas se encuentran baratísimas en la plaza. Los huevos, la manteca de vacas y casi todas las legumbres son exquisitas y van a precios razonables.

Desde junio hasta diciembre hay tomates maduros (que son el lujo de la cocina americana según la opinión de los europeos) y dan un capazo por dos reales. Tienen una gran variedad de habas desconocidas en Inglaterra, particularmente el haba del Perú que condimentan como las habichuelas de Europa. Esta semilla es fecundísima y muy sabrosa: si pudiera aclimatarse en nuestros países, sería una adquisición importante. El haba de Windsor o haba ancha no prueba en aquel clima; Mr. Bullock tenía en su huerta, y las cultivaba con el mayor cuidado; pero crecían un pie, echaban la flor y nunca maduraba la semilla.

Toda la fruta que vi en Cincinnati era miserable. En dos años de residencia no gusté un melocotón que pudiera comerse. No encontré albaricoques ni nectarinas; las fresas son pequeñísimas, las frambuesas peores que las fresas, las grosellas escasas y peores que las fresas y las frambuesas; la grosella la mitad más menuda que la de Europa y la mitad más cara; las uvas, agrias hasta para tortas; muchas manzanas, pero ruines, y tales que no se sacarían en Inglaterra para servir los postres de un bodegón; las peras, las cerezas y las ciruelas de las más miserablemente malas.

Las flores son por lo menos igualmente inferiores; no sé si la falta viene de su cultivo o de la calidad del terreno: un caballero que parecía entender de botánica me informó, después que salimos de Cincinnati, que en el estado de Ohio no se encontraban frutas ni flores indígenas. Los melones de agua que procuran en aquellos climas ardientes un regalo delicioso, son abundantes y baratos; los de las demás especies son inferiores a los de Europa, y aun a los que en Inglaterra se crían en los invernaderos.

Apura mucho la curiosidad al extranjero el adivinar de dónde llevan la leche al mercado, cuando no hay asomo de pastos en todos los alrededores de la población; nosotros no tardamos en saber que allí se conoce más de un medio para mantener las vacas. Infinitas familias y particularmente las pobres tienen una, si bien no se acierta a primera vista como se pueden acomodar con ella. Por la mañana y por la tarde, sacan a la puerta de la casa grandes gamellas, y allí les echan maíz cocido: mientras la vaca come, la ordeñan, y cuando la operación está acabada

entran la gamella y la paila de la leche, dejando libre e independiente el animal republicano que puede retozar por aquellas lomas o bañarse en los arroyos, como más le pluguiere. En general vienen con puntualidad por mañana y tarde a dar y tomar el almuerzo y la cena; mas antes de ajustarnos con un jarro, nos llevamos el chasco más de una vez de que nos volvieran nuestro jarro vacío con la triste nueva de «que todavía no había parecido la vaca, y que ya era demasiado tarde para irla a buscar.» Una vez me acuerdo que la buena mujer nos dijo: «Me he dormido y la vaca se ha vuelto a ir, porque creo que no le gusta ir y venir por nada al pobre animal.»

Cincinnati no se puede vanagloriar de poseer muchos *leones*, pero cuenta dos museos de historia natural, que contienen una rica colección de ejemplares. Con especialidad en el de Mr. Darfeuille se ven reunidas algunas antigüedades indianas de alto interés. Mr. Darfeuille es hombre de gusto y de saber; sin embargo seria imposible que agradara en las capitales de Norteamérica un museo formado según las reglas. Los habitantes de aquella región tienen la pasión más extravagante por monigotes de cera, y los dos museos se la disputan a cual presentará mas objetos de este ramo bárbaro del arte. Como para atraer al público no puede contar Mr. Dorfeuille con la ciencia, ha apelado al ingenio, y le ha salido a maravilla. Ha construido un pandemonio en el piso alto del museo y allí ha congregado todas las imágenes de horror que su fecunda imaginación le ha sugerido: enanos que por medio de resortes se convierten en gigantes a la vista de los espectadores atónitos; diablillos de ébano que arrojan llamas por los ojos; reptiles monstruosos devorando juventud y belleza; lagos de fuego y montañas de nieve; en una palabra la cera, el pincel y los muelles han hecho y hacen portentos. A fin de dar al sistema mas «realce», lo hace ver por medio de una reja de hierro espesa, a cuyas barras están unidos varios alambres pertenecientes a una máquina eléctrica puesta en la pieza contigua: el que adelanta una mano atrevida o un pie incauto, recibe un golpe, que suele comunicarse a muchos circunstantes y producir, no conociéndose la causa, efectos excesivamente cómicos: terror, sorpresa, curiosidad, todo está en movimiento y todo contribuye a hacer del «Infierno de Mr. Darfeuille» la muestra más divertida que cualquiera se puede imaginar.

También hay en Cincinnati una galería de pinturas, circunstancia de mucha importancia para nosotros, pues nuestro amigo Mr. H., que había acompañado a Miss Wright con la esperanza de hallar ocasión de emplearse en la línea de pintura histórica, pensaba en hacer su primer ensayo en Cincinnati. Sería fastidioso describir la sala llamada galería de pinturas; yo no dudo que dentro de algunos años presentará otro aspecto muy diferente del que tenía cuando nosotros la vimos. Mr. H. fue muy bien acogido por muchos sujetos de la ciudad, y aunque el estado en que halló las bellas artes en ella, le inspiraba poca confianza de obtener un éxito favorable, se ocupó inmediatamente de un cuadro histórico magnífico del desembarco del general Lafayette en Cincinnati.

Quizas pueda sacarse la prueba más clara de la tibieza con que se miraba entonces la pintura en Cincinnati del resultado que obtuvo el proyecto de un maestro de dibujo alemán establecido en el pueblo. Habiendo concebido el plan de una academia de bellas artes autorizada, logró al principio cuanto podía desear, o según la expresión del país lo llenaron hasta los topes. Las primeras suscripciones produjeron tres mil dólares, es decir, nombres con guarismos al frente que sumaban esa cantidad, se buscó casa, y en fin se pidió y obtuvo la suprema autorización, empadronando en forma los nombres de los miembros, subscriptores, profesores y empleados u oficiales. Tanto pudo el calor de su celo patriótico, pero no fue más lejos, y yo no he vuelto a oír después que se hiciera ni aun mención de la Academia autorizada de bellas artes de Cincinnati.

El mismo alemán, luego que vio los dibujos de Mr. H., se prendó tanto de ellos que le propuso al instante el que tomara parte en su escuela, ofreciéndole, me parece, quinientos dólares al año. Mr. H. aceptó el partido, mas la unión duró muy poco, y la causa de la ruptura es demasiado americana para pasarla por alto. Mr. H. preparó sus modelos, y asistió a la clase, que era numerosa y se componía de jóvenes de ambos sexos. Desde su entrada se apercibió que la buena maga llamada disciplina nunca se había sentado en aquellos bancos: trató de corregir los abusos, reprendió a los discípulos su eterno hablar, les prohibió el correr de una sala a otra; todo fue inútil. Viendo pues que

nada podía hacer en medio de tanto desorden, escribió un reglamento, para fijarlo a la puerta de la academia. Cuando presentó su trabajo al alemán, éste le dijo meneando la cabeza:

—Mucho *pien*, mucho *pien* en Europa, pero los jóvenes y las *senoritas* no *lleparlo* a *pien* en América; *elos* hacer lo que querer: ver *reglamentas* hoy, andar *manana*, y nosotros quedar *pien solas*.

—Y no haréis observar estas reglas *si nécessaires*, *Monsieur*?

—¡Oh *mon Dieu*! no *per toto il munto*.

—*Eh bien, Monsieur*, entonces tendré que dejar bajo vuestra dirección a los jóvenes republicanos.

Me han contado otra anécdota que da nueva luz para conocer el verdadero estado del arte en Norteamérica por aquel entonces. Mr. Bullock estaba enseñando su preciosa colección de grabados a varios caballeros de los mas encopetados, la flor y nata de la ciudad, cuando uno de ellos exclamó:

—¿Y de veras habéis hecho todo esto desde que habéis venido a Cincinnati? ¡Qué tarea debéis haberos dado!

De otro personaje de alto tono de Cincinnati y conocido por su gusto crítico en las bellas artes, me han referido, que teniendo en la mano una estampa de Hebe y el ave consagrada a Júpiter, preguntó de un modo satírico:

—¿Qué es esto?

—Hebe —respondió el dueño de la colección algo alarmado.

—¡Hebe —exclamó con ironía el hombre de gusto—, vaya con Hebe. ¿Y qué diablos tiene que hacer Hebe con el águila americana?

A poco de estar nosotros en Cincinnati, llegó el doctor Caldwel, que es el Spurzheim[23] de América, y abrió sus conferencias sobre la frenología. Yo asistí a sus lecturas y me presentaron a él. Ha estudiado con mucha diligencia las obras de Spurzheim y de Combe, y entiende la ciencia a que se ha dedicado; pero ni sus lecturas ni su conversación participan de aquel encanto que sólo comunica la verdadera exaltación y que hace escuchar tanto tiempo al doctor Spurzheim. Sin embargo las conferencias del doctor Caldwel produjeron un efecto considerable. Al momento de veinte a treinta de los ciudadanos más eruditos se decidieron a formar una Sociedad Frenológica. Se citó a una junta, y la junta fue numerosa, alistándose un número respetable de suscriptores, cuyas respectivas cuotas se habían de abonar posteriormente. Quedaron elegidos presidente, vicepresidente, tesorero y secretario, disolviéndose la primera reunión con todas las apariencias de una perseverancia enérgica en el estudio de las nuevas descubiertas.

A la segunda junta ya asistió solamente la mitad de aquel cuerpo científico; mas los concurrentes aprovecharon el tiempo, formando leyes, redactando reglamentos y votando resoluciones con tal prodigalidad que su código, según decían, hubiera llenado tres volúmenes en-folio.

Llegó el día de la tercera reunión, día de la mayor importancia, pues ese mismo debían recaudarse las suscripciones. El tesorero se presentó con toda puntualidad, y hallándose solo, tuvo la paciencia de esperar dos horas, hasta que ya perdida la esperanza de ver a nadie, tomó el partido de irse: así murió la Sociedad Frenológica de Cincinnati.

Por mi parte he tenido frecuentes ocasiones de notar que el espíritu de empresa y deseo de promover mejoras rara vez han prendido con fuerza suficiente para resistir el efecto mortal de tocarles a sus dólares. Los americanos se contentan con hablar; y si bien para toda grande operación que promete resultados ventajosos se puede contar con el apoyo seguro de los hombres de empresa y capital, rarísima vez creo que haya quien para lo que solamente ofrece gloria o mera satisfacción quiera dar sino «sus más dulces votos.»

---

23 El frenólogo alemán Johann Gaspar Spurzheim (1776-1832).

Y acaso hagan bien. En Europa vemos menguarse los caudales por la pasión de estatuas, o de cuadros, o de libros, o de joyas, por todas y cada una de esas necesidades ficticias que realzan y adornan la existencia, y cuyos goces llevan al hombre a que ponga en olvido su condición de tierra. Más sabios son y más prudentes los de la generación trasatlántica, entre quienes nada he visto yo nunca que los pueda inducir a semejante olvido.

Cuando salió de la ciudad el doctor Caldwell, se presentó en la escena otro personaje, que causó la más violenta sensación, anunciando que intentaba dirigir al pueblo sus lecturas y por consiguiente darlas en público.

Que una señora rica, de ilustre familia, con una brillante educación, y que hubiera pasado su juventud en los círculos más refinados de la vida privada, se presentase en público desempeñando el papel de una lectora popular, debía siempre excitar naturalmente la sorpresa en cualquier país, y aun el *nihil admirari* del Viejo Mundo apenas se podría sostener delante de un espectáculo igual; pero en América, donde las mujeres viven envueltas en una mortaja de nulidad, produjo solamente la noticia un efecto que difícilmente se acertaría a describir. «Miss Wright[24] de Nashoba va a dar lecturas en la casa del Tribunal» era la frase que sonaba de calle en calle, que se repetía por todas las casas. A mí me sorprendió, pero no lo extrañé: yo conocía su peregrino don de elocuencia; su tesoro inagotable de palabras, y la magia irresistible de su voz sonora y penetrante, y no podía dudar que si ella quería, le sobraban disposiciones para atraerse la atención y cautivar los aplausos de cualquiera auditorio a que tuviese por conveniente presentarse. Yo deseaba infinito oírla, pero me asustaban, ponderándome la inmensa multitud que se agolparía a verla. Después de pensarlo bien, y sabiendo que otras muchas damas se determinaban a ir, mi amiga Mistress P*** y yo nos resolvimos a tentar el paso acompañadas de algunos caballeros. La dificultad fue menor de lo que nos la habíamos figurado, aunque el edificio estaba ya lleno; y nos felicitamos de haber tenido arrojo para penetrar en medio del concurso, porque todas nuestras esperanzas no llegaron ni con mucho al esplendor, brillantez y elocuencia arrebatadora de esta oradora extraordinaria.

El punto sobre que versó su lectura fue la naturaleza del verdadero saber, y poco dijo en ella que prestara objeciones a ninguna secta o partido. Este primer discurso no era más que una introducción para las teorías singulares y terribles contenidas en las siguientes lecturas, sin que pudiese todavía recelarse de su doctrina, a no ser por lo que ya indicaba de que la fábrica de la sabiduría humana no podía estribar en otra base que en la de los conocimientos humanos.

Había allí no obstante un pasaje que repugnaba al sentido común, a saber: la parte en que citaba aquella frase de perniciosa sofistería: «Todos los hombres han nacido libres e iguales.»

Este axioma tan frívolo como falso, que ha hecho, hace, y hará tanto mal a este bello país, se debe a Jefferson; y a la verdad la vida del autor fue el glorioso comentario de su pensamiento. No pretendo yo criticar sus escritos, pero la luz natural me basta para declarar falsa esa su máxima predilecta.

Pocos nombres son tenidos en más alta estimación en América que el de Jefferson: él es la piedra de toque del partido democrático, y todos convienen en que fue uno de sus varones más ilustres; con todo yo he oído su nombre enlazado con hechos que estremecerían a los hijos de Europa. Los hechos a que aludo, andan en la boca de todo el mundo, y nadie los relata con misterio ni en particular; antes bien en una nación donde la religión es la conversación de sobremesa y su rigurosa observancia una distinción elegante, esos hechos se refieren y escuchan sin horror, hasta sin conmoción.

Es pública voz y fama que Mr. Jefferson tenía una caterva de hijos de casi todas sus esclavas que eran numerosas. Estos infelices eran también sus esclavos legítimos y como tales trabajaban en su casa y haciendas, fijando él su placer con especialidad en que ellos le sirvieran a la mesa, y no siendo completas las orgías hospitalarias que tanto renombre daban a su *Montecielo*, si la copa que bebía no se la presentaba la mano trémula de alguno de sus hijos esclavos.

24 Véase nota 12.

Una vez oí asegurar a un adorador democrático de este hombre grande, que cuando, como solía acontecer, sus hijos habidos de cuarteronas eran bastante blancos para evitar sospechas acerca de su origen, nunca los perseguía si se escapaban, diciendo con gran risa: «Que se escapen los pícaros, si pueden; no seré yo quien se lo estorbe.» Anécdota referida en una reunión considerable para muestra del natural bueno y generoso de este hombre, y aprobada con una sonrisa universal.

O yo no sé distinguir lo bueno de lo malo, y la virtud y el vicio no son más que palabras, o este grande americano era un tirano inmoral, un libertino sin entrañas de hombre.

Volviendo a Miss Wright, es imposible imaginarse cosa alguna más imponente que su presencia. Su estatura alta y majestuosa, la expresión penetrante y casi solemne de sus ojos, el contorno simple de su bien formada cabeza, sin más adorno que sus cabellos naturalmente ensortijados, su vestido de muselina blanca sencilla, plegado airosamente como la túnica de una estatua griega, todo contribuía a producir un efecto que en nada se parece a cuanto había yo visto antes ni espero volver a ver.

VIII.
Carencia de diversiones públicas y privadas.
Iglesias y Capillas. Influjo del clero. Un *Revival*.

No he visto jamás sociedad más desprovista de toda especie de distracción que la sociedad de Cincinnati. La ley prohíbe el juego de billar; la ley prohíbe los naipes: vender una baraja en el estado de Ohio es un delito que somete al que la vende a una multa de cincuenta dólares. Allí no hay más bailes públicos que los seis de las fiestas de Navidad; allí no hay conciertos; allí no hay banquetes; allí no hay diversión alguna.

El único entretenimiento público de aquella tristísima población es un teatrillo a que muestran muy poca afición y en donde, sea por economía sea por falta de gusto, apenas se encuentra alguno que otro concurrente. Las señoras con especialidad rara vez van a él, y la mayor parte de las mujeres mira como un pecado contra la religión asistir a la representación de una comedia.

Para ver a las damas de Cincinnati es menester ir a las iglesias y capillas, puntos de reunión donde se presentan todas de gran gala; y estoy por creer que un extranjero recién llegado de Europa pensaría a primera vista que los templos y lugares del culto eran los teatros y cafés de la ciudad. No pasa noche de la semana que no lleve a las capillas y casas de congregación bandadas de jóvenes muy lindas, vestidas con esmero y a veces con grande coquetería, que allí es donde se ostenta el lujo y donde cada cual aspira a señalarse como la más petimetre. El número de los hombres que concurren a estas asambleas nocturnas es cortísimo en comparación del de las mujeres, pero, como puede conjeturarse, todo ese aparato de cintas y ese acicalamiento de peinados se explican naturalmente con la presencia de algunos cuantos mozalbetes empleados de almacenes o escritorios tan peripuestos y soplados. A la verdad, si no fuese por las iglesias y capillas, me parece que se podría hacer una hoguera con los mejores sombreros pues yo no he visto que sirvan en otra ocasión.

Las mujeres están siempre demasiado ocupadas en las faenas domésticas para hacer ni recibir las visitas de mañana en traje de etiqueta. No hay tampoco paseos ni tiendas de parada a donde puedan ir a lucir; de suerte que sin las reuniones de la religión y las de los tés particulares, todas las señoras de Cincinnati correrían riesgo de convertirse en perfectas reclusas.

La influencia que los ministros de todas las sectas religiosas de Norteamérica (que son innumerables) ejercen sobre las mujeres de sus congregaciones respectivas, se acerca mucho a la que leemos que ejercen sobre las de los países de la comunión romana los sacerdotes católicos. Para un influjo tan singular hay infinitas causas. En primer lugar, en toda nación en que los ricos afectan reconocer la igualdad de condiciones cuando los pobres la reclaman a gritos, solamente el clero obtiene distinciones y preeminencias: nada podría darles mas alta importancia a los ojos de las damas. En segundo lugar yo creo que las de aquel país no reciben sino de los individuos del clero las atenciones y obsequios que tanto halagan a todas las mujeres de cualquiera parte del mundo que sean. Así pues, en cambio de los miramientos que en Europa guardan al débil sexo todos los estados y clases de la sociedad, exceptuando quizás el más bajo, y que en América sólo tienen con ellas los ministros del culto, las americanas les entregan sus corazones y sus almas. No sé que exista otro país donde la religión domine tanto a las mujeres y tan poco a los hombres.

No quiero decir por eso que no haya encontrado con hombres de sentimientos sinceramente religiosos, o con mujeres faltas de toda religión; hablo de la gran mayoría de los habitantes que he podido observar y estoy convencida de que no me equivoco en mi aserción.

Pocos meses después de nuestra llegada a Cincinnati nos inspiró la mas viva curiosidad el oír hablar del *Despertar*[25] por toda la ciudad. «El *Despertar* será completo.» «Estaremos ocupados constantemente, mientras dure el *Despertar*.» Eran las frases que se repetían sin cesar por todas partes, y que nosotros oíamos mucho tiempo sin saber lo que querían decir. Al cabo supe que la iglesia *no-oficial* de América necesitaba hacer esfuerzos de cuando en cuando para levantarse a mayor perfección y cobrar más vida y energía. Entonces recorren el país los ministros más entusiastas de todas las sectas, y entran en las ciudades y rancherías a bandadas de veinte y aun de ciento, según lo permite la comodidad de los pueblos, permaneciendo en cada uno a proporción de lo crecido del vecindario de una semana hasta un mes. Los nuevos apóstoles predican y oran durante el día y a menudo gran parte de la noche en los diferentes santuarios y templos de la población. He aquí lo que llaman *a Revival* (un *Despertar*).

Yo trabajé con ahínco por adquirir noticias sobre este punto, mas tales son las que pude recoger que temo la nota de exageración al escribirlas; lo único que está en mi mano es el evitar con la mayor precaución el merecerla. El asunto es altamente interesante y sería una falta de no ligera trascendencia tratar de él superficialmente.

Los eclesiásticos ambulantes que desempeñan ese ministerio son de todas las creencias, me parece, menos episcopales, católicos, unitarios y cuáqueros. Hay presbiterianos de todas especies. baptistas de no sé cuantas variedades, metodistas de más denominaciones que yo puedo recordar: se necesitaría mucho tiempo para explicar los visos innumerables de tan multiplicados ritos, y mucho más para comprenderlos. Entran en todas las ciudades, villas y lugares de la Unión; no he llegado a saber con la certeza suficiente el intervalo que en general separa sus visitas: se alojan de ordinario en las casas de sus respectivos feligreses, y las noches que no pasan en las iglesias o casas de congregación se juntan en particular y tienen lo que otros llamarían tertulias, meriendas, cenas y diversiones, mas que ellos designan como reuniones piadosas para rezar y contemplar. Entre la oración y la contemplación vienen los buenos bocados, los sendos tragos, el canto, las confesiones y la conversión de algunos pecadores, o por mejor decir, pecadoras. Aunque no me han invitado a esas reuniones y por consiguiente nada sé de ellas sino lo que he oído, creo que debo dar crédito a la persona que las ha visto y que me ha contado lo que yo refiero; y a la verdad con que sea cierta la mitad de lo que me han dicho, basta para conocer que las tales reuniones domésticas de ejercicios piadosos no son el rasgo menos curioso ni menos importante del retablo.

No es posible contener la risa al descubrir la semejanza vivísima que hay entre los sentimientos de una señora presbiteriana o metodista de las de ardiente celo que tiene la fortuna de asegurar para su reunión a un *itinerante*, y los de una dama de las de *calzas azules* de Londres[26] tan feliz como aquella junto a un poeta favorito. No tiene duda, todas las mujeres del mundo nos damos cierto aire de familia.

La reunión se solemniza en las mejores salas con los trajes más elegantes, con los manjares y refrescos más exquisitos. Mientras se van juntando, se pasa el tiempo en cuchichear con los convidados que llegan. Llámanse *hermanos* y *hermanas* y su acogida mutua es afectuosísima. Cuando está la sala llena, los individuos de la reunión, que por la mayor parte se compone de mujeres, se invitan, se ruegan, se hacen zalamerías para que cada cual confiese ante sus hermanos y hermanas sus pensamientos, sus faltas y locuras.

Las escenas de confesión son verdaderamente extrañas: cuanto más confiesa el penitente, tanto más lo animan, tanto más lo acarician. Acabada la penitencia, se arrodillan y el itinerante hace una oración *ex tempore*. En seguida comen y beben, y luego cantan himnos, oran, exhortan, vuelven a cantar y orar, hasta que toca la excitación en un punto verdaderamente subido. Esas escenas no se

---

25 Juan Florán traduce *Revival* por *Resurrección* preferentemente. Hoy se utiliza preferentemente la expresión el *Gran Despertar* para referirse al fenómeno que describe la señora Trollope.

26 Así llaman en Inglaterra a las que afectan ocuparse exclusivamente de ciencias o bella literatura y cuya pedantería es tan ridícula como la de nuestras doctoras o marisabidillas. (Nota del traductor.)

representan en una que otra casa ni alguna que otra noche, durante el *Despertar,* sino en muchas casas al mismo tiempo, porque los templos y capillas no son bastantes para la mitad de los *itinerantes*; aunque no se cierran de día ni hasta muy tarde por la noche y aunque los ministros que ofician se apoderan unos después de otros de todas las iglesias y casas de congregación.

Yo fui dos veces testigo en una de las iglesias principales de los presbiterianos de escenas que me estremecieron. En la descripción de la una daré la de las dos y aun la de todas, porque en realidad no son más que la repetición constante de una misma cosa.

Era en medio del verano, y el oficio a que nos recomendaron asistir, empezó después de oscurecido. La iglesia estaba bien iluminada y tan llena que casi no se podía respirar. Al entrar vimos tres ministros uno junto a otro embutidos en una especie de tribuna, colocada donde comúnmente está el altar, magníficamente adornada con colgaduras carmesíes y elevada casi a la altura de nuestros púlpitos. Nosotras tomamos nuestros asientos en un banco inmediato a la baranda que la cercaba.

El clérigo de en medio estaba orando; su oración fue vehemente hasta la extravagancia, con ribetes de grosera en lo bajo de la expresión; siguió un cántico y al cántico mudanza de lugar y personajes; otro ministro ocupó el centro de la tribuna y predicó. La elocuencia del sermón, que no dejó de abundar de ella, fue del género horrible. El predicador describió con una espantosa minuciosidad los últimos congojosos instantes de la vida humana, y los progresos de la corrupción que descompone los cuerpos, sin olvidar el más leve pormenor hasta concluir en el período asqueroso de la disolución del cadáver. Mudando repentinamente su tono, que había sido el de la descripción sobria y exacta en el grito penetrante del horror, sacó la cabeza, como si debajo del púlpito hubiera visto alguna visión tremenda, y como Rebeca daba cuenta a Ivanhoe de lo que veía por la ventana del castillo, así nos enteraba el predicador de lo que descubría allá en el abismo que parecía abrirse a sus ojos. El gesto fue ciertamente feliz y debía contribuir a realzar lo terrible de la pintura del infierno. No omitió imagen de las que pueden sugerir el fuego, la llama, el azufre, el plomo derretido y las tenazas hechas ascuas, con el complemento necesario de la carne que chirría, los nervios que palpitan, los tendones que se retuercen. La cara del venerable apóstol era una fuente de sudor; los ojos se le saltaban de las cuencas, revolviéndose como los de un epiléptico; tenía los labios cubiertos de espuma, en una palabra todas sus facciones expresaban el horror profundo que habría experimentado, si en realidad hubiese estado viendo la escena que nos describía. Sin disputa desempeñaba su papel maravillosamente. Por último echó una mirada lánguida sobre sus dos auxiliares, para indicarles su fatiga y extenuación, y dejóse caer en su asiento enjugándose las gotas de agonía que inundaban su frente.

Levantáronse los otros dos ministros y entonaron un himno. Pasó algún tiempo sin que la congregación los acompañara como de ordinario; todo el mundo estaba horrorizado y temblando, viéndose en la palidez de los semblantes la angustia que oprimía sus corazones. Al acabarse el canto, ocupó otro ministro el centro y dirigiendo al auditorio la palabra con un tono afectuoso y halagüeño, preguntó si lo que su caro hermano les había dicho, les había llegado al alma, y si querían librarse del infierno que les había hecho ver.

—¡Venid pues! —continuó tendiendo los brazos a la congregación—, venid a nosotros y decidnos: *sí*, y nosotros os haremos ver a Jesús, al dulce y amorosoJesús que os libertará de ese lugar de tormentos. ¡Pero habéis de venir a él! ¡No os habéis de avergonzar de venir a él! Esta noche le habéis de decir que no os avergonzáis de él; nosotros os abriremos el camino; nosotros os franquearemos el banco de la penitencia para que se sienten en él los pecadores arrepentidos. ¡Venid pues! Venid al banco de las congojas, y os mostraremos a Jesús! ¡Venid! ¡Venid! ¡Venid!

Mientras cantaban otro himno, uno de los tres fue haciendo desocupar uno o dos escaños que estaban al través de la baranda, enviando la gente a la parte inferior de la iglesia. Cesó el canto y de nuevo invitaron a los fieles, exhortándolos a no avergonzarse de Jesús, y a ponerse en los bancos de

las congojas y reclinar las cabezas sobre su seno. «Vamos a cantar, dijo por última vez, para daros tiempo.» Y en efecto volvieron a entonar un himno.

No tardó en percibirse un movimiento general en la iglesia, que comenzando con lentitud fue aumentándose por grados. Las jóvenes se levantaban, se sentaban y volvían a levantarse: al cabo se abrieron algunos claros, y varias de ellas salieron vacilando, las manos enlazadas, las cabezas sobre el pecho y temblándoles todos sus miembros, y el canto no paraba; mas conforme se iban acercando las pobrecitas a la baranda, se oían sus gemidos y sollozos. Se sentaron en los *bancos de las congojas*; el himno cesó, y dos de los tres ministros bajaron de la tribuna, y tomando uno a la derecha y otro a la izquierda, empezaron a hablar al oído a las infelices que temblaban más y más. Para nosotras fue un secreto lo que les decían; lo que no se nos ocultaba era el triste exceso de los suspiros y los llantos. Aquellas tiernas e inocentes criaturas, con los rostros pálidos y descompuestos, caían de rodillas y se postraban con la cabeza en el suelo; seguíanse los más violentos gritos y alaridos, en medio de los cuales se oía de cuando en cuando una voz convulsa que exclamaba: «¡Oh señor!» «¡Oh señor Jesús!» «¡Ampárame, Jesús!» y cosas semejantes.

Los dos ministros continuaban su paseo entre ellas; con frecuencia subían en los bancos, y anunciaban a todo el concurso «las nuevas de salvación»; y entonces se levantaban como ecos en todos los ángulos del templo gritos breves y agudos de *¡Amén! ¡Gloria! ¡Amén!* mientras las postradas penitentes recibían consuelos misteriosos y de cuando en cuando alguna caricia mística. Más de una vez vi yo que al cuello de las jóvenes bonitas servía de collar algo ajustado el brazo de los reverendos. Muchas eran atacadas de histérico y de convulsiones, y cuando el tumulto llegaba a su colmo, el ministro del púlpito soltaba toda su voz con un himno para dominarlo.

Era horrible el contemplar a aquellas criaturas en la mañana alegre de la vida tan afligidas, tan aterradas, y convertidas para siempre en víctimas flacas y enfermizas. Una muchacha que según las apariencias no podía pasar de catorce años, se apoyaba en el brazo de otra algo mayor; su rostro parecía el de una muerta; sus ojos estaban desencajados y en un estado completo de estupor; una transpiración glutinosa cubría sus mejillas y pecho; reunía todas las señales del idiotismo. Vi a un ministro aproximarse a ella, miró su mano delicada, dijo: «¡Jesús es con ella! ¡Bendito sea el Señor!» y pasó adelante.

Si los norteamericanos estimaran a las mujeres, como los hombres deben estimar a sus esposas y a sus hijas, ¿permitirían semejantes escenas?

Apenas es menester decir que no fueron sino mujeres a sentarse en los *bancos de las congojas*, y por la mayor parte muy jóvenes. La congregación se componía en general de personas perfectamente puestas, y entre ellas las señoras más elegantes y de mejor tono de la ciudad: durante el *Despertar* las iglesias eran todos los días el teatro del lujo y de la elegancia.

Así se divierten las damas de Cincinnati: ir a la comedia está prohibido; jugar a las cartas es contra la ley; y como trabajan y se afanan en sus casas, fuerza es que tengan alguna recreación. Por mi parte confieso que la más grosera farsa me parece que sería una representación menos detestable y perjudicial para la juventud y la inocencia que esas ridículas pantomimas.

IX.
Escuelas. Clima. Sandías. El 4 de julio. Tormentas. Puercos. Casas movibles. Mr. Flint. Literatura.

Cincinnati contiene muchas escuelas; mas yo no he tenido oportunidad de conocerlas bien, para juzgar de su mérito y calcular el rango que deben ocupar, pues sólo visité la del doctor Lock, persona que parece tener opiniones liberales y grandes sobre la educación de las mujeres. Si su sistema produce los resultados excelentes que ofrece en la teórica, las damas de aquella ciudad probablemente serán dentro de pocos años aventajadísimas en las ciencias de sociedad. También asistí al examen público de las discípulas de su escuela, y noté con sorpresa que las ramas del saber más elevadas no habían sido excluidas de los estudios de aquellas lindas criaturas. Una joven interesantísima de diez y seis años se graduó en matemáticas, y otra pasó su examen de filosofía moral. Tan dulce era el rubor que hermoseaba sus semblantes, y tan bellamente aturdidas y confusas parecían, que habría sido difícil para un juez más hábil que yo el decidir si merecían o no el diploma que recibieron.

Para mí era enteramente nuevo el método de graduar a las jóvenes y de expedirles diplomas al salir del establecimiento; al menos yo no me acuerdo de haber oído hablar de cosa igual en otra parte. Temo que el tiempo que dan a las bellas graduadas de Cincinnati para adquirir los varios elementos de esa educación no sea demasiado escaso, y que así les impidan el llegar a la eminencia que en cada ramo promete de antemano su ilustrado director. Las matemáticas de «un trimestre» o la economía política, la filosofía moral, la álgebra y las ecuaciones de cuarto grado de «dos trimestres», rara vez me parece que podrán formar, aun a pesar de los esfuerzos unidos del maestro y del discípulo, un fondo de esas ciencias capaz de bastar a una docena de muchachos y un pasante.

* * *

A fines de mayo empezamos a sentir que vivíamos en un clima más caliente que los otros a que estábamos acostumbrados, y mi hijo padeció infinito a causa de la diferencia de temperatura, porque le atacó una enfermedad biliosa, con tal grado de calentura, que durante algunos días temimos por su vida. No dudo que el plan curativo que siguieron con él fue juicioso, pero la cantidad de calomel que le recetaron fue enorme. Un día pregunté cuántos granos debía preparar, y me dijo el facultativo que le diese una cucharada de las del té. Yo me figuro que la diferencia del clima debe producir diferencia en los efectos de esta medicina, o si no sería imposible que la práctica del Nuevo Mundo se alejara tanto de la del antiguo. Austey dice, hablando de los médicos de Bath:

«¿Quién vio jamás a un doctor
Cocido en agua caliente?»

Yo puedo asegurar por experiencia propia que no puede echárseles en cara semejante imputación a los médicos que recetan con tanta prodigalidad el calomel en América. Estando yo después en el condado de Montgomery, cerca de Washington, un facultativo que asistía a uno de nuestros vecinos, se quejaba de cierta indisposición.

—Es menester cuidarse, doctor —le dijo el enfermo.

—Ya lo hago —respondió él—; ayer tomé cuarenta granos de calomel, y hoy me siento mejor.

En el caso de mi hijo hicieron también uso de repetidas y copiosas sangrías, y en pocos días se levantó y salió de su habitación, aunque terriblemente débil, pasándose muchas semanas antes de que recobrara su fuerza.

Al paso que iba subiendo el calor, iban aumentando las enfermedades. La ciudad está llena de médicos, y a todos se veía correr en sus volantas con una celeridad que asustaba. Uno de estos

señores nos dijo que cuando un facultativo se quería establecer en un pueblo, si conocía bien sus intereses, nunca dejaba de recorrer las calles por la noche, antes de fijar su resolución. Si veía la triste luz de la lamparilla vacilar en muchos aposentos, podía estar seguro de que la fiebre hacía su oficio y que le iría bien. Según ese juicio, Cincinnati está lejos de ser una ciudad saludable. Yo comencé a temer por nosotros y me determiné a abandonarla; pero me fue imposible el lograr fuera de ella una habitación, porque las muchas casas de posadas que hay a los alrededores estaban llenas de huéspedes. Nos aconsejaron evitar cuanto posible fuera el salir en el calor del día. Las mañanas y las tardes son deliciosas, particularmente aquellas, si se quiere madrugar.

Durante muchas semanas nunca me quedaba en la cama dadas las cuatro, y a esa hora acompañaba casi todos los días a mi asistenta cuando iba al mercado, donde me divertía con la novedad de los objetos y el bullicio de la concurrencia. Todos los días entran en la plaza muchos carretones cargados de sandías o melones de agua y se ven grupos de hombres, mujeres y niños sentados en el suelo alrededor del sitio donde se venden, regalándose con esta fresca y agradable fruta, o más bien devorando prodigiosas cantidades de ella. La manera que tienen de comerla es repugnante: cortan el enorme melón en seis u ocho tajadas de un pie de largo, y vertiendo agua como están se las llevan a la boca; por todas partes les corre el fluido a caños, y de cuando en cuando escupen una bocanada de pepitas negras y duras, que despedidas con violencia en todas direcciones alcanzan como una nube de granizo a los que pasan. Cuando probé la sandía me pareció una fruta muy grosera, mas antes de acabada la temporada, ya nos gustaba a todos. Tomándola con vino y azúcar, hace una bebida exquisita.

Es costumbre en Cincinnati que los hombres, vayan a la plaza: los mas elegantes y los de más elevada posición no tienen reparo de levantarse al amanecer e ir seis días de la semana armados de un capazo o canasto gigantesco a comprar carne, manteca, huevos y verdura. Yo los he visto con frecuencia volver con el pesado cernacho en un brazo y colgando del otro un poderosísimo jamón.

Llegó el *4 de Julio*, día de la mayor festividad para todos los norteamericanos, porque es el aniversario del 4 de julio de 1776, día en que fue firmada la declaración de su independencia en la casa de estado de Filadelfia.

Para mí la tibieza huraña y la falta de entusiasmo es uno de los mayores defectos del carácter americano, y así las demostraciones de júbilo con que celebran ese día me causó un verdadero placer. El 4 de julio parece que el corazón de aquella gente se despierta de un sueño de trescientos sesenta y cuatro días; se los ve animados, contentos, bulliciosos, sociales, generosos, o siquiera francos, y si pudieran contenerse un poco en escupir en tan solemne día, diría yo que el 4 de julio, a lo menos parecen un pueblo amable. Verdad es que las mujeres tienen poco que hacer con la pompa, el esplendor y la alegría de la fiesta, mas dejando a parte esa falta, es menester; convenir en que el espectáculo que ofrece un júbilo tan cordial y sincero es gloriosísimo y digno de contemplarse; y si no tuvieran el mal gusto y peor sentimiento de pronunciar una arenga anual para ultrajar a la madre patria (por no hablar del manifiesto de guerra llamado la *Declaración de la Independencia*), su graciosa majestad el rey de Inglaterra podría presenciar la escena y decir que es bella: aun más, podría regocijarse de que doce millones de personas separadas de su trono y sus altares por una distancia de mil leguas hicieran sus propias leyes y tomaran su té del modo que mejor les pluguiere[27].

* * *

Las continuas tormentas de aquel país eran un manantial de sensaciones profundas para nosotros. Los que sólo han oído el trueno de las nubes en Inglaterra, no tienen sino una idea muy débil del lenguaje con que expresan su cólera los dioses. La descripción de Thomson[28] sin embargo puede completársela; porque es difícil que se pinte mejor con palabras semejante espectáculo, ni que reproduzcan su estruendo ecos más verdaderos. La imagen que no ha alcanzado es la de la

27 El lector no debe olvidar que es una inglesa quien escribe. (Nota del traductor.)

28 Autor de las *Estaciones*, uno de los mejores poemas descriptivos de la literatura inglesa. (Nota del traductor.)

llama de color rosado del relámpago que ilumina la tierra y que parece convertirla en elemento de fuego.

Al leer esta celebrada descripción en América, y observando cuán verdadera es y con qué admirable exactitud retrata aquella naturaleza, me figuraba que descubría el secreto de la máquina de un poeta, y pensaba que para lograr su intento y mover necesita dar imágenes más grandiosas que las que la realidad le ofrece, bastando que sus proporciones sean justas y su colorido verdadero. Todo parece colosal en aquel gran continente: si llueve, si truena, si ventea, todo es *fortissimo*; bien que yo sentí muchas veces que el terror cedía a la maravilla y al deleite, ¡tan grandes, tan brillantes son los cuadros que una tormenta desarrolla! Ciertamente las desgracias son allí más comunes que en nuestros climas, pero no tanto que deba oprimirse el corazón de miedo cada vez que se vea una masa de nubes agruparse contra el viento.

* * *

Apenas es perdonable el enojarse contra un pueblo porque los artículos de su comercio no son de un género pulcro; sin embargo yo confieso que hubiera vivido más contenta en Cincinnati, si no hicieran sus habitantes tan considerable tráfico de puercos. Es casi increíble, para los que no lo han visto, la inmensa cantidad de cerdos y de puerco salado que se despacha. No he visto nunca diario ni periódico en que no se leyeran avisos como los siguientes:

«Se necesitan *inmediatamente* 4.000 puercos cebados.»

«Se venden 2.000 barriles de puerco de primera.»

Mi aversión no obstante eso se funda en razones más personales: si determinaba dar un paseo por *Main-Street* (la calle mayor), tenía quinientas probabilidades contra una de no pasar al lado de la sombra sin tropezar con un hocico acabado de salir del fango del canal; cuando nos animábamos a subir a cierta colina con más traza de un pilón de azúcar que de monte, a fin de respirar un aire puro y ver alguna agradable perspectiva, encontrábamos el arroyo que teníamos que pasar a su falda convertido en albañal del matadero de los cerdos: en vez de los perfumes del «tomillo que ama el regazo de la verde ladera», asaltaban nuestras pobres narices olores que no quiero describir y que deseo de todas veras que no pueda imaginárselos quien me leyere; nuestros pies que al dejar la ciudad creíamos que iban a encontrarse sobre una alfombra de hierba recamada de flores, se hallaban literalmente enredados entre hocicos, rabos y jarretes de cerdo; y así nos prohibimos para siempre los paseos más agradables de las cercanías.

* * *

La traslación de casas de un solar a otro es una de las novedades que más sorprenden en la América del Norte. Muchas veces nos divertimos viendo esa muestra de habilidad mecánica en las calles. Ni los detiene la dificultad de trasladar un edificio de un extremo a otro de la población. Las casas que yo vi viajar de ese modo eran todas de madera, excepto las chimeneas; pero dicen que también las de ladrillo dan los mismos paseos. La más grande contenía dos pisos de cuatro estancias cada uno, y tiraban de ella cuarenta bueyes. A los primeros pasos fueron al suelo las dos chimeneas y luego continuó su camino sin novedad, consistiendo las grandes dificultades en el primer arranque y la parada que se debe hacer en el mismo solar donde ha de quedarse el edificio. Esta fuerza de locomoción era importantísima en Cincinnati, pues las mejoras constantes de la población solían hacer deseable el cambiar una casa de madera por otra de cal y canto; entonces veíamos el antiguo n° 100 de Main-Street, o el antiguo n° 55 de Second-Street, irse en paz fuera de la ciudad a tomar posesión de un solar más humilde en el campo inmediato.

* * *

El conocimiento mas agradable que hice en Cincinnati, y a la verdad conocimiento de uno de los hombres de más talento que yo haya tratado, fue el de Mr. Flint[29], autor de varios volúmenes de infinito mérito y editor de la *Western Monthly Review* (revista mensual del Oeste). Su conversación

29 Timothy Flint (1780-1840). Fue también novelista y autor de la biografía más conocida de Daniel Boone.

es elocuentísima y en extremo agradable; no me acuerdo de haber conocido a otra persona con más talento para la sátira y aun para el sarcasmo, a que sin embargo su buena índole y excelentes modales quitan el veneno que pudiera lastimar. Se nota en sus noticias críticas una fuerza y penetración que en nada ceden a cuanto de este género he leído. Es ardiente patriota y de un corazón tan americano que no siempre podíamos ser de la misma opinión en todos los puntos que discutíamos; mas no sé yo si me alucinaba con la energía y brillantez de su lenguaje, y la noble y veraz franqueza de su carácter, o con sus modales blandos y corteses, pero Mr. Flint es el solo americano en cuyos labios no me parecieran las alabanzas hiperbólicas de su país exageradas y ridículas.

Una vez, pero no en casa de Mr. Flint, me hallé en una tertulia con un caballero que decían de carrera y fondo; juntaba a esas prendas la cualidad de ser lo que llaman un hombre *serio*, y parecía complacerse en que los demás reconocieran sus derechos a ese doble concepto. Había en la reunión una señora *seria* muy amable, en quien fijó su elección para desenvolver sus pretensiones celestes, dejando para mí el honor de ser la persona a quien dirigía casi toda su terrestre sublimidad. La diferencia consistía en que, cuando hablaba con ella, hablaba como con un ente que si no su igual, era a lo menos digno de alta distinción, y se sonreía con ella como el arcángel Miguel se hubiera sonreído con Eva en el paraíso; a mí me hablaba como san Pablo a los endurecidos judíos; es verdad que no sacudía sus vestiduras para purificarse de todo contacto conmigo, mas se servía de su pañuelo con ese intento, y si no terminaba cada frase diciendo: «Yo estoy limpio», sus labios, su tono, sus miradas y gestos, todo suplía la falta de la palabra.

El pobre lord Byron, como suponerse puede, era el blanco de todos los tiros de su pequeñito pero emponzoñado carcaj. Como nunca había oído hablar a otro hombre *serio*, escuché a éste con toda atención. Se veía claramente que los bellos trozos que conserva grabados en la memoria todo verdadero amante de la poesía, se le habían pasado por alto a nuestro don Severo, e igualmente que sabía los que hubiera él deseado que nunca hubiese escrito el gran maestro. Yo se lo dije así; pero me será difícil olvidar la mirada que me lanzó.

Alcanzaba un conocimiento muy escaso de los demás autores y los criticaba de una manera divertidísima. De Pope dijo:

—Ya está olvidado; en nuestro país hablar de él es bambolla.

Con todo yo insistí citándole *El robo del rizo* como prueba de algún talentillo, y como un poema escrito con un estilo que le servirá de pase en cualquier salón de buen gusto. Al mencionarle esta obra, el caballero serio manifestó la misma agitación que cuando habló de *Don Juan*, y yo no supe (sin la más leve afectación) lo que significaban sus contorsiones hasta que dijo murmurando y sacudiendo el pañuelo:

—¡Basta el título...!

El nombre de Dryden lo movió a risa, y su sonrisa decía, cuanto puede decirlo una sonrisa: «¡Cómo disparata la vieja!»

—Nosotros no conocemos a Dryden sino por citas, y esas a la verdad sólo se hallan en libros que hace mucho tiempo hemos olvidado.

—¿Y Shakespeare, señor?

—Shakespeare, madama, es obsceno, y a Dios gracias *nosotros* estamos harto adelantados para no conocerlo. Si hemos de sufrir la desgracia infame de tener un teatro, que a lo menos se representen en él piezas marcadas con el sello de los progresos del siglo en que vivimos.

Eso era ir verdaderamente de pareja con el espíritu de la época; *au courant du jour*, como dirían los franceses.

De Massenger no sabía una palabra; de Ford nunca había oído hablar; el tiempo de Gray había pasado; de Prior nada había leído, pero lo tenía por un escritor muy pueril; Chaucer y Spencer

fueron echados al agua espalda con espalda, diciendo que era afectación ni más ni menos ocuparse de autores que habían escrito en una lengua que ya nadie entendía[30].

Tal es la conversación más literaria a que me encontré presente en Cincinnati[31].

En efecto hay muchas razones que impiden el que los conocimientos literarios se difundan en la América del Norte. Apenas puede mirarse como excepción la lectura universal de los papeles públicos: si tal fuera, la América sobrepujaría en letras al resto del mundo; porque en todos los rangos de la sociedad, empezando por el rico negociante que pertenece al más elevado, y acabando en el hombre que sirve, que es del último, tienen demasiadas ocupaciones a que atender, para dar a la lectura más de alguno que otro momento que emplean en ojear un diario. Por eso creo que cada periódico americano es a poco más o menos un almacén o repertorio misceláneo donde el mercader

30 Me parece que no debe generalizarse la sangrienta, pero justa crítica que Mistress Trollope hace del literato moderno don Severo. El desdén con que miraba aquel caballero a los padres y maestros de la lengua de los Estados Unidos no puede ser nacional, porque sería ridículo y en extremo nocivo. Si el conocimiento de la lengua patria es el único medio que tienen los pueblos para que se desenvuelvan en todas sus partes las ideas y conocimientos útiles, el olvido de los principales autores de Inglaterra que los norteamericanos deben mirar como suyos, les acarrearía todos los males que trae consigo la ruina de las letras, efecto de la decadencia del idioma.

Para demostrar cuánta sería la justicia con que Mistress Trollope censuraría esa vanidad pueril, bastará la noticia sucinta que sigue, y cuyos límites no me es dado ensanchar en el corto espacio que me queda.

Chaucer es el Dante de los ingleses: su talento poético y más todavía la novedad de su estilo volvió a la lengua de sus compatriotas la dignidad y el favor que había perdido desde la conquista de Inglaterra hecha por los normandos. La lectura de sus obras requiere la perseverancia del hombre estudioso; pero es indispensable para el que desee conocer perfectamente el origen y progresos de la literatura británica. Chaucer nació en 1328.

Spencer es el autor mas armonioso de los que forman el siglo de Isabel de Inglaterra. Su *Reina de las Hadas*, aunque incompleta, afianza sus títulos a la inmortalidad. Spencer imitó a lord Buckhurst, que imitó a Cervantes, pero ha tenido la gloria de inspirar algunos de los ilustres ingenios de nuestro siglo.

Massenger fue contemporáneo de Ben Johnson, amigo del célebre Shakespeare, y, como uno y otro, poeta dramático. A veces como nuestros poetas de aquella época trabajaba en las comedias de dos, de tres y de cuatro ingenios; a veces tenía la fortuna de que representaran las piezas que él había hecho solo. Su *Duque de Milán*, y *El Tutor* se representarían ahora con aplauso. A pesar de su ingenio, murió desconocido. En el obituario de la parroquia en donde vivía se lee: «El 20 de marzo de 1639-40 ha sido enterrado Felipe Massenger, extranjero. » Este registro no ofrece una idea muy brillante del favor que gozaban los buenos talentos en la corte de la reina virgen, como llamaban a la amante de Essex, de Leicester, etc., etc.

Ford, poeta dramático, asociado con Rowley y Decker del mismo modo que Massenger lo estaba con Field y Fletcher. Fue uno de los que contribuyeron a crear el teatro nacional.

Gray, uno de los poetas más célebres del siglo pasado. Pocos han escrito menos versos y pocos también han alcanzado más gloria. Su elegía sobre el cementerio traducida en todas las lenguas, menos en la nuestra que yo sepa, su despedida del colegio de Eton y su oda a la Adversidad, son tres piezas donde rebosa el talento.

Prior, de quien se ha hablado mucho en su tiempo y ahora se habla muy poco, fue uno de los poetas de la pléyade inglesa del siglo de la reina Ana. Pope dice que no era bueno sino para hacer versos, pero los hombres de estado de aquella época tenían de él otro concepto en cuanto a su habilidad para el manejo de los negocios: a lo menos, Prior tuvo una parte muy principal en una de las transacciones más ruidosas del reinado de Jorge. Como escritor ha merecido los honores de la traducción, y ser citado por su estilo como digno de estudio.

Dryden es uno de los mejores poetas dramáticos del teatro inglés. Algunos le niegan el talento poético; todo el mundo sin embargo lo reconoce como un buen escritor, y ha dejado trozos magníficos en prosa y verso.

Alejandro Pope es el poeta por excelencia para unos, y un coplero frío y despreciable para otros. Lord Byron ha tomado su defensa, pero Pope no necesitaba de tan ilustre campeón para triunfar de la animosidad de partido, del resentimiento personal, y de la cólera literaria. El traductor de la *Ilíada* pudo decir al acabar su obra: «Exegi monumentum ære perenius», casi con tanta razón como Horacio; porque mientras se hable la lengua inglesa, Pope será un modelo de corrección y gusto para quien desee poseerla

Los nombres de Shakspeare y de Byron son tan conocidos, que nada podría yo decir, que fuese nuevo, en el corto espacio de una nota.

Vese pues por esa revista pasajera cuán graves pueden ser los efectos de la opinión de un pedante, como el don Hermógenes transatlántico. Afortunadamente para la civilización de los Estados Unidos, los hombres de verdadero ingenio no piensan del mismo modo. Los señores Washington Irving y Fenimore Cooper estudian y conocen lo que el pretendido literato de Mistress Trollope juzgaba antiguallas y fárrago olvidado. (Nota del traductor.)

31 Excepto la conversación agradable, fácil y llana sobre todas materias de la amable familia de Mr. Flint. (Nota de la autora.)

puede escandir, mientras toma una factura, las *Estancias de Mistress Hemans*, o leer un extracto cernido de la *Vida de Byron* escrita por Moore; donde estudia el abogado su derecho, recogiendo tal vez una sentencia de crítica americana que declara «las novelas de Bulwer decididamente superiores a los romances de sir Walter Scott»; y en donde hasta el que puja en los encantes puede adquirir, mientras deja la bocina o el tonel, frases en que apoyar sus pretensiones de cultura, con pasar la vista por sus columnas y aprender de memoria que «las descripciones de Miss Mitford son indescriptibles.» Si vais a comprar una vara de cinta, el tendero tiene que dejar su papel y a veces dos y tres para medirla. Vi en una ocasión a un acarreador de cerveza encaramado en la vara de su carretón con un papel en la mano, que leía, y otro debajo del brazo a prevención; en otra que entré en la barraca de un zapatero del campo llamado Harris, vi un diario casi lleno de poesía original dedicada a Madison F. Harris. Para asegurarme de mis sospechas, le pregunté si su nombre era Madison. «Sí, señora, Madison Franklin Harris es mi nombre.» El tirapies y la lira ocupaban el tiempo del poético zapatero, y temo que no fuese con harta igualdad, porque el infeliz estaba tan enjuto de bolsillo como pálido de rostro.

Eso es a mi parecer lo que entienden por la difusión general del saber tan ponderada en los Estados Unidos; en efecto la tal difusión es generalísima, pero dudo que sea de algún provecho para el pueblo.

Los únicos hombres de lectura que conocí, fueron los que habían abrazado las letras por profesión, y varios de ellos ocuparían un puesto más elevado en la gran república (no de América sino de las letras), si escribieran para personas menos dadas al estudio de periódicos y diarios; y aun ascenderían a mayor eminencia, si en vez de escribir para la multitud, escribieran para los escogidos. Yo estaba siempre ocupada en trazar el paralelo, acaso pueril, entre la falta externa e interna de pulimento y elegancia que en las obras indígenas del país puede notar cualquiera. Sus composiciones carecen de aquella solidez de pensamiento, de aquella última mano que debe señalar las producciones de un hombre de principios y de gusto que posee el arte de escribir; ni su papel azulado y sucio, ni sus impresiones borrosas halagan siquiera con el lujo espléndido que cuadra a un volumen destinado a las manos y ojos de los Epicuros exigentes de la literatura[32].

Los primeros libros que compré en América fueron las *Crónicas de Canongate*. Cuando pregunté el precio, me causó una sorpresa agradable el oír que me pedían un dólar y medio, es decir: la sexta parte de lo que cuestan en Inglaterra las demás obras de Scott; sin embargo al abrir aquellas hojas de papel de estraza, me convencí de que todo lo barato es caro. El gusto que causa una página blanca y bien impresa se pierde de vista con el fuego, la rapidez, el encanto que se apodera de la imaginación cuando se lee un romance como *Waverley*; así me sucedía a mí hasta que me apercibí de su falta; y entonces, casi me cuesta rubor el confesarlo, muchas veces al volver las hojas del desagradable volumen se me acababa el placer, y mi pobre corazón animado de un espíritu terrestre suspiraba por buenas prensas y buenas formas.

32 Se debe exceptuar la *American quarterly Review* (Revista trimestral americana), que a la vista parece idéntica a la Revista trimestral inglesa, *English quarterly Review.* (Nota de la autora)

X.
Mudanza al campo. Paseos por el bosque. Igualdad.

Al cabo logré lo que tanto deseaba, alquilando una bonita casa de campo dejada por un abogado, cuya profesión lo obligaba a residir en lo interior del pueblo. Estaba situada en un lugarejo, como a milla y media de la ciudad, y construida al pie de unos collados que en otro tiempo habían sido linderos de su distrito por la parte del norte. En este alojamiento nos acomodamos mucho mejor que no lo estábamos en la población. El edificio reunía varias conveniencias con habitaciones bien frescas y ventiladas; nos veíamos libres de los odiosos mosquitos, y disfrutábamos de las ventajas de un pozo de nieve que nunca se acababa. Nos divertíamos además en coger nosotras mismas los tomates de nuestro jardín, y teníamos el placer de tomar leche de nuestra vaca. Yo por mi parte vivía mucho más contenta con todos los privilegios de la vida rural, que ejercíamos sin restricción, y que son tan incompatibles con los melindres y privaciones de los habitantes de un pueblecillo del oeste de América, como con los requisitos de la sociedad de Londres.

Entre nosotros y nuestra vaca reinaba una intimidad patriarcal, y cuando nos recostábamos sobre la yerba de la pradera, no dejaba de dar un resoplido al libro, y en cambio respirábamos su agradable aliento. Tan cerca estaba de nuestra casa el bosque que solíamos hacer de su delicioso recinto un estrado exterior, y no debía sorprender el encontrarnos camino de él sin otro preparativo que nuestros quitasoles y llevando libros y trabajo, para entretenernos y pasar a la sombra los días larguísimos del verano. El prado que separaba los árboles de la habitación, estaba cubierto de una grama menuda, alfombra hermosa que se extendía hasta la entrada del bosque, y sobre la cual varios leños y troncos servían de mesas y sofás.

Con todo, no bastaba eso para saciar nuestro deseo de campo, y determinamos consagrar un día entero para gozar de los placeres del sitio más salvaje que descubriéramos en los bosques. Nos proveímos pues de libros, de papel, de lápices y de sandwiches[33], y a pesar de un sol abrasador, trepamos por una cuesta tan pendiente que hubiéramos podido reposar acostados con sólo inclinarnos un poco. Llegamos a la cumbre, jadeando y casi ahogados, pero con la esperanza de que nos refrescaría y daría aliento el aura pura de una atmósfera libre. ¡Vana ilusión! Para eso nos era necesario encaramarnos más arriba, tal vez a la cima de los árboles, porque el aire no se movía bajo sus ramas ni se había movido jamás, según oprimía nuestros pulmones.

En efecto, hecho el ánimo de solazarnos en una región donde se disfrutara de aire menos estancado, continuamos todavía nuestra escalada, hundiéndonos hasta las rodillas en un pantano eterno de hojas. Cansados ya de buscarla en balde, resolvimos sentarnos un rato en el primer tronco de árbol que se ofreció a nuestra vista, y como todos estábamos considerablemente molidos, concebimos a una la misma idea y la ejecutamos con igual simultaneidad; pero el leño traidor se transformó en un montón de broza y podredumbre, y todos nos sumimos también simultáneamente en el profundo tremedal que un siglo antes habían formado los despojos del bosque primitivo.

Ni fuimos nosotros los únicos pacientes en ese chasco; con nuestra caída turbamos la paz de las ranas, lagartos, ciempiés, escarabajos, sapos y langostas, que saltaron de su nunca profanado

33 Lonchas sutiles de jamón, carne de vaca, ternera, pavo, etc., con sal, pimienta o mostaza, entre dos rebanadas muy delgadas de pan. Esta especie de empanadillas o pasteles de industria es una de las mejores invenciones para camino, giras de campo y demás casos en que se desea combinar el tiempo y la comodidad con las necesidades poco poéticas más urgentísimas del estómago. Los cazadores ingleses, y aun las damas en la temporada del campo, recuerdan con gratitud el nombre del autor lord Sandwich. Esta nota se le pasó por alto al compositor, y no la puso al pie de la página a que pertenece. Su grande importancia me hace no omitirla, y estoy cierto que más de un amigo mío me dará las gracias. (Nota del traductor)

retiro, y nos manifestaron su enojo muy naturalmente, fastidiándonos cuanto les fue posible, mordiéndonos, picándonos, arañándonos; y cuando por último logramos salir de aquellas venerables ruinas, presentábamos un cuadro tan trágico como puede cualquiera imaginárselo. Sacudimos nuestros vestidos (que no exhalaban aromas) y asados de calor, acribillados a picotazos, y vejados con tanto contratiempo, nos separamos algunos pasos de la escena de nuestro infortunio y nos sentamos otra vez, pero en el suelo, y tanteando la solidez del terreno.

Apenas habíamos empezado a tragar la hiel del capricho que nos había arrastrado a aquellas soledades montaraces, cuando cayó sobre nosotros una nueva plaga. Juntóse al instante una nube de mosquitos, y mientras nos chupaban la sangre con sus agudas trompas, formaban un coro de zumbidos que nos aturdía, hasta que perdimos la paciencia y nos retiramos, con el firme propósito de no volver jamás a tentar las delicias de otro *al fresco*[34] en los bosques de América. El sol estaba entonces en toda su fuerza meridiana, pero nuestro camino era corto y cuesta abajo; así volvimos a alzar nuestros preparativos de felicidad y tomamos la dirección de nuestra casa; o más bien empezamos a marchar sin dirección, porque buscando un paraje agradable, nos habíamos internado tanto en aquellas cavernas de troncos y ramas que habíamos perdido todo rumbo, y no atinábamos con el sitio por donde habíamos entrado.

No se veía más que multitud de matas altas, endebles y melancólicas semejantes a las de los guisantes y separadas unas de otras a distancia de un pie. El suelo, en cuanto alcanzaba la vista (que a la verdad no era mucho) estaba cubierto de una capa de hojas secas, donde no se columbraba huella, senda ni rastro, como diría Mr. Cooper[35], que nos indicara nuestro camino. Al cabo, después de habernos detenido un rato a meditar, vimos que era menester entregarse al acaso, y de ese modo tan poco halagüeño emprendimos nuestra romería para tropezar con nuevas desventuras. Habríamos andado como un cuarto de milla, cuando, descubriendo una cuesta muy pendiente, nos creímos ya fuera de peligro, y empezamos a bajar casi arrastrando, sin dudar que fuese la misma que antes habíamos subido. Ciertamente no podía haber cosa más parecida; mas ¡ay, que parecerse no es ser! y al llegar a la linde del bosque a fuerza de resbalones y culadas, no vimos casa ni choza, ni sombra hermosa de acacias, ni vestigio de las cercanías de nuestra habitación, porque para mayor desgracia nos encontrábamos en el punto opuesto, y teníamos que ganar una distancia de tres millas penosísimas por la falda de la colina. Creo que ninguno de nosotros olvidará jamás tan terrible paseo; al acordarme yo de él, me parece que siento el calor de aquella atmósfera brillante y abrasadora que aun me quema. Era doloroso andar, era doloroso respirar, era doloroso mirar; porque todo despedía llamas de fuego, reflejando los rayos que el sol lanzaba sobre la tierra.

Por fin llegamos a nuestra casa, lo que no dejó de sorprendernos agradablemente, y cuando nuestras lenguas resecas recobraron su fuerza, las primeras palabras que pronunciamos fueron para prometernos mutuamente que nunca nos propondríamos más giras de campo en los bosques del Ohio.

Por este tiempo esperábamos de un día a otro la llegada de Mr. Trollope, pero pasaron tantas semanas que empezamos a temer que alguna ocurrencia imprevista no lo hubiera obligado a diferir su viaje para la primavera. Felizmente, cuando habíamos cesado casi de mirar hacia el camino de la ciudad, lo vimos venir una noche bastante tarde por el que cruza el campo desde Pittsburgh. El placer que tuvimos fue doble, pues lo acompañaba nuestro hijo mayor, a quien no esperábamos tener el gusto de abrazar.

Los paseos y cabalgatas nos ofrecieron un interés mayor. Nuestros dos jóvenes acabados de salir del colegio se encontraron en la América con un país enteramente diverso de las demás naciones que sus libros les habían hecho conocer; para ellos era en realidad un mundo nuevo. Si hubieran visitado la Grecia o Roma, habrían reconocido los objetos de que ya tenían ideas completas en su mente; si hubieran viajado por la Italia, también habrían visto lo que les era

34 En español en el original (Nota del editor digital.)

35 Naturalmente, James Fenimore Cooper (1789-1851), el muy famoso autor de *El último mohicano.*

familiar por la conversación ordinaria; mas la América, excepto acaso en la parte geográfica, no se conoce mucho mejor en las escuelas públicas de Inglaterra[36] que el reino de las hadas; ni se ha estudiado con más profundidad el carácter americano que el de los antropófagos: todo pues era nuevo para ellos y todo debía divertirnos.

Al principio nos chocaba la familiaridad extraordinaria de nuestros pobres vecinos, y apenas sabíamos como tomar su franqueza grotesca, ni como debíamos corresponder a ella; por lo mismo solía haber entre nosotros escenas sumamente cómicas. En una ocasión dos de mis hijos fueron a pasearse a las colinas, y como se detuvieran más de lo que esperábamos, resolvimos irlos a buscar. Aunque sabíamos la dirección que habían llevado, pensamos que nunca podía ser inútil preguntar en la cervecería, que estaba al pie de la cuesta, si los habían visto pasar. Una mujer que más parecía verdulera de Covent-Garden[37] que otra cosa, salió y me respondió con la cara de pascua más alegre del mundo que sí, preparándose a venir con nosotros en su busca. Su modo de mirar, su voz, sus gestos eran tan rudos y vehementes que asustaba el verla; pero ella cogiéndome el brazo, y enganchándomelo en el suyo con toda libertad, para completa diversión de mi familia, empezó a tirar de mí, hablándome y preguntándome sin cesar. Vivía a poca distancia de nosotros y sin duda sería excelente vecina; mas el temor de su violenta intimidad me había alejado siempre del umbral de su puerta. Para hablar a mis hijas y aun a mis hijos, se servía siempre de sus nombres propios, excepto cuando substituía a estos la palabra *cariño*, familiaridad universal en todos los rangos de la sociedad de Norteamérica[38].

A mí me llamaban en general nuestros vecinos «la vieja inglesa», aunque, cuando hablaban unos de otros, siempre empleaban el término de señora (*lady*); y tal era el placer con que se servían de esa palabra que muchas veces en lugar de decir simplemente *mistress* Fulana, hablando de una vecina, la nombraban con una descripción completa, por ejemplo: «la señora (*lady*) del otro lado, que lava ropa, o la dama (*lady*) de allá, que está haciendo velas.» A Mr. Trollope lo llamaban constantemente «el viejo», mientras no hay acarreador de cerveza, mozo de carnicero o peón de albañil que no reciba el título de «*gentleman*»[39]. En efecto vimos en cierta ocasión a una de las personas de mejor apariencia de Cincinnati que al introducir a un tipo en mangas de camisa y sucio

36 Y menos conocida es en las demás de Europa. (Nota del traductor.)

37 Una de las plazas de mercado de Londres. (Nota del traductor.)

38 Es difícil la traducción de las palabras familiares que el uso ha consagrado en todas las lenguas. En inglés dicen: «honey», miel; pero en castellano es forzoso traducir figura por figura. Si panal no satisface a los lectores, cada uno puede cambiar esa voz en la que más le pluguiere. Nuestra lengua es rica en palabras zalameras, y si fueran nuestros modales tan dulces como es cariñoso el idioma, seriamos un dechado de amabilidad. (Nota del traductor.)*

* Aceptamos la autorización, y sustituimos por *cariño*.

39 Esto es: gentilhombre, caballero, y según la correspondencia castellana, hidalgo. (Nota del traductor.)

como un carbonero, dijo al amigo a quien lo[40] presentaba: «D***, permitidme que os haga conocer a este caballero.»

Nuestros títulos respectivos sin embargo no hacían gran mella en nuestra vanidad; lo que sí nos incomodaba era el eterno dar la mano de aquellas buenas gentes, tanto damas como caballeros, y con especialidad el contacto de estos que siempre nos dejaba oliendo a whisky y a tabaco.

Pero el punto en que mayor estrago causa la tal igualdad republicana es el de las continuas y perdurables visitas que produce. Nadie piensa en cerrar la puerta de su casa en la América occidental; el vecindario entero lo miraría como una afrenta: así estaba expuesta a perpetuas y fastidiosas irrupciones de la parte de gente que muchas veces no conocía y cuyo nombre ignoraba más a menudo.

Los naturales del país acostumbrados a sus estilos pasan por cima de esas molestias con una maña que no pude yo adquirir jamás. Solía ver a mis conocidas asaltadas de la misma manera sin que eso las desconcertase, porque continuaban en sus ocupaciones o conferencias conmigo como si nadie hubiera entrado: al presentarse la visita preguntaba:

—¿Cómo estáis? —con su apretón de mano.

—Tolerable; os agradezco la atención: y por acá ¿cómo va? —era la réplica.

Si era mujer, se quitaba el sombrero; si hombre, se quedaba con él encasquetado. Tomaban posesión de la primera silla que tenían más cerca y permanecían una hora sentados sin hablar una palabra: por último levantándose de repente, volvían a darse las manos y decían:

—Vaya, me parece que ya es tiempo de retirarnos.

De ese modo se iban, al parecer muy satisfechos de su recepción.

Esa calma fue siempre superior a mis fuerzas: ni podía leer ni escribir y se me figuraba que era menester que les hablara. Voy a transcribir la minuta de la conversación que tuve la curiosidad de apuntar después de quedar libre de una de mis visitas, y servirá de muestra de la manera de hablar, y aun de pensar de aquellas gentes. Mi interlocutor era un lechero.

—Vaya ¿con que sois de la tierra vieja? Pues aquí veréis vistas, me parece.

---

40 El lector habrá ya notado: que el uso constante e invariable del lo en los casos en que la Academia sienta por regla que debe decirse le, no es equivocación del corrector, ni descuido mio, sino la consecuencia forzosa de un principio meditado. Como yo respeto muchísimo la autoridad de la Academia, y no desconozco los servicios importantes que ha hecho a la lengua, creo que debo explicar mi opinión, para que a lo menos me sirva de excusa ya que no de justificación.

Si el principio de todas las lenguas es el de servir de órgano de comunicación, para que los hombres se transmitan sus ideas y sentimientos, es indudable que el objeto de la gramática es fijar sus reglas de manera, que no sólo por ellas pueda hablarse con claridad, mas sin dar lugar a confusión y errores. El uso del caso que la Academia llama pronombre neutro, porque en efecto la palabra lo ejerce con los adjetivos las funciones de tal, no es nuevo; siguiéronlo siempre muy buenos escritores, y tiene en su apoyo la razón. La única objeción que puede hacerse a los que prefieren el lo al le, se reduce a que, siendo neutro lo, es un solecismo reprensible.

Yo creo que el género neutro es en castellano una ficción, porque ni en terminaciones, ni en accidente alguno se puede señalar una indicación de semejante género. Ni en los verbos, caso en que ciertamente debía aparecer más que en ningún otro el género neutro, ni en los nombres, ni en los adjetivos, excepto cuando se usan con significación abstracta, se descubre el más ligero rastro de ese género. Y aun cuando exista ¿es menos dañoso confundir los géneros, clasificación puramente ideal, que trocar las cosas, cambio de que pueden resultar graves consecuencias? ¿Quién hará nunca a un hombre, un animal del género masculino, o una cosa inanimada clasificada en el mismo género, de un género casi nulo en nuestra lengua? ¿Pero quién no está expuesto a equivocarse, si en vez de oír: «Apenas llegó Pedro, lo presenté a Juan», oye decir: «Apenas llegó Pedro, le presenté a Juan»? ¿Quién es el presentado? ¿No hay a lo menos causa de error en esa frase? ¿Porqué no ha de evitarse usando del lo en el acusativo del pronombre?

Yo espero que los señores de la Academia terminen esa disputa tan reñida con una solución clara y satisfactoria, y que los buenos hablistas como los señores Galiano, Salvá, Lista, Villalta, Seoane, Castroverde y otros buenos ingenios, que tal vez son de mi opinión, tengan como yo valor para provocar la censura de los que, no raciocinando en puntos de gramática, siguen los errores como reglas, y el uso que debe someterse a la razón, principio fundamental y leiy absoluta del arte de hablar, como guía y padrón del idioma. (Nota del traductor.)

—Muchas espero ver.

—Es un hecho. Yo *aspero* que vuestra especie de isla no cría los tremendos y hermosos granos que veis por acá.

—En Inglaterra no hay maíz.

—¡Posible! No es extraño entonces que acá leamos en los papeles tantas tragedias de vuestra pobre gente que se muere de hambre.

—Sin embargo tenemos trigo.

—Sí, para los gordos, pero yo calculo que el pobre rara vez se llena la barriga.

—Ciertamente aquí hay más abundancia.

—Así lo *aspero*. Pues dicen que si un pobre diablo tiene la fortuna de arañar unos cuantos dólares, vuestro rey Jorge se echa sobre el gato al instante y carga con todo. ¿No lo hace?

—No me acuerdo de haber oído semejante cosa.

—Ya veo que eso lo callan. Vuestros papeles no son como los de acá, apuesto. Ahora aquí se dice y se imprime todo lo que se nos antoja.

—En efecto aquí se emplea mucho tiempo en leer los diarios.

—Y quisiera yo que me dijerais en qué lo podríamos emplear mejor. ¿En qué deben emplear su tiempo los hombres libres sino en mirar al gobierno, y tener cuenta que hagan su deber los a quien damos cargos, y que no la echen de más que los otros?

—Con todo a mí se me ocurre algunas veces que vuestras cercas podrían estar en mejor estado y más en orden vuestros caminos, si os ocuparais menos tiempo de política.

—¡Oh señor! Miren que poco sabéis de un pueblo libre. Pues ¿qué es la igualdad de un camino puesta en comparación con los derechos de un americano libre? Y ¿qué vale un vallado roto comparable con saber que los hombres que hemos tenido a bien enviar al congreso hablan bien y al caso, como queremos que hablen; pues para eso los elegimos?

—Con que ¿vais por un principio de deber a la taberna para leer los papeles?

—Ya se ve que sí, y no sería verdadero americano el que no lo hiciera. No digo yo que un padre de familias esté siempre bebiendo, sí digo que prefiero ver a mi hijo borracho tres veces a la semana a verlo que no se ocupe de los negocios de su país.

* * *

Nuestros paseos de otoño fueron deliciosos. El sol no abrasaba ya, la ausencia de las flores parecía falta de la estación, no del terreno, y los árboles se cubrían de colores cuya riqueza, lustre y variedad no caben en descripción alguna. El primero que a mi entender engalana los bosques con su encarnado espléndido es el arce; siguen las hayas con el armonioso juego de sus tintas de oro, que empezando en un pajizo desmayado suben al naranjado más brillante: toman las zarzas la sombra violada del moral, el avellano suaviza las vislumbres duras del paisaje con sus frecuentes visos de un pardo delicado, y la robusta encina conserva su verde obscura cabellera hasta en medio del invierno. Semejantes matices son demasiado vivos para que pueda retratarlos el pincel, que en vano intentara seguir la naturaleza para trasladar al lienzo una de sus escenas de otoño en América. Los colores son en efecto brillantes con extremo, pero la luz con que se contemplan aumenta su hermosura de un modo sorprendente. De todas las ventajas que la América lleva a Inglaterra, la que me parece más sensible es la claridad y brillo de la atmósfera. Aquella pureza exquisita de ambiente realza diez veces más el aspecto hermoso que da día y noche a los objetos. Apenas podía yo creer que las estrellas fuesen las mismas: la Osa mayor parecía una constelación de soles, y Júpiter abonaba cuanto se dice de él en los versos que empiezan:

«Te he contemplado, Jove, embebecido,
Hasta que ya mis ojos deslumbrados,

Ciegos y no cansados,
En tu grandeza misma te han perdido.»

Cuanto a la luna noté siempre que la primera línea plateada de la creciente llamaba tanto la atención en América el día primero como en Inglaterra el tercero. También observé en el mismo cuarto en aquella región, otro fenómeno cuya causa comprendí menos. El complemento del disco opaco que Shakespeare describe como «la nueva luna con la luna vieja en su falda», y que he oído explicar ingeniosamente como el efecto de *la luz reflejada de la tierra*, se ve allí menos que en Europa.

Los paisajes más claros de Cuyp[41] representan una atmósfera que se aproxima a la de América mucho más que las de cuantas pinturas me acuerdo haber visto; sin embargo ni aun el *aire* de Cuyp llega a los pulmones, y por consiguiente sólo puede dar indicios de la mitad de sus encantos: el aire de aquel clima se deja sentir y ver, y es en realidad un manantial perenne de fruición.

Pero interrumpieron nuestras excursiones mis antiguos enemigos de Cincinnati, los cerdos; a cada instante llegaban inmensas piaras que venían del campo por el camino de nuestros paseos de predilección y que pacían y se instalaban en los valles más agradables; o bien, lo que era peor, sus amos hacían las matanzas junto a los arroyos mas cristalinos. Otro mal de la misma especie pero de mayor gravedad nos amenazaba. Nuestra pequeña quinta poseía un terrero (lujo casi universal de las casas de campo de América) que protegido contra el sol por un grupo de acacias formaba un estrado delicioso; desde allí notamos un día que se ocupaban en levantar un edificio en el campo inmediato: corrimos al momento, llenos de inquietud, para informarnos de la clase de vecindad que íbamos a tener.

—Un matadero de puercos —fue la terrible contestación.

Como había en las inmediaciones varias casas de familias decentes, pregunté si no impedirían aquel establecimiento por inmundo e insalubre.

—¿Por qué?

—Por inmundo —repetí, explicando lo que quería decir.

—No, no —me replicaron—; eso se queda allá para vuestro país de tiranía, donde se piensa más en las narices del rico que en la boca del pobre. Los cerdos son aquí un artículo ventajoso, y *nosotros* demasiado libres para esas leyes, me parece.

Durante mi residencia en América esa y otras pequeñas circunstancias semejantes me solían traer a la memoria la conversación que tuve en Francia con un caballero anciano acerca de su policía activa, y la *omnipresencia* de su gendarmería:

—*Croyez-moi, Madame, il n'y a que ceux a qui ils ont a faire, qui les trouvent de trop*[42] —me dijo.

Y el buen señor tenía razón, no sólo hablando de Francia sino de toda la familia humana, como nos llaman los filósofos. Los que obran bien, los que tienen sentimientos de justicia para no molestar a su prójimo, no se quejan nunca de las restricciones de las leyes. Toda la libertad americana no excede a la libertad de que se goza en Inglaterra, sino por el abuso que hacen de ella los hombres audaces a expensas de los habitantes pacíficos; y si yo fuera un caballero de robusto brazo de los de la espada o la pluma, echaría sin temor mi guante, y retaría a la república entera a que probase lo contrario; pero siendo, como soy, una endeble espectadora con una aguja por lanza y por divisa «*Yo hablo*», tengo que contentarme con afirmar el hecho, certísima de que desde un extremo a otro de los Estados Unidos de Norteamérica todos levantarán el grito para contradecirme.

---

41 El paisajista holandés Albert Jacob Cuyp (1620-1691).

42 «Creedme, señora, solamente encuentran de más a los gendarmes los que tienen cuentas con ellos.»

XI.
Religión.

Muchas veces había yo oído decir antes de visitar la América, que uno de los mayores bienes de su constitución era la ausencia de una religión nacional, estando el país de esa manera libre de cargas para mantener el clero, y dejando a cada comunión el cuidado de asegurar la subsistencia de sus ministros. La experiencia me ha demostrado allí mismo que las creencias religiosas pueden ejercer toda su tiranía sin apoyo del gobierno, y eso de un modo más opresivo que exigiendo contribuciones, y sin lograr el deseo saludable que en mi opinión nadie negará que resulta de la nacionalidad de un culto.

Como era imposible permanecer algunas semanas en el país sin que chocaran las raras anomalías producidas por su sistema religioso, mis primeros apuntes contienen muchas observaciones sobre este asunto; pero ocurriendo casi las mismas escenas en todos los estados, porque las mismas causas producen donde quiera los mismos efectos, las presentaré aquí no como pertenecientes al oeste solo, sino a la federación entera.

El total de la población se divide en una variedad casi infinita de bandos religiosos, y me dijeron que para ser bien recibida una persona en la sociedad, es menester que se declare de alguno de ellos. Por más acendrada que sea vuestra fe, y por más pública que sea la profesión que hagáis de vuestra creencia, dicen que *no sois cristianos* a menos que no os afiliéis en una congregación particular. Además de las amplias y bien conocidas distinciones de episcopales, católicos romanos, presbiterianos, calvinistas, baptistas, cuáqueros, swendenvorgianos, universalistas, dunquerianos, etc. etc. etc., hay otras innumerables que nacen de éstas, formándose cada iglesia su gobierno propio, del cual es siempre cabeza el individuo más entrometido y revoltoso, y adoptando, al parecer para motivar su escisión, alguna mudanza extravagante en la nueva liturgia, que produce el tristísimo efecto de exponer al desprecio todas las ceremonias religiosas.

Al ver tan ridículos extravíos, es imposible dejar de reconocer las ventajas de una iglesia establecida, especie de cuartel general para los cristianos pacíficos y sin presunción, que se contentan con llenar sus deberes, y no pretenden alzar bandera a parte ni tener divisa de su propio caletre.

Los católicos romanos son los solos que aparecen exentos de la manía de división y subdivisión que se ha apoderado de las otras creencias. Presumo que siendo el papa su cabeza común, ordena sus movimientos e impide que el capricho de los individuos remonte el vuelo pernicioso que cualquiera otra secta permite.

Yo tuve la satisfacción de ser presentada al obispo católico de Cincinnati, y a la verdad nunca he visto en país alguno sacerdote de carácter y aspecto más evangélicos. Aunque era americano, no se lo hubiera conocido por su pronunciación o sus modales; bien que había recibido su educación parte en Inglaterra y parte en Francia. Sus maneras anunciaban un hombre finísimo, su piedad era activa y sincera, y en todo él se veía un ministro de Dios infinitamente más blando y tolerante que los sectarios facciosos que forman la gran mayoría del clero americano.

Yo no creo pecar por falta de tolerancia, pero eso no me impide el ver que todos los cultos, cuando el gobierno de sus iglesias está confiado a la experiencia y sabiduría de las personas que más venera el pueblo, consiguen su fin algo mejor que cuando se pone en manos del primer sastre o calderero a quien se le antoja reclamar su parte de dirección. Ni es ese el solo daño que resulta de la falta de una religión nacional sostenida por el estado. Como el clero carece de subsistencia legal y fija, no debe causar sorpresa el que los miembros de él limiten su asistencia al círculo de los que les

pagan. Las expresiones vehementes de desvarío y celo hipócrita que se oyen durante «el Despertar»[43] no pueden compensar la privación de auxilios religiosos que sufren las pequeñas poblaciones, así como los eternos panegíricos del admirable y sin igual gobierno de la federación no compensan el menosprecio continuo de todo orden social. La Iglesia y el Estado van de la mano, por más que se pondere su independencia mutua. Apenas se encuentra a un hombre el cual no diga que se ocupa de trabajos provechosísimos a la patria, como las mujeres dicen que además de sus quehaceres interiores tienen diariamente el cuidado de todos los templos. Mas a pesar de ese celo por el gobierno, sus leyes duermen demasiado, y el ateísmo vela y prospera a despecho de las viejas y sus devotos conciliábulos[44].

En las ciudades menores y grandes villas esas juntas místicas suplen la falta de otras diversiones; en las rancherías donde la cortedad de vecindario y el desparramamiento de las casas no permiten semejantes zambras ni mantener a un ministro, sin él se casan, bautizan y entierran. El extranjero que se establezca en una ciudad de la América del Norte, creerá que no hay en el mundo gente más religiosa que sus habitantes: si su suerte lo llevare a las rancherías del oeste, rara vez encontrará iglesias ni capillas, ministro ni predicador, excepto ciertamente en aquellas tan horrendas saturnales de una congregación campal (*a camp-meeting*). Me sorprendió mucho la respuesta de una pobre mujer a quien pregunté, viéndola planchar un domingo:

—¿No hacéis diferencia en vuestras ocupaciones los días de fiesta?

—Yo no soy cristiana, señora; nos falta *oportunidad* —me respondió.

Y yo pensé que en un país donde «todos los hombres son iguales» no cometería un crimen muy grande el gobierno en procurar esa *oportunidad* de cumplir con sus deberes religiosos, a los que quisieren aprovecharse de ella. Pero si el gobierno federal se atreviese a proponer la construcción de una iglesia con la dotación necesaria en cualquiera pueblecillo que nunca hubiese oído hablar de «introducir en su jurisdicción campanas y entierros», es cierto, certísimo, que no solamente el estado soberano donde se hubiera hecho tan abominable propuesta elevaría queja al congreso sobre la odiosa intervención del poder, sino que los demás estados levantarían el grito para apoyarla, y la administración oficiosa correría mucho peligro de ser encausada y degradada.

Donde hay una iglesia constituida de manera que merezca el respeto de los hombres, me parece que siempre lo conseguirá aun de la parte de aquellos que no admitan los dogmas de su fe; y donde existe ese respeto nunca deja de producir cierto decoro en los estilos y lenguaje, que suele echarse de menos donde falta. Ya que otra cosa no se logre, se obtiene la de alejar del trato común de la sociedad las invectivas de los *sectarios* y el escarnio de los incrédulos: defectos que igualmente ofenden la moral y que importa mucho reprimir.

Es posible sin duda que algunas de las variaciones fantásticas, con que los religionarios del Nuevo Mundo se han divertido en desfigurar los credos antiguos del cristianismo, trastornen en Europa como en América las cabezas enfermas; pero, antes de alterar la solemne armonía que reina aquí[45], han de vencer no sólo el sentido común sino, lo que es más difícil, las costumbres. Que no cuenten con otros prosélitos que los que halla cualquiera novedad entre los ignorantes y en las condiciones bajas de la sociedad: la aristocracia, como cuerpo, no saldrá jamás del gremio de la iglesia establecida, y pocos serán los que perteneciendo a las clases influyentes quieran de buena gana confesar que no pertenecen a la aristocracia. Ahora bien, solamente por ignorancia o hipocresía se negará que esos sentimientos deciden las creencias del hombre, y que la sabiduría de

---

43 *The revival* en el original.

44 En el original, *Dorcas societies*. Entre las comunidades protestantes del siglo XIX se generalizan estos grupos de parroquianas que se dedican principalmente a proporcionar ropa a los pobres. El nombre procede del personaje mencionado en los *Hechos de los Apóstoles*, 9, 36.

45 Mistress Trollope escribía en 1832 y se refería a su país. (Nota del traductor.)

una nación consiste en dirigirlos bien y valerse de su saludable influjo sobre las opiniones y costumbres del pueblo[46].

Sirvan de pauta, para conocer el tono con que introducen la religión en el trato común de la sociedad, los apuntes tomados en Cincinnati de un diálogo a que me hallé presente, y que escribí inmediatamente después de acabada la conversación.

El doctor A.—Desearía, Mistress M., que me explicaseis lo que es un renacimiento[47]. Oigo hablar de eso en toda la ciudad, y sé que indica algo de Jesucristo y de la religión; pero nada sé más. ¿Queréis enterarme más a fondo?

Mistress M.—Yo creo, señor doctor, que queréis divertiros a costa mía. No importa. Yo estoy firme en mis principios y no temo la burla de nadie.

El doctor A.—Bien; pero ¿qué es un renacimiento?

Mistress M.—Es difícil, muy difícil, hacer ver a los que no tienen luz, hacer entender a aquellos cuyas almas están en tinieblas. Un renacimiento quiere decir precisamente un elegante encendimiento del espíritu, traído al pueblo del Señor por las manos de sus santos, y quiere decir salvación en lo más alto.

El doctor A.—Pero ¿qué entienden esas gentes que hablan de sentir el renacimiento, y aguardar en espíritu el renacimiento, y del éxtasis del renacimiento?

Mistress M.—Vaya, doctor, temo que os hayáis extraviado mucho para entender todo eso. Es una gloriosa seguridad, una secreta comunicación de la alianza eterna; es el balido del cordero; es la llegada del pastor; es la esencia del cariño; es la plenitud de la gloria; es vivir en Jesús; es Jesús viviendo en nosotros; es el nido del Espíritu Santo en nuestro seno; es el llamamiento a las alturas; es comer, beber y dormir en el Señor; es hacerse un león en la fe; es ser humilde y blando, y besar la mano que azota; es ser fuerte, ser poderoso, superior al escarnio; es...

El doctor A.—Gracias, gracias, mistress M., estoy enteramente satisfecho, y me parece que entiendo ya lo que es un renacimiento como vos misma.

Mistress A.—¡Ay amiga mía! ¿Dónde habéis aprendido toda esa carretilla, Mistress M.?

Mistress M.—¡Qué a oscuras estáis! En el libro sagrado, en la Palabra del Señor, del Espíritu Santo, del mismo Jesucristo.

Mistress A.—Me parece tan raro oíros hablar de «la Palabra del Señor...» Ya se ve, a mí me han criado haciéndome mirar la biblia como un diario viejo.

Mistress O.—Vaya, decís eso sólo por oír lo que Mistress M. responderá. No, no; eso no es de veras.

Mistress A.—Y tan de veras. ¿Porqué no?

---

46 Se ha dicho que la aristocracia existe en la naturaleza, y esta proposición que es de una rigurosa exactitud, cuando se toma la palabra aristocracia por superioridad, es absolutamente falsa, cuando se emplea para señalar un orden social. Pero sea su origen el que sea, la aristocracia, y la nobleza, que es su depuración poética, están expuestas a la corrupción y a la muerte. La decadencia de la aristocracia y el envilecimiento de los nobles, o bien de los hombres históricos de todos los países, acarrean las revoluciones, en que toman parte para salvarse los mismos contra quienes se fomentan. Sin embargo Mistress Trollope tiene razón, al suponer que el influjo de la vanidad conserva o cambia las creencias, aunque me parece que confía demasiado en la superioridad que esa vanidad debe ejercer sobre el miedo. La aristocracia actual de Inglaterra aborrece las revoluciones, pero teme los tumultos, los gritos y la multitud, y carece de valor para defender sus prerrogativas. Además no hay noble que merezca serlo, el cual no conozca el derecho que los pueblos tienen para sublevarse contra la opresión de esos vástagos degenerados de un tronco ilustre, pero viejo y estéril; y el triunfo de la libertad sería completo, si los que usurpan el honroso título de defensores suyos, no fueran tan aristócratas como los nobles, con todos sus vicios y sin ninguna de sus prendas. Los hijos de los que abandonaron, hace dos siglos y medio, el catolicismo y destronaron la familia de los Estuardos, podrían abjurar el protestantismo y proscribir la raza hannoveriana. (Nota del traductor.)

47 *A revival* en el original. El traductor emplea la palabra *resurrección*.

El doctor A.—Yo confieso que no quiero absolutamente que mi mujer lea lo que podría encontrar allí. ¿Qué dice el coronel, Mistress M.?

Mistress M.—Yo no me cuido de preguntárselo. Todos los días le repito que creo en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, y que él también debe creer: así tranquilizo mi conciencia y crea lo que guste. En realidad yo no sé que haya marido que se mezcle en tales materias.

El doctor A.—Tenéis razón. Yo por mi parte doy licencia a mi mujer para que crea lo que se le antoje; pero ella es de tan buena índole que no abusa de la libertad, pues en nada cree.

No una vez, ni dos, ni tres, sino muchas y muchas veces, durante mi residencia en América, oí discutir con la misma ligereza acerca de asuntos que yo consideraba por hábito y por principio como más propios para la meditación del gabinete que para pasatiempo de sobremesa. Yo misma sé apenas lo que me causaba mayor sorpresa, si el escuchar una profesión de ateísmo hecha con cierto aire presumido y botarate entre un bollo y una taza de té, o el oír una rapsodia sobre elecciones y la segunda cámara.

No obstante al lado de licencia tan absoluta reina la persecución con una furia desconocida desde el tiempo de Cromwell[48]. La siguiente anécdota me la refirió un caballero que conocía perfectamente todos los pormenores. Un sastre había vendido un vestido; el comprador era un marinero que pocos momentos después se daba a la vela; pero era domingo por la mañana, y la corporación de Nueva York acusó al pobre sastre, que convencido del delito fue condenado a pagar una multa muy superior a sus medios. Mr. F., abogado de Nueva York, lo defendió con suma elocuencia, mas en vano; si bien no fue inútil del todo su defensa, pues sublevó contra él una caterva de presbiterianos que bastó para arrebatarle su clientela. Ni paró aquí la venganza: su sobrino se disponía entonces para recibirse de abogado, y de resultas del lance ocurrido con su tío, le devolvieron sus certificados, declarando, «que ninguno del nombre y familia de F. sería admitido en la profesión.» He conocido al joven que fue víctima de semejante anatema: es persona de gran talento, y viéndose tan cruelmente atajado en su carrera, se ha hecho editor de un periódico.

48 El traductor agrega *o de Felipe segundo.*

XII.
Labradores comparados con los de Inglaterra. Casamientos tempranos. Caridad. Independencia e igualdad. Congregaciones devotas en las casas de campo.

Mohawk, como llaman a nuestra pequeña aldea, nos facilitó una excelente ocasión de comparar a los labradores y gentes del campo de los Estados Unidos con los de Inglaterra, y calcular a punto fijo el grado de felicidad que disfrutan unos y otros en sus respectivos países. Me parece que el Ohio presenta un cuadro tan completo de su posible bienestar como cualquiera parte de la Unión: si allí tienen que luchar con la aspereza y demás inconvenientes de un terreno nuevo, también ganan mayores salarios y compran más baratos los comestibles; y en el caso de equivocarme en suponer aquel distrito el término medio de mi paralelo, nunca se me acusará de haberme servido para muestra del punto más desventajoso.

Todo jornalero buen trabajador puede estar seguro de encontrar ocupación y soldada más crecida que en Inglaterra, siendo en todo el territorio de la federación el salario de los labradores de diez dólares al mes con casa, comida, ropa limpia y compostura, y de un peso por día, si viven aparte. Creo que los artículos necesarios para la vida, es decir: la carne, el pan, la manteca, el té y el café, no contando con el whisky, están al alcance de toda persona sobria, laboriosa y sana que quiera trabajar; no obstante se me figura que un jornalero inglés con las mismas cualidades perdería mucho, si mudara de país: porque todas esas baraturas de vituallas y esos aumentos de soldada no hacen más que engañar al que ve solamente ambas circunstancias y no repara en otras tan verdaderas y no menos importantes, pero que es menester tocar por sí para saberlas apreciar.

Los americanos pobres están acostumbrados a comer carne tres veces al día: no he visto casa de aldeano en la América occidental que no haya confirmado este hecho. Después he observado en Maryland[49], Pensilvania y otros distritos, donde la carne es más cara, que la usan con mayor economía, y no obstante gastan a proporción el doble de lo que gastan en nuestro país. Los licores fuertes van por desgracia baratísimos[50], pero siempre cuestan algo, y su uso, con más o menos moderación según el carácter de cada individuo, es universal. El tabaco les nace a la puerta y no paga contribución, pero también cuesta, y es para ellos una necesidad como el aire que respiran. No pretendo ahora enumerar los perjuicios de la bebida; todo el mundo sabe que donde reina ese gasto, no solamente pierden los aficionados el dinero que emplean en beber, sino el tiempo que consumen en saborear lo que beben. Las enfermedades por otra parte son más frecuentes, largas y destructoras en América que en Inglaterra, y los pacientes no tienen más recurso que sus ahorros o lo que pueden vender. En una palabra, no hay miseria que exceda a la de una granja de América donde entra una enfermedad.

Y si la condición del labrador americano está lejos de llevar ventajas al jornalero inglés, la de su mujer y sus hijas es sin comparación mucho peor. Ellas son las verdaderas esclavas de la tierra. Basta mirar a la mujer de un hortelano y preguntarle su edad para convencerse de los sufrimientos, privaciones y fatigas de su existencia. Es rara la mujer que cumple treinta años sin haber perdido toda apariencia de juventud y hermosura. Varias de ellas se ven continuamente, que no se creen madres sino abuelas de las criaturas que tienen en la falda, hasta que se observa alguna prueba inequívoca de lo contrario. Las mismas jóvenes, aunque en general bonitas, están amarillas, flacas y

49 *Marilanda* en la traducción.

50 El traductor omite la siguiente nota de la autora: «El precio de venta al público de un buen whisky es de aproximadamente un chelín por galón. Si se compra al por mayor o si es de calidad inferior, es mucho más barato.»

demacradas. No me acuerdo de haber visto en la clase pobre una sola de las caras rollizas, encarnadas y joviales de nuestras aldeanas.

El horror con que miran el servicio doméstico, horror que han producido la esclavitud real y la fábula de la igualdad, priva a las muchachas del asilo y consuelos que ofrece a las pobres inglesas de buena familia ese recurso, viniendo de ahí el que las hijas son, con la libertad más irreverente de modales con sus padres y según toda la extensión del término, verdaderas esclavas en su casa. La triste condición de las infelices, que ni días de huelga ni fiestas ni pasatiempos suelen animar de cuando en cuando, sólo se trueca en la condición más dura y melancólica de madres de familia; y a la verdad se casan tan jóvenes que en ninguna clase de la sociedad se ven solteras en aquel dichoso período de la existencia, que separa la infancia del matrimonio, y en el cual, si bien se emplea, puede adquirirse tan provechosa instrucción y la firmeza de carácter necesaria para soportar con dignidad los deberes más importantes de esposas y de madres.

Así abandonan al capricho de una mar borrascosa la frágil y mal lastrada barquilla. ¡Desdichadas! Niñas endebles, sin vigor en el alma ni en el cuerpo, se arrojan a un estado que deslumbra sus ojos apenas entreabiertos, y en breve pierden la alegría del corazón y su rostro se cubre de la palidez de la muerte, antes que la naturaleza les haya dado la última mano, haciéndolas mujeres.

«Es menester que andemos el camino», es la única respuesta que dan a todos vuestros consejos los jóvenes y las muchachas a quienes se les mete en la cabeza el presentarse ante un magistrado y contraer matrimonio. En efecto andan el camino, hasta que caen enfermos, pidiendo una cafetera a este vecino, una tetera al otro; que cuando los excesos, la indolencia o la pérdida de la salud hunden a nuestros caminantes en la privación absoluta de todo, no les queda ni aun la esperanza para consuelo de sus males.

La falta de *leyes de pobres* es sin duda un bien para el país, mas no por eso pueden contar los desgraciados con la generosidad de los ricos; que en países constituidos de otro modo suple el vacío que dejan aquellas. Yo supongo que en ninguna nación cristiana del mundo se hacen menos limosnas que en Norteamérica: no está en la índole del pueblo dar ni recibir.

Para justificar mi observación me parece que basta el pomposo elogio que sigue, y que extracto de un papel de Washington del mes de febrero de 1829, época de una miseria y severidad extraordinarias.

«Entre las demostraciones generosas de simpatía por los pobres pacientes de esta ciudad merecen publicarse especialmente dos de las que han llegado a nuestra noticia. La primera es una donación del presidente de los Estados Unidos a la comisión del barrio en que reside de cincuenta dólares; la segunda una suscripción de setenta de los oficiales de la secretaría de la guerra en favor de las sociedades de Howard[51] y Dorcas.» Infiérese pues que en un país, en donde se mencionan tales donativos hechos por el jefe supremo del gobierno y por los oficiales de uno de los ministerios de estado, la caridad individual no alivia muy liberalmente las necesidades penosas de la indigencia.

Apenas se habían pasado tres días de nuestra instalación en la granja de Mohawk, cuando vinieron a ella dos chiquillos andrajosos y entecos, en busca de un medicamento para su madre que estaba enferma. Se les dio en efecto, y al recibirlo tendió su mano el mayor con un puñado de centavos, preguntando lo que debía. La leche que nos sobraba de nuestra vaca era uno de los artículos que nos pedía todo el mundo con mayor empeño, protestando, eso sí, desde el primero hasta el último que la querían pagar; mas pronto descubrieron que «la vieja inglesa» por nada tomaba dinero; y estoy persuadida que no la estimaban más por su desinterés, y que pensaban que no porque ella fuera loca, habían de ser ellos tontos; así que no cesaron de pedirnos prestado, como dicen en el país, si bien de manera que mostraba su dignidad y libre fuero. Una mujer pedía prestada una libra de queso; otra media libra de café; y más de una vez acompañaba el jarro de la leche un

51 John Howard (1726-1790) fue un reformista inglés que se centró en la mejora de condiciones de vida de las prisiones. Tras su muerte surgieron diversas asociaciones con los mismos objetivos.

recado para que fuese recién ordeñada y sin quitarle la nata: en una ocasión me desecharon la leche, diciéndome: «Madre quiere un poco de nata para su café.»

Jamás conseguí que creyeran, en la temporada de cerca de un año que habité aquella casa, que yo no vendía la ropa usada de la familia; y tan porfiados eran en proponerme ajustes, que muchas veces, cuando les había dado los artículos que deseaban comprar, decían: «Bien; espero que tendré que emplearme en algún trabajo: podéis enviar por mí, si me necesitáis.» Sin embargo, como yo no pensé jamás en ocuparlos y repetían constantemente la misma formula, empecé a sospechar que se valían de esa frase, para no usar de la locución más antiamericana, a saber: «Os doy las gracias.»

Había un hombre allí a quien veía yo medrar y enriquecerse con interés y satisfacción. A mi llegada a la aldea, él, su mujer y cuatro hijos vivían en un cuarto con carne y cebollas en abundancia para almorzar, comer y cenar, pero sin ninguna otra conveniencia. Era bellísimo sujeto, lleno de inteligencia y actividad, a pesar de no saber escribir ni leer; bebía poco; rara vez mascaba tabaco, y por lo mismo estaba más libre de la execrable peste de escupir, que hace tan difícil de soportar la conversación de los hombres. Solía trabajar a menudo para nosotros y a veces entraba en la sala, se sentaba en el sofá y nos revelaba todos sus proyectos. Hizo una contrata con el dueño del monte que ya hemos mencionado, por la cual se declaraba poseedor legítimo de la mitad de la leña que abatiere. Su industria infatigable sacó todo el provecho posible de esa condición, y con los productos compró los materiales para construir una casa cómoda de madera, que él edificó casi enteramente solo. Luego se ajustó para cortar cercas, y como trabajaba al doble de los demás jornaleros, obtuvo también ventajas muy buenas en esta segunda empresa. Convirtió en seguida la mitad de su linda casa admirablemente construida con un ancho pórtico que la mantenía en un estado perpetuo de agradable frescura. Su empresa inmediata fue la construcción de un puente de madera; en fin cuando yo salí de Mohawk, había arreglado la mitad de su edificio para servir de posada y de almacén de especería, y ciertamente cada sol que se pone lo deja más rico que lo encontró al salir. Espera hacer a su hijo abogado y me parece que no se morirá antes de verlo en el congreso: entonces el hijo del leñador se sentará junto a cualquiera otro miembro, no por cortesía mas de derecho, sin que la idea de su extracción le sea desfavorable en la opinión del más exaltado de sus conciudadanos.

Ese es el rasgo único de la sociedad de Norteamérica que a mi ver puede admitirse como indicativo de la igualdad que tanto en ella se decanta. El hijo de cualquiera puede llegar a ser igual al hijo de otro cualquiera, y la persuasión de semejantes ideas es ciertamente una espuela; aunque por otra parte no es menos estímulo para aquella grosera familiaridad que no suaviza ni una sombra de respeto, y de que usan los más groseros y humildes en sus relaciones con los más cultos y elevados: mal positivo que neutraliza y aun supera las demás ventajas de la igualdad.

Y aun aquí puede notarse que la teórica de la igualdad puede discutirse ligeramente por los ingleses comiendo en un salón de Londres, después que el criado, habiendo puesto sobre la mesa una nueva botella de vino helado cierra la puerta respetuosamente y los deja con las paredes y su sabiduría; pero tiene muy mal paladar cuando se presenta bajo la forma de una manaza dura y pringosa o la proclama, una voz envuelta más que en ambiente de libertad en una atmósfera de aguardiente y cebolla. Fuerte debe ser y muy fuerte la pasión de la igualdad en un corazón inglés, si sobrevive a una vuelta por los Estados Unidos de la América del Norte.

Había una casa en la aldea notable por su aspecto de miseria. Cubríala una capa de pobreza sucia e indecente, que me impidió mucho tiempo el acercarme a su puerta; mas al cabo, habiéndome dicho que allí encontraría gallinas y huevos siempre que me hicieran falta, me aventuré a llamar. Mi resolución me abandonó en cuanto me abrieron la puerta; jamás, jamás he visto semejante zahurda de inmundicia y laceria: una mujer, retrato fiel de la porquería y la enfermedad, tenía sobre la cadera una tarasca con muy poco de criatura, y al mismo tiempo amasaba su harina con el puño derecho solamente. Una muchacha de unos doce años larga y enjuta estaba sentada encima de un barril royendo un tarugo. Así que oyó la mujer cuál era el objeto de mi visita, respondió:

—No, no soy yo; yo no tengo gallinas que vender ni huevos tampoco: mi hijo es el que tiene de todo eso y mucho, yo espero. ¡Aquí, Nicolasillo! —añadió poniéndose a aullar al pie de una escalera de mano—, aquí te busca una vieja que quiere gallinas.

Y Nicolasillo apareció como un duende al pie de la escalera. Al instante reconocí en mi nuevo recovero a uno de los arrapiezos de la pandilla que encontraba en mis paseos diarios, jugando al tejuelo en la basura con más votos que harapos y palabras más sucias que sus caras. Mi hombre parecía de edad de unos diez años.

—¿Tenéis gallinas, amiguito?

—Sí, y huevos también, más que no me compraréis.

Habiéndome dicho el precio, condición y demás que le pregunté, me acordé que me pedía lo mismo que solía yo pagar en el mercado por las gallinas ya peladas y dispuestas para sacarlas a la mesa, y le dije que no debía pedir el mismo precio.

—¡Oh! En cuanto a eso yo pienso que puedo pedir lo que se pide en la plaza. Yo fijo las condiciones.

—¡Las fijáis!

—¿Y porqué no? Pues sí, las fijo.

—Me parecía que erais aficionado a los tejos, y no pensabais en otra cosa.

Su mirada fue penetrante y sólo respondió:

—¿Cuándo queréis las gallinas?

Nos convinimos, y después me las trajo muchas veces, siempre muy bien fijadas. Nuestras relaciones duraron bastante tiempo. Luego que le pagaba, metía él constantemente la mano en la faltriquera de sus calzones, que, según presumo, siendo el lugar del tesoro, estaría menos deteriorada que las demás partes visibles de ellos, y sacaba más dólares, medios dólares, y otras monedas que podía contener en su tan puerca como pequeñuela palma. Mi curiosidad era tan grande que, a pesar de la repugnancia involuntaria que me inspiraba el joven israelita, entablaba con él frecuentes conversaciones.

—Sois muy rico —le dije un día, viéndole hacer alarde de sus cambios, como él llamaba el dinero.

Hizo un gesto que nada tenía de la expresión jovial y franca de un muchacho y me replicó:

—Mal estaría yo, si esto fuera todo lo que yo puedo enseñar.

Preguntéle cómo se manejaba, y él me respondió: que compraba de los carros que pasaban por su puerta, para ir al mercado, los huevos a cientos y las gallinas flacas por docenas; que engordaba éstas en polleras que él mismo había hecho, doblando así su precio fácilmente; y que los huevos le producían el mismo beneficio, vendiéndolos a la docena.

—¿Y dais el dinero a vuestra madre?

—Yo espero que no —fue su respuesta con otra mirada ladina que aumentaba la fea expresión de sus ojos de gato.

—¿Qué hacéis con él?

Su mirar decía claramente «¿qué os importa?», pero se dignó responderme:

—Lo pongo en salvo.

Saber como adquirió Nick el primer dólar, cosa es que ofrece muchos tropiezos. Según me dijeron, cuando entró en el almacén de la aldea, la persona a quien servía no tenía bastante con dos ojos; mas luego que se ganó su confianza, el tino, la diligencia e industria con que aumentó y multiplicó su fondo hubieran sido prendas amabilísimas en uno de los niños bonitos y aseados de las novelas de Miss Edgeworth[52], que hubiera llevado a su pobrecita madre todo lo que hubiese

52 Maria Edgeworth (1768-1849) escritora anglo-irlandesa.

podido ganar; en Nick todo era detestable. Su corazón no abrigaba el más leve sentimiento de humanidad, hasta el de su propia conveniencia le era tan desconocido que no sólo se asomaba la miseria por los agujeros de sus asquerosos andrajos sino que se veía en lo flaco, macilento y cadavérico de su cuerpo. Yo estoy convencida que el tal recovero daba a sus gallinas la mitad de su alimento, y no por el amor que les tuviera, mas por no sacar un centavo de su bolsillo.

No refiero yo la historia de Nick el recovero por ser un capítulo de la historia general de las costumbres americanas; la cuento a causa de su propia rareza. La parte única de carácter nacional que en esa anécdota se descubre, es la independencia de nuestro hombrecito, cuyo ejemplo se puede añadir a otros mil de las disposiciones secas, interesadas e inhumanas que produce. Nick será probablemente muy rico; acaso llegará un día a ser presidente de la federación. En cierta ocasión me reconvinieron con tanta severidad, por haber dicho que no todos los ciudadanos podían, en mi opinión, ser elegidos indistintamente para desempeñar aquel oficio, que nunca me atreveré a volverlo a dudar.

Otro de nuestros conocimientos era el hortelano a quien solíamos tomar la verdura. Un día recibimos de su mujer una invitación muy atenta para «ir a pasar con ellos parte de la noche rezando.» Tan nueva era esta invitación para mí, y tanto se alejaba de los usos y costumbres de nuestro país que no vacilé en aceptarla. He aquí la relación de aquella visita singular.

Fuimos recibidos muy cortésmente y se nos señaló asiento en uno de los bancos que estaban alrededor de la salita destinada a la reunión. Nos encontramos con varios hombres que parecían trabajadores y con sus mujeres, todos sentados y guardando el mas profundo silencio, con aquel aire de que se reviste la gente grave cuando está en la iglesia. Al cabo de algún tiempo entró un fantasma largo, seco, macilento y compungido vestido de negro: su traje, la manera de llevar cortado el pelo, toda su apariencia recordaba de un modo eficaz las figuras que se ven en los cuadros de la escuela flamenca y que representan los fanáticos partidarios de Cromwell. Se adelantó con paso majestuoso hasta la mitad de la sala, y tomó una silla que había allí, mas no con intención de sentarse. Volvió para sí el respaldo, apoyó sobre él las manos, y haciendo un terrible esfuerzo de garganta como si hubiera querido desclavarse una espina que lo ahogara, espurreó todo lo que se hallaba cerca de él con una bocanada de tabaco mascado. La tos, los gargajos y una lluvia de tabaco anunciaron la labra de Dios.

El texto del sermón fue «Vivid con la esperanza», y la exposición duró dos horas, dos mortales horas de tono gangoso y arrastrado, sin más intervalo que el que su reverendísima necesitaba para expectorar. No faltaré a la verdad si digo que repitió cien veces las palabras del texto, lo cual da más de un minuto por cada repetición: aunque en realidad la pesadísima homilía no se compuso de otra cosa. Los diferentes tonos con que la pronunció, pudieran haber servido de lección de énfasis: hubo gama de preguntas, entonaciones de triunfo, alaridos de desesperación, acentos de lástima, gritos de amenaza, voces de autoridad, tonos de duda, articulaciones de esperanza, ecos de fe.

Después de apurar todas las variedades del contrapunto dijo de repente: «Vamos a orar», y volviendo la silla que le había hecho veces de púlpito, se arrodilló. Todos los demás nos arrodillamos también como él delante de nuestros bancos y escuchamos otra media hora la jerigonza miserable, familiar, baja, que tuvo la presunción de improvisar como plegaria dirigida a su Creador. En esta parte sin embargo el apóstol de las granjas seguía el ejemplo de todos los predicadores de los Estados Unidos, excepto los católicos y los episcopales, que no se juzgan con el privilegio de familiarizarse con la divinidad, diciéndole vaciedades y disparates. Los tales repentistas orarán tal vez con más fervor; pero lo menos que podemos decir de su celo y vehemencia es que

«Alaban a su dios con torpe engaño.»

Un amigo enterado de tales materias, preguntándole yo qué provecho sacaba de sus tareas evangélicas el triste predicador de la «Esperanza», me dijo que infinito; porque muchas buenas

mujeres, de lo que sus buenos maridos les entregaban para guardar, sustraían más que diezmos para recompensar el celo de aquellos apóstoles de su elección. Los tales zánganos andan de casa en casa, o sí la distancia es considerable, van a caballo comodísimamente en buenas jacas. No solo tienen la vaciedad del viento sino otras propiedades; porque soplan como él y como él van y vienen no sabiendo alma nacida ni de dónde vienen ni a dónde van. Cuando ven una casa, que promete posada cómoda y trato regalado, entran en ella y dicen a la buena mujer: «Hermana, ¿queréis que oremos juntos?» Si la respuesta es favorable, que rara vez deja de serlo, el reverendo y su caballo se instalan en el nuevo alojamiento hasta el día siguiente después del almuerzo. Los mejores platos, la mejor bebida y el mejor cuarto son para el ministro mientras permanece en la casa, y por lo común no se despide sin llevar algún dinero, limosna pía de la buena mujer para sostener la iglesia mártir y crucificada. ¿No causa extrañeza el que «el pueblo más inteligente del mundo» prefiera semejante religión a un culto establecido por la piedad y la sabiduría de los más hábiles y mejores entre los hijos falibles de los hombres, sancionado por las leyes de la nación, y consagrado por la veneración de nuestros padres?

Importaría que todos los que se ocupan en raciocinar acerca del sistema social, meditaran con madurez y sin preocupación sobre los resultados del experimento que se hace en los países trasatlánticos. Allí aprenderían, si no me engaño, mejor que por medio de abstracciones metafísicas, cuáles son los puntos en que los magistrados de un gran pueblo deben dirigirlo, y cuáles aquellos en que no deben intervenir. Yo creo sinceramente que, si un brahmán de la India o un adorador del fuego pasase a los Estados Unidos dispuesto a predicar en inglés, no tardaría mucho en formar «una congregación muy respetable.»

La influencia de la religión sancionada por el gobierno en ningún país podría esclavizar en el siglo XIX el pensamiento de los filósofos, mientras puede y debe consolidar las opiniones flacas y volubles de la multitud. La falta de este remo produce efectos verdaderamente lastimosos. Yo conocí dos familias, en la primera de las cuales una de las mujeres era metodista, otra presbiteriana, y otra baptista; y en la segunda había también entre las mujeres una cuáquera, otra que seguía la secta de los universalistas y otra que se declaraba atea. Porque todas éstas eran en efecto mujeres y de la sociedad escogida de América, pero cada una y todas juntas tan incapaces de raciocinar sobre lo pasado, presente y futuro como los niños que criaban, y con todo perfectamente dispuestas para seguir con firmeza y provecho la senda que se les indicara. Mas, si continúo, podrán llamarme a mí también del gremio de los *itinerantes*.

Como no poseo el talento mágico de mi amiga miss Mitford para animar graciosamente y presentar con atractivo hasta los mas humildes pormenores de un cuadro rústico, no me aventuraré a detenerme en la descripción de las granjas que rodeaban nuestra habitación; mas no me despediré de ellas sin hacer mención de uno o dos vecinos a quienes debí muchas atenciones y tan constantes muestras de afecto en todas mis ligeras dificultades domésticas que, mientras conserve mi memoria el nombre de Mohawk, será una satisfacción para mí el pagar un tributo cariñoso a aquellos amigos de quienes me separa tan vasta distancia. ¡Ojalá pudiese yo esperar el verlos en mi país! ¡Con qué gusto no les pagaría, en cuanto pudiera, parte de los favores que les debo!

XIII.
Teatro. Bellas Artes. Escrupulosidad. Tembladores. Big-Bone Lick. Visita del presidente.

El teatro de Cincinnati es pequeño y no muy rico de decoraciones; pero no teniendo otra diversión, nuestros dos hijos solían ir a él con frecuencia, y algunas veces, en las noches claras de otoño y de invierno, la milla y media de distancia que lo separaba de nuestra casa no impedía el que el resto de la familia, y aun los menos emprendedores, los acompañáramos también. El grande atractivo que nos sacaba de nuestra aldea era el mérito de Mr. Alejandro Drake[53] y de su esposa que eran los empresarios. Nada podía ser más diferente que la manera de representar del marido y la mujer, pero la extraordinaria facilidad de sus talentos les permitía desempeñar juntos a menudo papeles de géneros muy diversos. El talento de ella consistía en la elevación grave y marcha majestuosa de la tragedia, y el de él en la imitación de las ridiculeces y extravagancias de la comedia; pero como dice Goldsmith de sus heroinas, yo les he visto cambiar de papel en una misma noche y he llorado con él y reído con ella, siempre que ha sido su voluntad y placer el ordenarlo. A mí me parece que Alejandro Drake era superior en la comedia a cuantos actores he visto ejecutar las mismas partes, exceptuando a Emery. Su comedia participaba mucho de la de los franceses que nunca representan; él mismo era el tipo cómico que se proponía el autor: cualquiera fuese su papel desde Shakspeare hasta Colman era imposible dejar de conocer que la mitad de los chistes de su personaje le pertenecían a él. También poseía en el más alto grado el talento que tenía Fawcett de arrancar lágrimas con un golpe repentino de sensibilidad natural, mientras sus letrillas cómicas hubieran puesto en mucho apuro la gravedad de un juez y aun de un obispo. Liston es un grande actor; Alejandro Drake era un actor sublime.

Mistress Drake, antes miss Denny, tiene mucha semejanza con miss O'Neil, y es tan notable que Mr. Kean que había oído hablar de esa circunstancia, llegó a Nueva York ya de noche, y habiendo ido al teatro, exclamó inmediatamente, al verla cruzar el tablado por la primera vez: «Esa es miss Denny.» Su voz alcanza los mismos tonos ricos y penetrantes y su fuerza es irresistible: en una palabra, es una actriz de primera clase con una sensibilidad profunda y verdadera, un juicio correcto y el gusto más perfecto para todos los papeles de que se encarga. Su acto último de *Belvidera* produce efectos trágicos superiores a cuanto he visto en la escena, dejando a parte mistress Siddons, excepción general en todas las comparaciones de esta especie.

Daba lástima que tan excelentes actores representaran en un teatro miserable, casi vacío, y en cuyo auditorio apenas se encontraría media docena de personas que no prefirieran a su manera de representar la de los cómicos de la legua más despreciables. Yo los he visto como empresarios ceder sus papeles a representantes groseros y sin talento, que por venir de Londres atraían inmediatamente un público inmenso, y excitaban el entusiasmo y los aplausos de todos los espectadores.

El pobre Drake murió cuando íbamos a salir del Ohio, y su mujer, que junta a su mérito de actriz las prendas de una mujer estimabilísima y en extremo amable, ha quedado con una numerosa familia. Yo no tengo duda alguna de que en Londres podría conseguir partidos ventajosos, mas como tiene parte en varios teatros de América temo que no saldrá jamás de un país en donde ni la aprecian ni la conocen. Mistress Drake me ha referido muchas y muy curiosas anécdotas que había reunido durante su permanencia en el Oeste. Una de ellas me divirtió, particularmente por ser una muestra del idioma del país. Cierta señora que admiraba con entusiasmo a mistress Drake obtuvo su permiso para presentarse en una ocasión en su vestuario. Se estaba preparando para desempeñar un

53 Mr. Drake era inglés. (Nota de la autora.)

papel en que acababa matándose, y su puñal estaba sobre la mesa. La señora lo tomó y examinándolo con grande emoción exclamó:

—¿Y que de veras os metéis todo esto en el cuerpo *selvajosamente*?

También vimos a Mr. Forrest, el grande astro americano. Yo no pretendo vaticinar lo que podrá ser con el tiempo, pero cuando lo vi representar el papel de Hamlet en Cincinnati, ni aun la dulce Ofelia representada por Mistress Drake pudo retenerme en el teatro acabado el tercer acto. Verdad es que he visto a Juan Kemble, Macready, Kean, Young, Carlos Kemble, Cook y Talma realizar en su representación el bello ideal de Shakspeare, y tal vez no sea yo muy buen juez para calificar las disposiciones de este actor; con todo no dejó de divertirme el oír a un caballero que, habiéndome preguntado mi opinión sobre aquel joven, me dijo al manifestársela: que no me aconsejaría repetirla mucho en América, porque no la tolerarían.

El teatro no era del todo malo, si bien la escasez de los productos de entrada no permitía el tenerlo en muy buen estado; pero habría podido llevarse con paciencia lo poco limpio de las decoraciones, si no hubieran aumentado la incomodidad de esa falta los usos y modales de los espectadores. Ocupaban los primeros asientos de los palcos hombres en mangas de camisa y yo misma los he visto con las mangas arremangadas hasta los hombros: el gargajear era continuo, y el aroma combinado de cebolla y whisky bastaba para que se arrepintiese el más resuelto de asistir a funciones que imponían la carga de semejantes accesorios.

El porte y actitudes de los hombres son enteramente indescriptibles: cuando no levantaban los pies poniéndoselos por arracadas y presentando al público todo el reverso de sus personas, se tendían cómodamente en los bancos para variar con elegancia sus posturas. El ruido era perpetuo y del género más desagradable: para aplaudir, dan alaridos y patadas, sin duda porque los pies hacen un ruido más democrático que las manos, y, cuando los ataca un acceso de patriotismo y piden su favorito *Yankee Doodle*, cada cual parece que piensa que su reputación de buen ciudadano depende de la bulla que mete.

Dos figurantas muy corrientes, probablemente de algún teatro de arrabal de París, se presentaron en Cincinnati estando nosotros allí, y si Mercurio hubiera bajado de su cielo para danzar un *pas seul* sobre la tierra, su celeste majestad no hubiera causado más violenta sensación. Ni se reducían a maravilla y admiración las emociones producidas por esta aparición; casi igualaban a esos afectos el horror y el abatimiento. Nadie en mi entender dudaba que fuesen admirables bailarinas, pero todo el mundo convenía en que las costumbres del mundo occidental no se recobrarían jamás de golpe tan funesto. Cuando me preguntaban si yo había visto cosa más horrenda hasta entonces, no sabía como responder; porque las pobres mujeres se habían esforzado con esmero tanto en el vestido como en el baile, para captarse la aprobación del pueblo y no chocar en nada con sus gustos; pero si Virginia se hubiera presentado con su túnica transparente, si la Taglioni hubiera hecho la más atrevida de sus campanelas, no hubieran merecido más severa reprobación. Las damas abandonaron el teatro completamente; los hombres murmuraban entre dientes y volvían la cabeza cuando se tocaba ese punto; los ministros de todas las creencias condenaban en el púlpito escándalo tan corruptor, y si se hablaba de tales pecados en las reuniones de los santos, era con la intención de manifestar la indignación que inspiraba. Al ver tanta gazmoñería, me preguntaba yo a mí misma ¿si la virtud sería una planta con diferente forma en cada país? Porque a la verdad si los norteamericanos no se engañan, los europeos andamos atrozmente descarriados. Materia es esta cuya solución costaría muchísimos trabajos.

Mas no fue solo ahí donde se confundieron completamente todas mis ideas sobre lo bueno y lo malo; apenas pasaba día sin que no descubriera alguna cosa que siempre había yo juzgado tan lisa y llana como el comer, y que las personas de mi conocimiento miraban con horror. Esa disparidad en las opiniones no es menos palpable en el lenguaje: las palabras más sencillas y recatadas se hallan enteramente prohibidas en la conversación y en su lugar se oyen las frases y rodeos más singulares. Yo confieso que me chocó infinito aquella oposición entre la dureza general

de los modales de los americanos, dureza que debe en mi sentir dejarse muy atrás la de los escribas y fariseos, y la extremada susceptibilidad de su imaginación asombradiza. Bastarán para probar ese contraste algunas anécdotas que elegiré entre las muchas que se podrían referir.

Un joven alemán, caballero muy fino y de maneras verdaderamente nobles, vino a mí un día, apesadumbradísimo de haberse indispuesto con una de las principales familias de la vecindad. Aunque nada le habían dicho en la casa, y en nada creía haber faltado, no se le ocultó que lo recibían con desagrado. Una dama de cierta edad amiga suya, después de vencer su natural repugnancia, le explicó la causa de la frialdad que notaba, recordándole que había pronunciado la palabra *corsé* delante de las señoras de la familia, y le aconsejó con el mayor empeño que diera una satisfacción. El pobre joven me aseguró que estaba pronto a dar cuantas satisfacciones quisieran, pero que no sabía de qué palabras servirse.

Una señora inglesa que había tenido mucho tiempo un colegio famoso de señoritas en aquel país, me decía que su primer cuidado a la entrada de una nueva educanda era siempre, el de procurar destruir la gazmoñería y melindre, inspirándole sentimientos y principios de verdadero recato. Entre varios ejemplos de esa falsa delicadeza me refirió el de una muchacha de unos catorce años, que entrando en el recibidor, donde sólo esperaba ver a una señora que la había hecho llamar, y viendo a un joven con ella, se puso las manos en los ojos y echó a correr gritando: «¡un hombre, un hombre, un hombre!»

Otro me contó de una de las pensionistas que, subiendo la escalera para ir a la sala de estrado, tuvo la desgracia de encontrarse con un muchacho de catorce años que bajaba al mismo tiempo, y fueron tales la sorpresa y aflicción de la tímida tortolilla que se quedó parada gimiendo y sollozando, y no quiso pasar hasta que el pobre muchacho se encaramó como un mico encima del barandal, para dejarle el paso libre.

En Cincinnati hay un parque a donde van las gentes a comer helados y a ver rosas. Para preservar las flores, han puesto por señal o término al cabo de uno de los paseos un mamarracho que representa una suiza, con un cartelón en la mano, en el cual se ruega que nadie coja rosas. Por desgracia del artista o del dueño y tal vez de los dos, el zagalejo del malhadado figurón era tan corto que no le tapaba los tobillos. Las castas habitantes de Cincinnati vieron el escándalo y se estremecieron; y se intimó formalmente al amo del establecimiento que si deseaba merecer el patronato de las señoras de Cincinnati, había de hacer alargar el traje de la suiza. El buen proveedor de helados, asustado con esta formidable alternativa, despachó un expreso por el pintor y su paleta: el pintor acudió en efecto; pero desgraciadamente su paleta no tenía colores algunos que poder casar con el del zagalejo. Aquí los apuros. La necesidad era demasiado urgente para demorar el remedio. ¿Qué haremos? decía el artista. ¡Qué no haremos! decía el botillero. Por último se convino en coser al ribete del vestido colorado un retal azul. Y allí está ese insigne y espléndido testimonio de castidad, dando pruebas irrefragables a todos los hombres presentes y futuros del inmaculado pudor de las habitantes de Cincinnati.

No negaré que solía sospechar en varias ocasiones que ese refinamiento exagerado no tenía fundamentos muy sólidos. En mi entender es un recurso inventado por el conocimiento interno de su rudeza, un velo para esconder su grosería, pero recurso que nunca emplean con oportunidad, velo que siempre echan sin gracia. Las mismas personas que casi perdían el sentido al ver los tobillos de una estatua, se descolgaban a menudo con salidas tan intempestivas y arrojadas que no me hubiera quedado la menor duda aun teniéndola, de que nuestra decantada falta de delicadeza tiene sus límites. La anécdota siguiente explica demasiado bien lo que yo quiero decir para omitirla, a pesar de que apenas se puede referir.

Una señora joven, casada, de alta posición y del melindre más fastidioso, la cual se había criado en uno de los internados atlánticos de la más elevada reputación, me dijo que su casa, distante media milla de una ciudad populosa, estaba por desgracia en frente de una morada de peor que dudosa fama. «Es abominable, exclamó, ver la gente que entra allí. Debería ponérseles a la

vergüenza. Yo y otra señora íntima amiga mía sofocamos a un sujeto el año pasado. Mi amiga había venido a pasar el día conmigo, y estando las dos a la ventana, vimos pasar a un joven conocido nuestro que entró en aquella casa. Fuimos en seguida al jardín; lo esperamos a la puerta, y cuando volvió, salimos las dos a su encuentro y yo le dije:¿No tenéis vergüenza, Mr. Guillermo D., de pasar por mi casa y de volver de ese modo? En mi vida he visto un hombre más confundido.»

Hablando con las damas de las costumbres y maneras de Europa, siempre noté en ellas una propensión irresistible a motejar todas las cosas que no están conformes a los usos y estilos de su país.

Diciendo yo en una ocasión a una señora joven que una jira nos divertiría mucho, y que pensaba el proponerla a algunas de nuestras amigas, admitió en efecto que sería cosa muy, agradable; mas añadió «Temo que no sea en balde. Aquí no estamos acostumbradas a diversiones de esa especie, y yo sé que se considera como sumamente indecoroso el que se sienten las señoras sobre la yerba revueltas con los caballeros.»

Fácil me sería añadir a estas otras muchas anécdotas de la misma naturaleza; pero creo que hay ya las suficientes para dar una idea exacta de las costumbres del país en esta parte, y me persuado de que justifican las observaciones que he hecho.

Uno de los espectáculos que nos dejaron mas atónitos por su sencillez republicana fue el de los tribunales de justicia. Habíamos oído decir que los jueces se permitían en sus escaños esas posturas extraordinarias que sin duda la formación particular de los americanos les hace hallar más cómodas. Nos determinamos pues a juzgar de esto por nosotros mismos, y así entramos en el tribunal cuando más ocupado estaba y había tres magistrados en sus asientos. ¡Todo lo que yo puedo escribir no bastaría para formar una descripción incompleta de lo que vimos allí!

Nuestro invierno pasó rápidamente y de un modo bastante agradable con el auxilio de los paseos sobre la nieve, patinar de cuando en cuando, una visita a Big-Bone Lick, y otra a los cuáqueros *tembladores*, mucho queso y mucha lectura, no obstante el hallarnos en los últimos bosques de la América Occidental. La excursión a Big-Bone Lick, en Kentucky, y la expedición a la aldea cuáquera eran en extremo fatigosas para mujeres en aquella estación; así que tuvimos que contentarnos con los huesos de mamuts y los cuentos de cuáqueros que nuestros señores nos trajeron con abundancia de vuelta de su expedición.

Los cuáqueros tembladores de América son en efecto gentes singularísimas, que ofrecen una prueba innegable de que pueden existir y prosperar las comunidades, puesto que ellos existen viviendo estrechamente conforme a sus reglas, y que de día en día han ido aumentando sus riquezas. Añadiré que las dos o tres sociedades que han formado en diferentes puntos de la Unión, y se rigen por las mismas leyes generales, son tan felices y florecientes como la sociedad madre.

Sin duda deben estribar esos establecimientos en algún principio puro y saludable que renueva los estorbos y facilite el éxito deseado de todas las empresas que acometen; pero es menester que sea un principio poderosísimo por combatir con muchas cosas que son absurdas, y muchas que son perversas.

Las sociedades se componen de un número de personas de ambos sexos en proporción casi igual, y la mayor parte maridos con sus mujeres; pero sus leyes les prohíben el cohabitar juntos. Sus ritos se reducen a cantar y bailar de la manera más grotesca y tan a menudo que en eso gastan mucho tiempo; sin embargo en donde quiera que se establecen prosperan y logran una influencia poderosa. Todo lo que trabajan, todo lo que sus tierras producen, todo lo que sale de sus granjas, obtiene siempre en el mercado la más alta estimación y el precio más subido. Los cuáqueros reciben a los extraños con mucha cortesía y los que les presentan una recomendación son alojados y mantenidos el tiempo que quieren permanecer en sus casas, y nunca son invitados a trabajar con ellos, aunque se lo permitan siempre que se les antoja el hacerlo.

El reconocimiento aun parcial del Big-Bone Lick no se hace sin mucha fatiga, porque el viaje solamente cuesta desde luego infinito.

Por la relación de nuestros viajeros parece que el sitio que da su elegante nombre[54] a aquella región es una madre profunda de greda azul, quebradiza y tenaz, que es difícil y peligroso atravesar. Las excavaciones comenzadas en aquellos parajes han costado tanto que nadie ha querido aventurarse a emprender un trabajo completo para descubrir las reliquias gigantescas que ciertamente deben sus profundidades esconder. Nunca se ha removido el terreno sin encontrar algunas de esas reliquias, y me parece que con dinero y perseverancia llegaría infaliblemente a tropezarse con muestras de un mamut entero más perfectas que las conocidas hasta ahora[55].

Entre tanto pasaba el tiempo y se acercaba el momento de romper otra vez nuestro círculo doméstico. El mayor de mis hijos tenía que entrar en Oxford, y era menester que su padre lo acompañara, determinando, no sin haber combatido con una larga indecisión, que yo me quedase con el segundo y sus hermanas. Estábamos a principios de febrero y se preparaban nuestros viajeros a fin de arrostrar el mal tiempo de las montañas, aunque parecía que había pasado el rigor del invierno. Mas después de haberles procurado vestidos de piel de búfalo y zapatos dobles, y estando en vísperas de partir, nos anunciaron que los de Cincinnati aguardaban al general Jackson, presidente electo de la república, el cual venía de su residencia del Oeste y se dirigía en un vapor a Pittsburgo con dirección a Washington: así que se resolvieron a esperarlo, a fin de tomar pasaje en el buque del presidente, si era posible, y éralo sin duda, puesto que los norteamericanos no creen que la dignidad y el decoro de una conducción exclusiva sean testimonios de respeto necesarios al jefe supremo de los Estados Unidos.

El día de su llegada no era sin embargo muy cierto, y lo único que podíamos hacer se reducía a tenerlo todo preparado, y llegara cuando quisiera. No bien habíamos puesto en práctica esa resolución, cuando supimos que el general había pasado por Louisville y que en muy pocas horas estaría en Cincinnati. Todo fue revolución y priesa en la granja de Mohawk; en un momento acabamos de liar el equipaje de nuestros viajeros, y siendo ésta la primera oportunidad que habíamos tenido de presenciar tal demostración de sentimiento popular, determinamos ir todos a ver el desembarco del hombre grande. En consecuencia fuimos a Cincinnati y nos aseguramos de un sitio ventajoso, con la doble intención de conocer al primer magistrado, y de observar de qué manera lo recibía el pueblo. Hacía pocos instantes que ocupábamos nuestro puesto cuando el rumor sordo de las máquinas, y en seguida un saludo de artillería, nos anunciaron que habíamos llegado en el momento oportuno, y en efecto un instante después se presentó su buque a la vista.

No podía haber cosa más bella en su especie que la arribada de la pequeña flota: el soberbio vapor, a cuyo bordo estaba el presidente, hendía las tranquilas aguas del río cubriéndolas de espuma; a uno y otro costado iban otros dos vapores casi del mismo tamaño y magnificencia; una multitud de pasajeros cubría los tres desde la popa a la proa; al pasar las baterías de tierra le saludaron a la distancia de un cuarto de milla más arriba de la población; allí viraron y bajaron con la corriente sin que la rapidez de su marcha en nada alterara la majestad de su movimiento, bogando tan estrechamente unidas las tres embarcaciones que parecían un alcázar, que levantaba sobre las aguas sus nobles torreones.

Cuando llegaron enfrente del principal desembarcadero, viraron en redondo graciosamente los dos buques de los costados y separándose del centro, dejaron adelantarse y llegar a su fondeadero el que llevaba al jefe supremo de la república. Toda esta maniobra fue ejecutada con suma prontitud y de una hermosura verdaderamente nueva.

El gentío que esperaba en la playa, permaneció en el estado más perfecto de tranquilidad. Al echar el ancla, la tripulación y los pasajeros dieron un viva desmayado, a que no respondió un solo

54 *Big-Bone Lick* significa literalmente *el lametón del gran hueso.* (Nota del traductor.)

55 Después de estar escritas las observaciones de Mistress Trollope, han extraído un inmenso esqueleto casi entero. (Nota del traductor.)

eco para darles la bienvenida; y ciertamente aquella tibieza y profundo silencio no nacían de la falta de afecto al nuevo presidente, pues durante el tiempo de la candidatura había sido el candidato popular de Cincinnati, y en muchos meses no habíamos cesado de oír gritar «Viva Jackson» a una inmensa mayoría; pero el entusiasmo no es ni la virtud ni el vicio de los norteamericanos.

Varios carruajes particulares estaban esperando a la orilla del río las órdenes del general, pero fueron despedidos avisándoseles que iría a pie hasta la posada. Al recibir esta intimación se separó la silenciosa multitud con el mayor orden, abriendo calle para que pudiera pasar por medio, como en efecto lo hizo, llevando el sombrero en la mano, aunque la distancia era considerable y el tiempo demasiado frío. Debe observarse que sólo el presidente y algunos europeos se veían descubiertos, que los americanos libres tenían el sombrero encasquetado hasta los ojos. El peinado de su cabello entrecano era negligente, pero no sin gracia, y a pesar de la rudeza de sus facciones tiene aire de caballero y de soldado. Llevaba luto completo por su mujer que acababa de perder hacía muy poco; se decía que habían sido muy felices en su matrimonio, y me causó pesadumbre el oír decir cerca de mí, al tiempo de acercarse al sitio donde estábamos: «Ahí va Jackson; ¿dónde está su mujer?» Otro grito se oyó también a corta distancia de «¡Viva Adams!»

Mejor se disponen estas materias en la parte oriental de la federación, según dicen; pero como todavía me hallaba yo en la parte occidental, me inclinaba a creer que por más laudable que sea el carácter americano, no deja de ser en extremo desapacible.

Mr. Trollope y sus hijos se unieron al grupo de ciudadanos que acompañaron al presidente hasta la posada, y fueron presentados a él en forma, esto es: se dieron su apretón de manos según la costumbre del país. Sabiendo que tenía intención de detenerse unas cuantas horas o, hablando con más propiedad, que el vapor tenía que detenerse unas cuantas horas para volver a levar el ancla, Mr. Trollope tomó pasaje a bordo, y volvió a comer a toda priesa con la familia. A la hora señalada por el capitán, mi esposo y mi hijo se embarcaron con el general, y según me dijo después en sus cartas, habían tenido con él muchos ratos de conversación, y habían quedado muy contentos de su sociedad y sus maneras, pero disgustadísimos de la familiaridad brutal a que lo veían expuesto en todos los parajes a donde arribaban. No puedo dejar de hacer mención de un extracto que pinta al vivo las costumbres de aquel país en un punto que más dolorosamente desgarró sus sentimientos europeos:

No había galopín de playa que no fuese presentado al presidente, a menos, como solía suceder, que no se presentara él mismo: por ejemplo, estando yo a su lado, se presentó un palurdo tan zafio como gordo y destemplado, y le dijo:

—General Jackson, me parece.

El general inclinó la cabeza.

—¡Toma! y decían que os habíais muerto.

—No: la Providencia ha preservado hasta aquí mis días.

—Y ¿vive la mujer también?

El general manifestando cuanto lo había herido esta pregunta, respondió que no.

—Vaya, bien decía yo que alguno de los dos se había muerto —exclamó el delicado cortesano para terminar su arenga.

XIV.
Primavera. Controversia de los señores Owen y Campbell. Baile público. Separación de los dos sexos. Libertad de la América del Norte. Suplicio.

La primavera en América no es ni con mucho tan agradable como el otoño; ambas estaciones marchan con paso incierto y vacilante, pero esa lentitud e incertidumbre que son tan deliciosas en el otoño son fastidiosísimas en la primavera. En el primer caso se recibe la despedida de un amigo que cada vez nos muestra más dulzura, más halago, y su tardanza no puede parecernos pesada; en el otro escapamos de una caverna fría y horrorosa, mazmorra obscura donde hemos sido esclavos, arrastrando cadenas de hielo negro, sufriendo azotes de viento, y dónde el único consuelo es el ahogarse en una atmósfera de humo. Aunque, si se reflexiona, me parece mucho más razonable, en lugar de quejarse del paso lento de la primavera de la América del Norte, declarar que no se conoce semejante estación en aquel clima. El hermoso otoño suele prolongarse hasta Navidad, pues ya en ese tiempo no se puede jugar más con el invierno, que generalmente se apodera con furia de los meses que llamamos primavera, y no los suelta hasta que de repente vuelve la espalda y cede su conquista al verano.

Tan inconcebible es la incertidumbre de la temperatura de aquel clima, que no me atreveré a decir a punto fijo cuando empiezan o acaban las estaciones; pues es cierto que cualquiera fuese el nombre que yo les diera, el primer observador del tiempo me probaría fácilmente que me equivocaba, con sólo recordar que el termómetro señalaba 100°[56] en el período que yo incluía en el invierno, o 50° mucho después que yo había hecho comenzar el verano.

El clima de Inglaterra se llama inconstante, pero este nombre nunca se lo darán en mi entender los que conozcan el clima de los Estados Unidos. Un caballero, en cuya exactitud podía tener entera confianza, me aseguró que repetidas veces había visto variar el termómetro sobre 40° en el espacio de doce horas. Esa inestabilidad desagradable de la temperatura es sin duda una de las causas principales de la insalubridad de aquella región.

Sin embargo cuando estábamos ya hartos de dar diente con diente, y habiéndonos medio arruinado con el gasto de leña (que es casi tan cara allí como en París, y más cara en otras muchas partes de la Unión), se nos presentó el verano de repente con todo el aparato de su majestad, y volvimos a invocar en nuestro favor la nieve del pozo, el fresco del terrero y la sombra de las celosías y persianas.

A principios del verano de este año (1829) ofreció Cincinnati un espectáculo, me parece que sin ejemplo en ningún otro siglo ni país. Mr. Owen, el de Lanark, el de *New Harmony*, el de Tejas, que sé yo de cuántas partes más, en fin Mr. Owen tan conocido en el mundo por todos o cualquiera de esos títulos, había desafiado a todo el público religioso de los Estados Unidos para discutir con él públicamente la verdad o falsedad de todos los cultos que desde la creación habían obtenido la veneración del género humano en toda la tierra; declarando además que se comprometía a probar que todas las religiones eran igualmente falsas, y casi igualmente perniciosas. Este escandaloso cartel se publicó en todos los periódicos de la Nueva Orleans y resonó por todas partes sin que nadie respondiese a reto tan extraordinario. Por último el reverendo Alejandro Campbell[57] de Betania (no la de Judea sino la del Kentucky) respondió por los mismos órganos: que alzaba el guante y estaba

---

56 Farenheit, es decir unos 38° centígrados. Luego, 50° F = 10° C. Una amplitud térmica de 40° F equivale a unos 22° C (Nota del editor digital.)

57 Alexander Campbell (1788-1866), escocés nacido en Irlanda del Norte, que encabezó el movimiento religioso denominado *Restoration Movement*. Bethany, donde poseía abundantes tierras, está en Virginia. Defendió la moralidad de la esclavitud..

pronto a saltar a la palestra. El lugar destinado para esta singular discusión fue Cincinnati, el tiempo desde el segundo lunes del mes de mayo de 1829, casi al año de la aceptación del desafío, dando tiempo de esa manera a los contendientes para que se prepararan.

Los preparativos de Mr. Owen no pudieron ser más que los de un viajero que apenas tiene tiempo para leer, pues en todo el intervalo sólo se ocupó en excursiones continuas, atravesando gran parte de Norteamérica, cruzando dos veces el Atlántico, visitando la Inglaterra, la Escocia, Méjico y Tejas, y recorriendo no sé qué más países.

Mr. Campbell empleó su tiempo de un modo muy diferente, ocupándose con grande estudio y perseverancia en la lectura de todas las obras teológicas que tuvo a su alcance. Pero a pesar de la confianza que la instrucción y piedad de Mr. Campbell inspiraban a sus amigos, y aun en general a todos los cristianos de Cincinnati, no fue bastante para inducir a Mr. Wilson, ministro presbiteriano de la iglesia más grande de la ciudad, a que permitiese en el recinto de sus muros semejante combate: cosa que se reprobó mucho y que se sintió más, porque era general la curiosidad de oír aquella discusión, y ningún otro edificio era tan capaz como su templo.

Eligióse pues una capilla metodista, donde cabían hasta mil personas, y se formó un pequeño teatro alrededor del púlpito con bastante espacio para contener a los opositores y sus taquígrafos. En el mismo púlpito estuvo, durante todo el tiempo de la disputa, el padre de Mr. Campbell, cuya edad, los blancos cabellos que flotaban sobre sus hombros y el venerable aspecto de su rostro animado por el vivo interés e infatigable atención con que escuchaba, hacían de él una de las figuras más interesantes del grupo. En otra parte opuesta del edificio se levantaba otra plataforma, donde estaban sentados siete vecinos del pueblo, que habían sido elegidos como moderadores para conservar el orden.

Lo demás de la capilla estaba igualmente dividido en dos mitades, la una para las señoras, la otra para los caballeros. La puerta reservada para aquellas estaba guardada con mucho celo por personas puestas allí a fin de prevenir todo agolpamiento de gentes o cualquiera estorbo que les obstruyera el paso. Yo presumo que ese rasgo de galantería se debió a Mr. Owen, pues las disposiciones con respecto a las pobres reclusas nada tuvieron de americano.

Cuando se levantó Mr. Owen, estaba ya el edificio de bote en bote, componiéndose el auditorio, la congregacion o como quiera llamarse, pues yo no sé qué nombre darle, de las personas más respetables de la ciudad, y desplegando su elegancia y riqueza tan buenos sombreros, cintas y encajes como podía haber reunido *la iglesia de los dos cuernos*.

La introducción de Mr. Owen fue recibida con un silencio profundísimo y escuchada con la atención más escrupulosa; y a la verdad nunca la oyeron tan extraña ni hombres ni mujeres que dijeran creían en Jesucristo.

Cuando me acuerdo de su objeto, y de la tranquila seguridad con que el orador declaró que estaba íntimamente convencido, después de un maduro examen, de que toda la historia del cristianismo era una patraña y su origen sagrado una fábula, no puedo menos de maravillarme de que lo escucharan con tanta calma. Nunca había observado persona alguna con más felicidad que Mr. Owen la máxima *suaviter in modo*. El tono dulce de su voz, su manera blanda y algunas veces jocosa sin ser irónica; el esmero con que evitaba toda expresión áspera o vehemente; el interés cariñoso que manifestaba en favor de toda la familia humana; el aire de candor con que expresaba su deseo de ser convencido, en caso de engañarse por error o ilusión, si estaba en efecto engañado, su amable sonrisa, la tierna expresión de sus ojos, en una palabra, su ademán, su gesto, todo él desarmaba el celo más fanático, e inspiraba un sentimiento de tolerancia que sería imposible de concebirse, y aun increíble para los que no lo oyeron.

Media hora era el tiempo concedido a cada orador. Cuando este expiró, los moderadores sacaron sus relojes; Mr. Owen también sacó el suyo (sin interrumpir su discurso), se sonrió, meneó la cabeza, y dijo entre paréntesis: «Paciencia por un momento», y prosiguió cerca de otra media hora.

Levantóse entonces Mr. Campbell a cuyo favor predisponían el concurso su persona, su voz y sus maneras. En su primer ataque se sirvió de las armas, que en general se hubiesen considerado como pertenecientes a los sostenedores de la opinión contraria. Cerró con Mr. Owen sin conmiseración; aquí le mordía sus paralelógramos; allí le arañaba su perfectibilidad humana, y tenía todo el auditorio en una carcajada continua.

Volvió Mr. Owen a dirigirnos la palabra empleando cinco minutos en felicitar a Mr. Campbell con toda la fuerza que le había dejado su excesivo reír de corazón, pero al cabo de cinco minutos dijo, mudando de tono, que el asunto era demasiado grave para gastar otra media hora tan ligeramente, aunque con tanto placer, como la que acababa de pasar, y en seguida nos leyó lo que él llamaba sus doce leyes fundamentales de la naturaleza humana. Estas doce leyes han corrido tanto por todas partes que me parece inútil el repetirlas aquí. A mí me parecen doce verdades de Pero Grullo que ningún hombre sensato puede pensar en contradecir; mas, como pueda cada uno concebir que la explicación y defensa de esas leyes haya podido suministrar materia a su pluma y a su lengua durante tantos años, de inagotable declamación, o como se le haya metido a él en la cabeza que podían convertirse en una refutación del cristianismo, es misterio que yo nunca espero comprender.

Por entonces Mr. Owen se atrincheró en sus doce leyes; y Mr. Campbell con igual gravedad se contentó con desplegar, como guerrillas, las autoridades teológicas más elaboradas que pudo hallar a la mano en favor de la religión revelada.

A mí me pareció que ninguno de los dos se respondía, sino que se reducían a hacer alarde de su saber, explicando lo que tenían ya en su mente aun antes de comenzar la discusión. Era esto de lamentarse en cuanto a Mr. Campbell, quien en mi sentir hubiera sido mucho más fuerte, si hubiera contado más consigo mismo y menos con sus libros. Mr. Owen es un hombre extraordinario, y hombre ciertamente de talento, pero yo lo considero como enteramente a oscuras en las tinieblas de sus propias teorías, de modo que no alcanza a ver por medio de ellas, ni aun siquiera para mirar el mundo, tal cual existe realmente alrededor de él.

Concluidos los debates, que duraron quince sesiones, Mr. Campbell rogó a toda la asamblea que se sentara. Obedecieron todos; y luego pidió que todos los que estuvieran decididos por el cristianismo y desearan su prosperidad se levantasen; invitación a que respondió una mayoría muy grande poniéndose en pie al instante. Suplícoles que se sentaran, y pidió que los que no creyeran en sus doctrinas se pusiesen en pie, lo que hicieron unos cuantos hombres y una dama.

Mr. Owen protestó contra esta maniobra, como él la llamaba, negándose a creer que suministrase prueba alguna del verdadero estado de la mente de los hombres ni tampoco de las mujeres; y declaró que no solamente debía esperarse aquel resultado en el actual orden de cosas, sino que él mismo consideraba como una obligación de toda persona que tuviera familia que mantener el no arriesgarse a perder la venta de sus puercos o de su hierro, por la declaración de opiniones que ofenderían la mayor parte de sus parroquianos. Se ha dicho que al cabo de las quince sesiones el total numérico de los cristianos e infieles de Cincinnati era exactamente el mismo que cuando empezaron. Tal vez debía contarse anticipadamente con ese resultado; pero lo que no entraba en la previsión humana era el que ninguno de los contrincantes se exaltara ni perdiera su calma habitual. Al contrario, los dos se llevaban muy bien, estaban constantemente juntos, y no hablaba jamás uno de otro, sin manifestar con la sinceridad más cordial que se tenían mutuamente una grande estimación.

Todo eso podía únicamente suceder en Norteamérica; y yo no estoy muy segura de que fuera un bien el que sucediera en otra cualquiera parte.

Cuando he notado los varios acontecimientos de regocijo y aparato que rompieron la triste igualdad de nuestra vida en la capital del Oeste, he omitido hacer mención del baile del nacimiento o cumpleaños (*Birth-day*), como llaman la fiesta que celebran, creo que el 22 de febrero, en todas las ciudades, villas y rancherías de la federación: así consagran con un solemne aniversario el día

del nacimiento de Washington, día que merece justamente señalarse entre los americanos como un día de jubileo.

Yo me quedé atónita, cuando entramos en la sala del baile, del golpe de vista que presentaba. La pieza aunque espaciosa estaba llena de gente perfectísimamente puesta. Las damas, entre las cuales brillaban muchas y muy lindas jóvenes, habían revuelto el fondo del cofre y apurado los consejos del tocador. Los caballeros no se presentaban menos compuestos y acicalados, mas todavía llevaba yo muy poco tiempo en la América Occidental para no dar un respingo cuando en cada elegante que pasaba por junto a mí reconocía al mercader o al tendero que estaba acostumbrada a ver detrás de su mostrador, o durmiendo a la puerta de su almacén, como se ven por toda la ciudad. Como yo nunca había visto mirar con más gusto e intención al mayorazgo de una familia rica, inferí de las risas y halagos que les prodigaban las más bellas y elegantes de la reunión, que allí son considerados como la primera clase de la sociedad. Sin embargo no se debe suponer que entre ellos no haya distinción de rangos; en este mismo baile eché de menos entre muchas jóvenes muy hermosas a otra joven mucho más hermosa todavía, cuya amable fisonomía me había llamado la atención en los exámenes del colegio de que hemos hecho mención. No pudiendo hallarla, pregunté a un caballero por qué la hermosa Miss C. no estaba allí.

—No entendéis todavía nuestra aristocracia —me respondió—; Miss C. es de una familia mecánica.

Es decir: de obreros.

—Pero esa señorita se ha educado en la misma escuela que éstas que vemos aquí, y su hermano tiene una tienda en la ciudad tan grande, y aparentemente en un estado igual de prosperidad que la mejor que puedan tener estos jóvenes. ¿En qué consiste pues la diferencia?

—En que es mecánico (obrero); pues también trabaja en los artículos que vende. Los otros no hacen más que vender, y se llaman comerciantes.

El baile no fue muy semejante, ni tampoco dejaba de serlo, a los que se arman en las partidas de campo, en que más se corre que se baila. Llaman *cotillones* a lo que llamamos *cuadrillas*, y el maestro indica las figuras en inglés, cosa que produce un efecto muy grotesco en los oídos europeos.

Las disposiciones para la cena fueron muy singulares y eminentemente características de las costumbres del país. Los hombres se retiraron a otra habitación de la fonda, donde les habían preparado un banquete opíparo; mas las pobres mujeres se quedaron solas, y mientras en su ausencia se paseaban tristemente por el salón, les fueron poniendo en la mano a cada una su platillo: poco después aparecieron algunos criados, les pido perdón, asistentes quise decir, con bandejas de dulces, tortas y cremas. Las infelices se sentaron entonces en una rueda de sillas colocadas junto a la pared y diciendo a la falda: «Hágote mesa», empezaron a saborear su dulce pero melancólico refresco. No hay escena de comedia que represente un contraste más ridículo que el que formaban la gala de los trajes y los espléndidos adornos de la sala con el abandono, tristeza y soledad de las mujeres.

Ni era efecto de economía ni falta de espacio aquella disposición, sino simplemente porque así lo querían los hombres. Tal fue la respuesta que me dieron cuando llevada de la curiosidad pregunté por qué no cenaban juntos los caballeros y las damas; y esa respuesta la confirmaron después las varias personas a quienes hice la misma pregunta.

Donde no hay corte, que es en los demás países el espejo en que se miran las clases más elevadas de la sociedad, y cuya luz, reflejada por estas a las clases inferiores, va puliendo por grados la mayor parte de la población, no debe esperarse que se haga mucho estudio de modales y urbanidad, ni que lleguen los usos y estilos del trato humano al mismo grado de elegancia. No obstante esa causa sola no puede producir tan grande diferencia o más bien la falta absoluta de maneras. Las horas de recreo son de suma importancia para los entes racionales que en todas partes

procuran aprovecharlas. Los que sólo se divierten con los placeres de la sociedad, sean intelectuales o materiales, se preparan para gozarlos, y cuando se ven forzados a contentarse con las delicias de la soledad, hacen un papel muy miserable; como al contrario los que no hallan placer sino en el retiro, rara vez pueden procurarlo ni recibirlo en la sociedad. Donde quiera que uno y otro sexo encuentran su mayor recreo en las escenas en que se acercan, ambos se preparan a fin de presentarse en el mismo círculo con ventaja. Los hombres no se dan entonces a mascar tabaco, ni aun se permiten escupir, y las mujeres hacen cuanto pueden por merecer un puesto más decoroso que el de amas de gobierno, y adquirir adornos más halagüeños que el arte profundo de hacer el té.

En Norteamérica, si se exceptúa el baile, que casi se reduce a los solteros y solteras, todas las diversiones de los hombres excluyen la presencia de las mujeres. Ellos comen, ellos juegan, ellos tienen conciertos, ellos cenan, todo eso en grandes reuniones, pero todo sin mujeres. Si no fuera una costumbre general, es imposible que no tuvieran bastante ingenio para buscar algún expediente, a fin de desembarazar a sus esposas y a sus hijas, cuando se lo permitieran las circunstancias, de los oficios sórdidos y humildes que casi todas desempeñan en sus casas. Aunque las ricas no se ocupen de lavar y planchar o de amasar budines y tortas la mitad del día y en cocerlos en el horno la otra mitad; sin embargo, siendo iguales en su estado de servidumbre, ni aun las del rango más elevado se eximen de las tareas mecánicas, y así no tienen posibilidad ninguna de adquirir las prendas y hábitos que forman una compañera elegante e ilustrada. En Baltimore, Filadelfia y Nueva York he encontrado algunas excepciones; pero hablando del país en general, lo que acabo de decir, es una verdad indisputable.

Si no me hubiera cansado de residir tanto tiempo en un paraje que aborrecía con todo mi corazón, ni hubiera empezado a temer que no era favorable a los proyectos que había formado, y cuyo buen éxito me había prometido de antemano con harta ligereza, habría encontrado un manantial casi inagotable de diversión en las ideas y opiniones de las gentes con quienes hablaba; pues aun así muy frecuentemente me han entretenido largos y agradables ratos.

Recibimos, como he manifestado, muchas pruebas de cariño personal; mas nada tienen que ver las disposiciones particulares de uno u otro individuo con ese afecto nacional de odio en mi sentir invencible a los ingleses, que vive en el fondo del corazón de todo verdadero americano, y que se muestra de mil maneras aun en medio del trato más amistoso; si bien suele ser por lo común de un modo más cómico que ofensivo. Algunas veces era así:

—Pues bien creo yo que a vuestro gobierno se debía ahorcar por la última guerra con que nos vino a incomodar. Eso ha sido vuestra ruina, porque justamente es lo que nos ha hecho.

En seguida:

—Vaya, ahora ya empiezo a entender mejor que antes vuestro chapurrado; pero no es maravilla que no pudiese comprenderlo muy bien al principio cuando llegasteis de Londres, porque todo el mundo sabe que la algarabía de Londres es horrorosamente incomprehensible. Es extravagante que toda la gente que vive en Londres haya de poner *h* donde no la hay, y que nunca la ponga donde deben.

Yo tuve el egoísmo o la presunción de preguntar a la señora que dijo esto, si notaba en mí ese defecto.

—No, no lo noto —fue su respuesta; pero añadió con una sonrisa de complacencia— mas es bien fácil ver el trabajo que os cuesta: yo espero que habéis visto como nosotros los americanos nos burlamos de todos vosotros, y así trabajáis por tomar nuestra pronunciación.

Una señora me preguntó con mucha gravedad si habíamos dejado nuestra casa por huir de los insectos de que los ingleses de todas clases están plagados.

—Yo he oído decir a personas de una autoridad indisputable —añadió— que es absolutamente imposible el pasar por las calles sin que se le llene a una la cabeza.

Yo me reí, pero no respondí una palabra. Ella se puso muy encarnada y dijo:

—Nada hay más fácil que reír, pero ríase o no, la verdad es la verdad.

Debo advertir por vía de prefacio de la siguiente anécdota que en América se da el nombre general *bug* (chinche) a casi toda la tribu de los insectos; sólo el malhadado insecto, conocido con este nombre entre nosotros, es el que no se incluye en la significación de esa palabra[58].

Una señora se dirigió a mí preguntándome de buenas a primeras:

—¿No os causan horror las *chintzes*, Mistress Trollope?

—No, a la verdad —respondí yo—; antes me parecen muy bonitas.

—¡Tómate esa! Para que no se os conozca que sois inglesa. Apuesto que llamáis a eso patriotismo. Gracias a Dios que nosotros, americanos, tenemos cosas mejores por que amar nuestro país, sin tener necesidad de decir que nos gustan las sucias y asquerosas *chintzes*, para probar que somos buenos patriotas.

—¡*Chintzes*! ¡*chintzes*! pero ¿qué son las *chintzes* ?

—¡Es posible! Vaya, ¿querréis hacerme creer que no sabéis lo que son *chintzes*? Toma, esos pequeños, repugnantes, apestosos y crueles animalejos que chupan la sangre.

—¿Los mosquitos?

—Oh no; los que llenan vuestras camas en Londres.

Después he sabido que han tomado la palabra *chinche* del español; pero entonces yo entendí que me hablaba de una tela para cortinas.

Entre otros ejemplos de esa especie de modestia tan frecuente en Norteamérica y tan desconocida en nuestros países, he observado a menudo uno, que, mientras manifestaba la escrupulosa delicadeza de las damas, daba ocasión a los caballeros para prodigar sus chistes y agudezas. Vi en diferentes ocasiones repetirse lo mismo a lo menos una docena de veces; por ejemplo: estaba ocupada una señorita en hacer una camisa (que sería señal de una depravación completa el atreverse a nombrar), se presentaba un caballero, y daba principio a su ingeniosa conversación diciendo:

—¿Qué estais haciendo, Miss Clarisa?

—Un vestidito para la muñeca de mi hermana.

—¡Un vestidito! No es posible. Vamos, Miss Clarisa, ¿qué es?

—Un delantal para una de nuestras negras, Mr. Smith.

—¿Me creéis bobo, Miss Clarisa? ¿Pues qué no veo yo juntos los dos lados? Vaya, mejor será que me digáis lo qué es.

—¡Qué pesado! ¡Toma! Una funda de almohada, Mr. Smith.

—¡No tan calvos, Miss Clarisa! Entonces sería una funda para la cabeza de un gigante. A ver si yo lo acierto...

—Con tiento, Mr. Smith, cuide de no tomarse esas libertades, o me enfadaré de veras.

Antes de que llegue a tal punto la conversación, él y ella no cesan un momento de reírse a carcajadas. Una vez vi a una señorita que, hallándose acosadísima por un gracioso, y queriendo probarle que en efecto era un saco lo que cosía, juntó los extremos de la camisa y los embastó delante de él.

—Y ahora —exclamó triunfante al mostrarle su obra— ¿qué tenéis que decir?

Una de mis amigas me sorprendió un día diciéndome con un tono afectuoso o más bien de lástima:

58 Para comprender lo gracioso de este equívoco es menester saber que los ingleses llaman *chints* o *chintzes* unas telas de algodón semejantes a nuestras *indianas*. (Nota del traductor.)

—¡Cómo! ¿Tendréis valor de volver a Inglaterra, para educar a vuestros hijos en un país, donde sabéis que no se os tiene en mucho más que el fango de las calles?

Habiéndole suplicado que se explicara, continuó:

—Bien sabéis que yo no quisiera haceros la más leve ofensa; mas el hecho es que los americanos sabemos mucho más de lo que pensáis: y a la verdad si yo estuviera en Inglaterra, con nadie me asociaría sino con milores. Yo no digo ciertamente que no iría a veros; pero convendréis en que no sois de la clase elevada, y por lo tanto sé muy bien cómo os tratan allá en vuestro país.

Yo muy rara vez contradecía aserciones de esa especie, pues era menos desagradable e infinitamente más divertido el dejarlas correr: porque a la verdad, si no lo hubiera hecho así, hubiera sido siempre de muy poco provecho; que en las muchas conversaciones que tuve en América respecto de mi país, no me acuerdo de una sola, en que no supiera yo de él menos que las personas con quienes hablaba.

En cuanto a la gloria nacional, me parece que saqué algo más que mi parte del varapalo, pues siendo mujer, no había dificultad alguna en hablar delante de mí. Una dama, que era de las más ardientes patriotas, me manifestó todo su miramiento en una ocasión, en que tratándose de Nueva Orleans, dijo para cortar la conversación:

—Yo quisiera que no se hablase de Nueva Orleans —y volviéndose a mí añadió con mucha dulzura:— debe ser doloroso para vuestro corazón el oír mentar esa ciudad.

La superioridad inmensa de la marina americana sobre la inglesa era un tema constante, cuyas pruebas escuchaba yo siempre con el mayor silencio posible. Oí decir repetidas veces (tan repetidas y en tan diferentes ocasiones que estoy por creer que ha de haber algo de verdad en esto), que los marineros americanos hacen fuego con la certeza de matar, mientras que los tiros de los nuestros atinan por casualidad.

—Tal es —decía un oficial de marina de alta reputación— el bendito resultado de vuestras leyes sobre la caza; vuestros marineros nunca tiran al blanco; nuestros gatos de entrepuentes se adiestran en la caza y parten después un cabello con una bala.

Pero el escarnio favorito, constante, universal, con que me encontraba en todas partes, era el de nuestro apego rancio a cosas añejas y desusadas. Si ellos tuvieran un atisbo de sal entre todos, estoy segura de que me hubiesen puesto por apodo: *Mi abuela, la de la Gran Bretaña*, porque ese tono toman, y así se reconcilian con la cruda novedad de todas las cosas que los rodean.

—Me asombro de que no estéis ya estomagados de reyes, cancilleres, arzobispos y toda vuestra caterva de pelucones y sotanas —me dijo una vez cierto caballero, tenido por muy hábil, con un bostezo afectado—; yo protesto que el nombre sólo me da gana de dormir.

Divierte el contemplar cuán suave les es la idea de su superioridad, pues ellos se creen más modernos y más adelantados que la Inglaterra. Nuestra literatura clásica, nuestras dignidades regias, nuestras nobles instituciones, son para ellos reliquias, antiguallas de los siglos bárbaros.

Este consuelo y la vasta extensión de su desnudo territorio forman el bálsamo halagüeño, que alivia el alma como un antídoto contra las pequeñas dudas que se suelen levantar de cuando en cuando sobre si su dilatado país será o no de tanta importancia, como cierto lugarejo miserable y desmoronado que ellos conocen.

Estando yo en una reunión de señoras entre las cuales había una o dos jovencitas, en quienes mandaba más la curiosidad que el patriotismo, y habiéndome hecho varias preguntas respecto de la extensión y hermosura de Londres, procuraba satisfacerlas, describiéndoles aquella capital lo mejor que me era posible; pero fuimos interrumpidas por otra señora que exclamó:

—Queréis callar con vuestro Londres, muchachas; si deseáis saber lo que es una hermosa ciudad, ahí está Filadelfia: cuando Mistress Trollope la haya visto, me parece que convendrá en que es mejor hablar de un pueblo bonito que no de esa colección destartalada de calles sucias, puercas y asquerosas que llaman Londres.

Una vez en el Ohio y otra en el distrito de Columbia me presentaron un *Atlas* para convencerme con la evidencia de mis propios ojos de la pequeñez despreciable de mi país natal.

No olvidaré en mi vida la gravedad con que en el segundo caso sacó un caballero su caja de instrumentos graduados, y me demostró fuera de toda contradicción, que el total de los dominios británicos no igualaba en extensión al menos importante de sus estados; ni tampoco dejaré de acordarme del aire, con que después de su demostración, y colocando sus pies sobre la leja de la chimenea, considerablemente mas alta que su cabeza, se puso a silbar *Yankee Doodle*.

Sus gloriosas instituciones y su sin igual libertad no podían por supuesto quedarse sin elogio. Costóme algún trabajo sin embargo comprender lo que llaman ellos sus gloriosas instituciones, y aseguro, sin la más leve intención de aparentar una falsa ignorancia, que jamás he sabido la significación de esa frase que tiene todo americano en la boca, cuando habla de su país. Pregunté al cabo si por sus instituciones entendían sus hospitales y sus penitenciarías.

—¡Oh no! Así llamamos las gloriosas instituciones coetáneas de la revolucion.

—¿Es por ventura —dije yo— vuestra institucion del matrimonio, convertida de rito religioso en contrato puramente civil, que en vez de celebrarse por el ministro de un culto, puede legalizar el juez de paz?

—¡Oh no! Hablamos de nuestras divinas instituciones políticas.

Todavía me hallaba en tinieblas, sin poder atinar con lo que querían decir, a menos que no llamaran a su eterno *eleccionear* sin pausa, ni intervalo de un solo día, de una sola hora, «una institución gloriosa».

En cuanto a su incomparable libertad, me parece que la comprendo mejor. Su código de leyes comunes está formado por el nuestro, no habiendo entre nosotros más diferencia sino que en Inglaterra se obra según las leyes, y en Norteamérica no.

No hablo ahora de la policía de aquellos pueblos; creo que estará bien ordenada: la de Nueva York goza como tal, de una celebridad universal; pero fuera del alcance de su influencia, el desprecio de las leyes es mayor de lo que me atrevo a decir, para que se me crea. Los desmanes, ultrajes, robos y hasta asesinatos, se suelen cometer con tanta mayor impunidad cuanto que los magistrados no dan muchas veces paso alguno.

Durante el verano que pasamos tan deliciosamente en Maryland, suspendimos muchas veces nuestras excursiones hacia varios parajes por consejo de nuestros buenos amigos, que conocían los hábitos y la moral del país. Cuando preguntamos la causa, nos dijeron que había un ventorrillo en el camino, y que no era prudente acercarse a él.

La línea del canal de Chesapeake[59] y Ohio pasaba a pocas millas de la residencia de Mistress S***; y sucedió por dos veces, en la temporada que pasamos con ella, que se descubrieron cadáveres medio escondidos en sus cercanías: circunstancia que sólo excitaba una especie de maravilla de media hora; y cuando pregunté por el que en una ocasión había traído la noticia:

—O lo han muerto, *espero yo*, o puede que lo haya agarrado la fiebre del canal.

No se hizo sin embargo pesquisa alguna, ni produjo más sensación aquella ocurrencia que si se hubieran encontrado un cerdo muerto.

La abundancia de alimento y la escasez de ahorcados eran también de los argumentos selectos para probar su superioridad con respecto a Inglaterra: dos cosas excelentes, pero cuya inferencia me parece inadmisible. Un territorio inmenso y fecundísimo, si bien apenas habitado, puede producir sin trabajo alimento abundante para su población; y cuando un pícaro desesperado sabe que ha *calentado* demasiado su ciudad o ranchería para que le aguanten, basta que haga una jornada de pocas millas hacia el oeste, seguro de encontrar carne y whisky en abundancia, y sin peligro de que la ley le pise los zancajos; no es extraordinario que la cuerda haga tan poco ejercicio.

---

59 *Chisapica* para el traductor.

Durante nuestra residencia en Cincinnati, cogieron a un asesino de la mayor atrocidad, y habiéndolo juzgado y estando convicto, lo condenaron a muerte. En el juicio se descubrió que años atrás había asesinado cruelmente a su mujer y a su niño en Nueva Orleans, pero en el tiempo que fue cometido el crimen no se había hecho investigación alguna. El que ahora se había denunciado a la justicia y había provocado su terrible sentencia, era otro asesinato: el delincuente había muerto a su segunda mujer, y el principal testigo que había contra él, era su propio hijo.

Fijóse el día de la ejecución, y la sensación producida por la novedad del espectáculo fue tan grande (por ser el primer blanco que se ejecutaba en Cincinnati) que hubo quien por verlo, hizo un viaje de sesenta millas.

Entre tanto algunas buenas gentes empezaron a provocar dudas sobre la legitimidad y derecho de ahorcar a un hombre que las leyes ejercen, y se presentó una petición al gobernador del estado[60] de Ohio, a fin de que conmutase la sentencia de muerte en encierro perpetuo. El gobernador se excusó por algún tiempo de intervenir en la sentencia del tribunal ante quien el reo había sido juzgado; pero al fin atemorizado por lo singular de la situación en que se hallaba, cedió a las instancias importunas del partido presbiteriano que lo acosaba, y envió sus órdenes al sheriff[61]. Estas órdenes no eran para suspender la ejecución, sino para preguntarle si quería que se conmutase su sentencia, y ser enviado a una penitenciaría, en lugar de ir a la horca.

El sheriff pasó a ver al reo, y habiéndole propuesto la alternativa de la cuerda o su asentimiento, obtuvo por respuesta:

—Si hubiera en el mundo algo que pudiese decidirme a dar el consentimiento, sería la esperanza de vivir bastante para descuartizaros y hacer añicos al perro de mi hijo: como quiera que sea, no consiento; tendréis que ahorcarme.

El digno sheriff, a quien concierne el terrible oficio de verdugo, le dijo cuanto le sugirió su razón para persuadirlo a que firmara el documento que le ofrecía, mas en vano; sólo consiguió que lo insultara por sus generosos esfuerzos.

Llegado el día del suplicio, señalaron para la ejecución la falda de una colina, sitio único despejado cerca de la ciudad, y muchas horas antes del tiempo prefijado, lo vimos cubierto de una multitud inmensa de hombres, mujeres y niños. Por último se acercó el momento; descubrióse el carro fatal que iba subiendo la cuesta lentamente, y el rumor bullicioso del concurso se convirtió en un silencio profundo. Estando ya el miserable reo en el cadalso, volvió el sheriff a presentarle la propuesta para que aceptase la conmutación de la pena; pero él tiró el papel y gritó:

—¡Ahorcadme!

Mediodia era el punto en que se debía cortar la cuerda; el sheriff estaba en pie, con el reloj en una mano y el cuchillo en la otra; ya tenía el brazo levantado, el golpe iba a caer, cuando el delincuente dio un grito horrible y exclamó:

—Sí firmo.

En consecuencia lo condujeron de nuevo a la prision entre los alaridos, risotadas y algazara del populacho.

Yo no soy aficionada a que se ahorque; pero no sé que se notaba en todo aquello que desdecía del decoro majestuoso de la sana justicia.

---

60 Los gobernadores de los estados tienen el mismo poder sobre la vida y la muerte que el que tiene, entre nosotros, la corona. (Nota de la autora, suprimida por el trraductor.)

61 *Gerif* según el traductor.

XV.
Congregación campal.

Aquel mismo verano tuve la oportunidad de ver una congregación campal, oportunidad que deseaba tanto tiempo hacía, y de que me aproveché, aceptando la invitación de una señora y un caballero ingleses para acompañarlos en su coche.

Reuníase la asamblea de los fieles en un descampado triste y montaraz de los confines de Indiana, y la idea de pasar la noche en aquellos bosques solitarios nada ofrecía de placentero; pero apurando mi valentía, saqué fuerzas de flaqueza y me puse en camino, a fin de ver con mis propios ojos y oír con mis propios oídos, lo que era en realidad una congregación campal o *camp-meeting*. Me habían dicho que el asistir a la congregación campal era pisar los umbrales del cielo, y verlo abierto de par en par; me habían dicho que asistir a la congregación campal era encontrarse en el mismísimo infierno, y yo me persuadí que en uno y otro caso debía ser curiosísima cosa y digna de las fatigas de una jornada aporreadora y de una noche desvelada.

Llegamos al terreno una hora antes de la media noche; pero ¡qué escena tan pintoresca representaba el cuadro que se descubrió a nuestra vista! Abríase a la entrada de un bosque impenetrable un espacio como de veinte acres[62] en forma de atrio, descuajado en partes a propósito para celebrar allí la reunión. En el centro se alzaban a la redonda tiendas de todas dimensiones estrechamente unidas; a estas servía de empalizada una rueda exterior de carruajes de cuantos cortes y trazas hay en toda la república, y a las zagas de ellos estaban atados los caballos que los habían arrastrado. Por entre aquel triple círculo de defensa distinguimos la brillante y alegre llama de numerosas hogueras, y las luces mucho más numerosas, que se mecían pendientes de los árboles que habían dejado sin cortar dentro del sagrado recinto. Hasta la luna acrecentaba la majestad de la perspectiva en aquel momento, que llegada a la cumbre del cielo parecía detenerse para iluminar con sus rayos el templo del desierto.

Dejamos nuestro carruaje bajo la custodia de un criado, con orden de que preparara en él una cama para Mistress B. y para mí, y entramos en el círculo interior. La primera vista me recordó Vauxhall[63] por el efecto de las luces, entre los árboles y la multitud bullidora que rueda debajo de ellas; mas la segunda me mostró una escena enteramente distinta de todo lo que yo había visto. Cuatro especies de andamios altos y construidos en guisa de altares ocupaban las cuatro esquinas del recinto; sostenían estos estantes o pilares de tierra y lodo en que ardían brillantes teas. A un lado habían erigido una plataforma grosera como una especie de teatro para los predicadores, que en número de catorce oficiaban en la congregación, y a intervalos muy cortos para poderse refrescar y consagrarse a sus devociones particulares, predicaban por turno día y noche desde el martes hasta el sábado.

Cuando llegamos, descansaban los predicadores; con todo oíamos en casi todas las tiendas el ruido confuso de los que oraban, de los que predicaban, de los que cantaban, y los suspiros y sollozos de los que gemían y se lamentaban. La entrada de las tiendas estaba cubierta con grandes cortinas, la incierta luz que penetraba por entre ellas y a que servía de fondo la profunda oscuridad del bosque, producía un efecto misterioso que elevaba el alma a la meditación; y si las voces que resonaban en torno de mí hubieran sido menos discordantes, ásperas y salvajes, hubiera yo encontrado un deleite en su misma confusión; sin embargo hubiera sido imposible permanecer

62 Unas ocho hectáreas.

63 Jardines de Londres, donde en el verano hay espectáculos de todas especies, fuegos artificiales, bailes, etc. A pesar de ser la entrada carísima, la concurrencia es siempre inmensa; sobre todo cuando «echan moros y cristianos» es decir cuando representan alguna victoria de las armas inglesas, por ejemplo la de Waterloo. (Nota del traductor.)

como lo hicimos en el ángulo de una tienda, de donde salía más que su parte de clamoreos, sin arriesgarse a perder el temple más poético, y así no tardó en desaparecer toda la ilusión, apoderándose del alma realidades que no pueden confundirse ni olvidarse.

Se paseaban por el centro muchas bandadas de personas que como nosotros parecían solamente espectadores; y algunos tenían tan poco miramiento o tanta curiosidad que levantaban sin ceremonia una punta del telón, para atisbar lo que pasaba en el interior.

Así pudimos aprovecharnos también nosotros de la ocasión, para ver una de las tiendas. Su suelo estaba cubierto de paja, de la cual había una gran cantidad en gavillas alrededor para servir de asientos, y en que entonces apoyaban las cabezas y los brazos varios hombres y mujeres puestos de rodillas y juntos como pájaros en sarta.

Habría como unas treinta personas colocadas de ese modo, de las cuales tal vez no se contaban seis que fueran hombres. Uno de estos, hermoso joven de diez y ocho a veinte años, estaba arrodillado precisamente bajo la abertura misma de la cortina por donde yo miraba. Tenía el brazo echado al cuello de una muchacha que estaba de rodillas junto a él, y cuya cabellera caía descompuesta y enredada por la espalda y los hombros, aumentando la expresión de su semblante, expresión que revelaba un alma agitada con la mayor violencia. Él y ella no tardaron en arrojarse de cara sobre la paja, como si les hubiera sido imposible resistir en otra postura la elocuencia ardiente de un figurón de entierro, largo, seco y vestido de negro, que plantado en pie en medio de sus ovejas, estaba declamando unas preces injertas en homilía con su algo de conversación. Colgábanle los brazos al reverendo como a una marioneta; y aun cualquiera lo hubiese creído un autómata mal trazado, puesto en movimiento por una fuerza superior a su resistencia y que amenazaba su ruina, tan a latigazos y con tanto trabajo salían de su boca las palabras, aunque con una velocidad irreconciliable con los estorbos de su lengua. La rueda de los penitentes no cesaba un momento de llamar a Jesús recorriendo cuantos tonos puede variar la voz humana, acompañando sus invocaciones con ayes, suspiros y con una especie de aullido sordo que daba pena escuchar. Mas apartó mi atención del predicador y del círculo que lo rodeaba un personaje solitario arrodillado a cierta distancia: era la imagen viva del Macbriar[64] de Scott, y como él joven, salvaje y terrible. En el fervor de la oración había alzado en alto los brazos, pero los estiraba tanto que se le asomaban los codo por las bocamangas; sus grandes ojos centelleaban horriblemente; gritaba sin un instante de intermisión: *¡Gloria! ¡gloria! ¡gloria! ¡gloria!* y con una violencia que tenía hinchadas las venas como si fueran a reventársele. Como aquel espectáculo era demasiado horrible para mirarlo mucho tiempo, nos alejamos de él estremecidos.

Dimos la vuelta por todas aquellas barracas, deteniéndonos donde llamaban particularmente la atención algunos gritos o rumores que anunciaban más vehemencia que de ordinario. Procuramos escudriñar cuantas pudimos, y todas las hallamos cubiertas de paja, dándoles a las figuras arrodilladas, sentadas, y tendidas que las llenaban, con los gritos espantosos y convulsivos que salían de ellas, la apariencia de jaulas de algún hospicio de locos.

Había una tienda ocupada sólo por negros: estaban todos de gran gala y parecía exactamente que representaban una comedia. Una mujer llevaba un vestido de gasa color de rosa guarnecido de galón de plata; otra estaba con un traje de seda color de canario; una o dos descollaban por sus magníficos turbantes, y en todas relucían mas dijes y ornamentos que en la tienda de un joyero. La vestimenta de los hombres se reducía a pantalones blancos como la nieve y a chaquetas de lienzo de colores alegres. Uno de ellos, hermoso joven negro, predicaba con los gestos y contorsiones más violentas, saltando y brincando y dándose los más fieros golpes que darse pudo bonzo ni santón. Si nuestras sociedades misioneras hubieran podido oír el atajo de desatinos con que se dirigía a la

---

64 Personaje de la novela de Walter Scott titulada *Old Mortality*, publicada en 1816, en la que satiriza a los *covenanters* presbiterianos de la rebelión de fines del siglo XVII. El reverendo Macbriar llega a justificar los asesinatos cometidos por motivos religiosos.

divinidad, quizás hubieran dudado mucho de la luz que había adquirido su razón en la escuela del cristianismo.

A media noche se oyó en todo el campo el sonido de un cuerno, que según nos dijeron llamaba el pueblo de Dios de la adoración particular al culto público. En efecto por todas partes vimos agolparse la gente hacia el tablado de los predicadores. Mr. B. y yo nos colocamos en la parte inferior apoyando la espalda contra el andamio, a fin de poder observar sin peligro la escena que iba a representarse. La asamblea se componía de unas dos mil personas.

Uno de los predicadores empezó con un sermón pronunciado más por las narices que por la boca, y como los demás metodistas, nos aseguró que no había depravación más enorme que la del hombre, al salir de las manos de su Hacedor; pero que su santificación completa era infalible, si ponía cuanto estuviera de su parte para asirse del Señor, *et cætera*.

La multitud manifestaba su admiración exclamando sin cesar: «¡Amén, amén! ¡Jesús, Jesús! ¡Gracia, gracia! ¡Gloria, gloria!» y otros gritos semejantes. Este estado debía mirarse como un estado comparativamente de calma, y como tal duró muy poco.

—He aquí —dijo el orador— la noche predestinada en que lucharán los pecadores arrepentidos con el Señor: éste es el tiempo señalado. Aquí estamos yo y mis hermanos para sosteneros: que los que necesiten de nuestros auxilios entren en el redil.

La frase que terminó su invitación recordaba inevitablemente los versos de Milton.

¡Ciegas lenguas[65], que apenas un cayado
Aciertan a llevar y el arte ignoran
Del fiel pastor amante del ganado!
Al escuchar las rudas cantinelas,
Que sus almas livianas enamoran,
La vil zampoña de mezquina paja
Hacen también sonar: sus ovejuelas
Ora miran sedientas,
Ora balan hambrientas;
Hasta que ya podrida
Revienta al primer soplo, y se difunde
Mortal contagio y por do quiera cunde.

El redil era el espacio que estaba inmediatamente bajo el tablado de los predicadores; por lo tanto nos encontrábamos a la orilla, y podíamos ver y oír perfectamente cuanto pasaba en medio de aquel gentío.

La multitud retrocedió al oír el nombre de redil, y durante algunos minutos estuvo vacante el espacio que había delante de nosotros. Los predicadores bajaron de su tablado y colocándose en el centro, empezaron a cantar un himno y a llamar a los penitentes. Mientras cantaban se volvían a todas partes, y la congregación iba formando coro aumentándose las voces por grados. Éste fue el único momento en que yo apercibí alguna cosa semejante al efecto bello y solemne que me habían ponderado, al describirme el culto de los bosques. No hay duda que el concierto de voces de aquella multitud escuchado en el silencio de la noche y en el fondo de los bosques eternos, los rostros hermosos de tanta joven levantados al cielo, y más pálidos y lindos cuando los rayos de la luna los iluminaban, el aspecto sombrío de los ministros que oficiaban en medio del círculo, el reflejo melancólico que las teas del altar arrojaban sobre los bosques, todo formaba un cuadro majestuoso

65 Es inútil justificar a Milton, ni justificarme yo: las figuras se sienten, no explican. El original dice bocas *Blind mouths*; nuestra lengua no permite esa imagen; yo he creído como siempre que era mejor traducir pensamientos por pensamientos que palabras por palabras. En cuanto a las manos de la lengua, allá se las avenga la poesía con la crítica. Yo veo una imagen agradable en llamar a un hombre todo lengua; no faltará quien vea un dragón o tal vez un ciempiés. (Nota del traductor.)

que no olvidaré fácilmente. Sin embargo antes de haber gozado bien de su hermosura, la escena cambió, convirtiéndose la sublimidad en horror y disgusto.

La exhortación que le dio principio se asemejaba mucho a la que había oído en el *Revival*, aunque el resultado fue muy diferente: porque en vez de las pocas mujeres histéricas que se distinguieron en aquella ocasión, salieron entonces sobre cien personas, la mayor parte mujeres, dando gemidos y sollozos tan horribles que todavía tiemblo cada vez que me acuerdo. Parecía que se arrastraban unas a otras, y a la voz de «oremos» se pusieron todas de rodillas; aunque esta postura fue cambiada por otras que les dejaban más libertad para los movimientos convulsivos de sus miembros, y no tardaron en tenderse todos en el suelo con una confusión indescriptible de cabezas y piernas. Por mi parte al ver aquellos meneos de cuerpo, aquel manotear y dar patadas, aquel revolverse como si nadaran, temía a cada instante que ocurriese algún accidente grave.

Mas ¿cómo describiré los sonidos, gritos, voces, alaridos, suspiros y sollozos que salían de semejante masa de seres humanos? Confieso que no conozco palabras capaces de pintar tales escenas. Por todas partes se oían ayes histéricos, gemidos convulsivos, chillidos y lamentos. Yo me sentí enferma de horror. Con todo aun no estaban contentos con tanta barahúnda, y para aumentar su ronca y exaltada algazara, empezaron a dar palmadas violentamente. Mis ojos veían una de las escenas del *Infierno* del Dante.

Quivi, sospiri, pianti ed alti guai
Risonavan per l'aere…

… Orribili favelle
Parole di dolore, accenti d'ira
Voci alti e fioche, *e suon di man con elle*.[66]

Muchas de aquellas infelices criaturas eran jóvenes preciosas. Los predicadores pasaban por entre ellas excitando y consolando sus congojas. Yo oí misteriosos «¡Hermana! ¡querida hermana!» Yo vi labios insidiosos acercarse a las mejillas de las pobrecitas muchachas; yo escuché las confesiones ahogadas de las infelices víctimas, y sorprendí a sus verdugos dándoles al oído consuelos que teñían de púrpura sus rostros amarillos. Si yo hubiera sido un hombre, estoy segura que hubiese hecho una calaverada, interviniendo en tanto escándalo; ni creo que hubiera pasado cosa semejante en presencia de ingleses sin que inmediatamente hubiera sido castigada la hipócrita temeridad de sus autores, por no hablar de la disciplina saludable de las ruedas carcelarias[67], que sin disputa alguna se emplearía en Inglaterra para prevenir tan turbulentos como viciosos abusos.

Pasada la primera furia que siguió a la genuflexión, los suspiros se convirtieron a menudo en voces altas y perceptibles, que me produjeron una vibración extraña con parte de efecto trágico y de sentimiento cómico.

Una muchacha lindísima que estaba arrodillada como la Magdalena de Canova casi a nuestros pies, terminó su jerigonza incomprehensible exclamando:

—¡Ay, ay de los que resbalan! ¡Escúchalos, escúchalos, Jesús! Yo tenía quince años cuando murió mi madre, y resbalé, sí, ¡Jesús mío! resbalé. ¡Llévame a tu casa con mi madre, ¡Jesús, llévame a tu casa con ella que estoy cansada!¡Oh John Mitchel, John Mitchel!

Y después de haber gemido cubriéndose el rostro con sus manos, levantó de nuevo la cabeza pálida como una muerta, y dijo:

—¿Me sentaré yo en el banco de la salvación con mi madre, con mi madre querida, madre mía? ¡Oh Jesús! llévame a tu morada, llévame a tu morada.

66 Aquí, suspiros, lágrimas y grandes lamentos / resonaron en el aire (…) Horribles exclamaciones / palabras doloridas, iracundos acentos / voces fuertes y débiles, y el sonido de las palmas con ellas. (*Divina Comedia, El Infierno.*)

67 La *tread-mill* era una noria accionada por los presidiarios, utilizada con propósitos disciplinarios en los penales de Inglaterra y todo el Imperio. Fue abolida en 1902.

¿Quién hubiera negado una lágrima al ver el ahínco con que una joven tan amable demandaba la muerte? Pero antes de dejar el sitio, la vi con su mano asida estrechamente y la cabeza sostenida por un hombre, a quién debía parecerse Don Juan[68], cuando lo echaron del infierno por demasiado malo.

Una mujer estuvo llamando al Señor, como ellos dicen, con los gritos más terribles, y sin cerrar un instante la boca durante las dos horas que tuvimos el capricho de permanecer en aquel potro. Al fin se puso tan ronca y tan colorada que yo creí que iba a rompérsele una vena. En medio de su perorata le oímos decir:

—Yo me agarraré firme a Jesús, y nunca lo soltaré; si me llevan al infierno, me agarraré a él firme, firme, firme.

El ruido tempestuoso de la asamblea solía variar con el canto de los predicadores, pero los movimientos convulsivos de los pobres maníacos eran entonces más violentos. Por último subió a tal grado de grosería la atroz maldad de aquella horrible escena que nos fue imposible presenciarla más tiempo. Volvimos pues a nuestro carruaje sobre las tres de la mañana y pasamos lo restante de la noche escuchando el tumulto del *redil*, que de momento en momento crecía con mayor violencia. Fue imposible dormir. Al romper el día volvió a sonar el cuerno para que se retirasen los fieles a su devoción particular; y como una hora después notamos en el campo que toda la asamblea se ocupaba alegremente y con las mejores disposiciones en preparar o devorar un almuerzo esencialmente nutritivo, como si hubiera pasado la noche en un baile; noté muchos semblantes hermosos aunque descoloridos que reconocí, y entre otras el de una demoníaca de la noche pasada que se reía como una loca junto a un pastor, a quien administraba con el mayor cariño café caliente y huevos. El santo predicador y la pecadora de los aullidos saboreaban al parecer tan dulce modo de reparar sus fuerzas.

Habiendo tomado con abundancia té bastante cargado, que me aprovechó como un delicioso confortante después de una velada tan extraña, me interné sola en el bosque, y creo que nunca me ha parecido más halagüeña la perfecta tranquilidad del silencio.

Poco después nos retiramos, pero antes de partir supimos que los predicadores habían reunido una colecta *satisfactoria* para biblias, libros devotos y otros fines religiosos.

68 En español en el original.

XVI.
Peligro de las excursiones campestres. Enfermedad.

No es fácil disfrutar de las bellezas de la perspectiva de América en los climas occidentales, aun cuando se viva en medio de los paisajes más dignos de admirar; por lo menos, al abandonarse a la curiosidad se arriesga mucho la salud. Excepto el exponerse al relente por la noche, nada es más perjudicial que exponerse al calor del mediodía, y los momentos de entreluz son tan cortos, que saliendo para cualquiera parte cuando comienza a refrescar, apenas se puede andar media milla antes que el sol se ponga, y la prudencia aconseja el retirarse más que de prisa para no coger frío.

Se me figura que nosotros arrostramos esos peligros más que los habitantes del país, y si no lo hubiéramos hecho así, hubiéramos salido de Cincinnati sin ver sus alrededores.

Aunque nos mantuvimos siempre firmes en nuestra resolución de no disfrutar más horas *silvanas* en los bosques del Ohio, no dejamos de pasar días enteros en el Kentucky, siguiendo el curso de un arroyo o trepando a los puntos más elevados con la esperanza de descubrir alguna perspectiva lejana. Una vista del Ohio o los senos sombríos del hermoso Licking eran siempre los rasgos más notables del paisaje.

Había sin embargo un sitio tan hermoso que no nos cansábamos de visitarlo, aunque no estaba libre de mosquitos; pero hallándose situado sobre la orilla de un riachuelo y habiendo en él enormes troncos tendidos en el terreno a medio desmontar que lo rodeaba, era precisamente el lugar más peligroso y al que nos habían aconsejado más de cien veces no volver. Con todo, nosotros lo arrostrábamos todo por comer junto a la orilla de nuestro hermoso riachuelo, y contemplar los rayos del sol que ondeaban en su musgosa margen, a tanta distancia de nuestro retiro que no nos alcanzaba su calor. Poco más abajo de la fuente en que se enfriaba nuestro vino, había una cascada de bastante elevación para darnos música con la caída de sus aguas, y el licor puro y brillante de un raudal que se purifica precipitándose por breñas y peñascos.

Una de mis mayores delicias era sentarme junto a aquella miniatura de cascada, y leer o pasar el día divirtiendo el pensamiento.

A la verdad era un hecho constante para nuestra mortificación que siempre que descubríamos un recinto pintoresco, donde el césped y la grama, y sombra espesa, y un cristalino arroyo, y árboles caidos, majestuosos aun en sus ruinas, nos tentaban a gozar de su frescura y belleza, no dejaba de ser un sitio señalado con la terrible nota de malsano.

También contábamos entre nuestras diversiones favoritas la de embarcarnos y bogar en las aguas del Ohio; aunque chocaba tanto esta clase de diversión en el país que solían darnos sendos gritos desde las orillas los ilustrados republicanos, como si fuéramos unos monstruos.

No vimos que los habitantes del país tuvieran otro deleite en el campo que el de comer fresas y nata en un jardín muy bonito situado a cosa de tres millas de la población: allí se solían ver a menudo tres o cuatro carruajes, extremo de disipación que no se encontraba en ninguna otra parte. Las fresas podían recibirse por fresas; mas la nata era peor que lejía y costaba medio dólar por persona, que, siendo el precio de media res, me pareció «muy considerablemente mucho», si me es lícito servirme de una locución expresiva del país.

Repetidas veces nos habían dicho los que conocían el clima que el *segundo verano* se miraba como la gran prueba que tenía que pasar la salud de los europeos establecidos en América; mas ya estábamos nosotros a la mitad del segundo agosto, y excepto la fiebre de uno de mis hijos, no habíamos experimentado la más leve alteración en nuestra salud. Con todo yo fui la víctima marcada para justificar la verdad de aquella predicción, y antes de acabarse el mes caí a los pies del monstruo que reina entre los lagos y los ríos del país, y recorre todo su suelo cubriéndolo de fiebre y

muerte con su aliento. Nueve semanas se pasaron sin que pudiera salir de mi habitación, y más parecía que iba al campo del Alfarero (*Potter's Field*)[69], como llaman al cementerio de los ingleses, que a ninguna otra parte.

La convalecencia me fue más molesta que la misma enfermedad, pues mi salud tardó mucho tiempo en restablecerse, y en el ínterin sufrí en todos mis miembros los efectos de la fiebre. Como aun después de haberme declarado convaleciente, permanecí en la cama algunas semanas obligada a leer para entretener el tiempo, me procuraron varias novelas americanas[70]. La novela *Francis Berrian* de Mr. Flint es excelente; un poco salvaje y exagerada, pero con escenas de interés y sentimientos del primer orden. *Hope Leslie* y *Redwood*, novelas escritas por miss Sedgwick, señorita americana, tienen mucho mérito. Entonces leí por primera vez todas las novelas de Mr. Cooper; y al acabar de recorrer todas esas producciones del ingenio americano, me era imposible cerrar los ojos, sin ver alrededor de mí centenares de cráneos sangrientos despojados de sus cabelleras; indios rojos altos y enjutos que silenciosamente venían a sorprenderme; oía rugir a las panteras, veía arder selvas, y donde quiera que huyese, me perseguían unos pies ligeros, o me esperaban los ojos penetrantes de un salvaje y su larga escopeta. Apenas podía desterrar de mi cerebro tales aventuras de sangre y ferocidad con una onza más de calomel: lo único que me causó mucho alivio fue la mudanza de lectura. Me dieron el consejo de entregarme exclusivamente a la de novelas elegantes; pero como no se hallaba mi cabeza muy despejada, solía mezclar de una manera extraña los pícaros y asesinos de Bulwer con los feroces salvajes de Mr. Cooper, hombres, mujeres y niños, confusión que me hacía pasar muy malos ratos entre unos y otros en mis momentos de desvarío.

No me levantaba todavía, ni mis fuerzas me dejaban sentar derecha. ¿Qué podía leer sin peligro para divertirme? Ocurrióseme la idea feliz de empezar con *Waverley* y continuar (aunque no por la primera vez) con toda la serie que lo sigue. En efecto al punto me encontré en un mundo nuevo: parecía que el vigor natural y sano de cada página comunicaba a mis nervios un grado más de fuerza; mi languidez desaparecía por momentos; cesó mi disposición inquieta, y a pesar de estar baldada, gozaba todos los placeres de la imaginación; pero ese tiempo fue más breve de lo que puede creer quien no sepa los volúmenes que devora la constante lectura de un día larguísimo de ocio. Sin embargo cuando acabé con el remedio, tuve el placer de andar una media docena de yardas, y de poder tomar el aire en un carruaje abierto, y lo que es mejor, dormir tranquilamente.

No fue muy agradable la noticia que tuve al salir de mi convalecencia de que nuestro proyecto de colocar en Cincinnati a mi hijo no tendría efecto; pero fue más triste el verlo atacado muy poco después de la fiebre biliosa del país que ya había tenido, y que en esta segunda ocasión se convirtió en calenturas intermitentes. Yo no había visto sus efectos hasta entonces, y así sufrí como una desdichada por lo que miraban los demás como de ninguna importancia.

Yo creo que esta terrible enfermedad no amenaza con un peligro inmediato; mas nadie me hará creer que la pérdida súbita y violenta de fuerzas, las horrorosas convulsiones que desconciertan los miembros, y la sombra lívida que cubre toda la piel, son síntomas que puedan acometernos sin conmover el cimiento de la salud y de la vida. Creímos muchas veces que la enfermedad estaba ya

---

69 Referencia bíblica al Campo del Alfarero: pagado con las 30 monedas que devolvió Judas, se dedicó a cementerio de extranjeros. (Mateo 27, 7).

70 Trollope cita a varios novelistas americanos: Timothy Flint (1780-1840) publicó en 1826 *Francis Berrian, o el patriota mexicano*, en la que un joven de Massachussets rescata a la hija de un conde novohispano, y participa en la guerra de independencia de México. Catharine Maria Sedgwick (1789-1867) publicó *Hope Leslie, or Early Times in the Massachusetts* en 1827; es una novela romántica ambientada en 1643, en medio de los conflictos entre británicos, colonos e indios. En *Redwood*, la protagonista recorrerá buena parte de Norteamerica para acabar siendo un modelo de mujer fuerte americana. James Fenimore Cooper (1789-1851) y el inglés Edward Bulwer-Lytton (1803-1873) son mucho más conocidos. *Waverley: or 'Tis Sixty Years Since* fue la primera novela, publicada en 1814, de Walter Scott (1771-1832): está ambientada en la rebelión jacobita de 1745. El autor prosiguió el asunto escocés en numerosas novelas: *Guy Mannering, or The Astrologer*; *The Antiquary*; las tres series de *Tales of My Landlord*...

curada, y el pobre paciente lo creía también y empezaba a contar con la salud y la robustez; mas volvía a caer, y sus recaídas fueron tan frecuentes que se declaró víctima de una disposición enfermiza.

Yo misma me sentía muy endeble, y así no tardamos en resolvernos a salir de Cincinnati. La única circunstancia que se oponía a nuestra determinación era el temor de que Mr. Trollope, que debía unirse con nosotros en la primavera, podía haber salido ya, y llegar a Cincinnati cuando ya no estuviésemos allí. Sin embargo, como según nos había dicho, no debía embarcarse hasta fines de la estación, me decidí a correr el riesgo, aunque por otra parte el invierno se había presentado con mucha severidad, y los vapores no andaban por estar helado el río. El hielo no se rompió en todo el mes de febrero, y aguardábamos con impaciencia su partida mirándola como la señal de la nuestra.

La quiebra del hielo en el Licking y el Ohio nos dio un espectáculo curiosísimo. Por la noche presentaba el río una superficie sólida de hielo, y por la mañana se veía una multitud de carámbanos flotantes de todos los tamaños y formas imaginables, que haciendo remolinos se chocaban con espantosa violencia y con un ruido que a nada puedo comparar.

Saludamos con mayor júbilo aquella perspectiva, porque nos daba esperanzas de nuestra navegación inmediata, pero me abatió mucho el oír que uno o dos vapores, cansados de aguardar, querían salir por la mañana. La idea de chocar a cada paso con aquellas islas flotantes debía asustar a cualquiera, y además me dijeron muchas personas que mis temores no eran infundados, y que habían sucedido varias desgracias, añadiendo que las masas de hielo que bajaban del río Miami, por cuya embocadura teníamos que pasar, podían detener nuestra marcha; en una palabra, esperamos con paciencia y prudencia, hasta que los prácticos en tales materias nos aseguraron que podíamos embarcarnos sin peligro.

XVII.
Partida de Cincinnati. Sociedad del vapor. Llegada a Wheeling. Un ingenio.

Salimos de Cincinnati a principios de marzo de 1830, y en mi opinión no había uno solo en nuestra reunión que no experimentara un sentimiento de placer al embarcarse. Habíamos visto repetidas veces todas las extrañas variedades del pequeño mundo que formaba su sociedad, y nos habíamos divertido con su engreimiento, sus gustos y su tono, hasta que habían cesado de divertirnos. No había loma, colina o altozano, breña o roca, a donde no nos hubiésemos encaramado; no había bosque ni maleza, cuyo sendero no hubiésemos trillado; así que nada dejamos en Cincinnati que sintiésemos haber perdido, exceptuando dos o tres personas con cabezas y corazones que no pertenecen exclusivamente a país ninguno, sino que se encuentran esparcidos en el universo como para reconciliarnos con él. La pena que teníamos era no por salir del país sino por haber entrado en él; porque allí habíamos perdido la salud, el tiempo y el dinero.

A las tres en punto subimos a bordo del barco de vapor que debía conducirnos a Wheeling. Era un buque soberbio, el más hermoso que yo había visto. Las cámaras ocupaban la parte superior, y los pasajeros de cubierta, como ellos dicen, iban debajo. Había en frente de la cámara de las señoras un ancho balcón, protegido por un toldo donde habían puesto sillas y sofás, de modo que, a pesar de la estación, casi todas las mujeres pasaban el día en aquel sitio. El nombre de este magnífico vapor era la *Lady Franklin*. Diré de paso que una de las cosas que me solían divertir más frecuentemente es la afición innegable que manifiestan los americanos a los títulos. Las mujeres de sus hombres eminentes reciben constantemente el de *Lady* (señora). Hay Lady Washington, Lady Jackson y otras muchas *Ladies*. Eternamente se les ve recurrir a sus títulos militares, cosa que no deja de hacer reír a los europeos, porque recaen en mesoneros, verduleros y otros personajes de la misma laya. Creo sin embargo que el ejemplo más notable de ese anhelo aristocrático, lo observamos en Cincinnati. Hablando Mr. Trollope de uno de nuestros vecinos, lo llamó simplemente Mr. M.

—El general M., señor —observó su compañero.

—Perdone —replicó Mr. Trollope—, pero yo ignoraba que sirviese en el ejército.

—No, señor, no sirve en el ejército —respondió el otro—, pero ha sido agrimensor general del distrito.

El tiempo era delicioso: habían desaparecido las señales del invierno y nos encontrábamos sobre las aguas del Ohio, subiendo su corriente y disfrutando de toda su hermosura.

Poco vimos o nada de los pasajeros del buque, porque excepto los cortos momentos destinados a almorzar, comer y cenar con el silencio de una cartuja, momentos en que nos concedían la gracia de admitirnos a su mesa, no nos era permitido a las señoras el entrar en su cámara.

Nosotras teníamos decididamente la mejor parte de la *Lady Franklin*, porque poseíamos nuestro hermoso balcón; y a la verdad nuestra estancia era en todo y por todo muy superior a la del vapor que nos transportó de Nueva Orleans a Memphis, cuyo camarote construido malamente debajo de la cámara de proa, parecía más que estancia para gentes, un barril de sardinas, donde nos había embutido nuestra aciaga fortuna, debiendo permanecer en nuestro calabozo, «hasta que, como nos dio a entender el proveedor, nos llamara la campana del refectorio.»

La separación tan mencionada de los sexos en ninguna parte es tan notable como a bordo de los barcos de vapor. Había entre los pasajeros en esta ocasión un caballero y su mujer que sufrían al

parecer muchísimo a causa de tal disposición. La pobre estaba casi imposibilitada de moverse, y él tenía con ella un esmero extremado, a lo menos en lo que permitía el reglamento del buque. Cuando el proveedor abría la puerta de comunicación de las dos cámaras, y se nos permitía que nos acercáramos a la mesa, el marido de la enferma estaba siempre pegado a la entrada, para ayudarle a tomar asiento; y cuando la volvía a acompañar a su salida, se detenía un instante o dos en el umbral prohibido, sin dejar el punto hasta que había pasado la última mujer. Una vez o dos, estando todas las mujeres menos su esposa en el balcón, se aventuró a entrar en nuestra cámara y sentarse un momento junto a ella, pero luego que sintió que una de nosotras entraba, escapó como un criminal que procura esconderse.

Al referir las disposiciones particulares que se creen necesarias para no herir la delicadeza de las señoras americanas, o para la comodidad y regalo de los caballeros, no puedo olvidar un cuento que he visto en los papeles públicos sobre las visitas que el capitán Basil Hall[71], según pretenden, se empeñó en hacer a su esposa y niño a bordo de un vapor del Misisipí, después de haberle informado que semejante cosa estaba vedada por la ley. Yo sé por una casualidad que ni el capitán ni Mistress Hall entraron jamás en la cámara de las señoras en todo su viaje, porque ocupaban una estancia particular que habían alquilado para sí y su familia. La veracidad de los papeles públicos no es acaso la más segura sea donde quiera, pero, si no me engaño mucho, los papeles americanos hacen circular más mentiras, y mentiras más gruesas, que todos los papeles del universo juntos, siendo por supuesto Inglaterra y los ingleses el manantial inagotable de materia para cuajarlas.

Mas volviendo a nuestro viaje ¡qué diferentes serían los que se hacen al otro lado del Atlántico, si pudiera introducirse allí otra manera de viajar! Serían excursiones, que en aquellos grandes y tranquilos ríos ofrecerían mil delicias; excursiones que se emprenderían por placer para disfrutar de ellas. En el caso mismo de no conocerse los pasajeros, la idea sola de que todos se reunían con igual intención de comer, beber y pasar alegremente una semana o quince días, sería bastante para producir un efecto semejante a la propensión social, que se nota en los moradores de otro cualquier país.

Es cierto que los hombres no tardan en trabar amistad para ponerse a jugar, y nos dijeron que la ocasión de un viaje era tan halagüeña para satisfacer el vicio, que no salía buque alguno de Nueva Orleans sin llevar a bordo uno o dos caballeros de aquella ciudad, cuya profesión de tahúres les hace aprovechar la más bella oportunidad de ejercerla con fruto. Esa es indudablemente una de las principales razones porque excluyen de su sociedad a las damas con tanto rigor, siendo otra no menos poderosa el continuo beber de los virtuosos republicanos, que a pesar de no pararse en escrúpulos para mascar tabaco y escupir incesantemente, prefieren en general empinar el codo y barajar reyes y sotas lejos de nuestra presencia.

Muchas veces solía divertirme en trazar allá en mi imaginación la escena que a mi parecer habría presentado tan hermoso buque en Europa. Convertía yo la vasta y soberbia cámara de los caballeros en salón de baile, y la de las señoras con su delicioso balcón en sala de refresco: no estaban los pobres pasajeros reducidos a vivir como reclusos; en lugar de un refectorio donde cada cual tragaba triste y silenciosamente lo que su gaznate le permitía en diez minutos, habría divertidos banquetes, cenas alegres, almuerzos elegantes; y la brisa de la noche llevaba a las apartadas márgenes del río los dulces ecos de una voz melodiosa o las cadencias de armoniosos conciertos. Pero cuando estaba más embebecida en tales ilusiones, el chirrido ingrato de la máquina me volvía

71 El capitán Basil Hall (1788-1844) fue un oficial de la marina británica que publicó numerosos libros sobre sus viajes. Entre otros: nueve tomos de *Fragments of voyages and travels* (1831-1840); *Account of a voyage of discovery to the west coast of Corea and the great Loo-Choo Island* (1818); y *Extracts from a journal, written on the coasts of Chili, Peru, and Mexico, in the years 1820, 1821, 1822* (1824). Mrs, Trollope se interesa especialmente por *Travels in North America, in the years 1827 and 1828,* Edimburgo 1830, que comparte su visión crítica de los Estados Unidos. La recepción de ambos autores en los Estados Unidos abundó en juicios negativos. Véase el capítulo XXXI, y el *Apéndice*, en el que hemos traducido el prólogo del editor norteamericano a la obra de Trollope.

a la realidad, convenciéndome de que en el Ohio, cuando las sombras de la noche cubren las selvas y colinas, y borran de las aguas sus invertidas imágenes, no hay más remedio que el de amortajarse en un camarote, y procurar dormirse al arrullo del hervor de la caldera y de los golpes de las ruedas.

Tres días duró nuestra navegación, y llegamos a Wheeling sobre las dos de la mañana, hora incomodísima para desembarcar con un equipaje demasiado voluminoso; pero teniendo el vapor que volver a ponerse en marcha inmediatamente, nos proporcionaron un carretón, y en pocos instantes nos hallamos sentados a la chimenea junto a una buena lumbre en una posada vecina al desembarcadero. Nuestras habitaciones estuvieron dispuestas inmediatamente, encendidas las chimeneas, y servida una ligera colación, notándose en los criados el esmero y atención que distingue los estados donde hay esclavos. Al hacer esta observación, estoy muy lejos de abogar en favor del sistema de la esclavitud: en mi opinión es un sistema tan erróneo en su principio como reprensible en su aplicación; pero me parece, por lo que he visto, que su influencia es mucho menos perjudicial a las costumbres y la moral de la sociedad que las ideas engañosas de igualdad que tanto lisonjean el amor propio de las clases trabajadoras de la población blanca americana. Que esas ideas de igualdad no son más que sofismas especiosos, se prueba a cada paso, porque a cada paso se ve que el hombre que tiene dólares manda con el imperio de un señor al hombre que no tiene dólares, si bien éste sirve siempre con repugnancia y por fuerza, como aquel exige de fuero y con altivez; por lo que ni el uno muestra el buen semblante de una resignación contenta, ni el otro manifiesta el agrado de un interés afectuoso. La diferencia es tan palpable que yo nunca he dejado de notarla al entrar en un estado donde hay esclavos: allí a lo menos me hallaba cómoda y satisfecha desde que entraba, y ni los que me servían ni yo tuvimos que arrepentirnos en nuestras relaciones de la falta de la decantada igualdad.

No concebí yo bien la influencia de la esclavitud sobre los que poseen esclavos, hasta que tuve ocasión para observar más menudamente sus relaciones particulares. Confieso que cuando la conocí, no pude menos de pensar que los ciudadanos de los Estados Unidos, habiendo conseguido con su alquimia política extraer todo lo más nocivo de la democracia y de la esclavitud, han infundido esa mezcolanza extraña en la misma médula de la organización moral de su país.

Wheeling está en el estado de Virginia y parece ser una ciudad floreciente. Es el punto en que los más de los viajeros del Oeste dejan el Ohio, para tomar las diligencias que van a las ciudades atlánticas por el camino de las montañas.

Tiene muchas manufacturas, y entre otras una para soplar y tallar cristal, la cual visitamos. Los obreros nos aseguraron que los artículos que salían de sus manos no tenían iguales en el mundo; pero mis ojos me impidieron el creerlos.

Sus obras de cristal tallado, aunque bien acabadas, no llegan ni con mucho a las que vemos diariamente en Londres; mas el principal defecto de ellas consiste en el material que nunca se ve enteramente libre de color: observación que había hecho ya con el cristal de Pittsburgo, pareciéndonos siempre que el trabajo empleado era mayor de lo que el cristal merecía. Nos dijeron también que hacían progresos rápidos en el arte, lo que no dudé fuese verdad.

Wheeling nada tiene en punto a hermosura que la distinga, sino es el siempre encantador Ohio, a que dimos aquí nuestro adiós, y una hermosa colina que se levanta inmediatamente detrás de la ciudad. Ésta y las demás colinas de las cercanías sirven de minas de carbón, cuyas galerías son horizontales, y dan un producto bastante bueno: el carbón arde bien, pero hace una ceniza muy negra y muy sucia.

El coche en que pensábamos haber ido a Little Washington estaba tomado, y teníamos que esperar dos días hasta que volviera a salir. En cuanto a postas, ni siquiera han oído hablar en aquel país de semejante cosa, y el correo anda toda la noche, lo que me pareció demasiado incómodo; por lo tanto nos vimos en la necesidad de pasar dos días en la posada de Wheeling.

No sé como hubiéramos sobrellevado este nuevo contratiempo, si nuestra buena suerte no nos hubiera deparado el encuentro de un *bel-esprit* entre los pensionarios de la posada. Al otro día de

nuestra llegada, bajamos por la mañana, un poco antes del almuerzo, al salón común de pasajeros, porque todas las demás piezas de la casa eran dormitorios. Fueron entrando varios individuos hasta formar una reunión de ocho o nueve, y cuando volvió a abrirse la puerta, apareció una mujer, que habría sido a la verdad hermosa en su tiempo y que, como se veía claramente, aun se juzgaba tal. Era alta y bien formada; iba vestida de negro con muchos perendengues; una toquilla encarnada quebraba el tinte sombrío del traje, y por último, coronaba la parte posterior de su cabeza un bonete o turbante pequeño muy vistoso, de donde salía abundante la cabellera negra natural o contrahecha que adornaba su frente, dando el toque de remate a su cara dos muy decentes plastas de arrebol, que aumentaban su aire presumido y singular. Hubiera sido imposible no haber fijado la atención en ella. Hablaba con afluencia y sin la reserva americana: mi curiosidad era grande, pero no podía adivinar quien y qué pudiera ser; pues yo estaba segura de que no era una señora, en el sentido inglés de la palabra, ni tenía la más leve apariencia de una americana *de asiento*, como ellos dicen. Poco después entró una joven muy linda de diez y siete años que la llamó «Ma», y ambas se pusieron a hablar en particular acerca de ellas y de sus negocios de una manera que aumentó mucho mi curiosidad.

Acabado el almuerzo, me senté junto a ella con ánimo de entablar conversación, para distraerme un rato, y no sólo no la encontré esquiva, sino que al momento me puso en la mano su tarjeta, anunciándome que enseñaba el arte de pintar sobre terciopelo con todas sus ramificaciones.

Me aseguró que nadie poseía su habilidad, que ella y su hija eran las únicas poseedoras del secreto, las solas que podían enseñar ese inestimable ramo del arte; pero que no rehusarían el comunicar sus conocimientos por veinte y cinco dólares, enjaretando su retahíla con una volubilidad extraordinaria.

En cinco minutos más me informó de su categoría de *mujer de letras*, me dijo que era autora de las sátiras más picantes o, según su expresión, más *cortantes* de la lengua, y en seguida me presentó un papel que contenía el prospecto, como ella lo llamaba, de una novela construida conforme a un sistema enteramente nuevo. Yo tuve la extraña tentación de preguntarle si empleaba el vapor; pero no me dejó tiempo para tomar la palabra, porque continuando la autobiografía que había empezado tan generosamente, dijo:

—Yo solía escribir contra toda la facción de Adams... Ahora iré arriba en un momento y os bajaré mis sátiras contra aquel bando... Pero ¡ay señora de mi alma! ¡qué país éste! En realidad es espantoso el ver como se menosprecia aquí el talento. Sí señora; yo sé bien lo que vais a decirme: me diréis que no sucede así en el vuestro. Lo sé, lo sé; pero ¡ay! ¡el Atlántico!... Sea lo que sea, debo deciros en realidad cómo se me ha tratado: no sólo he publicado las sátiras más mordaces contra la facción de Adams, sino que he escrito canciones y odas en honor de Jackson; y mi hija Cordelia cantó una canción magnífica de mi composición delante de ochocientas personas, canción escrita toda y enteramente en su elogio; y ¿queréis creerlo? Pues ni siquiera se ha fijado en mí, ni me ha enviado la más leve remuneración. Pero ¿pensáis que yo se la perdonaré? ¡No! Yo le prometo que se acordará de mí. La novela que acabo de mencionaros empezó como un romance sentimental, (que ese es tal vez en resumidas cuentas mi gran fuerte), mas ahora que tan justamente me hallo resentida por haberme provocado en Washington, lo he convertido en una novela satírica a la que doy el título de *Yankee Doodle Court.*[72] Entre paréntesis, señora mía, si pudiera yo resolverme a cruzar el terrible Atlántico, no dejaría de ser recibida en palmas, después de publicar mi *Yankee Doodle Court.*

Yo me aproveché de una ligera pausa para preguntarle a qué partido pertenecía desde que había abjurado los de Adams, y Jackson.

—¡Oh! ¡Viva Clay! ¡Viva Clay! Ese sí que es un verdadero republicano; los demás son tiranos ni más ni menos.

---

72 Trollope parece referirse a Margaret Botsford, nacida hacia 1798, y autora de la novela *The Reign Of Reform: Or Yankee Doodle Court* (1830).

Cuando volví a entrar en el salón, vino de nuevo a mí para lamentarse del gusto degenerado del siglo.

—¿Querréis creerlo? —exclamó—; pues yo tengo en este momento una comedia dispuesta para la representación: la titulo *El Filósofo loco*. Es una pieza verdaderamente admirable, y si yo pudiera hacerla representar, obtendría infaliblemente la aprobación de todo el mundo. Yo os aseguro que la indiferencia con que tengo que luchar, raya en una completa persecución; pero yo he encontrado el modo de vengarme, y de hacer mi fortuna: la *sártira* —como pronunciaba constantemente sátira— la *sártira* es el arma única con que puede castigarse el menosprecio, y yo puedo lisonjearme de saberla manejar. Hacedme el favor de mirar esto.

Y me regaló un panfletillo, cuyo precio me dijo era veinticinco centavos, los que le pagué inmediatamente por adquirir mi derecho indisputable de propiedad sobre aquella obra maestra. La composición era tal cual yo me la había imaginado de antemano, sólo que vi en ella que si su lengua atormentaba el pobre idioma inglés, su pluma lo asesinaba. El epígrafe que tenía con la clasificación de original era como sigue:

«Tu popularidad va declinando,
Tú has tenido tu triunfo; yo voy ahora triunfando.»

Estos dos versos son una muestra favorable de los versos, pensamientos y lenguaje de la fatal *sártira*.

En una conversación posterior me descubrió otra habilidad, informándome de que había representado el papel de Carlota en la comedia de *El Amor al uso*, cuando el general Lafayette honró el teatro de Cincinnati con su presencia.

Aquí paraba el catálogo de sus glorias, y yo sacaba en consecuencia que mi nueva amiga era una cómica de la legua; pero como si hubiera adivinado mis pensamientos, añadió:

—Era una sociedad téspica (reunión de poetas y no de cómicos) la que representó delante del general.

XVIII.
Viaje a las Montañas. Visitas de los Allegheny. Haggerstown.

El tiempo fue severo y desagradable durante los dos días que tuvimos necesidad de permanecer en Wheeling. Yo estaba cansada de todas veras de mi compañera de viaje, a pesar de sus eminentes talentos. Ya habíamos recorrido todos los vericuetos del fragoso monte que sirve de respaldo a la ciudad, cuando emprendí mi expedición a las montañas, con más placer que en general se siente, al dejar la almohada antes de romper el día por un frío rincón de un carruaje descomunal.

Ésta era la primera vez que entrábamos en una diligencia americana, aunque habíamos atravesado sobre dos mil millas de territorio, así tuvimos la satisfacción completa de apurar hasta las heces el vaso de amargura del viajero que no está acostumbrado a tales comodidades. El venturoso coche no tenía ni asomo de estribo, y tuvimos que encaramarnos a nuestro asiento por una escalerilla. Cuando quitaron ésta, me acordé, no sin desmayar, de que a lo menos las mujeres nos hallábamos en el mismo predicamento que los marineros, los cuales «no tienen en el peligro puerta por donde escapar.» Pero cuando un infortunio es absolutamente inevitable, lo llevamos nosotras con una constancia admirable. ¿Quién se hubiera atrevido a pronunciar ni aun entre dientes esa infalible demanda de las mujeres en los malos caminos de «me quiero bajar», cuando el complacer a la que lo hubiera deseado, la ponía en el caso de dar un salto de cinco pies para plantarse en el suelo?

El coche tenía tres órdenes de asientos, cada asiento para tres personas, y como no eramos más de seis, podiamos, según la expresión de Milton, «habitar laxamente aquella morada excelsa,» yendo por lo tanto traqueteados, y dándonos de coscorrones como patatas en carretón, mientras duró el mal camino.

Estabámos harto ocupados de nuestras cabezas, que corrían peligro de magullarse unas con otras, de nuestras rodillas y codos que sin embargo se nos llenaban de cardenales, y en fin de todo nuestro cuerpo, para echar una ojeada siquiera por las ventanillas del coche; mas al cabo entramos en un camino más llano, y además habíamos adquirido alguna destreza en el arte de balancearnos, de manera que parábamos los golpazos con menos peligro de dislocarnos un hueso.

Entonces advertimos que pasábamos por un hermosísimo país diferente en todo de los alrededores de Cincinnati: verdad es que habíamos dejado atrás la *belle rivière*, mas los limpios arroyuelos que precipitaban su ruidosa corriente serpenteando por entre los árboles y quebradas, para llevarle al río el tributo de sus aguas, consuelan y aun deleitan al peregrino, que ha perdido de vista los encantos de sus hermosas márgenes.

El campo daba ya por todas partes señales de un cultivo más constante y esmerado, y la misma circunstancia de ser ancho y costoso el camino (aunque no muy igual), circunstancia que en la teórica se podría suponer contraria al efecto pintoresco requerido en la perspectiva, era hermoso para nosotros que desde nuestra entrada por la embocadura cenagosa del Misisipí, no habíamos visto, exceptuando los barcos de vapor y el malecón llamado la Levée, ni aun siquiera rastro que indicara la noble intención de consultar la comodidad del público. En toda la distancia que recorrimos de tan vasta región, menos en Nueva Orleans, y sólo en la población, no descubrimos señal alguna de arte humano por donde se calculara que sus habitantes tienen otro objeto que el de vivir con las menos exigencias posibles de la sociedad civilizada, o más bien todo anunciaba que sus esfuerzos individuales se reducen, como dice su sempiterna frase, a «salir del paso.»

El camino había sido construido a expensas del gobierno hasta Cumberland, villa situada dentro de los montes Allegheny, y por la naturaleza del terreno ha de haber costado mucho. Sentí no haber contado los puentes que se pasan desde Wheeling a Washington la Chica (Little Washington),

es decir: en un camino de treinta y cuatro millas. Sobre un río solamente se cuentan veinte y cinco, por todos los cuales pasa el camino, encontrándose varias veces a cien varas uno de otro, tan tortuosa es la corriente. Todos son de piedra, y muchos de ellos están bellísimamente acabados.

Little Washington está en Pensilvania, y el camino la atraviesa por uno de sus ángulos. Es un estado libre, aunque nos sirvieron en él esclavos negros que alquilan en el estado vecino de Virginia. Llegamos por la noche y salimos a las cuatro de la mañana; así pues lo que vimos de Little Washington se reduce a su posada, que era cómoda y muy limpia. La primera parte de la jornada del día siguiente la empleamos en pasar un terreno muy poco interesante, porque durante casi treinta millas todo lo que se descubría eran montes cubiertos de bosque, cuyo aspecto monótono jamás halaga la vista con la más ligera variedad. Tan pronto como llegábamos a la cima de un monte, empezábamos a bajar por el otro lado con toda la rapidez que podían correr nuestros cuatro caballos; y tan pronto como llegábamos al fondo de la cañada, empezábamos a subir trabajosamente la cuesta de otra eminencia: por otra parte los árboles son tan altos y tan espesos que por ninguna dirección se columbra la posibilidad de ver cincuenta varas de terreno.

El resto del día sin embargo compensó ampliamente el fastidio de la mañana. A las cuatro de la tarde empezamos a subir los montes Allegheny: la primera cordillera de la parte occidental se llama el Monte de los Laureles, nombre que le han dado por la inmensa cantidad de arbustos siempre verdes que la cubren, a pesar de que entre ellos no hay ninguno de los que llevan ese nombre.

Toda la parte de las montañas, que por espacio de treinta leguas atraviesa el camino, es un jardín precioso. La variedad casi increíble de plantas, su altura gigantesca y su hermosa robustez encantan deliciosamente los sentidos. Me parece que sería difícil inventar una diversión más agradable para quien tuviere suficientes conocimientos, que la de un paseo botánico en el interior de Allegheny.

Los hermosos rododendros, cuyos ramos espléndidos orlan todos los peñascos, engalanan todas las rocas, y brillan con sus flores de sangre en torno de todos los árboles, fue la primera que llamó nuestra atención. Aparecieron luego la azalea con sus alegres hojas, las pomposas peonias y la linda familia de las calmías, tan fatal como bella. Sobre nuestras cabezas, a nuestros pies, alrededor de nosotros levantaban su cima arrodelada cedros de todas formas y de todos tamaños; crecían entre ellos abundantes pinos más hermosos y variados que los que yo había visto en Europa, y la especie llamada ciguata desplegaba su magnificencia como para disputar al cedro el trono de los montes. Se veían de cuando en cuando grupos de robles y encinas de cuyas ramas caía la parra silvestre que, enlazándose con los infinitos rosales que los rodeaban, parecía coronar de guirnaldas el árbol que dio al hombre su primer alimento. La tierra estaba cubierta de una alfombra de céspedes y musgos, y aunque nos hallábamos en marzo, no se descubría rastro alguno del tránsito asolador del invierno. Tal era la escena que nos anunció la entrada de los montes Allegheny.

Conforme subíamos nuestra soberbia calzada, íbamos descubriendo mayor hermosura en el Simplón de la América septentrional. Allí ha derramado la naturaleza sus tesoros, juntando lo más noble de sus esfuerzos con lo más dulce de sus caprichos. A cada paso se aumentaba nuestra admiración: los picos azules de las sierras más elevadas formaban el contorno del paisaje que no nos saciábamos de contemplar; alzábanse por cima de nosotros a la izquierda masas enormes de rocas, medio escondidas a intervalos entre la verde maleza y brillantes arbustos de sus valles y faldas, y a la derecha contemplábamos las copas de los pinos y los cedros que cubrían un hondo precipicio.

Yo no sabía hasta dónde llegaba la variedad infinita de la perspectiva de las montañas. No conociendo más que peñascos y derrumbaderos, torrentes y selvas en aquel país, estaba muy lejos de esperar que fuese en medio de las montañas donde hubiera de encontrar un punto que me recordara la perspectiva de jardín de nuestra hermosa Inglaterra; sin embargo así fue. En todo el tiempo que residía ya en América, nunca había visto cosa alguna que se acercara ni aun ligeramente

a lo que llaman los ingleses terrenos de recreo; porque todas las muestras de jardinería que presentaba el Ohio, estaban reducidas al cultivo de unas cuantas flores sin brillo ni fragancia, y ni siquiera habían soñado sus habitantes en darle más extensión. Por lo mismo mirábamos la mezcla de árboles, arbustos y flores que teníamos delante de los ojos continuamente como se mira a un amigo, cuando se vuelve a ver después de una larga ausencia. Muchas veces, bajando a los valles angostos, hallábamos un poco de terreno cultivado, un jardín o huerto cercado de peonias, rododendros y azaleas, y una casa rústica cubierta de rosas. Estos valles son muy hermosos: siempre los atraviesa algún limpio arroyuelo que aprovechan para hacer andar el molino situado por lo común cerca del camino; y aquí, como en las cumbres y demás alturas, la tinta espléndida de la vegetación y el color ceniciento pero moderado de las rocas, dan al cuadro una rara belleza de colorido.

La primera noche que pasamos en las montañas desvaneció nuestro encanto, sumiéndonos de nuevo en las miserias quebradizas de la pobre humanidad. Llegados a la posada o venta, entramos en una sala que sin duda acababan de abandonar, según la nube espesa de humo de tabaco y las exhalaciones de whisky de que estaba cubierta. Cenar en semejante atmósfera hubiera sido asfixiarse; por lo tanto preferimos helarnos en nuestros cuartos, y nos retiramos al instante. Lo primero que llamó nuestra atención fueron las sábanas que inspiraban más que sospechas acerca de su estado admisible de limpieza; pero nos aseguraron para que durmiésemos tranquilos: que no habían servido sino unas cuantas noches. Con la misma calma nos respondieron cuando les pedimos de cenar, diciéndonos a cada cosa que les indicábamos, ya para comer ya para beber: «Casualmente no tenemos de eso.»

Aunque estábamos todavía en Pensilvania, no nos servían más esclavos, y así nos costó mucho trabajo el lograr que nos encendiera la chimenea la huraña y desagradabilísima señorita que se dignó desempeñar las funciones de azafata, y más todavía el arrancarle ropa limpia para nuestras camas; logrado ese doble triunfo, nos metimos entre sábanas sin cenar, mientras la doncella se iba murmurando de la dificultad de «acertar con los tales ingleses.»

El día volvió la vida y el contento a nuestro corazón, aumentándose nuestro placer con los nuevos hechizos que las montañas desplegaban. Las nubes flotaban alrededor de nosotros, corrían sobre nuestras cabezas, se agitaban a nuestros pies. Veíanse confusamente los picos enhiestos de las distantes rocas por medio de un velo transparente, que fue alzándose como una gasa blanca, hasta que salió el sol y brillaron otra vez aquellas interminables alturas con toda su gloria y majestad.

Nos habían asegurado antes de empezar nuestra subida que encontraríamos nieve hasta de cuatro pulgadas de espesor en el camino; mas como no habíamos visto señales de ella todavía, nos era difícil disuadirnos de que viajábamos en medio del verano. No tardamos sin embargo mucho tiempo en ver las vertientes de la parte septentrional de la montaña cubiertas de la nieve prometida, y por último le hallamos hacia la cumbre las cuatro pulgadas de espesor de que nos habían hablado. El temple delicioso del aire y la brillante verdura de los árboles y plantas formaban un extraño contraste con aquella apariencia de invierno. Cómo no se derrite la nieve en semejante atmósfera, es un arcano difícil de comprenderse.

Una y mil veces volvimos a gozar las sensaciones de júbilo que necesariamente inspiran tales escenas; si tratase empero de dar la descripción continuada de las vistas que admiramos durante nuestro viaje en aquellas montañas encantadas, no saldríamos de rocas, cedros, laureles, corrientes cristalinas, cascadas sonoras, peñascos azulados, valles floridos y céspedes y musgos y todos los tesoros de la naturaleza; y a la verdad no consiste en cada uno de esos objetos separadamente la magia peregrina que embriaga el alma de placeres sin fin, sino en sus armoniosas e infinitas combinaciones. El dilatado valle del Oeste, que nos detuvimos a contemplar desde un punto que domina las demás alturas de las vecinas sierras, forma un cuadro estupendo, mas al cabo de algunos momentos de contemplación volvimos a emprender nuestra marcha, sin que la certeza de perder para siempre tanta hermosura nos arrancase un suspiro de pesar.

El segundo día comimos en un sitio bellísimo que nos dijeron ser el punto más elevado del camino y estar a 2.846 pies ingleses sobre el nivel del mar. Nos regalamos espléndidamente con pato silvestre y venado montés, siendo este último infinitamente superior al de los bosques del Misisipí o del Ohio. Las verduras nos parecieron también delicadísimas. Una jovencita muy linda, que ejercía las funciones de capataz de los esclavos que nos servían (porque estábamos otra vez en Virginia), nos dijo que la hortaliza de los Allegheny se reputaba por la mejor de América. También nos aseguró que las fresas silvestres eran muy abundantes y exquisitas en aquel paraje; que sus vacas pacían durante el verano muchísimas flores, cuyo alimento les hacía dar mayor cantidad de leche; que su fuente les daba el agua más pura, y en la estación del calor tan fría como la nieve; y que el clima era el más suave del mundo, porque, aun cuando el termómetro solía estar a noventa grados, nunca dejaba de soplar un aura fresca y consoladora. ¡Qué asilo para hacerse ermitaños por un verano! Mi elocuente montañesa me dio varias plantas que en nada se parecían a las que yo conocía. Una de ellas especialmente, a que dio el nombre de *piña de tierra*[73], es peculiar, según me explicó, de los Allegheny, y en algunos sitios cubre muchas aranzadas de terreno. Los cuartos estaban graciosamente adornados con esta hermosísima planta, que formaba alrededor de cada estancia una elegante colgadura de guirnaldas y festones.

En muchas partes han hecho desmontes de consideración, y el camino pasa por varias granjas o cortijos que han situado en los valles más abrigados. Añadieron que los lobos infestaban las cercanías, pero que no se conocían allí las panteras, que son el terror del Oeste, y apenas se veían osos. En cuanto a reptiles nos confesaron que los tenían en abundancia, pero muy pocos de especies que considerásemos peligrosas.

Por la tarde dimos vista al río Monongehala, cuyas riberas nos presentaron en una distancia de bastantes millas una hermosa sucesión de escenas ya silvestres, ya domésticas. En algunos puntos se levanta de repente en la misma orilla una roca negra tajada perpendicularmente; en otros un molino con la casita rústica del dueño al lado, su huerto y su corral completan la imagen halagüeña de las comodidades y ventajas de la industria.

Brownsville[74] es un pueblecito muy animado, construido sobre las orillas del río, y parecería mucho mejor si no lo ennegreciera el humo del carbón. No me acuerdo de haber visto en Inglaterra un pueblo vecino a una mina de carbón de piedra tan negro como Wheeling y Brownsville. Aquí pasamos el Monongehala en una barca chata que recibió cómodamente nuestro enorme coche y sus cuatro caballos.

Cuando salimos del pueblecito negro volvimos a encontrar los cuadros románticos de grupos de árboles reflejados en las aguas del río, y de riscos desnudos fantásticamente amontonados, que descuellan por cimas de los pinos y cedros como los góticos torreones de un castillo feudal. ¡Cuántas veces (mas yo misma confieso que era locura) cuántas veces no me lamenté de que no lo fueran en efecto! El viajar, andando leguas y leguas sin encontrar huellas mas gloriosas de los pasados siglos que una masa de hojas podridas, o un pedazo de roca desmoronado, produce en la imaginación efectos sombríos, terrestres e infecundos que no se pueden describir, y contra cuya influencia melancólica no procuran las más amenas perspectivas sino un remedio casual y transitorio.

La segunda noche que pasamos en las montañas, nos albergamos en una casa solitaria y con todo el aspecto de un asilo abandonado; pero mucho mejor nos fue en ella que en la posada de la noche anterior, porque a lo menos tuvimos sábanas limpias, y nos sirvieron sin gruñir. A las cuatro de la mañana volvimos a ponernos en marcha, espiando con ansiedad la luz que iba a mostrarnos cuadros tan bellos y agradables como los que habíamos admirado el día anterior. Y no salieron vanas nuestras esperanzas, aunque el espectáculo fue un poco variado; pues los vapores que cubrían

73 Me parece que Mistress Trollope habla del *Chamæpitys* que Lineo llama *Teucrium Chamæpitys*. (Nota del traductor.)

74 El traductor le llama *Villaparda*.

por todas partes los valles y peñascos, recibieron el primer rayo de la alborada, que saltó de las cumbres más altas de la sierra y sembró de los matices y vislumbres del prisma los revueltos grupos de niebla que se lo reflejaban: parecía en efecto que estuviésemos rodeados de un arco iris.

Sólo nos faltaba pasar una cordillera, y al llegar a la cumbre y tender la vista por el nuevo mundo que se abría a nuestros pies, no sabía si me regocijaba de que

«Del largo trecho andado las fatigas»

estaban ya pasadas, o si veía con pesadumbre que nuestras jornadas por los montes se acercaban al fin.

La novedad contribuyó sin duda, y no poco, a dar más intensidad a los placeres que me procuraban aquellos cuadros. Las vistas de las montañas eran escenas con que yo estaba poco familiarizada: Gales era todo lo que había visto, y la región de los Allegheny en nada se le parece. Es un mundo de montañas, que se levantan alrededor vuestro en todas direcciones y bajo todas formas, hurañas, enormes y salvajes, mas donde os convida a cada paso un sitio tan ameno, verde y florido, como el retiro rústico predilecto perteneciente a alguna noble Flora de nuestra hermosa tierra. Esta excursión es un paseo de noventa millas por medio de calmias, rododendros, azaleas, parras silvestres y rosas virginales y en una calzada defendida de todos los vientos por masas colosales de rocas de varios colores, sobre las cuales

«Altos pinos y cedros corpulentos
Sacuden sus obscuras cabelleras»,

mientras que por donde quiera volváis los ojos, veréis un valladar de montañas, cuyas puntas se esconden en las nubes.

Después de bajar la última cuesta, llegamos a Haggerstown, bonita población entre villa y aldea, donde la piedad de los cocheros presbiterianos nos condenó a pasar un día entero y dos noches, «porque la línea de acomodo no debía andar el *sábado* (domingo).»

Es menester advertir que este día de reposo forzado no era domingo. El sábado por la tarde se nos había agregado en Cumberland un voluminoso pasajero, que era, según descubrimos al instante, uno de los amos del coche. Habiéndonos preguntado nuestro nuevo compañero de viaje, con mucho tacto, si queríamos caminar el sábado, o hacer alto, le respondimos que preferíamos seguir nuestra jornada.

—Entonces mañana saldrá el coche —replicó nuestro liberal cochero con la mayor urbanidad.

Así pues anduvimos todo el domingo y llegamos por la noche al pueblo. El amo del coche, que tan atento se había mostrado, nos dejó a la puerta de la posada, y cuando preguntamos al mozo a qué hora saldríamos por la mañana, nos dijo que tendríamos que permanecer allí todo el lunes, porque el coche que nos debía conducir, no llegaría del Este hasta el martes por la mañana.

De esa manera descubrimos que el dispensarse de guardar el sábado no fue sino por su conveniencia propia y no por nosotros, y que teníamos que estar en el cepo veinticuatro horas no obstante[75]. Esto fue un truco yanqui[76].

Por fortuna nuestra la posada era de las más cómodas en que hubiésemos entrado. Allí nos convencimos de que habíamos dejado atrás la América occidental. En lugar de reñirnos, como literalmente lo había hecho el posadero de Cincinnati por haber pedido una sala separada, en Haggerstown nos dieron dos sin pedirlas. Un criado *comme il faut*, es decir: aseado y de modales, nos llamó a almorzar, a comer, y a tomar el té, y todo lo encontramos preparado con abundancia y aun con gusto. El dueño del establecimiento nos esperaba siempre a la puerta del comedor, para preguntarnos si queríamos alguna otra cosa que no hubieran puesto en la mesa, y luego se retiraba. Los precios sin embargo no eran más caros que en Cincinnati.

Cerca de la población corre un *creek* o arroyo considerable llamada Conococheque Creek: dicen que el valle por donde pasa es el más fértil de América.

Al tiempo de montar para salir de Haggerstown, tuvimos la mortificación de saber que no éramos solos en el carruaje; dos damas y dos caballeros se presentaron a la puerta para tomar posesión de sus asientos. Arrancamos a las cuatro en punto, con la claridad de una luna brillante, y corrimos dando saltos y cabezadas con el traqueteo y el sueño por un camino mucho peor que los de las montañas.

Cuando apuntó el día vimos que una de nuestras damas era una vieja, y la otra, que era bonita, hija suya.

Después de amanecer advertimos que nuestro paso era más lento que de costumbre, y que de cuando en cuando nuestro cochero dirigía a su compañero muchas y vehementes exclamaciones. Los hombres sacaron la cabeza por las ventanillas del coche, y preguntaron lo que había; pero no pudieron saberlo, hasta que el correo nos alcanzó. Los dos carruajes se pararon y comenzó un diálogo de imprecaciones entre los conductores. Por último supimos que una de nuestras ruedas estaba rota de manera que nos era imposible pasar adelante. Al oír esto la señora mayor se hizo inmediatamente el papel principal de la escena. Se arrojó a la ventanilla, y alargando el cuello cuanto podía y dirigiéndose a los pasajeros del correo que eran todos hombres, empezó a gritar:

—¡Caballeros! ¿No podeis hacer sitio para dos en vuestro carruaje? ¿Sólamente para mí y mi hija?

Esta candorosa sencillez provocó la risa de los pasajeros de ambos coches. No podía dudarse que obraba por el principio de cierto devoto que dirigiéndose al cielo con una súplica exclusivamente en favor suyo, añadía: «Pour ne pas fatiguer ta miséricorde.» Nuestras carcajadas no intimidaron a la buena señora, ni calmaron un instante el ardor con que repetía su demanda:

---

75 Los norteamericanos son en punto de exterioridades religiosas tan semejantes a los ingleses que no sé yo porque los critica mistress Trollope con tanta severidad. Cuando llegué a Inglaterra, en 1825, iba con doce de mis compatriotas, víctimas como yo de los trastornos políticos de España. Después de una navegación harto peligrosa, y de haber sufrido infinitos contratiempos, estuvimos tres días en cuarentena, y desembarcamos en Ramsgate, de donde fuimos en la diligencia a Margate, con el fin de embarcarnos en el vapor, para subir a Londres por el río. Uno de mis compañeros descubrió encima de una cómoda del salón de la posada, pero casi escondido, un tablero de damas. La tentación era terrible en un día de enero lluvioso y frío, y fatal para un refugiado español que no estaba enterado de las costumbres inglesas. Empezó a llamar a otro de mis compañeros, y el mozo de la posada le quiso advertir que no era permitido gritar en domingo: mi hombre no sólo continuaba sus voces, sino que hablaba a gritos al mozo, como si el no entenderlo hubiese consistido en ser sordo. Por último la persona llamada acudió, y al momento se pusieron a jugar. El alboroto había atraído a un guarda-calles o *street-keeper*, que advertido por el criado entró en la sala, e intimó a los jugadores que dejaran su entretenimiento, porque no era permitido en Inglaterra jugar en domingo. Yo sé que esa *misticidad* tiene sus excepciones en Inglaterra, pero también las habrá en los Estados Unidos. (Nota del traductor.)

76 *Yankee*, apodo con que distinguían los ingleses a los americanos en la guerra de la independencia. (Nota del traductor.)

—Solamente para dos —decía— para dos solamente, caballeros. ¿No podéis hacer sitio para dos?

Nuestra situación era realmente crítica; pero hubiera sido imposible dejar de reírse. Luego que estuvimos ciertos que nuestro coche no podía llevarnos, y que en el del correo no había lugar ni aun para dos, resolvimos ir a pie a la aldea vecina, que dichosamente no distaba del paraje de nuestro contratiempo más de dos millas, y aguardar que compusiesen la rueda. Inmediatamente partimos al paso que debían hacer tomar las seis y el frío de una mañana de marzo, dejando en la retaguardia a nuestra dueña y a su bonita hija; porque la naturaleza exclusiva de su demanda había endurecido nuestro corazón.

Para reparar el tiempo perdido en nuestra detencion, luego que tuvimos una rueda nueva, daba el cochero tal priesa a los caballos, que el carruaje parecía que se iba a estrellar entre aquellos baches y pedruscos. El terror se apoderó de nuestra vieja egoísta que cayó en la más completa agonía.

—¡Sacadme de aquí —exclamaba— sacadme de aquí! ¡Oh Señor! Queremos bajar; ¡ay, ay! ¡Dios mio! Que nos bajamos, que nos queremos bajar, que nos bajaremos.

Sus gritos duraron todo el camino, que con la risa, la marcha y el paseo a pie nos pareció, y en realidad lo fue, de los más cansados.

XIX.
Baltimore. Catedral católica. Colegio de Santa María. Sermones. Escuelas de niños.

Conforme nos íbamos acercando a Baltimore, veíamos aumentarse las señales de la cultura; las cercas tenían más apariencia de arte y de gusto; las casas empezaban a parecer habitaciones construidas para la comodidad y el regalo; en fin todo nos consolaba de la pena que nos podía causar la pérdida de vista de las hermosas montañas, y más que todo lo que mirábamos alrededor nuestro, la idea de irnos aproximando al Atlántico.

Desde el momento que nos apartamos de las riberas del Ohio, aunque merece sin disputa su título de «el río hermoso», especialmente cuando se compara con el melancólico Misisipí, noté toda la verdad de una observación que me acordaba de haber oído en Inglaterra, a saber: que los ríos pequeños son más hermosos que los grandes. En efecto, hablando de perspectiva, la evidencia de esta aserción es palpable. Luego que un río es tan ancho que desde una orilla apenas se distinguen los objetos de la otra, la hermosura del cuadro debe consistir exclusivamente en el agua; mientras que, siendo angosto, el agua no es más que una parte accesoria de la composición. Por eso el Monongahela, que tiene poco más o menos la anchura del Guadalquivir por Sevilla[77], es infinitamente más pintoresco que el Ohio.

Para disfrutar de las bellezas de los inmensos ríos de aquel país inmenso, es menester embarcarse, y entonces es muy agradable el poder mudar de escena acercándose en tanto a una orilla, en tanto a otra. A nosotros, que viajábamos por tierra, nos parecían mil veces más hermosos los pequeños ríos que precipitan su curso por cauces angostas de rocas escarpadas. El Potaspco, junto al cual corre el camino al acercarse a Baltimore, es en extremo pintoresco en varios puntos, dando interés y variedad a sus orillas los enormes peñascos, que ora se cierran sobre sus márgenes, ora se retiran, formando en sus quebradas valles y oteros cubiertos de yerba y esmaltados de flores.

Baltimore es en mi sentir una de las ciudades de la Unión que más noble aspecto ofrecen al aproximarse a ellas. La soberbia columna erigida en memoria de Washington y la catedral católica con su majestuoso cimborrio, son dos colosos que se levantan sobre una altura dominante como los genios protectores de la ciudad, y que desde muy lejos puede saludar el extranjero. Desde menos distancia se descubren también otras muchas cúpulas y torres; y cuando se entra en las calles de Baltimore, es imposible dejar de persuadirse que se ha llegado a una ciudad bella y populosa.

Nos hospedamos en la posada donde se paró el coche, que era excelente, y al otro día tuvimos la fortuna de encontrar alojamiento en casa de una señora bastante conocida de varios de mis amigos europeos. Pasamos con ella y su amable hija dos semanas muy agradables; y nos apercibimos de que si no habíamos llegado a Londres, o París, por lo menos habíamos dejado atrás y bien lejos «las tribus de los medio-caballos, medio-caimanes del este», como se llaman a sí mismos los de Kentucky.

Baltimore es por muchas razones una población lindísima: posee magníficos edificios; y aun sus casas particulares ofrecen el aspecto de la opulencia y del gusto, por el mármol con que tan profusamente están adornadas muchas de ellas. Las soberbias escaleras, los altos postes y tranqueros de las puertas son en las más de las casas buenas de este rico material.

Llámase la ciudad de monumentos por la columna erigida en memoria del general Washington, cuya estatua colosal corona el chapitel, y por otro pilar de menores dimensiones consagrado al recuerdo de no sé qué victoria: ambos monumentos son de mármol blanco, puro y brillante. Se cuentan varias fuentes también de mármol, las cuales contribuyen mucho en diferentes

77 Naturalmente, Trollope lo compara con los ríos Wye y Támesis.

partes a hermosear la población; verdad es que no pueden competir en mérito con la de los Inocentes y otras de París; pero al cabo son fuentes de mármol y de agua cristalina. Una de ellas está a cubierto de los rayos del sol bajo un techo sostenido por ligeras columnas, y parece un templo consagrado al espíritu de la primavera. El agua cae en una cisterna de mármol a donde se baja por un tramo de escaleras de una blancura delicada, y de donde se sale por otro igual. Nunca faltan en aquellos escalones grupos y corros de muchachas negras; las unas llevan el agua en la cabeza, y andan con un paso firme y gracioso sin tener necesidad de sostener sus cántaros con la mano; otras saltan, triscan, bailan alegremente con sus cántaros vacíos, muchas cantan con la dulzura y armonía que caracterizan las suaves y ricas voces de la raza negra; y todas van vestidas con el gusto y elegancia que distinguen a las mujeres de todas clases de Baltimore.

La catedral católica está reputada entre los americanos por una magnífica iglesia; pero los que hayan visto las iglesias de Europa, no admitirán fácilmente esa calificación; sin embargo tiene por dentro un aire de sencillez tan agradable que casi raya en elegancia, Su forma es la de una cruz griega con la cúpula en el centro; pero las proporciones están muy mal guardadas. El cimborrio es demasiado bajo, y los arcos que lo sostienen son aplanados y muy anchos para tan poca altura. A cada lado del altar mayor hay una capilla, donde se veneran el Salvador y la Virgen. Los tres altares de mármol nativo de diferentes colores, y los ornamentos son elegantes y costosos. El prelado es un cardenal que tiene además el título de arzobispo de Baltimore.

Hay varias pinturas en diferentes sitios de la iglesia, y las oímos celebrar como muy buenas. La piedad de Luis XVIII ha hecho donación de dos cuadros; el uno representa el *Descendimiento de la Cruz*, de Paulin Guerin; el otro es una copia de Rubens (según nos dijeron) y contiene el asunto de una leyenda de San Luis en la Tierra Santa; pero la composición del tal retablo es abominablemente mala, y a mí me pareció que no es menos cuento que Rubens tenga en ella la menor parte, que el cuento que representa. La admiración que inspiran aquellas pinturas a los americanos es el mejor indicio del estado de gusto respecto al arte que hay en el país.

Fuimos a oír misa a la catedral el domingo próximo a nuestra llegada, y yo me quedé atónita al ver la hermosura y espléndido aparato de las damas que llenaban la iglesia. Excepto alguna que otra reunión de domingo muy brillante en las Tullerías, nunca había yo visto tanto lujo en los trajes de mañana, ni creo haber visto en otra parte tantas mujeres hermosas juntas. Parecía que todas estuviesen de gala, y en realidad todas eran bellísimas.

El sermón (yo los escucho siempre con suma atención) fue de lo más extraordinario. El predicador empezó, diciéndonos que iba a hablar sobre un vicio de que no haría mención, ni diría el nombre desde el principio hasta el fin de su sermón.

Después de haber excitado la curiosidad del auditorio, proponiéndoles su acertijo, continuó:

—Adán fue seguramente el primero que cometió el tal pecado, y Caín el segundo.

Aquí el orador, siguiendo el consejo del juez de los Litigantes de Racine cuando dice al abogado: «Passons au déluge, je vous en prie», hizo mención del estado de limpieza particular en que se hallaba la familia de Noé en semejante punto; y luego prosiguió:

—Ahora observad ¿por qué Dios manifestó su mayor aborrecimiento a ese pecado? ¿Por qué Jesucristo nunca fue ni aun acusado de él? ¿Por qué era lo más odioso a los ojos de José? ¿Cuál fue el discípulo que Jesús eligió para su amigo?»

Y así estuvo ensartando preciosidades de ese jaez por espacio de una hora, y con una tarabilla que muchas veces era para mí un ruido de palabras completamente ininteligible. Mas por lo poco que pude atrapar, su discurso era una especie de exposición y comentario de varias anécdotas que había leído, o se le antojaba que había leído en la Biblia. Nunca se ha visto la atención de un auditorio tan fuertemente excitada, y a la verdad habría sido de desear por caridad cristiana que tan buenas disposiciones hubiesen sido mejor recompensadas.

Hay un número crecido de iglesias y capillas en la ciudad, considerada su extensión, y varias de ellas son grandes y de una bella arquitectura: la iglesia de los unitarios es la más hermosa de las de su culto. Pero la más bonita de todas es una alhaja, una miniatura de templo perteneciente al colegio católico. La institución está dedicada a Santa María; mas esta capilla, aunque en medio de la ciudad, parece más bien que la hayan consagrado a San Juan del Desierto. Detrás de ella hay aparte un huertecillo, donde apenas podrían plantarse coles, por su pequeñez, y donde hay sin embargo un Monte Calvario con una cruz elevadísima. La senda por donde se sube al santo lugar no es mas ancha que la que podría haber formado el rastro de una oveja, y sus cedros son humildes arbustos; pero todo es proporcionado, y a pesar de dimensiones tan reducidas, se experimenta no sé qué sensación religiosa, reina una tranquilidad tan mística en su recinto, su hermosura es tan silenciosa, que el alma se conmueve y la imaginación se exalta de un modo singular. El pequeño santuario inspira la misma veneración y produce los mismos sentimientos de piedad y ternura. Delante del altar cuelga una lámpara solitaria, cuyos reflejos se templan pasando por vidrios delicadamente pintados; la luz del día penetra por entre cortinas encarnadas, y derrama en lo interior una claridad desmayada, pero solemne; y el silencio, con que de cuando en cuando abre las mamparas algún alumno del establecimiento, que con callado paso se acerca al altar, se arrodilla, ora en voz baja, y se retira, produce acaso en el alma una disposición mágica, que la eleva a pensamientos religiosos más bien que la pomposa antífona que se oye bajo la bóveda sonora de San Pedro.

Hay en Baltimore un bello museo dirigido por un individuo de la familia Peale, bien conocida por su afición a la historia natural y a las obras del arte. No es falta del director el que los objetos que han tenido que juntar en el segundo departamento de la institución sean inferiores a los de la brillante exposición del primero.

El teatro estuvo cerrado mientras permanecimos en Baltimore; mas nos dijeron que no era ni con mucho diversión popular ni elegante; aunque en verdad lo mismo nos dijeron en todas partes, añadiendo generalmente la observación de que la guerra que le hacía el clero, era la causa de semejante abandono. Sin embargo sospecho que no es esa la principal, especialmente con respecto a los hombres, quienes, si fueran tan dóciles a los mandamientos y consejos del clero, ciertamente asistirían con más frecuencia a las iglesias; ni tampoco mirarían el teatro con menos escrúpulo, cuando representara un actor inglés o danzara un bailarín francés: ocasiones en que no hay donde echar un alfiler en los teatros. La causa verdadera en mi opinión es el carácter nacional. Yo no he visto jamás un pueblo tan totalmente privado de jovialidad; no hay en toda la Unión desde un extremo a otro ni aun siquiera indicio de tal disposición. No tienen fiestas, ni ferias, ni diversiones, ni música en las calles, ni polichinelas, ni títeres. Si ven una comedia o una farsa, se ríen; pero no echan de menos el entretenimiento, cuando no tienen oportunidad de verla, y la idea que escarba en su conciencia y los aleja con más eficacia del teatro, es la cuenta de los centavos que debe costarles la entrada. Un periodista distinguido de Filadelfia me aseguró que ninguna publicación dramática había logrado buen éxito en América.

Cuando llegamos a Baltimore estaban en la «Conferencia.» Espero que la indulgencia de mis lectores me excusará, si la explicación de este término no es tan clara y completa como sería de desear, pues yo no pude lograr que me lo explicasen. Por lo que averigüé, me parece que se asemeja mucho la «Conferencia» a un *Revival*. Entramos en muchas iglesias y oímos predicar mucho, sin que a ninguno de los reverendos predicadores se le pudiese aplicar el epigrama

«¿Pueden predicar tan bien, que ella no se duerma en el sermón?»[78]

porque yo nunca pude ni siquiera distraerme. Había sobre todo un predicador, cuyo estilo y elección de materias eran tan singulares que no pude menos de escribir como muestra una parte de su discurso inmediatamente que lo oí. Debo advertir que empecé a escribir en medio de una sentencia, porque en vano esperé el principio. Fue como sigue:

---

78 En francés en el original: «Peut-on si bien prêcher qu'elle ne dorme au sermon?»

«Con todo es menester que no perdamos de vista un objeto importante, interesante, prominente, objeto grande, objeto único; porque el Señor es poderoso, sus obras son grandes, y también maravillosas, y también sabias, y también misericordiosas, y además debemos tener siempre presente en la mente y en nuestros corazones todos sus preciosos beneficios e inefables gracias y mercedes; y además no debemos perderlas de vista, no, nunca perderlas de vista, ni siquiera cesar de recordarlas, ni dejar que nuestras almas las olviden jamás, ni dejar nunca de meditar en ellas, y de reverenciar, y de agradecer, y de bendecir, y de dar gracias, y de entonar hosanna, y de cantar alabanza...»

Y aquí se me acabó el pedazo de papel, y el predicador continuó suelto por el campo de su elocuencia, sin más sombra de significación (que yo descubriera) y con voz de estertor, por espacio de más de una hora. Cuando hubo acabado su sermón, se representó una escena igual en todo a las del *Revival* de Cincinnati. Otros dos ministros lo asistían en el llamamiento de los fieles, y, como allí, les prodigaban al oído consuelos celestiales. Uno de aquellos hombres gritaba con un vozarrón de trueno que daba miedo: «¿Os queréis ir al infierno esta noche?» La iglesia estaba casi enteramente llena de mujeres que se las disputaban a dar aullidos y hacer contorsiones, y muchas de ellas se desgarraron la ropa de un modo indecente. Yo me divertí mucho, a pesar de la indignación y disgusto que la escena inspiraba, con la exaltación de la parte negra de la congregación, que parecía estaba determinada a chillar más que todo el resto de ella, sin duda para probar su fervor religioso y su igualdad personal.

Pocas noches antes, en esta misma capilla se había caído una mujer, en un síncope de éxtasis, desde la galería al suelo; dichosamente cayó en brazos o más bien sobre la cabeza de los fieles que estaban debajo y a una distancia de doce pies. Una esclavilla que nos servía a la mesa nos dijo, cuando nos contaron este acontecimiento, que eso sucedía muy a menudo, y que una vez lo había visto ella misma. Otra esclava de la casa nos dijo: que ella amaba mucho la religión, pero que nunca se desmayaba, «porqué ela iba siemp’e a la cápil’a con el megó’ que tené’ y no quere est’opeá sus buenas cosas.»[79]

Visitamos la escuela de los niños establecida en Baltimore por un inglés de muchas prendas y clara inteligencia llamado Mr. Ibbertson. Era la primer escuela, dicha propiamente infantil que yo veía, y quedé muy contenta de sus disposiciones y del buen éxito que prometía. Los niños, que subirían a unos ciento de ambos sexos, eran de edad de entre diez y ocho meses y seis años. La sala estaba llena de toda especie de objetos instructivos y divertidos: me pareció excelente un juego de muñecas de Holanda, dispuesto en forma de gabinete de historia natural; en un rincón se veía una numerosa colección de pedazos de madera; las paredes estaban cubiertas de papel alegre de diferentes muestras, cada una de las cuales representaba un bonito grupo de figuras; servían de temas de lección varias estampas grandes y bien iluminadas de pájaros y otros animales que estaban colgadas alrededor; en fin la dulce flauta de Mr. Ibbertson daba el tono y compás al más delicioso concierto de aves que sea posible escuchar.

Un modelo geográfico bastante grande para dar ideas claras de lo que es un continente, una isla, un cabo, un istmo, etc. con su correspondiente agua, servía de carta a los niños, y las inocentes criaturas puestos alrededor señalaban con sus deditos de rosa y una curiosidad encantada el objeto que se les preguntaba. El vestido del uno y otro sexo es de una elegante sencillez, y los modales de todos los alumnos, cuando se les habla individualmente, son corteses, juiciosos y ajenos de la ruda indiferencia que tan notablemente prevalece en los modales de los niños americanos. Mr. Ibbertson hará un beneficio inmenso a los Estados Unidos, si por su medio se difunde el método admirable con que ha sabido pulir las maneras y despertar la inteligencia de aquellos lindos republicanitos.

79 El original no exagera tanto los errores de lenguaje, como sí hace el traductor: «she liked religion right well, but that she never took fits in it, 'cause she was always fixed in her best, when she went to chapel, and she did not like to have all her best clothes broke up.» Es decir: «A ella le gustaba mucho la religión, pero nunca le daban éxtasis, porque siempre vestía lo mejor que tenía cuando iba a la capilla y no le gustaba que le rompieran toda su mejor ropa.»

Yo he hablado con muchas señoras americanas de la falta absoluta de disciplina y subordinación que he observado en los niños de todas edades de aquel país, y no he encontrado una que no convenga en que la observación es verdadera, y que no deplore los resultados de esa falta. En el estado de Ohio hay una ley (yo no sé si existe en otra parte) que condena a pagar diez dólares de multa a los padres que peguen a sus hijos. Un caballero de Cincinnati me dijo que había visto imponer esta multa por la demanda de un muchacho de doce años, que probó que su padre le había pegado por mentir. Una ley de esa naturaleza engendra el espíritu de la libertad, según ellos, y ¿qué más engendra?...

Mr. Ibbertson, que parece enteramente dedicado de corazón y de cabeza a la educación de los niños, me dijo que se ocupaba en organizar escuelas sucesivas para los pupilos según fueran creciendo. Si es tan capaz de completar la educación como lo es de empezarla, su establecimiento será uno de los más provechosos para la sociedad; aunque, por más provechoso que sea en cualquiera otra parte, en América, donde no hay disciplina, donde desde la cuna son entes «que ni pueden gobernar ni quieren ser gobernados», no debe ser de grande utilidad.

A dos millas de Baltimore hay un fuerte ventajosamente situado sobre el Patapsco, el cual domina la entrada de la bahía de Chesapeake[80]. Como nuestra visita fue en domingo, no se nos permitió entrar. El paseo que conduce a este fuerte, sigue a lo largo de un verde y hermoso terrero, desde donde se alcanza una de las vistas más soberbias de la ciudad con sus columnas, torres, cúpulas y el vistoso enrejado de las arboladuras de las naves, con parte del río Patapsco, que es allí tan ancho que parece un brazo de mar. El terrero está adornado de abundantes arbustos e innumerables rosas silvestres, pero la comarca entera tiene la reputación de ser malsana, como también por desgracia el mismo fuerte.

Antes de dejar la ciudad de los monumentos, no debo omitir el hacer mención de uno, elevado al aumento de la riqueza del país: el hotel de Mr. Barham se considera como el más opulento de los Estados Unidos; y ciertamente lo sería bastante aun para gentes más espléndidas de lo que parecen los ciudadanos de la república. He oído decir acerca del resultado de este experimento cosas diferentes y perfectamente contradictorias; mas todo el mundo convenía por lo menos en que el inventor generoso del proyecto tenía derecho para exclamar:

«Dominar la fortuna,
Y lograr sus favores, nunca ha sido
Dado a mortal de condición alguna;
Yo he hecho más, Jonathan,
lo he merecido.»[81]

Después de pasar en aquella ciudad dos semanas muy felices, empleando la mayor parte de nuestro tiempo en recorrerla y visitar sus cercanías, salimos de ella, no sin sentimiento, y todos con la esperanza de poder volverla a visitar.

80 Chisapica, según el traductor.

81 En el original: «Tis not in mortals to command success; / I have done more, Jonathan, I've deserved it.» La cita parece proceder del *Catón* de Joseph Addison: «Tis not in mortals to command success, / But we'll do more, Sempronius; we'll deserve it.»

XX.
Viaje a Washington. Capitolio. Ciudad. Congreso. Indios. Exequias de un miembro del Congreso.

El camino más corto de Washington, por la distancia y el tiempo, es el de tierra; con todo como yo deseaba tanto ver la famosa bahía de Chesapeake nos decidimos a ir por mar, embarcándonos en el vapor. La travesía es sin disputa hermosa y merece el tiempo que se emplea en ella; pero en cuanto a la belleza particular de la bahía, sólo puede ser del gusto de los marinos, porque no es de las que halagan la vista de los amantes de la perspectiva. Por mi parte no dudo que será un abrigo cómodo y seguro para las embarcaciones contra las tempestades del Atlántico, mas su demasiada anchura le quita la gracia de los paisajes litorales, y no le deja sino la magnificencia de una bella marina. La entrada del Potomac ofrece sin embargo un cuadro soberbio, siendo uno de los puntos en que más se apercibe el viajero de las proporciones gigantescas del país, sin necesidad de apelar al recurso de instrumentos.

La subida del río hasta Washington es interesante por los muchos objetos que se admiran en el tránsito, y sobre todo por la vista de Mount Vernon, residencia del general Washington. Allí pasó los últimos días de su virtuosa vida aquel hombre verdaderamente grande, y allí está sepultado: al pasar por enfrente distinguimos los cipreses que ondean sobre su sepulcro.

Lo demas del paisaje presenta algunas escenas deliciosas; pero no las descubrimos hasta después, porque ya era de noche cuando nos acercamos a la ciudad.

Nuestro primer objeto al otro día por la mañana fue salir a ver el Capitolio, y eso con tanta impaciencia que salimos antes de almorzar. La niebla transparente de la mañana coronaba todavía aquel magnífico edificio, cuando en él se fijaron nuestros ojos; pero estoy segura de que una circunstancia tan pintoresca no contribuyó a aumentar nuestra admiración. Como quiera que fuese, nos quedamos atónitos y embebecidos, pues creo que ninguno de nosotros esperaba ver una obra tan imponente al otro lado del Atlántico. Aunque no estuviera ya cansada de describir edificios, la hermosura y majestad del Capitolio americano podría dejar muy atrás plumas más hábiles que la mía. ¡Tan bellamente está situado! ¡tan sublime parece en su elevación solitaria!

La avenida de la ciudad conduce a la magnífica fachada occidental por taludes y gradas de las proporciones más atrevidas que yo haya visto jamas. El frente elegante del este, a que muchos dan la preferencia, está al nivel de un patio recién plantado, pero hermosísimo, donde dentro de pocos años podrán gozar los representantes de la república de la sombra y frescor de los árboles más espléndidos que florecen en la Unión. Desde el Capitolio se ve la ciudad y se domina una extensión de campo de muchas millas alrededor, siendo el edificio mismo un objeto de superior belleza para toda la comarca.

En Washington tuvimos la fortuna de hallar alojamiento en casa de otra familia muy agradable, y por lo tanto abandonamos nuestra incómoda posada de junto al río, apenas acabamos nuestro almuerzo, para instalarnos en una lindísima habitación en la calle F.[82]

Todo lo que veía en Washington me gustaba: su atmósfera clara, su aspecto alegre y la construcción abierta y ventilada de sus calles y casas, me recordaban los sitios a donde van a tomar las aguas los elegantes en Inglaterra[83]. Los extranjeros y aun algunos del país se han burlado, porque la planta primitiva de la ciudad está trazada por una escala enorme y todavía no se ha ejecutado sino una pequeñísima parte. Yo confieso que nada me parece ridículo ni en el plan ni en lo que han

82 Las calles que cortan las grandes avenidas de Washington se distinguen por las letras del abecedario. (Nota de la autora.)

83 Pocos de esos sitios hay en el continente que merezcan las calificaciones de Mistress Trollope. (Nota del traductor.)

realizado de él: el proyecto original, que es tan hermoso como vasto, se ha seguido hasta ahora con una exactitud severa, y lo que se ve no puede menos de admirarse. Desde la base de la colina sobre la que se levanta el Capitolio, sale una calle de una soberbia anchura, plantada a uno y otro lado de árboles, y adornada de muchas y brillantes tiendas. Esta calle, que llaman la Avenida de Pensilvania, tiene sobre una milla de largo, y al extremo le sirve de fondo la preciosa residencia del presidente; cerca de ella están convenientemente situadas las oficinas públicas, todas hermosas, simples y cómodas, aisladas en medio de anchos patios y rodeadas de cuadros de yerba y grupos de arbustos que refrescan y deleitan.

En otra de las calles principales está la oficina general de correos, y no lejos de allí una casa municipal hermosísima. En el barrio del presidente hay varios edificios muy bellos, la mayor parte de los cuales sirve de residencia a los ministros extranjeros. En las restantes partes de la ciudad las casas están desparramadas, sin que en su construcción se haya perdido de vista la regularidad de la planta original; y a la verdad, para una persona que ha viajado mucho en el país y notado la inmensa cantidad de nuevas fábricas, nuevos canales, caminos de hierro nuevos, nuevas poblaciones, que brotan, por decirlo así, de la tierra en todas partes, en una palabra el aspecto de una gran metrópoli cuyos principios de vida y esplendor se desarrollan visiblemente y crecen con rapidez, es un espectáculo de alto interés histórico.

El comercio había producido ya vastas y hermosas ciudades en América, antes que obtuviese aquella región una existencia política independiente, y Washington, como capital, podría tal vez mirarse con desdén donde existen ciudades como Filadelfia y Nueva York; sin embargo yo la consideré como la metrópoli creciente de la población creciente de los Estados-Unidos, y como tal la distinguen ya rasgos bastante nobles para sostener su dignidad.

La residencia de las legaciones extranjeras en este pueblo da a su sociedad un aire de elegancia, que la distingue de la sociedad que se encuentra en las demás ciudades. También residen aquí una gran parte del año los senadores y representantes, que deben ser la flor y nata del cuerpo entero de ciudadanos de la federación, tanto con respecto al talento como a la educación. Estas circunstancias no pueden dejar de hacer Washington una morada más agradable que otra ciudad cualquiera de la Unión.

El no ver absolutamente movimiento alguno de comercio, el no oír ni aun el rumor del tráfico, ni percibir el olor de las mercaderías, aumenta mucho los atractivos de aquella nueva capital. En vez de carros se ven hermosos trenes, y en vez de la agitada gritería de los hombres que pregonan «sus comestibles secos» o «sus anchas telas de primera», se ven personas vestidas con delicadeza, paseándose tranquilamente en la Avenida de Pensilvania.

La librería inglesa de Mr. Pishey Thompson, con su rica colección de todas las obras de literatura agradable, recién llegadas de Londres, y la tienda de Mr. Somebody, el joyero, con su brillante surtido de alhajas, son los puntos principales de reunión donde se pasa el tiempo y se trata de negocios. ¡Qué contraste con las otras ciudades de la América septentrional! Los miembros de las cámaras que pasan muchos meses del año de esta manera cómoda y agradable, sin más trabajo que hablar un poco, y con la dulce recompensa de ocho dólares diarios, deben experimentar un triste cambio, cuando fenecido el término de su misión tienen que volver a sus hogares.

El mayor número de caballeros es otra de las circunstancias que distinguen las tertulias de Washington de las de los otros pueblos de los Estados-Unidos. El gasto, la molestia, o la necesidad de dejar en casa un guardián fiel e interesado, y alguna vez todas estas razones juntas impiden que las señoras de los miembros del Congreso vayan con ellos a Washington; a lo menos yo supe de muy pocos que tuvieran consigo a sus mujeres. La sociedad de las señoras se halla principalmente en los círculos de los ministros extranjeros, de los oficiales de estado, y de los pocos miembros más ricos y más aristocráticos del país que van a la capital acompañados de sus familias. Algunos individuos de los que llaman independientes viven en la ciudad o en sus cercanías, pero esta clase es allí tan poco numerosa que apenas puede mirarse como parte de la población.

Con todo, aunque parezca extraño, ni aun en la capital puede sostenerse un teatro más que algunas semanas por temporadas. La recreación favorita de los caballeros es, según me dijeron, el juego, que llega a un punto muy considerable; si bien aquí, como en los demás pueblos de la federación, es cosa que ocultan con el mayor cuidado. Yo no creo haber visto una baraja más de algunas doce veces en todo el tiempo de mi residencia en el país. El billar suele estar en boga, aunque en muchas partes es una diversión prohibida. En fin, se me antojaba a menudo que las viejas de un estado habían hecho las leyes y que las jóvenes de otro se divertían en infringirlas.

A pesar de la pequeñez de la ciudad, encontramos en ella mucho que ver y mucho que nos divirtiera. La oficina de patentes o privilegios de invención es un registro curioso de la fertilidad de la mente del hombre que sólo cuenta con sus fuerzas naturales; pero también presenta una prueba considerable de que en semejantes circunstancias no es cuando más útilmente las emplea. Esta oficina contiene modelos de todas las invenciones mecánicas que han producido los ingenios en los Estados Unidos, y el número es enorme. Yo pregunté al hombre que nos los enseñaba ¿qué número de máquinas habría entre aquella multitud, de que se hubiera sacado alguna utilidad? La respuesta fue que una por cada mil, añadiendo que provenían con especialidad de artesanos y labradores establecidos en las partes más remotas del país. Generalmente empezaban su trabajo con el ánimo de hacer algún instrumento o mueble que les ayudara a salir del paso, sin tener que enviar a unas mil y malas millas a buscar lo que necesitaban, y si la traza les salía bien, miraban con tanto amor y apego aquel fruto de su ingenio, que lo llevaban a Washington para obtener un privilegio de invención.

En la secretaría de estado nos enseñaron muestras autógrafas de todos los potentados con quienes la federación tiene alianza, y en mi sentir casi todos entran en el número. De los pergaminos que contenían las firmas reales pendían los sellos oficiales de cada uno, resguardados por cajas de oro o plata de una obra exquisita. Me divirtió mucho el modo que tuvieron de enseñarme uno de los suyos que acababan de preparar para la corte de Rusia, y cómo nos hicieron notar la superioridad de sus adornos. En efecto eran superiores y de mucho mejor gusto que los demás; y yo sólo deseo que el sentimiento que los había inducido a mostrar aquel exceso de lujo, se extienda por todos los ángulos de los Estados Unidos, y se mezcle con todos los actos y sentimientos de los angloamericanos. Que la América reconozca el imperio de las artes y gracias que hermosean la vida, y yo le haré otra visita, y escribiré otro libro tan en oposición a éste como posible sea.

Entre las firmas reales las únicas que me llamaron la atención fueron dos de la mano de Napoleón. La primera, del tiempo en que era primer cónsul, escrita a caballo, según la tradición, es un garabato indescifrable; pero su escritura aparece muy mejorada después que llegó a ser emperador, y la firma siguiente es más clara y está escrita con más seguridad: yo hubiera querido substraer las dos.

La pureza del carácter americano, formada por la pureza del gobierno americano y fundada en la misma, se nos mostraba a cada paso en el alarde que hacían de todos los presentes y regalos que, en prueba de estimación y de respeto, habían hecho varios soberanos a los diferentes ministros de los Estados Unidos que habían sido enviados a sus cortes. El objeto de la ley que reclama estos objetos a todos los individuos que los han merecido es, según nos dijeron, impedir la posibilidad de que cedan al soborno o la seducción los enviados de la república. Yo creo que el mejor medio de evitar la corrupción seria el de elegir, para desempeñar encargos tan delicados, a hombres incapaces de ser seducidos por una espada o una tabaquera. Pero en esta parte nadie conoce su negocio mejor que los americanos: ellos saben lo que se hacen.

El departamento de asuntos indios contiene un gabinete de sumo interés: las paredes están cubiertas enteramente de retratos originales de todos los jefes que de tiempo en tiempo han ido a tratar de algún negocio con su *gran padre*, como ellos llaman al presidente. Estos retratos son de

Mr. King[84], y sin duda deben tener el mérito de la semejanza como todos los retratos hechos por la mano de aquel artista. Los semblantes están llenos de expresión, aunque la expresión es casi la misma en los más de ellos, o por mejor decir, no se nota más que dos especies de ella: la una, la de una audacia noble y guerrera; la otra, la de un candor dulce y abierto, sin mezcla de aturdimiento, y con un atractivo indefinible, pareciéndonos tal vez más interesante, porque mientras estábamos contemplando aquellas pinturas, los infelices que ellas representaban, y cuyos corazones habían comunicado a su rostro una suavidad tan tierna, un halago tan amistoso, eran víctimas del acto más vil, más cruel y más tiránico de su *gran padre*.

Nos encontrábamos en Washington cuando discutieron en el Congreso y se decidió con el *fiat* del presidente, la medida de expulsión[85], para arrojar a los pobres indios de las últimas tribus de los bosques, a cuyos árboles habían suspendido sus cunas y los huesos de sus padres. Si el carácter americano debe juzgarse por su conducta en esta materia, no se hallará en él por desgracia ni aun una chispa de sentimientos de honor e integridad. Y entre ellos y a ellos mismos he oído las aserciones que los representan como traidores y desleales, más allá de lo que creerse pudiera, en sus relaciones con sus infelices indios.

Si durante mi residencia en los Estados Unidos hubiera yo notado un solo rasgo en el carácter nacional, que hubiera justificado su eterna jactancia de liberalismo y amor de la humanidad, los hubiera respetado, por más que mi gusto y la singularidad de sus modales y costumbres hubieran estado en contradicción. Pero es imposible que una persona honrada no se exaspere al ver la diferencia enorme que separa la conducta y los principios de los norteamericanos. Ellos condenan los gobiernos de Europa, porque, según dicen, favorecen al poderoso y oprimen el débil. Contra esto oiréis declamar en el Congreso, gritar en las tabernas, argumentar en todos los salones, disparar sus burlas el teatro, y hasta lanzar el púlpito sus anatemas: escuchad, y observad después la conducta de los hombres que tanto declaman; los veréis levantando con una mano el gorro de la libertad y con otra azotando a sus esclavos; los veréis una hora explicando a su populacho los derechos imprescriptibles del hombre, y a continuación arrojando de su asilo a los hijos del suelo, a quien han jurado protección y amistad con tratados solemnes.

Para hacer justicia a los que no aprueban esta política traidora, citaré un párrafo de un periódico de Nueva-York, el cual manifiesta que hay algunos entre ellos que miran con horror la medida injusta y temeraria adoptada en Washington en 1830.

«No conocemos, dice, en la actualidad asunto de mayor importancia, ni que más interese al carácter nacional, en cuanto a su justicia e integridad, que el de las tribus indias de Georgia y Alabama, y particularmente los cherokees del primer estado. La ley sancionada por el Congreso precisamente al fin de la sesión coincide con el estatuto tiránico e inicuo de Georgia, y da un golpe

---

84 Es Charles Bird King (1785-1862), que fue ante todo retratista, tanto de lata sociedad norteamericana, como de los nativos americanos, por encargo del Bureau of Indian Affairs. Su estilo es deudor de la tradición holandesa, como se observa en el curioso lienzo *El armario del artista pobre*, evidentemente inspirado en los trampantojos flamencos.

85 Spencer, en su *Historia de los Estados Unidos* (1858) se refirió así, distanciadamente, a la decisión del presidente Jackson y del Congreso: «También se volvió a someter a la consideración del Congreso el asunto referente a la traslación de los indios desde el Sudoeste hasta más allá del Mississippí, pues Georgia, sobre todo, lo pedía con insistencia, así como también la cesión de los terrenos de los indios. Las tribus aborígenes elevaron una solicitud al Congreso, pidiendo protección y justicia, pero la legislatura y el Poder ejecutivo rehusaron acceder a sus deseos, por cuyo motivo no les quedaba más medio sino emigrar. En el mes de junio, el gobernador de Georgia expidió una proclama, en que declaraba que las leyes del Estado se hacían extensivas al territorio indio, amenazando con un severo castigo a cuantos las infringieran. El Congreso aprobó asimismo un *bill* para la compra de una parte del oeste del Mississippi, situada mas allá del límite de los Estados, y organizó territorios, a los cuales debían trasladarse los indios en el término de un año, con la condición de que serían protegidos en caso de hostilizarles las tribus vecinas. Para llevar a cabo este plan, se consiguió una suma de quinientos mil dólares. Los disturbios que surgieron de la cuestión india, ocuparon la atención del Congreso y del pueblo por muchos años después.»

funesto a la reputación de los Estados Unidos, con respecto a su fe, empeñada en ocasiones casi innumerables y en los tratados y convenios más solemnes.»

Nos enseñaron muchos objetos muy interesantes en este despacho, pero las circunstancias particulares de este desgraciadísimo y maltratado pueblo les hacían producir un efecto doloroso en nuestro corazón.

El traje que llevaban los jefes cuando los retrataron es, en general, magnífico por sus adornos, y la estancia contiene muchas muestras de su ingenio y aun de su buen gusto. Hay unas vitrinas en la sala, donde están colocados varios dechados de muselina y obras de aguja, algunas planas de excelente caligrafía y otras muchas ligeras producciones de ambos sexos, que prueban claramente que los indios son capaces de una completa civilización. A la verdad la circunstancia que hace más lamentable la expulsión de estos desdichados de su tierra natal, es el que iban cediendo rápidamente a la fuerza del ejemplo; su vida no era ya la de cazadores errantes; se habían hecho labradores, y el brazo tiránico del poder brutal no los ha arrojado ahora como antes de los terrenos donde cazaban, de sus arroyos predilectos, y de las tumbas sagradas de sus padres, sino que los despoja de las habitaciones que su saber progresivo les había enseñado a embellecer, de los campos recién abiertos por sus manos, y que eran ya su orgullo, de las cosechas regadas con el sudor de sus frentes. Y ¿para qué? Para añadir algunas millas de territorio despoblado al desierto que los rodea.

* * *

El Potomac, al llegar a Washington, describe un hermoso sesgo, formando una especie de bahía alrededor de la cual está edificada la ciudad. En el punto en que da la vuelta, han echado un puente de madera que une las riberas de Maryland con las de Virginia. Este puente tiene milla y cuarto de largo, y es bastante feo[86]. El dique de la Armada y el Arsenal están precisamente sobre él en la orilla de Maryland y hermosean la vista de la margen del río que sigue la vuelta mencionada. Cerca del Arsenal (demasiado cerca) está la penitenciaría que como estaba acabada recientemente y nadie había en ella, la visitamos examinándola en todas sus partes. La han construido con el fin de que sirva de encierro solitario para toda la vida; y ciertamente conmueve menos el corazón ver ahorcar a un infeliz, que el contemplar una de aquellas espantosas celdas que han de servir de sepultura a un viviente. Encerrar allí a los criminales para siempre en lugar de quitarles la vida, no es ser misericordiosos con ellos; pero si el objeto de semejante cárcel es inspirar el terror a los demás ciudadanos, nada puede surtir ese efecto con mayor eficacia. Yo no creo que de cada cien personas que hayan estado encerradas en tan horribles calabozos, se encuentre una siquiera que no elija, si le ofrecen la alternativa, el ir a la horca mejor que volver a su encierro *con la certeza de no salir jamas de él*. Yo tengo hecha una descripción de aquellas espantosas jaulas, pero la pintura que nos ha dado el capitán Hall de un edificio semejante, es tan exacta y clara que es inútil el insertar aquí la mía.

A dos millas de distancia de Washington, siguiendo siempre el sesgo del rio, está Georgetown[87], plaza en otro tiempo de una importancia comercial considerable, y que probablemente volverá a serlo en mi opinión, cuando los canales del Ohio y Chesapeake que entran en el Potomac, sean bien frecuentados. Es una población muy linda, y domina una vista agradable que ennoblecen el magnífico Potomac y el casi más magnífico Capitolio. El país se va alzando gradualmente como un anfiteatro de colinas detrás de Washington, y forma sobre Georgetown un terrero ondulado, que está casi enteramente cubierto de casas de campo, quintas y jardines. En Georgetown se estrecha repentinamente el Potomac y empieza a correr con la rapidez, saltos e irregularidad que lo caracterizan después, y siembra sus orillas, hasta que se junta con el

86 Cuando se deshizo la helada de febrero de 1831, el ímpetu de la avenida del Potomac se llevó el puente. (Nota de la autora.)

87 *Villa-Jorge*, para el traductor.

Shenandoah en Harper's Ferry[88], la serie de vistas más salvajes y pintorescas que se hallan en América.

No es necesario indicar que uno de nuestros principales objetos fue el asistir a los debates del Congreso, y como inglesa tenía doble empeño en aprovecharme del privilegio concedido a mi sexo: así me repitieron muchas veces, que, a lo menos en este caso, me era preciso reconocer la superioridad de la galantería americana, con la cual daban una prueba de sobrepujar a los ingleses en el deseo de honrar a las señoras, habiendo destinado expresamente para ellas una galería en la cámara de los representantes, mientras en Inglaterra están rigurosamente excluidas de todas partes en la cámara de los comunes.

Sin embargo yo saco la ilación contraria de semejante medida. Sabida cosa es que la razón por que se cerró la cámara de los comunes a las damas fue porque su presencia era origen de demasiadas distracciones, y porque muchos miembros llegaban hasta el punto de olvidar los negocios que se trataban en las discusiones, por tener el placer de conversar con las hermosas censoras de las galerías; de modo que se hizo materia de importancia nacional el desterrarlas de allí, y en efecto fueron desterradas. Mucho tiempo ha de pasarse todavía, para que la legislatura americana se vea en la necesidad de votar una ley provocada por tales abusos. Con todo una señora de Washington me refirió una anécdota, que iba hasta probar que la mejora intelectual de las mujeres produciría un cambio en las maneras de los hombres. Díjome que, cuando las misses Wrights estuvieron en Washington con el general Lafayette, solían asistir con frecuencia a las discusiones de la cámara, y que los miembros más distinguidos estaban siempre junto a ellas. Por este galanteo tan desusado se excusaban con sus hermosas compatriotas, diciéndoles que si ellas tomaran igual interés en sus debates, las galerías estarían siempre ocupadas por los representantes.

El privilegio de asistir a estas discusiones tendría mucho más valor, si pudiera oírse mejor a los oradores desde las galerías; pues, a pesar de toda mi atención, nunca pude seguir los discursos de más de un representante o dos, cuyas voces eran en extremo claras y sonoras. En realidad costaba mucho trabajo oír; pero la suma belleza del edificio bastaba por sí sola para atraernos con frecuencia. Era sin embargo una verdadera mortificación ver aquel magnífico salón adornado con tanto lujo, gusto y suntuosidad, lleno de hombres sentados en las posturas más indecentes, la mayor parte de ellos con los sombreros puestos, y casi todos escupiendo con tanto exceso que la decencia me prohíbe toda descripción.

Entre la multitud que debe incluirse en esta descripción se distinguían unos cuantos que estaban sin sombrero, y ocupaban sus asientos como las personas racionales, sin tenderse ni echarse los pies por la cabeza. Siempre que pregunté el nombre de alguno de los que formaban estas excepciones me respondieron que era Mr. *tal* o Mr. *cual* de Virginia.

Un día tuvimos la fortuna de colocarnos en los sofás que están entre las columnas sobre el pavimento del salón, por estar cerradas las galerías a causa de ciertas reparaciones que habían emprendido, con la esperanza de mejorar aquella parte de la cámara ocupada por los miembros, y tan sorda que todo el mundo se queja de que nada se oye desde allí[89]. En nuestros sofás nos apercibimos de que se oía mucho mejor en la parte baja que en la parte alta del edificio, y nos divertimos infinito con la ruda elocuencia de un orador, verdadera mezcla de caballo y caimán del Kentucky, que invitó repetidas veces a la asamblea a «ir a por todas.»[90]

88 *Paso del Arpista*, para el traductor.

89 Puede citarse en confirmación de este defecto un pasaje de uno de los debates referidos por los diarios, sobre las mejoras que se debían intentar en el edificio. Un miembro propuso que se suspendiera un cielo de cristal a quince pies de elevación sobre la cabeza de los individuos de la asamblea. Un orador dijo en apoyo de la proposición: «Los miembros entonces oirán a lo menos lo que se habla en la cámara, ventaja que ahora no tienen muchos de ellos, con respecto a más de la mitad de las proposiciones sobre las que tienen que dar su voto.» (Nota de la autora.)

90 La expresión que emplea el representante es «go to the whole hog», literalmente «ir a por todo el cerdo.»

Si no me engaño, todas las discusiones que presencié en el Congreso Americano se redujeron a un asunto único y constante, a saber: la independencia total de cada estado con respecto al gobierno federal. Esta rivalidad me pareció el sentimiento político más extraño que apoderarse puede de la imaginación del hombre. No pretendo determinar el fundamento de tamaña cuestión ni la solidez de esas pretensiones; hablo solo del singularísimo efecto que produjo en mí el ver a aquellos hombres, levantándose uno tras otro con el mayor celo, para declarar que la mayor injuria, la más vil injusticia, el acto de tiranía más detestable que podía hacerse al estado de que tenía el honor de ser miembro, era el votar algunos millones de dólares, con el objeto de construir caminos y canales que facilitarían sus comunicaciones, o de proporcionar al común de los ciudadanos de toda la federación cualquiera otra ventaja.

Durante el mes que estuvimos en Washington, oí hablar mucho acerca de la exclusión reciente del Congreso de un miembro, que por el consentimiento unánime de todo el mundo era de los más estimados de la Cámara, y, si mal no me acuerdo, el padre de ella. El crimen que atrajo a este individuo tanta severidad de la parte de sus propios amigos y admiradores, fue el haber dado su voto aprobando un desembolso del tesoro público con el objeto de drenar un sitio malsano y pestilente llamado «el pantano lúgubre.»

Uno de los grandes puntos de jactancia de aquel país es el que no tienen deuda nacional, o que no la tendrán en dos años. Esto no parece muy extraordinario, cuando se considera la tarifa de sus productos, y que el sueldo que pagan a su presidente es de seis mil libras esterlinas o 30.000 dólares al año; siendo en proporción los demás sueldos de los empleados del gobierno, y mirándose como contrario a la constitución todo voto que para cualquiera mejora interior, cuente con el tesoro del gobierno.[91]

---

91 El buen orden, la economía, el crédito, el justo equilibrio entre las necesidades y los medios de satisfacerlas, todo lo que supone virtud e inteligencia, justifica el orgullo de las naciones del mismo modo que sirve de excusa a la vanidad de los individuos. Si los Estados Unidos hacen alarde de la situación próspera de su hacienda pública, también pueden lisonjearse de una independencia que ningún otro gobierno, especialmente de Europa, goza en la época actual, época en que los ministros de los reyes se ven precisados a pasar por el escritorio de un usurero para ir a la sala de consejo, y para comprar amigos o acallar adversarios.

La economía de los norteamericanos evita que los agentes del poder lo hagan degenerar en tiranía, corrompiendo las costumbres. El apego al interés, la venalidad, la codicia, son faltas de que desgraciadamente no se halla exento el carácter angloamericano; pero no hay individuo que ignore que los hombres del gobierno son pobres, y que servir a los enemigos de la libertad no es medio para enriquecerse en aquel país. Ademas la moderación de los sueldos es una barrera que contiene el espíritu de la empleomanía, origen de todos los trastornos políticos, y de todos los males de nuestros países. En los Estados Unidos no se encuentra, gracias a la falta de aliciente, una parte considerable de la nación que viva a expensas de la otra, *fruges consumere nati*, y que no pueda atesorar sin empobrecer la nación. Los Estados Unidos no están por eso libres de los gérmenes que corrompen las costumbres; mas esos gérmenes son diversos de los que entre nosotros producen tanto veneno, y su fomento tropieza con estorbos que no entorpecen entre nosotros el desarrollo de los vicios. He ahí lo que debe imitarse: la práctica de lo bueno, dejando para los visionarios la realización de teóricas impracticables.

Cuando se recuerda que, aun antes de proclamar la independencia, tenían ya las entonces colonias inglesas casi 10 millones de libras esterlinas (50 millones de dólares) de deuda, y que desde la paz de 1763 hasta el principio de su revolución, es decir en diez años, habían logrado casi extinguirla, a pesar de las trabas que embarazaban todas las operaciones comerciales, no causa extrañeza que en cincuenta años de independencia y prosperidad, hayan podido pagar 11 millones de dólares a los extranjeros y 30 a los nacionales.

Pero no se crea que las contribuciones eran enormes; al contrario el pueblo pagaba poco, mas ese poco era suficiente para ir amortizando la deuda nacional; mientras el incremento de la población, y el valor que adquirieron los bienes territoriales después de terminada la querella entre la metrópoli y los nuevos estados, abrían dos fuentes de riqueza, que comenzaban la prosperidad común. Por eso los gastos ordinarios de los gobiernos respectivos de cada distrito eran muy moderados, y los de la federación no llegaban entonces a 28.000 libras esterlinas o 140.000 dólares; para eso se entregaba religiosamente a los acreedores de la república cuanto numerario y cuantos productos entraban en poder del gobierno, sacrificando a la buena fe todas las demás consideraciones políticas; para eso en fin los ciudadanos servían a la patria con un desinterés y una generosidad que no podían dejar de excitar el entusiasmo de los pueblos y el respeto de sus jefes y representantes.

En cuanto a la religiosidad escrupulosa con que los Americanos del Norte miran el tesoro del gobierno, solamente añadiré que Mistress Trollope no contradice de modo alguno la existencia de un sin número de obras de

La Cámara del senado es como la sala del Congreso un semicírculo aunque de dimensiones mucho menores. Está elegantemente adornada, y, lo que es todavía mejor, los senadores, generalmente hablando, parecen gente decente. No están con el sombrero puesto, ni, pasada ya a su edad la fogosidad de la juventud, tampoco levantan los talones por encima de la cabeza. Quisiera poder añadir que no escupían; pero ¡ay! «mi juramento está en el cielo», y no me es dado faltar a la verdad.

Una hermosa estancia con un soberbio balcón de piedra sirve de biblioteca a los miembros del congreso. La colección de obras que la forma, según me permitió juzgar la rápida ojeada que pude dar de paso, es muy semejante a la de la librería de un caballero inglés particular, aunque con menos latín, griego, e italiano. También está elegantemente alhajada aquella pieza con una rica alfombra de Bruselas, mesas de estudio y grandes cartones de grabados, con sillones, abundantes sofás y demás muebles necesarios para el trabajo y la comodidad. La vista que se descubre desde el balcón es admirable, con lo que parece la estancia de la biblioteca la mansión de la opulencia y del gusto.

No trato de emprender ahora la descripción de salones de un edificio tan vasto, mas no puedo pasar por alto la magnífica rotonda del centro, que es verdaderamente un soberbio salón de cien pies de diámetro, de una elevación imponente, y con una ancha cúpula por donde recibe la luz.

Casi todas las pinturas (excepto las de los cartones) parecerían plastas pegadizas en esta pieza por la inmensa elevación de sus paredes; pero los asuntos de los cuatro cuadros que han colocado allí, son de un interés histórico tan elevado que en cualquiera parte están ciertamente como en su lugar a fuerza de recuerdos nacionales. Uno representa el acto de firmar la declaración de la independencia; otro la abdicación de la presidencia por el gran Washington; otro la victoria famosa obtenida por el general Gates en Saratoga; y el cuarto... no me acuerdo bien, pero me parece que es otra escena militar en conmemoración de una victoria, creo que la de Yorktown[92].

Debe mencionarse otro objeto, si bien ocupa una parte tan oscura del Capitolio que uno o dos miembros a quienes hablé de él, no conocían su existencia. La parte inferior del edificio, un piso bajo la rotonda, etc., contiene una porción de cuartos, despachos de comisiones, oficinas y otros lugares para el servicio público. En una sala que conduce a varios de estos despachos, el cielo raso está sostenido por columnas, cuyos capiteles me sorprendieron por la belleza particular de su obra. Estos están compuestos de mazorcas y hojas de maíz graciosamente combinadas, y formando un

---

utilidad pública. Puede asegurarse, que no hay pueblo que en tan poco tiempo haya hecho tanto.

La reserva económica de la Constitución angloamericana es una llave confiada al Congreso general, y cuya utilidad no se conoce en Europa, donde estamos acostumbrados a ver que todo es pretexto de robo, y que los ministros no desdeñan de entrar en aparcería con los administradores, proveedores, forrajistas, asentistas, comisarios y otras sabandijas de igual especie que viven a costa del erario, y engordan con el sudor de los pobres trabajadores y la sangre del soldado. «Echad fuera de palacio esas sombras», decía Diego Arias a Enrique IV de Castilla. Yo creo que los pueblos no serán felices ni darán cima a las revoluciones hasta que sigan el consejo de los que les repiten: «Echad fuera esos vampiros.» Entonces el tesoro del gobierno será para las necesidades del estado, y los particulares se encargarán de las empresas y planes que la seguridad de buen éxito y el interés individual inspirarán a los capitalistas y patriotas. (Nota del traductor.)

92 No solamente cuadran mal a los grandes salones las pinturas de dimensiones reducidas, sino las pinturas malas. Un viajero acostumbrado a los magníficos retablos y cuadros que adornan los templos y hermosean las galerías de las ciudades de Europa, no puede salir satisfecho del Capitolio de Washington. El cuadro que más interés ofrece es el de la declaración de la independencia; porque, aunque no tuviera otro mérito que el de hacer recordar la fisonomía de los patriarcas de la libertad americana, bastaría ese ciertamente para hacerlo recomendable. Del cuadro de la declaración de la independencia de Trumbull* se puede formar alguna idea por el bello grabado que se ha generalizado tanto en Europa. (Nota del traductor.)

* El pintor norteamericano John Trumbull (1756-1843) había pintado en 1822 las cuatro primeras pinturas de la Rotonda del Capitolio: *Declaración de independencia, Rendición al general Burgoyne tras la batalla de Saratoga, Rendición de lord Cornwallis tras la batalla de Yorktown* y *Renuncia del general Washington.* Unos veinte años después se agregaron otros cuatro grandes cuadros: *El descubrimiento de América por Cristóbal Colón, El descubrimiento del Misisipi por Hernando de Soto* (ambos pintados por John Vanderlyn), *El bautismo de Pocahontas* (por John Gadsby) y *El embarque de los peregrinos* (por Robert Walter Weir).

contorno tan elegante por lo menos como el que forma el acanto mismo. Este fue el único caso en que yo vi que el ingenio americano se haya aventurado a llevar a cabo una tentativa de originalidad nacional: el éxito más completo ha coronado el esfuerzo. El sentimiento de la propiedad realza siempre los efectos de la hermosura. No entablaré yo ahora una larga disertación sobre la materia; pero si América con la inmensidad de su territorio, los tesoros inagotables de sus bellezas naturales, y su grandeza solitaria, fuera menos imitadora, sería infinitamente más pintoresca e interesante.

El presidente recibe con regularidad todos los miércoles por la noche: sus reuniones se llaman *levées*; la última sílaba de esta palabra la hacen todos tan larga cuanto les es posible, y como tanto los franceses como los ingleses la pronuncian de una manera diametralmente opuesta, su efecto, a causa de la repetición frecuentísima que de ella se oía en todas las sociedades, es en extremo raro, y tanto que al principio me parecía que era moda hablar silbando en los días de reunión pública. Las salas de recepción son hermosas, particularmente el gran salón que está elegantemente adornado, o mejor diré, alhajado con esplendor, lo que ha tenido lugar después de la visita del capitán Hall, cuyas observaciones sobre el estado de esta pieza, han contribuido quizas a promover su adorno; pero hay varias anomalías en algunas partes del aparato, que no son muy conformes a las costumbres de corte. La sociedad es poco más o menos como la que concurre el día de pascua al baile del lord Mayor de Londres.

Las iglesias de Washington son bellísimas; los templos de los episcopales y los de los católicos se llenan de mujeres elegantemente vestidas; sin embargo observé que van muchos más hombres a la iglesia en Washington que en ninguna otra parte de la Unión.

Las damas presbiterianas van a la iglesia tres veces al día; con todo, la asistencia religiosa en Washington los domingos es mucho menos escrupulosa que en las demás poblaciones americanas. Las gentes se pasean, y no hay cadenas en las calles, como en Filadelfia, para impedir el pasearse en carruaje o a caballo, si alguno quisiere hacerlo.

Las mujeres se visten bien, aunque no con tanta pompa como en Baltimore. Tambien observé que no era muy extraordinario en Washington ver a una dama tomar el brazo de un caballero, aunque no fuera su marido, su padre, ni su hermano. Esta relajación notable del decoro americano proviene acaso del ejemplo de los ministros extranjeros y oficiales de sus legaciones.

Como a una milla de la ciudad, sobre el alto terrero que acabamos de describir, hay un sitio lindísimo, a que su dueño ha dado el nombre de Kaleirama. Su espacio no es de consideración, ni su aspecto sorprendente, pero da vista a una perspectiva deliciosa, y tiene detrás un pequeño bosque que cubre un terreno quebrado, el cual desciende hasta un riachuelo fresco y sombrío, tan cerrado entre rocas y cubierto de verdura que pudiera servir de baño meridiano a Diana y sus ninfas. El recinto del bosque está todo esmaltado de flores silvestres, pero tan bellas y lozanas como las que cultivamos con esmero en nuestros jardines.

Una barca cruza el Potomac en Georgetown, y a unas dos millas de distancia, en el lado de Virginia está Arlington, residencia de Mr. Custis, nieto de la mujer del general Washington. La vista de esta residencia es muy bella, y el pórtico de columnas corpulentas y blancas que adorna el frontispicio de la quinta, situada en una eminencia a que sirve de fondo un terreno cubierto de bosques, forma un punto admirable de vista en el paisaje. En Georgetown hay un convento de monjas, donde se educan varias señoritas, y a corta distancia de él han establecido los jesuitas un colegio para la educación de los jóvenes, en el cual dicen sus advertencias que *se enseñan humanidades.*

Oímos misa en la capilla de las monjas: las voces de las religiosas que cantaban hacían un coro muy agradable. La abadesa, cubierta de un velo transparente y con las formas aéreas de una sombra, vista por entre una celosía y detrás de una cortina negra, pero recibiendo un débil rayo de luz que pasaba por la ventana gótica que estaba a su espalda, fijó mucho tiempo nuestra atención: todos sus movimientos, sus gestos, sus genuflexiones, y aun su acción rezando el rosario, se

distinguían bien, aunque tan confusamente que la imaginación podía representarse en ella un ser, que había salido del reino de la vida y andaba errante en los confines del mundo de las sombras.

El convento tiene una cerca considerable, dentro de la cual solía yo ver desde las alturas que la dominan, las figuras sombrías de las religiosas cubiertas de espesos velos negros, que les daban una apariencia lúgubre cuando se paseaban con paso lento y majestuoso.

La señora americana en quien hizo el príncipe de Hohenlohe uno de sus más famosos milagros estaba entonces en Washington y nos la enseñaron. Todo el mundo asegura que su curación fue maravillosa.

* * *

Había en Washington, en el tiempo que estábamos allí, muchos extranjeros, particularmente franceses. En París he observado con frecuencia que está en moda hablar de los Estados Unidos como de una nueva Utopía, especialmente entre la juventud liberal que antes de la elevación de Luis Felipe se imaginaban que una nación sin rey era la tierra de promisión; pero algunas veces pensé que ésta, como todas las demás cosas de un orden superior, perdía algo de su brillantez cuando se examinaba de muy cerca. La pregunta y la respuesta siguientes fueron el preludio de una conversación que oí, y en que eran los interlocutores dos jóvenes franceses, que al parecer se habían encontrado por la primera vez[93].

—Eh bien, Monsieur, comment trouvez-vous la liberté et l'égalité mises en action?

—Mais, Monsieur, je vous avoue que beau idéal que nous autres, nous avons conçu de tout cela à Paris, avait quelque chose de plus poétique que ce que nous trouvons ici![94]

En otra ocasión me divirtió muchísimo el tono con que respondió uno de estos jóvenes a la pregunta que le hizo otro francés. Una mujer de lindo parecer, pero enteramente falta de donaire y buen talante, estaba sola a poca distancia de ellos, y casi pegado a ellos estaba un caballero de la apariencia más grosera.

—Qui est cette dame? —preguntó el uno.

—Monsieur —dijo mi joven atolondrado con un gesto indefinible —c'est la femelle de ce mâle —señalando a su vecino con un fruncimiento expresivo de labios[95].

93 La última transacción de los Estados Unidos y la Francia ha calmado mucho, si no el entusiasmo de los propagadores de ideas transatlánticas, la avidez con que leía el público francés cuanto querían contarle de aquel gran pueblo. Es indudable que los hombres de talento que reúnen a una profunda erudición un discernimiento claro y un juicio sólido, miran con disgusto la tendencia desnacionalizadora que se descubre en las opiniones de ciertos hombres de una reputación usurpada. El ahínco fatal con que quisieran estos cambiar sus instituciones y sus costumbres, y sus hábitos, por los hábitos, costumbres e instituciones de otro país, ha hecho más daño a la prosperidad de los pueblos que la dominación de los tiranos. A lo menos una población que derriba al déspota que le oprimía, y se sirve de su libertad para ser feliz, podrá conseguir su objeto; pero un pueblo que pierde su índole, que altera sus pasiones, que trueca sus gustos, que se abandona a la imitación de otro pueblo, ni será grande, ni será fuerte, ni será feliz. Yo creo, por lo que se observa y puede ver todo el mundo, que los franceses son menos libres bajo el imperio de Luis Felipe que lo eran bajo la dominación de la línea primogénita de los Borbones. Sin embargo, después del triunfo que consiguieron en julio de 1830, debía ser la Francia el dechado de los pueblos libres. ¿A quién pues debe atribuirse semejante extravío? ¿Quién ha convertido la gran revolución de julio en un motín, y la monarquía popular en un trono opresivo? La manía de querer convertir a los franceses en anglo-americanos. A nosotros nos hacen tres veces más daño esos miserables que quieren pasar por hombres grandes a fuerza de traducir y de copiar, porque unos quieren hacernos ingleses, otros franceses y otros anglo-americanos; sin que uno solo haya tenido hasta ahora la feliz ocurrencia de hacernos lo que podemos ser, es decir: nosotros. (Nota del traductor.)

94 —Y qué tal, caballero, ¿qué os parecen la libertad y la igualdad puestas en planta?
—Os aseguro, señor mío, que la idea remontada que nos hemos trazado de todo eso en París, tiene más de poética en nuestro país que de verdadera aquí. (Nota del traductor.)

95 —¿ Quién es esa señora ?
—La hembra de este macho.

El teatro no se abrió mientras estuvimos en Washington; mas cuando empezó la temporada, nos aprovechamos de nuestra proximidad a la población para visitarlo. La sala es muy pequeña y sorprendentemente sucia y mal decorada, considerando que es el único sitio de diversión pública que tiene la ciudad. Ya he hecho mención de la falta de decencia que reina en el teatro de Cincinnati; el de la capital, por lo menos, rivaliza ciertamente con él en libertad de acciones y posturas, libertad que desdeña las restricciones de la cultura y civilización. Un pobre hombre de los que estaban en el patio, se sintió atacado de un vómito violento, mas no por eso dejó su sitio, o hizo el más leve esfuerzo para contenerse. Afortunadamente se desahogó con felicidad, sin que eso incomodara o sorprendiera de ningún modo a sus vecinos; al contrario, la coincidencia dichosa de representar en aquel mismo momento un actor el papel de médico, fue celebrada por muchos de los espectadores como una oportunidad excelente, de que se valió el personaje de la escena, diciendo: «Me parece que en otra parte se necesita mi oficio.» Este chiste americano excitó una tempestad de aplausos.

El gargajeo fue el acompañamiento obligado, que continuó sin interrupción todo el tiempo que duró el teatro: y ni uno de cada diez individuos de la parte masculina del ilustre auditorio legislativo estaba sentado como se sientan las personas; unas veces echaban las piernas por cima del palco, otras al otro lado; aquí se veía tendido a la larga a un senador, allí montado a caballo entre dos bancos a un representante; y muchos ciudadanos preferían sentarse sobre el borde del tablado.

Yo vi a un joven, cuya hermosa persona y esmeradísimo vestido hacían creer que era sujeto de primera clase, lo que yo no dudo, sacar del bolsillo de su chaleco de seda un trozo de tabaco y zampárselo dentro de la mejilla.

Yo estoy inclinada a creer que esta costumbre tan universal como villana de mascar tabaco es causa de la particularidad notable que se ve en la fisonomía de los hombres de la América septentrional, donde casi todos tienen los labios delgados y comprimidos. Al principio me explicaba yo un rasgo tan singular por la teoría de Lavater, y lo atribuía al temperamento árido de los hijos de aquel país. Mas es demasiado general para que admita esa explicación, mientras la costumbre mencionada, que domina todas las clases (excepto la literaria) lo explica perfectamente, pues el acto de chupar el jugo de esa yerba asquerosa hace que los labios tomen exactamente la posición habitual, que da al semblante de los americanos tan notable singularidad.

Mientras estuvimos en Washington, murió un miembro del congreso, y me sorprendieron la pompa y dignidad de sus exequias. Parece que siempre que muere, durante la sesión, un senador o miembro del congreso, lo entierran a expensas del gobierno (no perteneciendo esta ceremonia al artículo de mejoras interiores), y los parientes y amigos del muerto no intervienen en las disposiciones del entierro, que se convierte en materia de estado. El orden de la procesión me pareció tan grande y majestuoso que lo anoté entonces, y lo transcribo ahora, porque me parece que agradará a los lectores.

Capellanes de las dos cámaras.
Médicos que asistieron al difunto.
Comisión de disposiciones.
EL CUERPO,
(Paño fúnebre sostenido por seis Miembros.)
Parientes del difunto con los senadores y representantes
del estado a que pertenecía, formando el duelo.
Sargentos de armas o maceros de la cámara de representantes.
La cámara de representantes,
precedida de su orador o presidente y su secretario.
El senado de los Estados Unidos,
precedido del vicepresidente y del secretario.
EL PRESIDENTE.

La procesión fue de una extensión considerable; pero no iban en ella a pie, y los más de los carruajes eran alquilados. El cuerpo fue sepultado en un cementerio abierto vecino a la ciudad, y aunque no vi el monumento erigido en esta ocasión, presumo que sería semejante a otros varios que había ya visto en el mismo cementerio, consagrados a la memoria de los miembros del Congreso que habían muerto en Washington; es decir: unas masas cuadradas de mampostería sin pretensión alguna de magnificencia.

XXI.
Stonington. Saltos del Potomac.

El mayor placer que yo esperaba que me procurase mi visita a Washington, era el ver a una antigua amiga mía, que había dejado hacía muchos años la Inglaterra, se había casado en América, y habiendo enviudado, estaba, según yo creía, establecida en Washington. Pronto tuve la mortificación de saber que no se hallaba en la ciudad; sin embargo no tardaron en informarme de que su residencia distaba solamente unas diez millas. En efecto nos vimos al momento y quedó convenido que pasaríamos un verano con ella en Maryland; y en consecuencia, habiendo dedicado un mes a Washington, dejamos la capital para instalarnos en Stonington.

Llegamos a la residencia de mi amiga a principios de mayo, y el agasajo con que fuimos recibidos, el interés que nos inspiraba la amistad, el gusto de conocer la familia de mi amiga, la belleza extremada de los alrededores, la dulzura de la estación, todo contribuyó a hacer de la temporada que permanecimos en Stonington un período de delicias y satisfacción.

No me maravillé de que los primeros colonos de Virginia, con el atrevido capitán Smith de caballeresca memoria a la cabeza, pelearan con tanto denuedo para despojar al valiente padre de Pocahontas de su hermoso dominio, porque en verdad nunca he visto territorio que más tiente la codicia del hombre. Stonington dista apenas dos millas del punto más romántico del río Potomac, y en la ribera opuesta extiende la Virginia su salvaje, más delicioso y fértil paraíso. El lado de Maryland participa de las mismas ventajas de hermosura y fecundidad, y nos admiró con la profusión de sus frutas y flores silvestres.

Apenas nos acercamos a las cataratas o grandes saltos del Potomac, proyectamos una gira con la intención de visitarlas. El camino que va desde Stonington a los Saltos es una serie de escenas encantadoras, que no pueden llamarse con exactitud ni bosque, ni parque, ni jardín, y sin embargo son al mismo tiempo bosque, parque y jardín. «¡Ay! Cuántas señoras inglesas quisieran tener jardines como estos!» exclamó una niña inglesa, recién llegada de Europa, que nos acompañaba. Y a la verdad, cosa sería de desear si fuera posible. Cedros, tuliperos, plátanos, zumaques, juníperos y encinas, muchas de ellas de especies para mí desconocidas, formaban un fresco toldo que protegía nuestro camino de los rayos del sol. Se enlazaba en torno de las ramas la viña silvestre con sus anchos y ricos pámpanos, y sus flores suaves que rivalizan con la fragante clavellina. El suelo estaba literalmente alfombrado de fresas maduras, violetas, anémonas, trinitarias y claveles silvestres con otras muchas flores de más agradables especies, cuyos nombres ignoro. Por donde quiera que nos volviésemos deslumbraban los ojos las flores estrelladas del árbol de amor[96] en todo el lleno de su gloria, las azaleas, las rosas virginales. No he visto jamás un pensil más florido que las dos millas desde Stonington a los Saltos del Potomac.

El ruido de las cataratas se percibe desde Stonington, y se va oyendo gradualmente su mayor estrépito al paso que se mengua la distancia; así aumenta el encanto de aquel delicioso paseo la música de las cataratas. No sé porqué el rumor de las aguas sea tan grato a los oídos, cuando toda especie de ruido monótono nos cansa, y fatiga el espíritu: yo no he encontrado todavía a una persona que no escuchara con placer el estruendo de una cascada. Para llegar al punto, desde donde se descubren ya los saltos, teníamos que pasar un arroyo, llamado Branch-Creek. Este inquieto, turbio y furioso riachuelo arrastra su tortuosa y rápida corriente por entre arbustos y florida yerba, pero había que pasarlo muchas veces por puentes de troncos echados de roca a roca. El estruendo tempestuoso de las escondidas cataratas inspira, cuando se cruzan aquellos puentes rústicos, un terror que no proviene del peligro de pasarlos al llegar al otro lado del riachuelo, continuamos bajo

96 O árbol de Judea. (Nota del traductor.)

la sombra de los árboles otro cuarto de milla, y salimos a un punto, cuya vista nos arrancó a todos un grito de maravilla y placer. Descubrimos el abismo de rocas donde se precipita un inmenso río, y cuyos senos son tan profundos y negros, que los torrentes de agua que salen bramando por las grietas de la montaña y caen por entre peñas en la horrenda sima, desaparecen, se pierden en ella como si los tragara.

El río, o mas bien su cauce, es allí sumamente ancho y espantosamente profundo, coronando sus márgenes por todas partes masas enormes de negras rocas de todas las formas imaginables. La corriente, que pasa mugiendo por entre ellas, sólo se ve a intervalos, aquí como una sábana ancha y transparente de cristal verde, allí como las ruinas de un edificio de diamante precipitado por un terremoto a lo largo de un estrecho canal, siempre con un movimiento, con un fragor que aturde y desvanece. En una parte aparece un lago insondable de tinta, resplandeciente como un espejo, inmóvil como un sepulcro; en otra la revuelta catarata, retorciéndose con furor, se lanza contra las rocas, y cae rota en doce torrentes, envueltos en la nube de vapor que despiden y que obscurece el aire. En medio de todo este tumulto los arbustos más tiernos, más delicados, salen entre aquellas espantosas rocas, como niños que ríen sin temor del peligro. Mientras contemplábamos aquella tremenda escena, una de las personas de nuestra sociedad nos hizo reparar en la frángula venenosa y la viña mortífera que tienden por las rocas sus graciosas pero pérfidas ramas, asegurándonos también que entre ellas hacían sus oscuros nidos innumerables tribus de sierpes y otros reptiles.

Llamar hermosa semejante escena sería hacer un extraño abuso de las palabras; los Saltos del Potomac son terriblemente sublimes; la negra y honda sima que abre su boca a vuestros pies, la catarata espumosa y bramadora, el turbulento remolino y el precipicio desvanecedor, parece que amenazan la vida, y consternan los sentidos. Sin embargo, es un deleite incomparable sentarse en el pico alto y avanzado de algún peñasco, y mirar y escuchar.

Fue un placer para mí saber que la otra orilla del Potomac, perteneciente a Virginia, fuese el sitio, a donde van los *cazadores felices* de Washington, para ver aquella terrible maravilla, porque nunca he visto lugar donde menos hubiera querido ser interrumpida por el encuentro casual de algún conocido indiferente. No era posible pronunciar ni atender a la pregunta excitante: «¿No es esto hermoso?» de que habla Rousseau; si alguno la hiciera, no se podría escuchar; y si pudiera escucharse, sería un desencantamiento que volvería el alma a la tierra, arrancándola al éxtasis a que la eleva la magia de tales escenas. Una mirada o una presión de brazo silenciosa es el único cambio de sentimientos que permite semejante espectáculo; así, en medio del contraste de mi terror y mi placer hubiera yo querido tocar el brazo o encontrar los ojos de algunas personas del otro lado del Atlántico.

La vuelta de esta gira es más silenciosa que el principio de ella; pero la hora fresca y tranquila, los dulces matices de unas flores alegres, y los cerrados cálices de otras, el sordo rumor que sobrevive al día y la húmeda frescura que no permiten descanso en este regreso, todo tiene sus encantos y está en armonía con el estado de languidez y excitación del alma que produce naturalmente una excursión de esa especie. Entonces no hay deleite que pueda compararse al de pisar los umbrales del fresco pórtico que alumbran desmayadamente los rayos de la luna, beber un helado o tomar el refrigerante café que os espera: y si a esto se añade la felicidad de un cómodo sofá, con una amiga como mi amable Mistress S., para que os consuele con una hora de Mozart, el europeo mas descontentadizo convendrá, en que semejante día era digno de irse a buscar al cabo del mundo.

XXII.
Pequeños hacendados. Esclavitud.

Desde que había atravesado las montañas no había tenido hasta entonces tiempo suficiente para mirar deliberadamente alrededor de mí, y observar el aspecto diferente de los hombres y las cosas de una región que, aunque tiene el mismo nombre y se considera como la misma tierra, es por muchas razones tan distinta de la que había dejado, como Amsterdam lo es de San Petersburgo. Allí cada uno trabaja, lucha, se afana corporalmente, y ¡Dios sabe cómo!; aquí todos los blancos están servidos por más o menos esclavos. Allí las tierras que acaban de ser labradas por primera vez, ricas con el abono vegetal que los siglos han acumulado sobre ellas, sólo necesitan un leve estímulo de la parte del hombre, para recompensar su trabajo con los productos más abundantes; donde entra el arado nacen las cosechas más copiosas, mas donde no toca, ni la verdura de la yerba, ni los frutos de los árboles, ni las flores de las praderas anuncian la fecundidad; todo está silvestre, todo es bosque, todo es maleza. Aquí hace tiempo que el suelo ha dado sus primeros frutos; la gran porción descuajada y cultivada para el tabaco (la más destructora de todas las cosechas) por los ingleses, requiere un cultivo esmerado y trabajoso para dar algún producto, mientras otra gran porción ha quedado para pastos. En estos terrenos se conoce la bondad natural del suelo y del clima, pues los frutos silvestres y flores, que los cubren con increíble abundancia, hacen de cada valle un jardín, y de cada otero una huerta.

También se observa en el interior de las casas de campo una gran diferencia en el modo de vivir. Aquí hay pocas rancherías a la verdad sin un esclavo, pero hay muchas menos todavía que tengan vaca y cebollas para almorzar, comer y cenar. Los arenques del fecundo Potomac suplen la falta: en el país los consideran un excelente regalo, cuando están salados, y los venden, si no me engaño, a dólar y medio el millar. El whisky corre en todas partes por desgracia al bajo precio de veinte centavos el galón, y sus odiosos efectos son visibles en todos los hombres que encontréis.

La clase de aquella población que menos semejanza tiene con ninguna de las que existen en Inglaterra es la de los labradores que, cultivando por sí mismos sus propias haciendas y poseyendo con frecuencia muchos esclavos, viven sin embargo con tan poco refinamiento, y, creo que puede decirse, con tan pocas comodidades, como el trabajador inglés más miserable. Mientras estuve en Maryland, visité muchas casas de estos hacendados menores, y permanecí bastante tiempo, observando e informándome suficientemente para formar una idea exacta de su método de vida.

Consistía una de aquellas familias en un joven, su mujer, dos criaturas, una esclava y dos muchachos esclavos también. La hacienda era de la mujer, y me dijeron que se componía de unos trescientos acres de tierra ordinaria, pero cultivada. La casa estaba hecha de madera, y parecía que los tres esclavos podían derribarla si empujaban con fuerza contra una esquina. Contenía un cuarto como de doce pies en cuadro, y otro contiguo apenas mayor que un gabinete: esta segunda pieza era la habitación de la parte blanca de la familia. Encima de estos cuartos había otro piso sin ventanas, donde me dijeron que se alojaban los huéspedes permanentes que iban a visitarlos. Cerca de esta morada había una especie de caseta sin ventanas, que servía de cocina y demás oficinas, y también de dormitorio para los negros.

Habiéndonos invitado a tomar té, aceptamos el convite con mucho gusto. Los muebles de la sala se reducían a una mesa grande y tosca, y a unas seis sillas de palo. Cuando llegamos, la señora de la casa estaba casi por vestir, pero nos instó con vehemencia a que nos sentáramos, y se retiró al cuarto-alcoba-gabinete mencionado, desde donde siguió hablándonos detrás de la puerta, y dirigiéndonos toda la batería de cumplimientos del formulario de visitas de campo, hasta que se nos presentó por último con un traje nuevo muy brillante.

La esclava sacó la mesa y puso algunas tazas del barro azul más ordinario que ha salido de fábrica, un poco de azúcar moreno en una, y en otra una gota de leche, sin manteca, aunque nos aseguró que tenía una alquería y dos vacas. En lugar de manteca nos presentó un poco de regalo y nos dijo en lenguaje ininteligible, que comiéramos carne salada con galleta. Tal fue el obsequio con que regalaron a unos convidados, a quienes ciertamente trataban de festejar.

En tal circunstancia era imposible no recordar las meriendas deliciosas de que había disfrutado en las pequeñas quintas y alquerías de Inglaterra, haciendas no propias sino arrendadas, y a rentas muy subidas, pero en donde un ama oficiosa limpia y fresca apartaba la blanca y pura nata por sí misma, untaba con una manteca como el oro las rebanadas exquisitas del rico pan moreno, y nos ponía delante sus requesones y sus tortillas, y los regalados tesoros de su despensa campestre; y luego con el orgullo de la hospitalidad contenta, colocándose al extremo de su mesa, añadía al rústico aparato el regalo más delicado todavía de un buen té y una buena leche. Yo me acordaba de todo esto, y no me parecía que se compensaba la falta, con la dignidad de que un esclavo me sirviera mi taza. La señora de que hablo sin embargo excedía mucho a mis *quondam* amigas en cuanto al refinamiento de la conversación.

Todo el tiempo que duró nuestra visita, tuvo la palabra, sin soltarla un instante, y me parece que en su estilo de elegancia familiar, quería imitar el de alguna novela: pues, según me dijeron por no dejar esa clase de lectura de la mano, abandonaba todas las ocupaciones de la casa al cuidado de sus esclavos. Sería dar una idea poco adecuada de sus modales, decir que nos trató con tono de igualdad; yo estoy persuadida que no entró en su cabeza error alguno sobre ese punto; y no olvidó decirnos que su hacienda era una parte de la propiedad de su padre, y que se había casado con un primo hermano, tan cumplido caballero como ella era señora, y tan indolente como cumplido, que prefería a cualquier otra ocupación la de la montería: así llaman la caza de pájaros. La consecuencia era que sólo estaba cultivada una pequeñísima porción del *dividendo*, que constituía una propiedad inmensa. Los esclavos, particularmente los muchachos, estaban algo más que medio desnudos, pero el aire de dignidad, con que en medio de toda aquella miseria dijo la descarnadísima señora a uno de los negrillos: «Servid a vuestro joven señor, Licurgo», era cosa de verse, para conocer toda la extensión de una parodia del tono heroico.

La habitacion de otro de estos señores territoriales era una choza tan miserable como la que acabamos de describir; con todo dentro había mucho más movimiento. El noble caballero era miembro de la numerosa tribu de bebedores regulares de whisky, y rara vez se hallaba en estado ni aun de tenerse en pie; pero tenía doce hijos, que con el esqueleto de su madre trabajaban más que los más infelices negros; por consiguiente eran menos elegantes y mucho menos pobres que la heredera; si bien vivían sin la más leve comodidad aparente, y escasamente a mi parecer con lo necesario para vivir. Era una prueba de esto el que aquel mal padre no les dejaba cultivar ni aun por su cuenta y trabajo verdura de especie alguna, y se mantenían con su tocino, su pescado salado, y su pan de maíz, en invierno y en verano sin alteración ni mudanza. Y esto mismo observé que solía ser la regla general entre todos los labradores. La pasión del whisky está más en boga que el gusto de los productos más delicados de las huertas, y si todo el dinero se les va en satisfacer esta pasión y su predilecta costumbre de mascar tabaco, sus mujeres no pueden gastar un ciento en comprar semillas para plantar legumbres: en todo cuanto yo he podido ver del manejo interior y economía doméstica de los americanos, no hay ejemplo de que la cuestión de beber o no beber se haya decidido en favor de la mujer.

Hay algunos labradores de menos consideración que tienen las tierras que cultivan como arrendadores, bien que estos no sean numerosos. La renta de su arriendo no se paga en dinero efectivo, sino cediendo un tercio de los productos al propietario, modo sin embargo de satisfacer al dueño principal más ventajoso para el arrendador que para el propietario, pues la dificultad de obtener dinero efectivo por pago, excepto en la venta de artículos de menudeo, es en extremo grande en todos los contratos americanos. «Yo pagaré en producto», es la oferta que estoy segura

hacen constantemente y en todas ocasiones; si es desechada, añaden la réplica ordinaria de «entonces veo que no podemos hacer negocio.» No deben por supuesto incluirse en este número los grandes negociantes de las grandes ciudades; la observación se refiere a la masa de los individuos esparcidos por todo el territorio, y entra necesariamente en mi plan, habiéndome propuesto por objeto, al hablar de las costumbres de los americanos, dar una idea de lo que éstas son en general.

El efecto que en todas direcciones produce sobre los ingleses la vista de la esclavitud es muy nuevo, y no muy agradable, no causando una impresión menos dolorosa, cuando por todas partes se oyen las palabras de escarnio: «Todos los hombres nacen libres e iguales.» Es menester hallarse en el centro de la esclavitud americana, para apreciar el pasaje admirablemente hermoso de la Epístola de Moore[97] a lord Viscount Forbes, la cual describe el estado político de la América septentrional con más fidelidad y más fuerza que cuanto se ha escrito hasta ahora sobre la materia.

¡Oh libertad! ¡oh libertad! y ¡cuánto
Tus mentidos conjuros aborrezco!
Ni la pompa oriental, ni la algazara
De coronados locos, desde el tiempo
Del romano Nerón al ruso Pablo,
Tan torpes para mí, tan viles fueron,
Como la jerga de facciosa turba,
Rancio refrán de agitador inquieto;
Pobre de corazón, rico en palabras,
Nacido esclavo y aspirando al cetro,
Que la razón a la licencia inmola,
Y proclamando los sublimes fueros
Dados por Dios al hombre, sólo abriga
De venganza y rapiña ardiente anhelo.
¿Quién contemplar sin indignarse puede
¿Quién mirará sin cólera un momento
La soberbia y miseria do se hermanan
Azote y cartas, grillos y derechos,
Déspotas negros, blancos demagogos,
La libre confusión, los devaneos,
Que de Columbia en las llanuras reinan?
Y ¡osa un hombre ante ti, Dios justiciero,
Alzarse con la vara poderosa
De infernal tiranía, y oprimiendo
A sus hermanos y cual él tus hijos,
Perfecta libertad llamar su imperio!
Lejos, lejos; huyamos, que desnudo
Al dogal de un sultán daré mi cuello
En regiones do nunca se escuchara
De libertad el nombre, y do por fuero
Del vencedor se acata la fortuna
Ley y principio del poder supremo,
Antes que no vivir do una bastarda,
Impura libertad despliega al viento
Su pendón entre esclavos azotados,
Los llantos y el dolor escarneciendo:
Donde esa libertad, desconocido

97 Thomas Moore (1779-1852), prolífico y variado escritor irlandés, aunque ante todo fue poeta. En sus *Epistles, Odes, and Other Poems* (1806) incluye algunas críticas a los Estados Unidos en los que residió largas temporadas.

Por su tildado código el lindero
Que los libres frenéticos separa
Y los esclavos con baldón opresos,
Cuadra a la servidumbre, a la licencia,
Al bruto rey, y al hombre en bruto vuelto.

La condición de los esclavos domésticos no obstante aparece en general menos mala; pero la circunstancia más terrible de su suerte es que, aunque fuera peor, no está en su mano el cambiarla. Yo he visto cuidar con el mayor celo de la salud de los esclavos; mas en estas ocasiones es imposible olvidar que si no tuvieran este esmero, perderían un objeto que se mira como un artículo de riqueza. Esto no se oculta por desgracia a los infelices esclavos, de donde resulta que rara vez se inspiran, ni los amos a sus esclavos, ni los esclavos a sus amos, un sentimiento de verdadero afecto. Se dice que los esclavos, que nacen en una casa, cobran cariño a los hijos de le familia que se han criado con ellos. Esto sucede tal vez, cuando los actos de tiranía ejercidos por los niños, no han bastado para destruir la tierna simpatía que naturalmente produce una larga y temprana asociación, y esa especie de afecto puede durar mientras el esclavo esté sumido en el estado de profunda ignorancia que niega todo acceso a la reflexión.

Las leyes de Virginia han tenido cuidado de alejar cuanto pueda despertar la razón de los esclavos, y con verdad puede decirse, que los legisladores de aquel estado son «de una generación más sabia que los hijos de la luz», y que afianzan su seguridad, prohibiendo que la luz llegue hasta ellos. Por una ley de Virginia, es un delito capital enseñar a leer a un esclavo, como también lo es el contribuir a su instrucción y protegerla. Esta ley habla por volúmenes. Los esclavos domésticos, en general, están bastante bien alimentados y decentemente vestidos en cuanto al modo que tienen de alojarlos, es para ellos la cosa más indiferente. Rara vez sufren el castigo del látigo, y en sus enfermedades los cuidan con una atención escrupulosa. Tal es la faz halagüeña de su destino; el reverso es la posibilidad de que sus amos los envíen al Sur para venderlos, y es el miedo de todos los esclavos del Norte de la Luisiana. Los cañaverales de azúcar, y más que todo, los terrenos de arroz de Georgia y las Carolinas son el terror de los negros de América, y lo son con mucha razón, pues devoran prematuramente millares de ellos, mirando sus amos como una prudente necesidad el que trabajen y rediman su valor con su trabajo, para *evitar la pérdida*, si mueren.

Hay en el sistema de criar y educar a los negros, en los estados del Norte, con el fin expreso de enviarlos a vender al Sur, una circunstancia que choca dolorosamente con todos los sentimientos de la justicia, de la compasión o de la humanidad común. Durante mi residencia en América, me convencí que era preferible el estado de esclavo doméstico en casa de una familia decente que la condición de un asistente americano asalariado, por dos razones: porque los esclavos están mejor cuidados y mucho más estimados, y porque habiendo nacido en aquella condición, no combaten con ella, devorados por el descontento que parece ser la suerte de todos los criados libres de la América septentrional. Empero es diametralmente opuesta a tal condición la de los infelices cuyas personas o las de sus hijos «en vano amados» corren riesgo de ser víctimas del horrible tráfico mencionado. ¿Qué ventajas lleva este destino al de los negros robados en las costas de África? Durante mi permanencia en Virginia presencié una escena, que puede servir de prueba del horror con que miran su forzada emigración. El padre de un esclavo joven, que pertenecía a la señora en cuya casa estábamos alojados, fue destinado a ese sacrificio, y una hora después de haberle notificado la sentencia, afiló el machete con que había estado partiendo leña, y con la mano derecha se cortó la izquierda por la muñeca.

Mas este es asunto en que no intento dilatarme, pues una pluma más diestra acaba de tratarlo[98]. Que se observen todos sus efectos en los sentimientos morales y las maneras exteriores, y

98 No solamente trata este asunto el capitán Hall en sus *Viajes por América*, sino muchos escritores de talento y erudición. La lista seria larga y no es del caso mencionar sus nombres en esta nota; basta decir que es la cuestión de moda. (Nota del traductor.)

se verá si no son los más injuriosos y degradados. El mismo hombre que le dice en las barbas a su vecino más rico y mejor educado que él: «Yo soy tan bueno como vos», se vuelve a su esclavo y lo echa por tierra de un golpe, porque el surco que ha hecho con su arado, o el tronco que ha partido, no le parece tan igual como se le antoja que podría serlo a este defensor acérrimo de la igualdad. Hay una flagrante falsedad en la misma superficie de los principios de semejante hombre, que excita la indignación. No obstante, la posesión de esclavos no produce sus peores efectos en las clases elevadas; la clase menos rica de propietarios menores, que suelen ser muchas veces tan profundamente ignorantes como los negros que poseen, es la que se resiente más del resultado que acarrea siempre su poder absoluto sobre hombres y mujeres; y el género de autoridad ruda, por no decir brutal, que ejerce sin prudencia ni juicio, ocasiona el espectáculo moral más repugnante que yo he presenciado en mi vida. En todos los rangos de la sociedad me parece que las posiciones respectivas de esclavo y amo paralizan los sentimientos mejores y más grandes del corazón humano. El carácter, el alma de los niños se pierde irreparablemente con tan infames ejemplos. En Virginia vivimos por algún tiempo con una familia, compuesta de una viuda y sus cuatro hijas, y allí presencié otra escena, que demuestra cual sea la influencia funesta que acabamos de mencionar. Una niña esclava, como de unos ocho años de edad, se había encontrado una galleta en el rincón de un armario, untada de manteca para mayor tentación. La pobre se comió una porción de ella antes que la vieran; pero la manteca estaba llena de arsénico, con el objeto de destruir las ratas, y una de las señoritas de la familia había puesto aquel cebo peligroso en el armario con la mayor falta de precaución. Al momento que se supo el acontecimiento, vino la señora de la casa a consultarme sobre el remedio que podría darse a la pobre criatura: yo inmediatamente desleí en una taza una gran cantidad de mostaza con agua, que es el más pronto de todos los vomitivos, y la hice tragar a la muchacha. El emético produjo al instante el efecto deseado, mas la pobre niña, parte por la fatiga de sus nauseas, parte por el terror que le debía inspirar oír a media docena de personas repetirle que se moría, temblaba de una manera tan violenta, que pensé que iba a caerse. Me senté en el patio donde estábamos, y como una cosa natural, tomé en mi falda a la pobrecita enferma. Los blancos de la familia se miraban sonriéndose y haciendo mofa; los negros se mantenían a distancia, pero parecían asombrados, y una niña de la edad de la pobrecita esclava, que era la más joven de la familia, después de mirarme algunos momentos con una sorpresa extraordinaria, exclamó:

—¡Ay, ay! miren si mistress Trollope no la ha tomado en su falda, y le ha limpiado los morros! ¡Qué asco! Yo no le hubiera tocado la boca por doscientos dólares!

Acostaron a la esclava en la cama, y yo me volví a mi morada; algún tiempo después envié a preguntar por ella, y me dijeron que sufría muchos dolores. Inmediatamente fui yo misma a informarme más por menor del estado en que se encontraba, pero otra señorita de la familia, la misma por cuya imprudencia había sucedido la desgracia, escuchó mis preguntas con una risa mal disimulada, me dijo que habían enviado a buscar al médico, y sin poderse contener más, soltó la carcajada. La idea de sentir una verdadera compasión por los males y sufrimientos de una esclava les parecía tan absurda, como llorar la muerte de una ternera muerta por el carnicero. Las hijas de mi huéspeda tenían el mérito que las facciones y la tez pueden dar a una mujer; pero es menester presenciar el efecto que produce la falta total de sentimiento, para concebir cómo se pierden las gracias de la juventud y la hermosura.

Parece que es un sentimiento general y profundo en toda la América el que la raza de los negros no merece confianza; y como el temor, según las ideas del país, es el único principio que puede tener influencia en un esclavo, no es maravilloso el que la conducta de éste justifique a menudo la imputación. Sin embargo yo estoy persuadida de que, si se siguiera con los esclavos un método diferente de trato moral, se obtendrían resultados importantísimos mucho más ventajosos. Los negros son muy agradecidos a quien los trata con dulzura, y en mi sentir serían más útilmente dóciles empleando con ellos la suavidad, que no lo son cuando se emplea el rigor. Emanciparlos enteramente en toda la Unión no puede ser conforme a la seguridad del país, así lo concibo yo; pero si la posibilidad de mejorar su condición obtuviera de parte de los legisladores la consideración que

merece tan grave materia, y se tratara la materia con la sabiduría, justicia y generosidad que merece la población negra de los Estados Unidos, podrían cesar de ser el terror de los blancos, y su situación no excitaría lástima o indignación.

En todas partes donde hay esclavos, observé que los artículos de consumo ordinario están constantemente encerrados, y en las casas, cuyos establecimientos son de tanta extensión que es indispensable multiplicar el número de llaves, están depositadas éstas en un canasto, y confiadas a la guardia de una muchacha negra, que siempre va siguiendo los pasos de su ama con el canasto en brazos, no sólo para tener siempre las llaves a la mano, sino porque, si las perdieran de vista un instante, aquel instante lo aprovecharían infaliblemente los esclavos para robar. Entonces como en otras muchas ocasiones me parecía que la asistencia personal e inevitable de aquellas sombras negras debía ser fastidiosísima; mas siempre que hablé de esto, me aseguraron que no existía semejante incomodidad, y que era tal el hábito que casi no se apercibían de su presencia.

A la verdad, no me faltaron frecuentes ocasiones de observar esta indiferencia habitual con que se desentienden de la presencia de sus esclavos: porque hablan de ellos, de su condición, de sus facultades y de su conducta, de la misma manera que si fuesen incapaces de oír. Una vez vi a una señorita que, sentada a la mesa entre un hombre y una mujer, se fue retirando por modestia tanto de aquel, que se colocó en la silla de su vecina, para evitar la indelicadeza de tocar el codo de un hombre, y después vi a la misma señorita pasarse el corsé sin la más leve repugnancia delante de un lacayo negro. Un caballero de Virginia me dijo que desde que se había casado, había tenido la costumbre de hacer dormir una muchacha negra en su cuarto con él y con su mujer. Yo le pregunté; para qué podía ser necesaria aquella asistencia nocturna?

—¡Santo cielo! —me respondió— ¿qué habría sido de mí, si hubiera necesitado un vaso de agua por la noche?

XXIII.
Frutas y flores de Maryland y de Virginia. Serpiente de cascabel. Insectos. Elecciones.

El verano que pasamos en Maryland (1830) fue delicioso. El termómetro se mantuvo en 94 grados[99], pero el calor no fue ni con mucho tan pesado como nos lo había parecido en el Oeste. En ninguna parte de la América del Norte son las producciones naturales del suelo ni tan variadas ni tan hermosas. Bajo los pies brotan por donde quiera fresas del sabor mas exquisito; y cuando las fresas pasan, no hay valle, otero ni cañada que no parezca una arboleda, cuyas ramas colorean cargadas de cerezas, ofreciendo sus tesoros al que quiere levantar la mano para cogerlos. Vienen luego los melocotones y albérchigos que cubren todos los cercados; su fruto, aunque ni en tamaño ni en gusto pueda competir con el que se cultiva en nuestros huertos, nos procuraba sin embargo un agradable y frecuente refresco en nuestras giras y paseos.

Pero lo que más que todo completa la hermosura de aquella región, y la hace superior a cuantos países he visto (excepto los Allegheny), son las flores y los arbustos floridos que la pueblan. No puede darse una descripción capaz de producir la idea exacta de su variedad, abundancia y lozanía. El lector inglés, si le hablo de rosas silvestres por ejemplo, se figurará que le pinto las flores desmayadas y efímeras que nacen entre los espinos de nuestros valladares; mas las rosas silvestres de Maryland y de Virginia podrían ser las sultanas predilectas de nuestros jardines. Si no son en general muy dobles, son siempre tan brillantes que el esplendor suple a la vista la sencillez. Las hay de todas tintas y matices, desde el carmesí más subido hasta el color de aurora más suave. La fragancia de estas hijas del desierto es rica y delicada, y su tamaño excede al de las rosas simples que yo he visto en nuestros climas, teniendo muchas veces cuatro pulgadas de diámetro. La hoja se parece bastante a la de las rosas de China; y es grande, obscura, consistente y lustrosa. El agavanzo o escaramujo se cría espontáneamente y florece con abundancia; sus hojas y flores son mucho mas grandes que las del mismo arbusto que se conoce en Inglaterra.

La acacia, o como allí la llaman, *locust*, se cubre de flores con tanta profusión que yo he cogido una rama de un palmo, en que se contaban doce espesísimos racimos de ellas: el perfume que exhalan recuerda el aroma del azahar o flor del naranjo. Descuella también entre los vistosos ornamentos de los bosques el árbol del amor con sus ramas chatas a los lados abiertas en forma de abanicos y esmaltadas de blancas flores como estrellas y tan grandes como las flores del cisto. Otro arbusto más pequeño pero lindísimo es la frángula ponzoñosa: es un bien que sus cualidades nocivas sean conocidas tan generalmente, porque el atractivo de sus ramos de flores blancas en forma de franjas delicadas seduce aun al que las conoce, aunque solo el tocarlas produce hinchazones violentas. El árbol de Judea abunda en todos los bosques; su brillante y delicado clavel es el mensajero más temprano de la primavera americana.

Crece allí todo con la misma fecundidad salvaje; las azaleas, blancas, amarillas y rosadas; las calmías de todas especies, y también la dulce magnolia y la gigantesca adelfa. La enredadera de Virginia trepa por los árboles mas altos de la selva, y despliega sobre las espesas cimas sus trompas de púrpura esplendente. El saxifras es un arbusto muy bello; sus hojas crecen en manojos, y cada manojo contiene cinco y seis diferentes formas su fruto sobre todo no puede ser mas gracioso; parece una bellota pequeña, y es negro como el azabache, teniendo el cáliz y su tallo todas las apariencias del coral. La parra graciosa y fantástica contribuye a dar un aspecto particular a aquellos cuadros, pero las errantes guirnaldas y festones de sus sarmientos se asemejan tan poco a nuestras

99 34° C.

parras como las entecas azaleas y enfermizas magnolias de nuestras estufas se asemejan a las lozanas y fecundas azaleas y magnolias de América.

Hay otro encanto más en aquellos climas durante el verano, encanto que tal vez es el único que se halla en su mayor perfección en el Oeste, pero que en cualquiera parte inspira el mismo deleite. Si salís un día sereno en uno de los meses de estío, tendréis que moveros en una atmósfera de mariposas de matices tan ricos, de formas tan variadas, que solía muchas veces antojárseme que eran flores que volaban. Algunas de ellas son muy grandes, pues tienen tres y cuatro pulgadas de un extremo a otro de las alas; pero las más, y para mi gusto las más preciosas, son más pequeñas que las nuestras. Unas tienen las alas del color más delicado de espliego y el cuerpecillo negro; otras son pardas y de color de rosa, y otras anaranjadas con mezcla de un azul brillante como el cielo.

Mas aunque son tan lindas, no tanto deleita los ojos su hermosura como su número. Sus giros vagarosos, su silencio, sus torbellinos variados, cuando cruzan por el aire y se buscan, y se esquivan, y llegan a encontrarse y se revuelven todas, forman un espectáculo grato. Acaso suele pasar, cortando la nube de las inquietas mariposas, el pájaro mosca juguete primoroso de la estación; mas su especie no es tan crecida ni vive tanto en el aire que se le deba dar la misma importancia que a las mariposas, verdadero arco-iris de la tierra, en el cuadro de un verano transatlántico. La mosca de fuego es una novedad mas interesante. Cuando el tiempo se humedece, o antes de una tempestad, son muy numerosas; y en la noche obscura y abrasadora de un día de fuego, cuando era imposible cualquiera ocupación o trabajo, solía yo muchas veces entretenerme en seguir su luz incierta ora aquí, ora allí, y verla ya brillar, ya extinguirse, pasando con la rapidez del relámpago y cayendo como una lluvia de estrellas arrebatadas por la brisa de la noche.

* * *

En una de nuestras excursiones matamos una serpiente de cascabel, que no faltaron tres dedos para que yo la pisara. Mientras estábamos contemplando nuestro vencido enemigo, con la duda todavía de si era o no realmente la terrible serpiente de cascabel, de que con tanta frecuencia habíamos oído hablar, se llegó a nosotros un labrador, y exclamó al descubrir la víctima:

—¡Pardiez! miren si no han cogido un cascabel. Bien hecho, perfectamente bien hecho; esas bestias son el diablo.

En seguida nos dijo que había visto en cierta ocasión una serpiente de cascabel despedazarse a bocados, porque, estando en una jaula, la estaban inquietando con una vara, y no teniendo de quien vengarse, desfogó su cólera en sí misma. Muchas veces oímos referir cosas terribles del número de estos desesperados reptiles, que infestan las rocas vecinas de los grandes Saltos del Potomac; con todo, ni aun el terror que nos inspiraban tan espantosas relaciones podía impedirnos el que repitieramos a menudo nuestras visitas a sus cercanías, para disfrutar el placer de tan sublime escena; afortunadamente no fue castigada jamás nuestra temeridad con el encuentro de la mortal serpiente.

Vimos sí lagartos largos y rollizos, horribles miniaturas del cocodrilo, los cuales se deslizaban de las grietas de las rocas, y volvían a precipitarse para esconderse, quizás bajo la misma piedra donde yo estaba sentada; mas todo el mundo nos aseguraba que son animales inocentes.

La vida animal aparece tan infinitamente abundante, y con formas tan variadas y tan nuevas a los ojos de un europeo, que es de una necesidad indispensable sacudir cualquiera especie de miedo que puedan inspirar todas las tribus arrastrantes, trepantes, saltantes y zumbantes, antes de echarse a vagar en el verano por el territorio de América. Es imposible en mi sentir dar en una descripción la idea de la barahúnda y ruido que asalta los oídos por todas partes, desde que empieza el crepúsculo hasta que el sol naciente rompe el velo de la noche y envía a dormir los incansables músicos.

Estéis donde queráis (excepto en las grandes poblaciones) la voz melancólica de la rana llegará a vuestros oídos con su acento elevado, ronco y profundo, repetida por un coro de mil bocas graznadoras. El sapo añade sus gorjeos y voces casi humanas; el grillo repite su nombre durante la

larga noche; toda la tribu de las langostas chirría, chilla, grazna, zumba y silba, sin dejar un momento de reposo a los que cansados de oír semejante algazara no tienen ni aun la esperanza de coger el sueño y libertarse de ella durmiendo: y si el mosquito acompaña ese concierto con su obligado de trompa, entonces ni aun por milagro se alcanza dormir un instante a pesar del mayor cansancio. En efecto esta buena fortuna no se consigue sino dejando de escuchar: durante mi primer verano, pasé noches enteras, literalmente, escuchando aquella mezcla asombrosa de ruidos, y sólo pude recobrar el sueño, cuando familiarizada con ella logré que no excitara mi atención.

No sé por qué eslabón caprichoso de ideas el recuerdo de aquel tumulto de insectos despierta en mí la memoria de otros disturbios, por lo menos tan rudos y mucho más incómodos. Ni aun en el retiro en que pasábamos este verano, nos pudimos librar del rumor que producían las elecciones, fiebre endémica que azota constantemente todo el país. Aunque América reuniera todos los atractivos que ofrecen la naturaleza y los placeres de la vida social, bastaría para hacerme huir de ella esa furiosa manía de elecciones. Con ellas se llenan todas las conversaciones, por ella se irritan todos los caracteres, a ella se debe la sustitución del espíritu de partido a la estimación personal, ella en una palabra corrompe todo el sistema social.

Cuando un candidato se presenta, solicitando un cargo, dignidad o empleo, su partido lo dota de todas las virtudes, de todos los talentos. Todos los de su bando están dispuestos a sacarle los ojos al que se les oponga, y en los estados del sudoeste donde los ánimos están exaltados por un temperamento más caluroso, suelen ejecutar esa operación al pie de la letra. Sin embargo apenas triunfa, se desvanecen sus virtudes y sus talentos, y, excepto los que tienen empleos que dependen de su elección o influjo, todo buen Jonathan vuelve a soltar la carrera y va a galope tendido a elegirle un sucesor.

Cuando llegué a América era presidente de los Estados Unidos Mr. John Quincy Adams, y no podía dudarse, por lo mismo que aseguraban sus enemigos, que era digno por todas razones del alto encargo que desempeñaba. Todo lo que oí decir contra él de más grave, se reducía a que «era demasiado *gentleman*, es decir demasiado fino, de demasiado buen trato, de modales atentos o, según el lenguaje de nuestros progresistas, aristócrata. No obstante era menester empujar a un nuevo candidato. Y Adams se quedó fuera por la sola razón, que yo sepa, de que era mejor cambiar.«¡Viva Jackson!» fue el grito que resonó en toda la federación, y que repitieron todos los patriotas ebrios y sobrios, hasta que fue elegido presidente, volviendo, tan luego como ocupó la silla de la presidencia Jackson, a empezar su operación infinita de *eleccionear* con «¡Viva Clay!» por nuevo grito de guerra.

Una mañana habiendo ido a devolver una visita, me hallé en una casa a donde llegó una partida de señores a caballo. El que parecía por su aire jefe de la banda, no nos dejó duda en cuanto al objeto de su expedición, porque casi al entrar, dijo:

—Mr. P..., vengo a pediros vuestro voto.

—Y ¿quién sois vos, caballero? —fue la réplica.

—¡Viva Clay!

Tal fue la respuesta, y el voto le fue prometido.

Este ciudadano era opositor a una plaza de representante del estado, pues los miembros de la representación tienen voto en la elección de presidente.

Me presentaron a él como una inglesa, y el me dirigió la palabra díciéndome:

—Ya veis, señora, que aquí se tratan estas cosas sin disfraz y sin tapujo; apuesto a que allá se trata la materia con mas rodeos.

Después que se marchó, su historia y su posición fueron el tema natural de la conversación.

—Mr. M. es hombre altamente respetable, y goza de una posición brillante: no hay duda que será elegido, si está por Clay —dijo mi huésped.

Entonces pregunté cual era su condición social.

—Su padre —me respondió la señora de la casa— era negociante y había enviado al futuro legislador, siendo aun muy joven, a un puerto del Mediterráneo de sobrecargo. El mozo, que era un mozo libre y liberal, y de un alma verdaderamente levantada, se apropió los productos de su viaje, y con esos fondos tan filosóficamente adquiridos, se dio al comercio, y su fortuna coronó todas sus operaciones con el éxito más favorable. Al cabo de doce años de ausencia volvió a los Estados Unidos, hecho un ciudadano rico y de una posición eminente.

A la verdad, fueme imposible dejar de manifestar la desaprobación que merecía en mi entender semejante proceder, pero me aseguraron que todo el mundo tenía a Mr. M. en concepto de «un hombre muy de bien», muy «honorable.»

Si fuera a referir una décima parte de los tratos poco honrosos que los americanos me han contado de sus conciudadanos y amigos, estoy cierta de que no habría lector inglés que diese crédito a mi veracidad; sería por lo tanto muy imprudente el prolongar este capítulo; pero no puedo omitir la opinión que formé en cuatro años de atenta e infatigable observación. Es a saber: que la conciencia de los norteamericanos está mucho más embotada que la nuestra. Convenced a un americano de que su vecino es un mal sujeto, me atrevo a decir (si está enteramente seguro de que de nada puede servirle) que se desentenderá de todo conocimiento con él; no obstante las gentes están muy discordes en punto a lo que constituye un mal sujeto, pensando de muy diferente modo en uno y otro lado del Atlántico, sobre casi todo el Decálogo. Hay allí, a lo que yo he visto, un sentimiento muy obtuso con respeto a todo lo que concierne al honor.

Cervantes desterró de España la caballería con sus burlas, mas no desterró la mejor parte de la caballería que tan hermosamente describe Burke, como «la no comprada gracia de la vida, la defensa barata de las naciones, esa castidad de honor que siente como una herida una mancha, que ennoblece cuanto toca, y por quien el mismo vicio pierde la mitad de su malignidad, perdiendo toda su grosería.» La mejor parte de la caballería corre todavía con la buena sangre en todas las partes de Europa, y no se guarda con menos ahínco que cuando contribuían a su defensa la espada y el escudo. Quizás esta no comprada gracia de la vida no se debe buscar donde jamás ha existido la caballería. Yo no lamento ciertamente la decadencia de los caballeros errantes, ni quiero cambiar la protección de las leyes por las del más bien preparado, leal y fiel campeón que enristró lanza o embrazó adarga; pero creo a la verdad que la susceptibilidad caballeresca del honor es el mejor antídoto contra la degradación en que hacen caer al hombre los tratos mañeros de la vida ordinaria, y que la falta total de ella es una de las razones por que la libre raza de la América septentrional se cuida tan poco de la virtud vulgar llamada probidad.

XXIV.
Viaje a Filadelfia. Canal de Chesapeake y Delaware. Ciudad de Filadelfia. Lectura de miss Wright.

Hacia fines de agosto de 1830, hicimos una expedición a Filadelfia, y a pesar de la estación, nuestra buena suerte nos deparó un tiempo despejado y tranquilo. El camino de Washington a Baltimore, que fue nuestra primera jornada, es muy agradable en el verano por la variedad y lozanía del follage que lo guarnece en gran trecho.

Pasamos la noche en Baltimore, y nos embarcamos el otro día por la mañana en un vapor para Filadelfia. Las vistas del río Elk, en que se entra a poco de haber salido del puerto de Baltimore, no son hermosas. A las seis de la mañana nos embarcamos, y a las doce llegamos al canal de Chesapeake y Delaware[100]. Dejamos el vapor y anduvimos de doscientas a trescientas yardas hasta el canal, donde tomamos un bote cubierto, tirado por cuatro caballos y con un tendal elegante. El canal atraviesa el estado de Delaware, y junta los ríos de Chesapeake y Delaware. Aunque la distancia no es más de trece millas, es obra que ha costado mucho; porque para una parte considerable de él ha sido necesario hacer excavaciones muy profundas, y en muchos sitios están bardadas las orillas, con el objeto de evitar que se desmoronen y arruinen. En el punto en que la cortadura es más honda, han echado un puente ligero, que por su grande elevación, forma un objeto notable a los ojos de los que pasan por debajo. Todo barco que pasa por este canal paga una tasa de veinte dólares.

Nada llama menos la atención que la porción del estado de Delaware por donde cruza el canal, exceptuando apenas el Misisipí. A la una entramos en el río Delaware por casi enfrente del fuerte, que parece recién construido y es muy bello. Aquí volvimos a cambiar de barco, transbordándonos a otro de sus magníficos vapores: las dos mudanzas se verificaron con la mayor regularidad y prontitud.

El paisaje que se descubre desde el río, no ofrece cosa alguna que sea de notar. La corriente es ancha y las orillas bajas; pero a corta distancia antes de llegar a Filadelfia, despiertan la curiosidad del viajero dos edificios de singular aspecto. En respuesta a mis preguntas, me dijeron que los habían construido, con el fin de que sirviesen de abrigo a dos buques de guerra. Uno y otro están perfectamente acabados y tienen muchas ventanas para la ventilación. Estos edificios deben haber costado sumas considerables; pero como la construcción de los objetos que cubren ha debido costar más, se pueden mirar como buena economía.

A las cuatro de la tarde llegamos a Filadelfia, ciudad verdaderamente hermosa, aunque de aspecto menos noble, vista de lejos, que Baltimore; pues no tiene cúpulas ni columnas, y a pesar de ser mayor, no se presenta tan bien ni tan de lleno. No hay cosa más linda en efecto: las calles están perfectamente empedradas, las baldosas, como en las demás ciudades de Norteamérica, son de ladrillo, y están protegidas contra el ardor del sol por toldos, que en todas las principales tiendas caen desde las ventanas de los almacenes hasta la orilla del empedrado.

Filadelfia está construida con una regularidad tan escrupulosa que casi fatiga: las calles que corren de norte a sur se distinguen por números desde el uno hasta… no sé cuantos: yo hice una visita en la calle duodécima, *Twelfth street*. Éstas están cortadas en ángulos rectos por otras, que llevan los nombres de varios árboles; la del Moral (*Mulberry-street*), la del Castaño (*Chestnut-street*), y la del Nogal (*Walnut-street*), parecen las más elegantes: en cada una de ellas hay un teatro. Ese modo de designar las calles es sumamente cómodo para los extranjeros, por la facilidad que da

100 *Chisapica* y *Delavara* según el traductor.

para dirigirse con certeza al punto que se desea ir. Por ejemplo; pregunta uno por el banco de los Estados Unidos; le responden que está en la calle del Castaño entre la Tercera y la Cuarta, y como las calles están divididas por distancias iguales de unos trecientos pies, es imposible que se equivoque. Muchas de las casas son hermosas, pero ninguna magnífica; por lo común están construidas de ladrillo, y las de un orden más lujoso tienen escaleras de mármol blanco, siendo de ese rico material los quicios y dinteles de unas cuantas; con todo no entra el mármol en la arquitectura de las habitaciones privadas de Filadelfia como se ve en Baltimore.

Los norteamericanos admiran con entusiasmo Filadelfia, y le dan la preferencia en punto a hermosura sobre todas las demás ciudades de los Estados Unidos; yo no soy de su opinión. Se ven allí algunos edificios hermosísimos; pero ninguno está situado de manera que ofrezca un punto de vista tan bello como el Capitolio y la casa del presidente en Washington. Ademas, a pesar de esos hermosos edificios, de los cuales se encuentra alguno que otro en todas las calles principales, nunca varía el punto de vista: no hay Place de Louis XV o Carrousel, no hay Regent-Street, o Green Park, que hagan exclamar «¡qué hermosura!» Todo es igual, recto, uniforme e indiferente.

Hay sin embargo un sitio como a distancia de una milla de la ciudad que presenta un cuadro delicioso. Los acueductos de Filadelfia no han obtenido todavía la celebridad de los de Marly cerca de París, pero no la merecen menos. En un punto bellísimo del río Schuylkill han construido un depósito soberbio a donde hacen subir el agua, teniendo la elevación necesaria para que de allí se reparta por toda la ciudad. La vasta, y al mismo tiempo simple máquina que ejecuta la operación, está abierta para todo el mundo, y son tantas las personas que van a verla, que corren varias diligencias por la noche desde Filadelfia a Fair Mount.

Mas no consiste su atractivo principal en lo curioso e interesante de esa maquinaria, a pesar de su mérito; no sería tan concurrido, si no tuviera encantos que justificaran su nombre. En realidad Fair Mount es uno de los puntos más amenos en que se deleitará la vista. Atraviesa el Schuylkill una presa bastante ancha, que produce el ruido y aun la ilusión de una cascada. Al otro lado del río ocupa la eminencia una granja particular: sus praderas hermosas van descendiendo hasta el borde del agua, y los grupos de sauces llorones y otros árboles extienden sobre la corriente su sombra. La máquina misma está dentro de un edificio sencillo pero bello, de cal y canto, con un frontispicio extenso que da a un terrado sobre el río. Detrás del edificio y separada de él por una pradera, se alza una elevada muralla de roca caliza, tajada en una o dos partes, a fin de abrir paso para que el agua entre en el arca. La catalpa se mostraba en todas las hendeduras de la roca, cubierta de preciosas flores.

Bajo uno de esos árboles da salida una abertura artificial a una fuente clara y brillante como el cristal, que cae en una taza de trabajo sencillo, con un vaso para el servicio del viajero sediento. En otra parte, una porción del agua que sube al depósito, forma un saltadero perpetuo que se vuelve a precipitar en lluvia de plata sobre la cabeza de una náyade blanca como la nieve. La estatua no es obra de un Fidias; pero el terreno obscuro y peñascoso que forma el fondo del paisaje, las floridas catalpas que la cubren con su sombra, la ninfa solitaria, y la lluvia transparente que la envuelve, dejándola ver por entre un velo misterioso, realzan la escena de un modo singular; la noche que yo la visité, me pareció mucho más encantadora, porque el tiempo era calurosísimo, y el contraste del fresco de aquel sitio y de la atmósfera de fuego que abrasaba lo demás del país, aumentaba sus atractivos. Era imposible en aquella escena no envidiar a la estatua su baño eterno de aspersión.

Al volver de nuestra excursión, encontramos carteles por todas partes, anunciando que miss Wright[101] iba a pronunciar aquella noche su discurso de despedida a los ciudadanos de Filadelfia en el teatro de la calle del Arco, para embarcarse de vuelta a Europa. Determiné inmediatamente ir a oírla, y lo verifiqué, aunque con alguna dificultad, a causa del tropel que se agolpó con la misma intención. El teatro, que es muy bonito, estaba lleno por todas partes, incluso el tablado, y la

101 Véase la nota 12.

concurrencia era brillante. Se contaba en ella mayor número de damas del que se suele ver en otras ocasiones en un teatro americano: tal vez consistía en que eran admitidas gratis.

Miss Wright se presentó en el tablado escoltada por una porción de damas cuáqueras, que le servían de guardias de corps, vestidas con el uniforme completo de su secta. Ella estuvo, como está siempre, formidable en sus teorías, pero elocuente con fuerza y felicidad, y, en cuanto al tono de su discurso, obtuvo grandes aplausos, aunque un pasaje causó una emoción profunda y provocó varios silbidos. Miss Wright asentó abiertamente, apoyada con la autoridad de Jefferson por sus obras póstumas: «que Washington no era cristiano.» Una voz, que salió del patio, exclamó con el acento de la indignación: «Washington era cristiano»; pero se veía claramente que la mayor parte de los circunstantes consideraba la aserción de Jefferson como un elogio del ídolo del país, y los aplausos no tardaron en ahogar los silbidos. El general Washington sin embargo, explica de un modo algo diferente sus principios. Yo he hallado en su alocución de adiós, rehusándose para la reelección a la presidencia, el pasaje siguiente:

«La religión y la moral son las dos bases indispensables en que deben estribar todas las disposiciones y costumbres que conducen a la prosperidad política. En vano reclamará el tributo de patriotismo el hombre que se afane por derribar estos grandes pilares de la felicidad humana, estos firmísimos apoyos de los destinos de los hombres y de los ciudadanos. No bastaría un volumen para señalar todas sus conexiones con la felicidad pública y privada. Y no nos abandonemos sin cautela a la suposición de que la moral se puede mantener sin la religión; la razón y la experiencia nos prohiben esperar que la moral nacional pueda prevalecer con la exclusión de los principios religiosos.»

Yo no diré quien conocía mejor los principios de Washington, si Jefferson o él mismo; pero, a lo menos, parece justo, cuando se cita una aserción, añadir también la otra.

XXV.
Plaza de Washington. Hermosura americana. Galería de Bellas Artes. Teatros. Museo.

Todos los viajeros emplean las mañanas del mismo modo: nosotros ocupábamos las nuestras en informarnos de lo que había que ver en el país, para ir a visitar todo lo que las respuestas de las personas a quienes preguntábamos, nos indicaban que merecía la curiosidad. Acaso no hay ciudad alguna donde se pueda hacer eso con más facilidad que en Filadelfia: basta subir una calle, bajar otra, entrar por aquí, salir por allá, hasta describir paseando todos los paralelógramos que forman la ciudad, para ver muchas cosas que son dignas de atención. El Banco de los Estados Unidos y el de Pensilvania son los edificios que más excitan la admiración, porque uno y otro son en extremo hermosos, no solo por el mármol blanco de que están construidos, sino también por la belleza de los modelos griegos, con forme a los cuales han sido edificados. La casa de Estado no tiene recomendación alguna por fuera, mas la sala en que fue firmada la declaración de la independencia, y en que recibieron al estimable Lafayette, cincuenta años después que había derramado su noble sangre en favor de los que combatían para lograrla, es un lugar que inspira sentimientos de gloria y de veneración. En uno de los extremos de la misma sala hay una estatua de madera que representa al general Washington, y tiene la siguiente inscripción sobre el pedestal:

First in Peace,
First in War,
and
First in the hearts of his countrymen.

Es decir:

Primero en la Paz,
Primero en la Guerra,
y
Primero en los corazones de sus compatriotas.

Hay delante de la casa del Estado, entrando por la calle del Nogal (*Walnut-street*) una plaza cercada, especie de patio muy bonito, con senderos de arena gruesa perfectamente cuidados, y los más hermosos árboles en flor del país. La superficie está sembrada de grama, no de césped, que es ciertamente un lujo que no he visto en las demás partes de América. Cerca de esta plaza o patio hay otra muy semejante, llamada Washington-Square o plaza de Washington. Entonces estaba cubierta de trébol; pero como los árboles son numerosos y de una rara belleza, y bajo su sombra han colocado varios asientos muy cómodos, es, a pesar de la crecida yerba que embaraza el paso, un retiro muy agradable para libertarse del polvo y el calor.

Poquísimas veces sin embargo vi ocupados aquellos asientos: los norteamericanos no tienen horas de descanso ni sienten la más ligera propensión a gozar de los momentos de desahogo que aprovechan los habitantes de los demás países. Hasta para tomar sus tragos, que son la delicia universal del rico y del pobre, están de pie, y beben siempre de paso en una palabra, excepto cuando van a la iglesia, nunca parece que estén despacio ni que reposen de sus fatigas. La linda plaza de Washington está terminada por tres lados con tres líneas de casas, mas¡ay! el cuarto lado tiene por línea la de una cárcel; con todo es la plaza de Filadelfia que mayor semejanza ofrece con los *squares* de Londres.

Una tarde que mi familia había ido a ver algunas curiosidades que yo había visto ya, me convine a esperarla en esta plaza, y me senté bajo una magnífica catalpa que extendía por todas

partes sus olorosas y floridas ramas. Estaba sentada en la otra parte del mismo banco una joven, que observaba con atención los brincos y saltos de un niño de quien cuidaba: en su manera de mirarme, y en la sonrisa con que respondió a mis miradas, al ejecutar su niño una vuelta extraordinaria de ligereza en la yerba, le conocí que no era americana. No me acuerdo cual fue la primera que habló, pero sí sé que cuando pudimos apercibirnos, una y otra nos hallamos empeñadas en una conservación seguida. Mi interlocutora hablaba inglés con pureza y elegancia, mas era alemana, y lo único que le daba el aire de extranjera en Filadelfia era el calor, ese fuego del sentimiento que parte del corazón, con que recordaba el nombre de su país, y me refería lo que había dejado, y lo que había encontrado, o más bien lo que no había encontrado, porque en su lamentación añadió:

—No les gusta la música ¡oh, no! Nunca piensan en una distracción, no; y sus corazones no aman, a lo menos, a los extranjeros; no disfrutan comodidades, ni olvidan los negocios y cuidados, no, ni un instante. Pero yo no estaré aquí mucho tiempo, porque me parece que no podría vivir.

Díjome que tenía un hermano establecido allí, que era comerciante, y había pasado un año con él; pero que esperaba volver pronto a la tierra de su padre.

Nunca he conocido mejor la fuerza y exactitud de la observación de que la expresión es el alma de la hermosura, que mirando y oyendo a la joven alemana. Ella no era bonita y le faltaba mucho para llegar a serlo: verdad es que tenía grandes ojos, y un mirar lleno de ternura y expresión, pero sus demás facciones eran irregulares; mas ¡ay! qué magia la de aquella sonrisa! ¡la de aquella mirada, lenguaje celestial del alma, que pintaba en su rostro lo que no alcanzaban sus palabras, al hablar de su Alemania! El tono de su voz, la acción ligera y graciosa que acompañaba sus expresiones, todo me encantó de manera, que la media hora que pasé con ella, me dejó un recuerdo profundo que nunca he podido olvidar. Muchas veces me he reconvenido yo a mí misma de ceder a la influencia de cierta preocupación contra las hermosas americanas; esa media hora sin embargo me reconcilió con mi conciencia: porque no es la preocupación lo que obliga a conocer que no basta la regularidad de las facciones para mover el corazón y excitar la simpatía, y aun para agradar, pasada la primera vista. Yo creo ciertamente que las americanas son las mujeres más hermosas del mundo; pero sin disputa creo también que son las que tienen menos atractivo.

* * *

Visitamos la decimonona exposición de la Academia de Bellas Artes de Pensilvania: 431 era el número de los objetos expuestos, los cuales estaban distribuidos de manera que llenaban tres salas bastante grandes y un cuarto más pequeño, llamado el cuarto del director. Vimos sobre unos treinta grabados, y un número mucho mayor de acuarelas; como unos setenta artículos tenían la cifra P. A. (Pensylvanicæ Academiæ), de la Academia Pensilvana añadida al nombre del pintor.

La composición histórica principal de la galería era un argumento bíblico ejecutado por Mr. Washington Alston[102], persona de quien se hablaba como de un profesor de mucho mérito; añadiendo a sus elogios que desde la época en que había pintado aquel cuadro, había hecho progresos considerables, es decir desde 1813, según la fecha que está al pie de la obra. Me parece que por aquella pintura había obtenido un premio Mr. Alston en la Galería Británica.

Había un retrato de una señora, designado en el catálogo «la Pluma Blanca», que era considerado como el mejor de la colección, y como tal muy admirado; decían que el pintor, Mr. Ingham[103], a quien se debía, ocupaba el primer lugar entre los retratistas de América. La pintura en efecto estaba perfectamente acabada, con especialidad la parte del ropaje, trabajada con tal esmero que hasta se veía el tamo del terciopelo en la disposición de la luz había mucho del estilo de Good; pero el dibujo defectuosísimo, y el contorno, aunque el rostro parecía gracioso, duro y descarnado. En todas las conversaciones que oí en América sobre la pintura, noté que lo acabado del ropaje se miraba como la prenda más excelente de un cuadro, y la semejanza como la segunda cualidad de

102 Washington Allston (1779-1843) pintor norteamericano en cuyas obras se observa la influencia del romanticismo.

103 Charles Cromwell Ingham (1796-1863), irlandés de origen, fue ante todo retratista.

perfección en los retratos. Yo no me acuerdo de haber oído las palabras *composición* o *dibujo* en ninguna de sus conversaciones artísticas.

Se lee sobre la puerta de una de las salas de esta academia:

GALERÍA DE ESTATUAS ANTIGUAS.

La puerta estaba abierta, pero dentro había una mampara que impedía ver desde fuera lo interior de la pieza. Al detenerme a leer la inscripción, me asaltó una buena vieja que ejercía al parecer las funciones de portera de la galería, y hablándome con aire de mucho misterio, dijo:

—Ahora, señora; ésta es la ocasión; nadie os verá; daos prisa.

Yo la miré con sorpresa, y soltando el brazo que me había asido, como para apresurar mis movimientos, le pregunté muy seriamente lo que quería decir.

—Nada, señora; pero las damas quieren siempre entrar solas en esa sala, cuando no hay caballeros que las miren.

Al entrar en la sala misteriosa, la primera cosa en que paré la atención fue un papel escrito, donde se deprecaba la repugnante depravación de varios concurrentes, que habían señalado y desfigurado aquellos modelos de la manera más indecente y desvergonzada. Acción tan fea y digna de castigo resulta indudablemente de la costumbre, que por no herir et falso melindre de una gazmoñería absurda, separa las mujeres de los hombres. Si la galería de antigüedades estuviera abierta para los dos sexos y concurrieran a ella señoras y caballeros, el respeto que se inspirarían mutuamente, cortaría tan reprensibles abusos. Hasta que la América del Norte llegue al grado de refinamiento, que permite visitar una galería de monumentos y reliquias del ingenio, sin temer o una censura injusta o la falta de decoro, la sala de los modelos antiguos debería cerrarse para las señoras. Yo he recorrido los salones del Louvre[104], sin que haya repugnado a mi delicadeza admirar las obras del arte con el sentimiento religioso que sus prodigios inspiran; pero estuve por sentirme como ultrajada cuando la oficiosa portera me insinuó que podía echar una ojeada a hurtadillas sobre lo que se reputaba indecente. Tal vez las disposiciones tomadas para la exposición, los afectos que las habían inspirado, y los resultados de semejante arreglo, presentan la muestra más completa de esa delicadeza de escrúpulos que tanto cacarean los americanos, y de los efectos que produce. La galería contiene unos cincuenta modelos, principalmente imitaciones de la antigüedad.

Divirtióme mucho en el cuarto del director el medio nuevo de que se había valido un poeta, para dar publicidad a sus obras, o más bien, su obra, no siendo menos curiosas la noticia que de ella daba y la extremada laboriosidad con que la había trabajado. El retrato estaba suspendido en un sitio, en que podía leerse con toda comodidad un cartelón puesto en el marco y decía:

RETRATO DEL AUTOR
de
La Fredoniada o la Independencia preservada:
poema político, naval militar, sobre la guerra de 1812,
en cuarenta cantos, comprendidos todos en cuatro
volúmenes; cada uno de más de 305 buenas páginas.
POR RICHARD EMMONS[105], M. D.

* * *

---

104 Palacio erigido por Luis XIV en París; sirve ahora de Museo nacional de Bellas Artes. (Nota del traductor.)

105 Richard Emmons (1788-1834) fue un escritor norteamericano cuyo largo poema épico citado por Trollope está actualmente bastante olvidado. Herman Melville dijo de él: «Si en literatura no hubiera ningún otro norteamericano al que apoyar, bueno, entonces apoyaría a *Pop* Emmons y su *Freedoniad* y, hasta que un mejor poema épico apareciese, juraría que no se haya demasiado lejos de la *Iliada*.»

Concurrí al teatro de la calle del Castaño (*Chestnut-street*) a ver representará Mr. Booth, actor que había sido del teatro de Drury Lane[106], el papel de Lear[107] y a mistress Duff el de Cordelia; pero he visto tantos Leares y tantas Cordelias que es difícil contentarme: la representación me pareció en total sumamente mala. El teatro está construido con excelentes proporciones, y tiene muy bonitas decoraciones. No era entonces la temporada de la concurrencia selecta, a lo cual presumo que se debe atribuir el que la compañía se presentara en los palcos, cosa que nada tiene de elegante. Tampoco descubrí en este teatro más miramiento ni mejores modales que en los demás: allí vi a un hombre, que estaba en un palco bajo, quitarse muy determinadamente su casaca y quedarse en mangas de camisa, para estar más fresco; los señores tenían los sombreros puestos, y no paraban de escupir.

Otra noche fuimos al teatro de la calle del Nogal (*Walnut-street*); el aliciente principal de la función consistia en que representaba un joven que antes había ido enseñándose como «un esqueleto vivo.» Desempeñó el papel de Jeremiah Thin (Jeremías Flaco), nombre que justificaba maravillosamente; y aquí se acaba lo que puedo decir en elogio de aquellas representaciones.

Pero el contraste grande, la diferencia principal que hay entre Filadelfia y las ciudades de Europa, se nota por la noche. Puesto el sol ya no se oye ruido, apenas una voz, una rueda interrumpe la tranquilidad silenciosa de la población. Las calles están a oscuras, excepto en los reducidos tramos que ilumina el farol de una fonda o de otro establecimiento público: las tiendas están cerradas, menos las boticas y alguna que otra taberna o bodegón; rara vez se percibe ruido de pasos, y en cuanto al sonido de canto, instrumentos de música o rumor de alegría, yo por mi parte puedo asegurar con verdad que nada oí por más que procuré escuchar. Al salir del teatro, que deábamos siempre antes de la pieza final, nunca vi un solo carruaje; la noche de la lectura de Miss Wright, que permanecí hasta el fin, había uno a la puerta.

Tanta oscuridad, tanto silencio, producían en mi alma una impresión casi de terror. Volviendo a casa del teatro de la calle del Castaño una noche de luna, nos paramos un momento en frente del Banco de los Estados Unidos, para contemplar sus blancas columnas de mármol a la media luz, que se dice serles tan ventajosa: el edificio aparecía verdaderamente bello con aquel punto de claridad; los objetos discordantes de los alrededores estaban casi cubiertos bajo el velo de la noche, mientras la blancura reluciente del edificio, que deslumbra de día con el esplendor del sol, reflejaba dulcemente los desmayados rayos de la luna y se templaba con sombras mas suaves.

Estando parados enfrente de aquel templo moderno de Teseo, nos apercibimos de que nosotros solos parecíamos vivos en la vasta ciudad: y eran las diez, no más, el día había sido abrasador, y la noche convidaba a disfrutar una frescura deliciosa; mas todo era silencio. La calle del Regente y la llamada Bondstreet de Londres, con su alumbrado de gas y sus reflejos de cristales y joyerías, y más todavía el Baluarte de los Italianos de París, se presentaban a la memoria y formaban un terrible contraste con aquella lobreguez y aquel silencio. La luz que vence la obscuridad y espanta las tinieblas; el bullicio alegre, el contento risueño de la concurrencia, los salones elegantes de Tortoni con todas sus variedades de néctares helados, todos esos recuerdos se reanimaban entonces. ¿Es acaso una preocupación europea creer que los licores que tragan solos y de priesa los hombres al salir de un teatro americano, indican un estado más vicioso y modales más bárbaros que los sorbetes y quesos helados que con tanta diligencia y atención se ofrece a las señoras al salir de un coliseo francés?

* * *

El Museo contiene una colección de objetos explicativos de historia natural y diferentes ejemplares de antigüedades indianas. Aquí y en Cincinnati vi tantas cosas que parecen reliquias egipcias, que desearía que se aclarara mejor que se ha hecho hasta el día, y con mas exactitud, el gran punto histórico del origen de los indios.

106 Uno de los principales de Londres. (Nota del traductor.)

107 Personaje de la tragedia de Shakspeare *El rey Lear*. (Nota del traductor.)

Las tiendas, de que en mi entender hay un número desproporcionadísimo, son muy hermosas, muchas de ellas por el estilo de la elegancia de Europa. Las oficinas de lotería abundan, porque esta clase de juego va entre los americanos al exceso. En Filadelfia vi menos carruajes que en Baltimore y Washington; pero me dijeron que en el invierno eran más numerosos.

Muchas de las familias más acomodadas se habían ausentado para ir a las aguas, y las demás iban siguiéndolas poco a poco, Long-Branch (Rama Larga), en la costa de la Nueva Jersey, es el punto de baños donde se reúne la mejor sociedad de aquellos contornos. La descripción que me hicieron de la manera particular de bañarse, me pareció sumamente extraña, pero después la he oído repetir a tantas personas, que no dudo de su exactitud. Parece que la costa es demasiado recia para que se construyan en el agua casas de baños, y las damas han adoptado otro medio de asegurarse una protección eficaz en sus excursiones balnearias. Generalmente, todas las familias que permanecen en Long-Branch toda la temporada de las aguas, se acomodan en las grandes casas de posadas que hay allí, en las cuales todo el mundo come en la mesa redonda. Es costumbre entre las señoras, luego que llegan, pasar revista de los hombres casados, la primera vez que se juntan a comer, y elegir el que se les antoja, por protector para sus visitas proyectadas a los dominios de Neptuno. La dama hace su solicitud, que es recibida siempre con el mayor agrado, a fin de que la acompañe a disfrutar los beneficios de las salobres olas. Pero aun queda otro inconveniente que vencer: otra nereida debe escoger por protector al mismo tritón, o si no se queda sin efecto el convenio, pues la costumbre admite el trío para las zambullidas, mas no autoriza la inmersion *tête-à-tête*.

XXVI.
Cuáqueros. Presbiterianos. Metodistas ambulantes. Mercado. Influencia social de las mujeres.

En ninguno de mis muchos viajes se me había ocurrido aun la idea de entrar en un templo o casa de congregación de los cuáqueros, y pareciéndome que el mejor punto en que podía hacerles la primera visita era Filadelfia, me valí de la protección de una dama cuáquera, con quien asistí a la congregación ortodoxa principal de la ciudad. El edificio es grande, mas enteramente desprovisto de toda especie de adorno. Los hombres están separados de las mujeres por una baranda o verja que divide el templo en dos partes iguales. La concurrencia en ambos lados fue muy crecida, y el calor casi inaguantable. Conforme fueron entrando por las diferentes puertas del edificio, avisté muchas caras muy lindas que se asomaban por el tocado primoroso de las mujeres, en tanto que los hombres, sentándose con sus anchísimos sombreros, me recordaban la venida que Parney supone que los espera en el cielo.

«Entre donc et garde ton chapeau.»[108]

Los sombrerillos de ellas y los sombrerazos de ellos formaron grandes corros, y su inmovilidad duró tanto tiempo y fue tal, que apenas me podía persuadir que fueran entes animados las figuras que estaban debajo. Al cabo de un siglo acertó a levantarse un miembro de los más rollizos y graves de la congregación, se salió de su sombrerón, y después de un exordio de silencio de bastantes minutos, dio un suspiro profundo con aire de bufido, y gracias a este esfuerzo cayó de sus labios el texto: «Guarda tu pie.» El silencio era sin duda una parte esencial de su discurso, porque volvió a seguirse otra pausa de otros tantos minutos, y luego continuó por espacio de más de una hora, soltando de cuando en cuando una palabra, si bien los intervalos eran tan largos que me fue imposible seguir el hilo de la oración del grave apóstol, si había en ella algo que se pareciera a hilo o sentido. Mi amiga, la cuáquera, me dijo que no conocía a aquel individuo, y que sentía mucho que yo hubiese oído a un predicador tan pobre.

Cuando acabó, un anciano de apariencia muy fina (médico de profesión) se levantó, y recitó unas cuantas sentencias morales de un modo agradable; y en seguida, apenas se sentó, se puso en pie toda la congregación, no sé por que señal, y se marcharon. Este culto es de una especie muy singular, si culto puede haber donde no hay oración y donde toda clase de rezo está prohibido; no obstante a mí me pareció por su decorosa tranquilidad y religiosa compostura, infinitamente preferible a los ritos que había presenciado en las casas de congregación presbiterianas y metodistas. Habíase suscitado recientemente un cisma entre los cuáqueros de Filadelfia, a causa de la oposición de muchos a la exagerada severidad de la disciplina ortodoxa. Los disidentes se habían subdividido después en otras diferentes fracciones: unos se llamaban cuáqueros unitarios, otros hicksitas, y algunos, aunque conservaban todavía el traje de su primitiva congregación, eran tenidos por deístas.

Ninguna de las muchas iglesias y capillas que visitamos podría pasar por hermosa, ni aun en la parte exterior, en cualquier otro país.

Un domingo fui por la tarde con una reunión de damas para ver la *inducción* de un ministro presbiteriano. La ceremonia fue mortalmente larga, y la carga impuesta al pobre mozo tremendamente imposible de llevar, a lo menos, para un hombre como los demás hombres. Lo que no me cansaba yo de observar y que me dejaba siempre atónita era la profunda atención y la paciencia sin límites con que centenares de jóvenes preciosas (por no mencionar las demás de cierta edad) permanecían en la capilla viendo tan larga como pesada ceremonia; pero ciertamente no hay

108 Entra y cálate el sombrero. (Nota del traductor.)

pueblo para quien la religión forme tan vasta porción del entretenimiento y ocupación de las mujeres. España, en sus días mas católicos, no ha excedido en ese fanatismo a los Estados Unidos[109]: dejando aparte los horrores y la persecución del santo oficio, no se verá que la porción más inocente de la juventud alegre y bulliciosa haya sacrificado la jovialidad y el recreo.

La severidad religiosa de los hábitos de Filadelfia en nada aparece más claramente que en el número de cadenas con que interceptan las calles el domingo, para impedir que pasen caballos y carruajes. Los judíos no podían llevar ventaja a este país en la observancia de las exterioridades del culto. Yo no me meteré a conjeturar lo que hacen de sus personas los señores de Filadelfia cuando viene el domingo; sólo observaré que la mayoría de las mujeres en la iglesia es notablemente prodigiosa. Aun que una parte muy extensa de la población es de cuáqueros, reina sin embargo en Filadelfia la misma extraordinaria variedad de confesiones que en las demás ciudades de los Estados Unidos, y los ministros de la religión gozan, en algunos círculos, de la misma influencia ilimitada de que ya se ha hecho mención.

Una historieta que llegó hasta mis oídos, me representó el cuadro terrible de los efectos que produce ese poder: me la refirió mi modista, joven altamente estimable por sus prendas de buena esposa y excelente madre, y a cuya veracidad doy por mi parte entero y voluntario crédito. Me contó pues que su padre era viudo y tenía tres hijas con quienes vivía en Filadelfia. Poco antes que ella se casara, llegó a la ciudad un ministro itinerante, que procuró introducirse, o más bien, instalarse en varias casas respetables. La de su padre fue una de las que formaron ese número, y su autoridad e influencia en sus hermanas crecieron de día en día, hasta que fueron absolutas, sobre todo con respecto a la menor. Parece que los sentimientos que inspiró el reverendo a la muchacha eran una mezcla curiosa de temor espiritual y de afecto terrestre. Cuando sus hermanas la amonestaron para que no le diera demasiado pie, hasta que él se explicase, manifestó tanto enojo como si le hubieran aconsejado que hiciera sus ejercicios devotos con menos fervor.

Por último el padre se apercibió de la pasión secreta que centelleaba en los ojos del hombre de Dios, y vio también las miradas lánguidas y solícitas de su hija. Séase por esto, séase por algunos rumores que había oído en la vecindad, o por una y otra causa reunidas, negó la puerta de su casa al ministro enamorado. Las tres muchachas se hallaban presentes cuando lo hizo, y todas exclamaron con el tono de la deprecación un «¡Pero, padre!» que suplió los más ardientes ruegos; el padre sin embargo añadió con entereza, «Si ponéis más los pies en mi casa, no solo os enseñaré el camino para salir de aquí, sino también de la ciudad.» El predicador se retiró, sin que se volviera a saber de él en Filadelfia, hasta que pasados algunos meses, empezaron a correr por los círculos que lo habían recibido y tratado mejor, ciertos murmullos muy extraños, y a su debido tiempo siete infelices jóvenes, nada menos, exhibieron pruebas vivientes de la prudencia del digno padre de mi modista. No añadiré más apología ni comentario a la anécdota precedente que la fórmula tantas veces repetida de que «yo refiero el cuento como me lo refirieron»; pero, si he de ser sincera, es menester que añada que en este caso no dudo de la verdad de la historia.

* * *

109 Costará mucho rectificar la falsa idea que tienen todos los extranjeros del carácter español; porque si bien no existen ya ni el poder inmenso ni las enormes riquezas que despertaron la envidia y engendraron la calumnia, quedan sin embargo en su fuerza y rigor las preocupaciones y errores nacionales. Puédese contar entre los principales esa persuasión dócil e inalterable con que todos hablan del fanatismo católico de los españoles. ¿Por qué se repite contra los españoles sólo una acusación que merecen todos los pueblos de la tierra? ¿Qué nación no ha sido supersticiosa y fanática? ¿Qué país no ha derramado la sangre humana para aplacar sus dioses irritados ? Cuando la Europa entera se alistaba con frenético ardor en las banderas de la Cruzada, ¿no ofrecía la España el espectáculo sublime de la tolerancia y de la filosofía? Si Valladolid y Madrid han visto las hogueras de la Inquisición, ¿no ha visto París, no ha visto Londres atrocidades parecidas? ¿Cuál fue el crimen de la mariscala de Ancre? ¿Cuál el del obispo Fisher o el del canciller Tomás Moro? Ábranse los martirologios de todas las comuniones de Inglaterra, y en ellos se verá si un inglés puede acusar de fanatismo a nuestros abuelos, y si Mistress Trollope no hubiera encontrado en la historia de su país épocas tan fecundas en ejemplos de ceguedad y locura como la que cita de «España, en sus días más católicos.» (Nota del traductor.)

Me aconsejaron con empeño que fuera a ver el mercado de Filadelfia a la hora en que presentaba la escena más ocupada. Hícelo en efecto, y me parecía que pocas ciudades poseen cosa más digna de verse, porque es la misma perfección de un mercado, el bello ideal de un ama de gobierno, que a nadie confiaría el encargo importante de despensero. La pulcritud, la frescura, la total ausencia de todo cuanto puede ofender los ojos o el olfato son cosas que es menester ver, para creer el grado de esmero y complemento a que han subido. Las mesas y tablas de los puestos están cubiertas de servilletas blancas como la nieve; las flores y las frutas, si no son como las de París y Londres, son brillantes, frescas y olorosas; hay también hortalizas con una rica y variada abundancia, y las arreglan con tanto gusto y de una manera tan vistosa, que se olvidan los demás objetos indispensables, pero menos gratos a la vista, del mercado. La alquería, el corral, el bosque, la arboleda, la huerta, el jardín, el río, el océano, todo envía sus tributos a la plaza de Filadelfia: en una palabra, ésta fue la primera vez de mi vida que un mercado me pareció agradable y hermoso. El precio de casi todos los artículos es poco más o menos, a lo que pude calcular entre dólares y francos, el de los mercados de París: mucho más barato que en Londres, pero mucho más caro que en Exeter.

Por medio de mis cartas de recomendación hice conocimiento con varias gentes de un trato amable e interesante. Hay un no sé qué en los modales y comercio social de Filadelfia que me gusta; yo veo en él menos afectación, menos melindre que en el de las otras poblaciones. Aquella calma y compostura que reinan en una sala *filadelfiana* son características, y cuadran admirablemente a la ciudad fundada por Guillermo Penn. El traje de las damas, aun de las que no son cuáqueras, participa de su forma y sencillez: las mujeres de Filadelfia son pulcras en su vestir, y visten con una gracia tan elegante, hay tanta delicadeza y buen gusto en el tocador de las señoritas, que podrían servir de modelo a todo el bello sexo de los Estados Unidos. No se citarán dos ciudades entre las cuales se advierta un contraste más marcado en el gusto y manera de vestir que entre Baltimore y Filadelfia: en ambas domina un lujo costosísimo, pero la primera se distingue por lo vistoso de su esplendor, la segunda por la simplicidad de su elegancia.

Dicen que esta ciudad posee diferentes señores distinguidos por sus estudios científicos: yo hablé con algunas personas de mucha instrucción y buenos talentos, mas la tibieza y sequedad del modo de discutir las materias de que se ocupan, y el ningún interés con que las tratan, destruyen en mi entender todo el encanto de la conversación. Una vez oí discurrir sobre el carácter y posición de un ilustre oficial, que había servido con celebridad en el ejército de Napoleón, y cuyas prendas personales hubieran podido alcanzarle excelentes partidos y el favor del poder bajo el reino de los Borbones, si hubiera abandonado los principios que le hacían detestar su gobierno. Este hombre distinguido se había retirado a los Estados Unidos después de la muerte de su amo, y se ocupaba en hacer esfuerzos para establecer una especie de Academia politécnica en Nueva York. Hablando de él, observé que su adhesión a la causa de la libertad debía recomendarlo altamente a los ojos de los americanos.

—De ningún modo, señora —me respondió un caballero que obtenía merecidamente un lugar elevado entre los literatos del país— eso podría servirle en Inglaterra quizás; a nosotros no nos importa que los principios de un individuo sean los que se quiera.

Esto creo que es exactamente verdad, aun que hasta entonces nada había oído que manifestara que la indiferencia política es un rasgo de carácter nacional.

La falta de calor, de interés, de sentimiento en todo lo que no toca inmediatamente a sus negocios particulares, es universal, y produce un efecto que paraliza toda conversación. Todo el entusiasmo de los americanos se concentra en el punto único de su propia emancipación e independencia, punto en que a la verdad nada excede al ardor de sus sentimientos. La América es en mi sentir como una novia joven; la independencia es para ella su nuevo esposo; y para él y nada más tiene ojos, oídos, corazón: su luna de miel no ha pasado todavía; cuando pase, la América se hará quizás más coqueta, y aprenderá a hacerse amar de los otros pueblos.

Yo no creo que haya otro país en el mundo conocido que ofrezca una prueba más sensible, como la presentan los Estados Unidos, del influjo inmenso que los estudios y ocupaciones literarias ejercen, no sólo en los progresos intelectuales, sino lo que es de mayor importancia, en la purificación de las costumbres y estilos. Durante mi residencia en aquella región, además de no haber visto jamás a un hombre de letras mascar tabaco ni beber whisky, no vi tampoco a uno que no lo fuera, que estuviese libre de esos vicios degradantes. En las mujeres todavía, si es posible, cobra mayor importancia esa influencia; pero desgraciadamente los ejemplos son raros, aunque en efecto se encuentran.

Es uno de los más admirables una señorita de Cincinnati, que rodeada de gentes totalmente incapaces de estimarla por su valor, y ni aun siquiera de comprenderla, pasa entre ellas buenamente y sin la más leve afectación por una de tantas. Debiendo a la naturaleza los dones de la hermosura y un ingenio singularmente agudo y perspicaz, ha tenido la feliz ocasión de cultivarlo con tanta ventaja que en cualquier país la harían una joven distinguidísima. Su cultura es a la verdad la mejor de todas, cultura que se logra exclusivamente con las costumbres domésticas de una familia literaria, y que se desenvuelve con la temprana educación que la hija de un hombre de letras recibe, cuando su padre la eleva a la consideración de compañera y amiga. La señorita de que hablo es tanto más admirable, cuanto que a todas las varias ocupaciones que constituyen el ministerio de las señoras americanas, reúne los estudios: ella es la compañera y útil auxiliar de las tareas literarias de su padre, la ayuda activa de su madre en todos los cuidados de la casa, el aya cariñosa de una hermanita delicada, la mañosa artífice de su siempre elegante guardarropa; con tiempo para todo, constantemente preparada para recibir con el agrado más halagüeño a sus numerosos conocimientos, la más animada en la conversación, la más infatigable en el trabajo.

Imposible sería conocerla y estudiar su fondo y cualidades, sin convencerse de que las mujeres como ella son «la gloria de todos los países», y si la raza se multiplicara, pronto se harían las reformistas del género humano y desterrarían la rudeza e ignorancia de su propio sexo. ¿Cabe en la imaginación creer que, si se hallaran en una reunión cincuenta modificaciones de esa mujer encantadora, se atrevieran los hombres a presentarse en ella apestando a whisky, con los labios negros de tabaco, y convencidos en sus almas y conciencias de que las mujeres no han nacido sino para hacer confituras y tortas de jengibre, coser camisas, coger los puntos de las medias, y ser madres de presidentes posibles? Ciertamente que no. Si las mujeres de América llegaran a comprender lo que podría ser su imperio, y lo compararan con su nulidad actual, sería de esperar que hiciesen grandes y ventajosos progresos. Mientras permanecí en Filadelfia entre las más hermosas, las más ricas y las más distinguidas del país, se me ocurría a cada paso la comparación forzosa del influjo que tienen en la sociedad, con el que poseen en Europa las mujeres que se encuentran en las mismas circunstancias respectivas.

Un día de la vida de las señoras americanas explicará mejor mis ideas y hará comprender mas claramente su nulidad social; permítaseme pues bosquejar la historia de un día de una dama principal de Filadelfia.

Se dirá tal vez que la parte más importante de la historia de una mujer es la que contiene su maternidad. Así lo creo yo también; pero el objeto que me propongo ahora es el ascendiente social y no la influencia doméstica de las mujeres.

Nuestra dama será esposa de un senador, jurisperito que por su ciencia y por su práctica goza de la reputación más alta. Tiene una hermosísima casa con escaleras y pilastras de mármol blanco, y aldabón de plata y picaporte también de plata de un trabajo exquisito; y tiene salones hermosísimos, muy hermosamente alhajados (en uno hay un armario, pero no importa, es muy hermoso y contiene redomas muy hermosas, y jarrones de cristal tallado); y tiene un carruaje muy hermoso, y un hermosísimo cochero, negro libre, y un hermosísimo lacayo, negro libre; y siempre está hermosamente vestida; y por remate es una mujer hermosísima.

Levántase de la cama por la mañana: la hora primera se emplea toda en el tocador, arreglando con la más escrupulosa minuciosidad todas las partes del vestido. Baja en seguida a su sala primorosa, tiesa y callada: sírvele su almuerzo el lacayo negro libre; come su jamón frito y su pescado salado, y toma su café con un silencio profundo, mientras su marido lee un periódico y se pone otro debajo del codo; luego lava tal vez las tazas. Su carruaje estará a la puerta a las once; hasta esa hora está empleada en la repostería, con su delantal blanco como un armiño que protege otro de seda color de ratón. Veinte minutos antes de que se presente el coche a la puerta, se retira a su habitación, como ella la llama, sacude su delantal todavía limpio, lo dobla, pasa la mano por encima de su rico vestido para sentarle las arrugas y huecos, y con sumo cuidado se pone su sombrerillo elegante, y todos los demás etcéteras del tocado. Baja al mismo tiempo que su cochero negro libre avisa a su lacayo negro libre que el coche aguarda. Entra en él y da la orden: «A la sociedad de Dorcas.» Su lacayo se queda en casa limpiando los cuchillos, pero su *Automedón* confía en la lealtad de sus caballos, y los deja bajo su palabra, mientra abre la puertecilla del coche, y su señora entra sana y salva, como sale, sin echar de menos ni el brazo ni la mano que jamás le han ofrecido, aunque ella tiene las suyas ocupadas, una con una canastilla de costura, y otra con un rollo de todas esas prendas indefinibles que las damas regalan a la sociedad de Dorcas.

Entra en la sala de la reunión; allí se encuentra con otras siete señoras muy semejantes a nuestra señora, y se coloca entre ellas: presenta su contribución que una sonrisa general del círculo aplaude, y sus retazos de vendo, sus cabos de cinta, sus alfileres de monja, y su papel de oro, se juntan con los retazos de vendo, los cabos de cinta, los alfileres de monja y el papel de oro, de que está ya cubierta la mesa; también saca de su canastilla tres acericos acalados, cuatro limpia-plumas, siete pajuelas de papel, y una relojera de cartón: todo esto se recibe con aclamaciones, y la señora más moderna presente lo deposita con mucho tiento en varios estantes entre una prodigiosa multitud de artículos de la misma laya. Nuestra dama termina la ceremonia mostrando su dedal y pidiendo trabajo. Dánselo en efecto, y las ocho señoras se ponen a coser juntas algunas horas. Su conversación es de ministros de la religión y de misioneros; de las ganancias de la última venta; de sus esperanzas para la inmediata; de sus dudas sobre si el joven Mr. *Tal* o el joven Mr. *Cual* recibirá sus productos para remitirlos a Liberia; del feísimo sombrero que vieron en la iglesia el sábado (domingo) por la mañana, y del muy hermoso predicador que ofició el sábado (domingo) por la tarde.

Esto dura hasta las tres que vuelve el coche, y la señora y su canastillo vuelven a casa: ella sube a su habitación, se quita con el mayor cuidado su sombrero y demás atavíos, se planta su delantal cortado de seda negra, da una vuelta por la cocina, por ver si está todo arreglado, baja al comedor, y habiendo pasado revista a la mesa puesta para comer, se sienta, esperando a su esposo con la labor en las manos. Llega al cabo el esperado esposo, da la mano a la mujer, escupe y come. La conversación no es larga, bastando diez minutos para despachar con la comida; a la cual suceden fruta y copa, el diario y la cartera del trabajo. Por la noche nuestro caballero, que es un sabio, va a la Wister Society, y de vuelta juega su partida obligada en casa de un vecino. La señora recibe a un joven misionero, que le acompaña a tomar el té, con tres miembros de la sociedad de Dorcas. Así se acaba el día de la señora principal de Filadelfia.

Por razones, que no están al alcance de los ingleses, vive un gran número de matrimonios jóvenes en hostales, ajustándose por años en lugar de poner su casa y empezar a formar su ajuar, o como dicen en el país, «ir haciendo la casa.» No es menester advertir que esta observación no se extiende a las personas acaudaladas, pero incluye muchísimas, cuya categoría social haría semejante manera de vivir absolutamente imposible entre nosotros. Apenas puedo imaginarme que haya un medio más eficaz para consolidar la nulidad completa de una mujer que el de casarla a los diez y siete años y llevarla a un hostal. Ni se me ocurre tampoco vida más monótona y triste para la pobre mujer... Sin embargo eso es materia de gusto, y yo he oído decir a más de una señora que en eso consiste «la perfección de la felicidad doméstica, porque en nada se tiene que pensar.» A pesar de

todas esas seguridades, yo experimentaba, siempre que las veía, un sentimiento que lindaba con la lástima y el desprecio, al contemplar su existencia.

¿Cómo sufriria semejante vida una inglesa recién casada, cuyo corazón y cabeza no abrigan más idea ni deseo que de poseer

«Una casa ordenada, hogar sabroso
Do hacer feliz al adorado esposo?

La pensionista debe levantarse temprano para llegar a la mesa a la hora señalada del almuerzo, si no se contenta con un saludo muy tieso de la parte de la señora presidenta, café frío, y las cáscaras de los huevos. Yo solía divertirme infinito en semejantes ocasiones mirando pasos, en que los gestos decían más que las palabras, o en que por mejor decir, casi todo era pantomima. La apresurada pero tarda señora echa una ojeada por toda la mesa, y convencida de que no le han dejado un huevo, prorrumpe en una indicación directa:

—Quisiera tomar un huevo, si se me hace el favor de dármelo —dice.

Pero como a nadie se dirige en particular, nadie le responde, a no ser que su marido esté en la mesa antes que ella, y le responda:

—No hay huevos, querida.

La señora presidenta está sorda durante este diálogo, y el ladino que se ha engullido el huevo de la persona ausente (porque sólo se saca a la mesa huevo por boca) no deja de estar algo inquieto por si lo descubren. Prosigue el desayuno con un silencio sombrío, excepto cuando unas veces un loro y otras un canario suelen soltar alguna nota tímida.

El almuerzo acabado, los caballeros se van precipitadamente a sus ocupaciones, y las damas van subiendo tranquilamente la escalera, y quedándose éstas en el primer piso, siguiendo las otras al segundo, y las demás al tercero, en proporción inversa de la cantidad de dólares que cada cual paga. Todas se entierran en sus cuartos, sin que sea fácil adivinar lo que hacen allí; no obstante yo me persuado que almidonan un poco, y planchan un poco, y se sientan en una silla a mecerse, y cosen mucho. Según mis observaciones, las señoras que vivían en esas casas de pension, llevaban collarines y demás ropa mucho mejor trabajada que las otras. El arado es apenas un instrumento más benéfico en la América del Norte que la aguja. ¿Cómo vivirían sin ella? Sin embargo el tiempo y la aguja cansan al fin de la mañana, y gracias que las mañanas americanas no son muy largas aunque se almuerza a las ocho.

Generalmente sobre las dos se vuelven a reunir los caballeros pensionarios con las damas pensionarias para comer. Se habla poco en la mesa, excepto uno que otro cuchicheo entre esposo y esposa. A veces suele una insolente botella flanquear el plato de un individuo o dos; pero en nada contribuye a la alegría de la mesa, y rara vez toman sus dueños más de un vasito para sentar la comida. Los señores de la Unión no beben ni entonces ni allí. La silenciosa comida se concluye pronto, muy pronto, y si subís la escalera, cuando todos se han retirado, oleréis la fragancia del cigarro, que sale de los cuartos de las más tiernas e indulgentes esposas, y que indica la felicidad que disfrutan las parejas que los ocupan.

Cuando el marido es muy urbano, suele, luego que ha consumido su cigarro y apurado su trago, ofrecer el brazo a su mujer, que lo acompaña hasta la esquina de la calle, donde está su almacén o su oficina; allí la deja y ella se vuelve por donde se le antoja. Como ésta es la hora de estar de tiros largos, naturalmente elije siempre el camino por donde la han de ver más. Quizás hace unas cuantas visitas; quizás va a la capilla; o quizás entra en un almacén con el cual trafica su marido, y se aventura a ordenar algunas cosillas, y del almacén vuelve a su casa; no, no a su casa; yo no daré semejante nombre a un hostal, donde entra a sepultarse en la atmósfera sepulcral en que vive, donde jamás entra la hospitalidad, y donde el interés y no el afecto toma a su cargo la dirección de la vida doméstica.

Vuélvense a reunir otra vez todos para el té: un observador perspicaz puede descubrir la mesura con que se reparte la torta y demás. Después de eso, los que tienen afortunadamente compromisos o citas, se van a toda prisa; los que no, se retiran a la soledad de su habitación, o, lo que me parece mucho peor, se quedan en la sala común en una sociedad que no se cimenta sobre lazo alguno, que la estrechez no endulza, que no debe su origen a la elección y que el más leve motivo romperá. Noté que los hombres por lo común tenían quehacer de noche y por lo tanto que salir; esa disposición confieso que me sorprendió.

Es imposible que de ese modo ejerzan las mujeres en la sociedad la influencia que se les permite en Europa, y a que los sabios y las gentes de experiencia atribuyen de común acuerdo tan saludables efectos. En vano se forman «institutos colegiados» para las niñas, en vano se confieren a las jóvenes «grados universitarios»: la nulidad lamentable de las americanas aparece después que se casan, y cuando se han olvidado todos los esfuerzos que se hicieron en los días de libertad para alcanzar una rama del árbol de la ciencia. Hasta que semejante nulidad no se remedie, me atrevo a vaticinar que no mejorará nunca el trato de sus estrados.

* * *

Estando yo en Filadelfia, excitó mucho la atención pública la suerte de dos reos convictos del robo del correo de Baltimore, que estaban condenados a muerte. En América es tan rara la aplicación de la pena capital, que cada vez que se condena a un criminal se conmueve todo, y todos se ocupan de la ejecución con el interés que inspira un grande acontecimiento. La que se acercaba entonces era el objeto frecuente de la conversación de la mesa de la pensión, y un día nos dijo un caballero que aquella mañana le habían asegurado que uno de los reos había dicho al eclesiástico que lo visitaba, que estaba cierto de que sería conmutada su pena. Repitióse el cuento por todas partes, y cada día cobraba más consistencia, hasta que a fuerza de discusiones y comentarios, se concluyó que no sólo era cierta la anécdota, sino que el reo no carecía de fundamento en su esperanza.

Por las conversaciones diarias sobre este asunto supe que uno de los reos era americano y otro irlandés, y que el primero era el que tan firmemente estaba persuadido de que no lo ahorcarían. Varios de nuestros comensales, discurriendo en la materia, declararon que si el uno era perdonado y el otro iba a la horca, sería su muerte un asesinato y no una ejecución legal. En el curso de la discusión se sentó como un hecho cierto, que casi todos los blancos que habían sufrido la pena de muerte desde la declaración de la Independencia, habían sido irlandeses. Qué verdad haya en esta aserción general, no es cosa que tengo medios de determinar; todo lo que sé yo, se reduce a lo que oí. En el caso sin embargo del que puedo hablar, el irlandés fue ahorcado y el hombre del país no.

XXVII.
Vuelta a Stonington. Tormenta. Emigrados. Enfermedad. Alexandria.

Las dos semanas que residimos en Filadelfia pasaron pronto, y sin duda mucho nos quedaba todavía que ver en aquella ciudad, cuando la dejamos para volver a Maryland, según estaba convenido de antemano. El camino por donde regresamos fue distinto del que habíamos llevado a la ida, pues seguimos la ruta de New-Castle a French-Town en vez de pasar el canal. A la mitad de la noche llegamos a Baltimore, y lo restante de ella dormimos a bordo del vapor, que al otro día a las cinco de la mañana salió para Washington.

El poco tiempo que permanecimos en el encierro y ahogo de una ciudad, nos predispuso a gozar más que nunca de las bellezas que las amenas cercanías de Stonington presentan. El otoño que se precipitaba sobre nosotros, engalanaba otra vez las selvas con matices demasiado variados y ricos, para que se los imagine quien no haya salido de Europa, y los majestuosos maizales que se agitaban sacudiendo la flotante cabellera de sus mazorcas, daban a los campos el aspecto de bosques enanos o de florestas nacientes. La primavera había sido lluviosa, y el verano que la había seguido extraordinariamente caluroso: el otoño se presentaba anunciado por tormentas frecuentes de una violencia aterradora, las cuales aclaraban la atmósfera, mas al mismo tiempo nos asustaban hasta hacernos perder el tino.

Un día me halle con mi familia expuesta a todos los furores de uno de aquellos tremendos azotes; pero, aunque durante la tempestad nos hizo sufrir mucho el terror, cuando nos vimos todos en salvo y a cubierto, nos felicitamos de haber sufrido; porque así habíamos aprovechado la oportunidad mejor que podíamos desear, para observar en toda su gloria una tormenta de las regiones transatlánticas. Fue sin embargo una grandísima imprudencia dejar nuestra casa, y encaramarnos en la cima de un monte que estaba bastante lejos de ella, con la intención expresa de contemplar mejor o más a nuestro gusto el aspecto singular de las nubes.

Cuando llegamos a la altura que habíamos elegido para nuestro observatorio, la mitad del cielo estaba cubierta de un velo densísimo, y la otra mitad se había teñido del azul negro de la noche. La prudencia nos aconsejaba que inmediatamente nos retirásemos a nuestra casa, mas la escena era tan hermosa que nos fue imposible abandonarla. La calma que reinaba en la naturaleza infundía sentimientos sublimes, sólo interrumpían su silencio los gritos de las aves que ganaban la tierra con vuelo perezoso; el aire no se movía, las nubes se apiñaban y formaban grupos gigantescos que no rompía el más ligero resplandor, aunque detrás de sus oscuras masas se veían los reflejos centelleantes de una luz incierta y vagabunda.

La bonanza duró algunos minutos, y luego empezó a oírse el ruido de los truenos que por grados se fue acercando más y más y con mayor estruendo, hasta que las negras nubes se rasgaron y reventaron cataratas de lumbre por todas partes. Y ya no hubo intervalo ni pausa, ya no hubo relámpagos, ni truenos, sino que los cielos ardían y bramaban encima y alrededor de nosotros; mas nuestro asombro llegó a punto que, convertido el espanto en estupor, nos quedamos en un estado completo de imbecilidad. Sin embargo pronto nos volvió la resolución, porque de repente, y como si hubiera salido de debajo de nuestros pies, se levantó un huracán que parecía que iba ya a confundir los elementos.

Los torrentes de la lluvia azotaban la tierra, subían como para recibirlos espesos remolinos, los relámpagos brillaban más, reflejados por las aguas, mientras el huracán dominaba con sus bramidos el estrépito del trueno. Por último, después de haber descargado su rabia furibunda ora aquí, ora allí, y de haber revuelto mundos enteros de nubes, poniéndolos en contacto hostil, quedó el

viento dueño del campo y ahuyentó del ancho cielo las agitadas masas, de que apenas quedaron algunas reliquias como despojo de su victoria. Apareció entonces un arco iris espléndido y volvió a desaparecer, dejando que la tierra alzara sus casi derribadas selvas, y que nosotros pobres pigmeos recobráramos nuestro perdido tino y nuestro aliento como pudiésemos.

Durante la violencia del huracán, nos hubiera sido imposible mantenernos en pie; así nos agazapamos al abrigo de un montón de peñas, y según lo que reparábamos unos en otros, teníamos los semblantes de unos muertos.

Muchos árboles fueron víctimas del temporal a nuestra vista; varios de ellos no solamente fueron arrancados de raíz sino que, a pesar de lo gigantesco de sus troncos, los levantaba el viento como aristas a algunos pies de la tierra. Si los huracanes del Oeste de América exceden el que presenciamos en Stonington, muy terribles deben ser a la verdad.

El sitio de la casa de Mistress S*** se considera como notablemente saludable, y en mi entender merece su reputación, porque más de una vez hemos visto llegar a personas, que padecían o calenturas o tercianas a la distancia de una o dos millas de allí, y que se restablecían con sólo pasar una semana o quince días en Stonington; las cercanías no obstante, con especialidad la parte que está sobre la orilla del Potomac, tienen fama de lo contrario, y en efecto es espantoso el número de los labradores que mueren a lo largo del canal.

En otra parte he manifestado mis dudas acerca de las mejoras que obtiene la condición de los pobres trabajadores de nuestro país, que emigran para buscar una suerte menos ingrata en los Estados Unidos. Yo no conocí perfectamente cuán poco se debe envidiar la fortuna de esos desdichados, hasta que la vecindad del canal de Chesapeake y Ohio me proporcionó la ocasión de comprender su verdadero estado, después que se realiza el cambio de sus circunstancias.

La mayor parte de los trabajadores blancos del canal son irlandeses. Su salario va de diez a quince dólares al mes, con un albergue miserable y una larga ración de whisky. Este execrable veneno les acarrea todas sus desgracias: por medio de él los tientan a exponerse a los rayos de un sol que abrasa, y con él resisten los incautos al principio las fatigas del campo en el más nocivo de todos los climas; y así ha corrido hasta ahora la línea del canal junto al pintoresco e insalubre Potomac. La situación del infeliz extranjero, cuando llega a caer enfermo, lo que sucede antes o después, pero que no falta jamás, es la situación más horrible en que se puede ver un desgraciado. En todos los Estados Unidos reina una prevención desfavorable o más bien una fuerte aversión a los irlandeses; mas como trabajan el doble que los negros, los emplean con preferencia. Cuando caen enfermos, bien pueden y deben mirar con envidia a los esclavos, porque a lo menos un esclavo enfermo es asistido, un esclavo enfermo es cuidado y medicinado, como se cuida y medicina un caballo de precio; mas al pobre irlandés lo echan literalmente a un lado y otro recién venido entra en su lugar.

Muchas veces llegaban a nuestros oídos los pormenores de sus padecimientos, y el abandono y desamparo en que morían, pormenores demasiado tristes para detenerse en ellos. En una ocasión un hacendado que pasó por nuestra casa, dijo a la familia que había un infeliz junto a un arroyo distante un cuarto de milla, y que aparentemente estaba muriéndose. Al punto corrieron al sitio indicado varias personas de la familia, y en efecto encontraron a un pobre moribundo que ya no podía hablar; lo condujeron a casa, y aquella misma noche expiró. Por los informes que se tomaron en el canal, supimos que era un trabajador irlandés, que habiendo caído enfermo y gastado hasta el último centavo, había emprendido el camino de Washington, no sé con qué esperanza; pero sofocado, débil y sin aliento, se había tirado al suelo en donde lo hallaron, sin poder efectuar su desesperada resolución de ir a la ciudad. Su aspecto no representaba más de veinte años, y al contemplar su rostro, en que la juventud y la palidez de la muerte se juntaban con la expresión del dolor, pensaba yo en su pobre madre, y en su casa, que tal vez había abandonado para buscar riquezas en América.

Yo lo vi enterrar bajo la sombra de un grupo de acacias, sin que los mismos que lo arrojaron en la sepultura, hubiesen oído su nombre; el séquito de toda la familia que acompañó sus restos hasta la huesa, daba a sus humildes exequias una decencia, que por raro acaso honra en aquel país las tristes reliquias del polvo inglés; mas no lo siguió un ministro de su culto, no se oyeron las preces de los muertos, no sonó una campana; tales ceremonias no les pasan por el pensamiento a los habitantes de aquellas regiones, y en verdad que no serían posibles sin muchísimos gastos, a una distancia tan considerable de la ciudad. Aunque el pobre joven hubiera sido americano, lo hubieran enterrado de la misma manera. Pero, si el infeliz se hubiera encontrado en su Irlanda con la misma indigencia y en iguales circunstancias, no le habría faltado entre los suyos una manta para envolverse en los accesos del frío, ni una mano amiga que hubiese cerrado sus ojos con una lágrima.

Los pobres de Inglaterra que, acosados por la miseria o inducidos por el espíritu de aventura, desean probar la suerte en otras tierras, deberían por muchas razones dirigirse al Canadá, donde hallarían en vez de malicia, odio y falta de toda caridad, cooperación y simpatía.

Frecuentemente oia yo quejas vehementes y siempre las veía en los periódicos contra la costumbre, según ellos generalmente adoptada en Inglaterra, de enviar a los Estados Unidos cargamentos de los pobres de las parroquias. Un periódico de Baltimore encabezaba un artículo sobre la misma materia con las palabras:

«¡INFAME CONDUCTA!»

y luego contaba cómo había llegado de Inglaterra un barco cargado de pobres ancianos, añadiendo: «John Bull[110] ha exprimido la naranja y ahora nos tira insolentemente la cáscara a los hocicos.» Siendo estos los sentimientos de los habitantes del país, no es difícil comprender cuán poca conmiseración y cuán poca humanidad espera a los desgraciados en las enfermedades u otros padecimientos. Si es cierto lo que aseguran los periódicos americanos, y las parroquias de Inglaterra creen que por causa de un aumento excesivo de población deben pagar el viaje de algunos de sus pobres para que crucen el Atlántico ¿porqué no los envían al Canadá?

Verdad es que por más que me informé para averiguar el fundamento de tales aserciones, nunca lo pude descubrir, y sólo saqué en claro que en efecto llegaban anualmente muchos pobres ingleses e irlandeses a los Estados Unidos, sin otros medios de subsistencia que los que su trabajo les procurara. Esto, aunque muy diverso de los cuentos abultados que los periódicos multiplican todos los días, merece atención y un examen tan prolijo como importante es la materia. Parece generalmente sentado que la miseria y privaciones de las clases trabajadoras de Inglaterra provienen del exceso de la población, y al mismo tiempo es imposible mirar sin dolor y sorpresa que no se haya hecho caso todavía del oportuno y grato desahogo que por su extensión, fertilidad y clima delicioso, presenta una región como el Canadá, región que además ofrece a un inglés la ventaja inapreciable de ser territorio británico.

Sería de desear que una parte de ese noble sentimiento que en Inglaterra está siempre en actividad para socorrer al necesitado, se consagrara íntimamente a dirigir la emigración hacia el uno y otro Canadá. Todos los años se recaudan sumas cuantiosas para obras de caridad por medio de las suscripciones semanales de un penique; bastaría pues que se destinase una porción de esos fondos a tan loable objeto, para enviar anualmente centenares de familias que poblasen nuestra propia tierra. Ahí desplegaría el sentimiento religioso, que tan naturalmente se mezcla con toda acción caritativa, sus fuerzas e influencia. ¿En dónde puede encontrar un ministro del Evangelio, protestante o católico, misión más santa que la que lo llevará al desierto a consolar e instruir a sus pobres compatriotas? O ¿dónde le espera recompensa mayor que donde puede gozar de la satisfacción de ver, como van convirtiéndose bajo la mano de sus feligreses aquellas soledades en campos fértiles?

* * *

110 Juan Toro, nombre que se da a sí mismo el pueblo inglés, y del que se vanaglorian los del partido demócrata. (Nota del traductor.)

No he visto jamás tantas flores de otoño como crecen en los bosques y praderas de Maryland; parecía que una nueva primavera hubiese cubierto la tierra, aunque confieso con pesadumbre y rubor que apenas conocía el nombre de una sola planta, en medio de las que con tal profusión hermoseaban el desierto; creo que todos mis conocimientos se reducían al peral espinoso y la margarita otoñal, de que hay una variedad prodigiosa en forma y en color. Aconsejo a los viajeros que no visiten la América sin haber estudiado la botánica: el recreo que esta ciencia procura, como me dijo en una ocasión un amigo mio muy hábil, ayuda maravillosamente a subir y bajar los montes, y debe ser de suma importancia en América, ya por la falta inmensa de otras diversiones, ya por los infinitos medios de entretenimiento que ésta ofrece: además aunque una persona rabie por saber el nombre de una de aquellas lindas extranjeras, puede apostarse mil contra uno a que no encuentra quien se lo diga.

El eclipse de luna de septiembre de este año (1830) es el más bello que yo haya visto jamás. Habíamos pasado unas cuantas horas contemplando el cuadro sublime de los Saltos del Potomac, y cuando nos disponíamos para retirarnos, apareció la luna llena sobre las cimas negras de los pinos, con la mitad de su disco cubierto de sombra. El efecto producido por la salida de la luna así eclipsada era más extraño, más sorprendente que su oscurecimiento gradual; y al volver los ojos al caos de tinieblas que tenía a mi espalda, y ver la letal frángula, y la vid ponzoñosa meciéndose en las rocas del contorno, se me figuró que no faltaba más para completar la escena que una hechicera trémula, paralítica, cogiendo con su descarnada mano las ramas fatales para confeccionar algún detestable maleficio.

Yo no sé si acechaba mis pasos alguna encantadora o maga de esa banda cruel, mas antes que hubiesen transcurrido muchas horas, volví a sentir la influencia nociva de un otoño americano. La fiebre «cogida en el eclipse» me abatió completamente y de pronto, y si bien no duró tanto como la del año anterior, tal era mi endeblez que llegué a persuadirme que nunca me restablecería. El tiempo frustró mi vaticinio, pero se declaró que necesitaba mudar de aires, y determinaron (porque yo estaba incapaz de hacerlo por mí) que fuese a una población muy bonita llamada Alexandria, distante unas quince millas, donde se decía que había un médico muy hábil.

No dejó de costarnos pena el separarnos de la familia de Stonington; afortunadamente el consejo tuvo un resultado eficacísimo, a pocas semanas de vivir en Alexandria, recobré bastantes fuerzas para salir a una pequeña pradera cubierta de yerba y muy alegre, pero cerca de la población, desde donde podíamos ver los barcos y movimiento que animan el Potomac entre Washington y Alexandria. Mas no obstante que por grados iba recobrando mis perdidas fuerzas, todavía estaba muy lejos de poderme dar de alta; así todos nuestros planes para pasar un invierno divertido fueron abandonados, y hallándonos perfectamente bien donde estábamos, nos decidimos a pasar allí la estación del frío.

El invierno fue severo: el Potomac se heló de tal manera, que una parte considerable del tráfico se hacía en carros, cruzando el río sobre el hielo desde la orilla de Maryland. Eso no había ocurrido en treinta años. La distancia es de una milla y cuarto, y nosotras también nos atrevimos a atravesar por cima de aquel brillante y resbaladizo espejo, con la intención de visitar la orilla opuesta. No fue ligero triunfo ni obtenido sin fatiga el mantenernos en pie, con todo dimos por bien empleado nuestro cansancio, por vernos en medio del más soberbio cuadro de invierno que se puede contemplar en aquella región.

Cuando al cabo se deshizo el hielo, la nieve derretida produjo tan violentas avenidas que arrebataron el puente largo de Washington: grandes pedazos de él, fragmentos con su baranda entera, bajaban flotando en medio de altas rocas de hielo, durante muchos días consecutivos, y era curioso ver la intrepidez con que los marineros jóvenes de Alexandria exponiendo sus vidas por coger la madera.

El eclipse solar del 12 de febrero de 1831 se acercó más a la totalidad que ninguno de los que yo había visto ni espero ver. En Alexandria fue completamente anular, y la brillante diadema que

rodeaba la sombra de la luna, aunque sólo de 81° de ancho, daba luz suficiente para leer la letra de imprenta más pequeña. La oscuridad disminuía considerablemente a causa de la nieve, puesto que como el cielo estaba enteramente libre de nubes, reflejaba espléndidamente toda la luz que nos quedaba.

No obstante el frío extremado que se sentía, pasamos todo el tiempo al raso en una eminencia inmediata al río, desde donde se percibían muchos y muy bellos efectos de perspectiva; la rapidez del paso y cambio de las sombras; la tinta sombría del ancho Potomac, que parecía que absorbiese la débil luz, que las orillas cubiertas de nieve volvían al aire; el progreso de matices graduales con que se coloraban todos los objetos desde el brillante reflejo del sol, hasta un viso triste y universal de púrpura desmayada; los ecos melancólicos del ganado, y la corta pero notable suspensión de todo trabajo, daban a la escena un aspecto misterioso que no es posible olvidar.

En los meses siguientes me ocupé parte en revisar mis notas y trazar estas páginas, y parte en estudiar la literatura del país, cuanto me fue posible.

Mientras iba repasando y transcribiendo mis notas, me sometí yo misma al más riguroso examen. Revisé cuanto había visto, cuanto había sentido, pesando con el mayor escrúpulo toda expresión de que me había servido para reprobar: resultó, pues, de ahí que deseché en la transcripción mucho de lo que había apuntado, por contener pormenores innecesarios de cosas que me habían chocado y merecido mi disgusto; pero aun al tiempo de obrar con toda esa severidad, me convencí plenamente de que no había pintado con exageración. Sin embargo semejantes pormenores, aunque sean ciertos, podían mirarse como de mala intención, y no conservé sino los que eran indispensables para dar idea de las impresiones generales que había experimentado. También descubrí en aquella revisión de mis notas, que muchos de los puntos que todos los viajeros tocan, y cuyas explicaciones o comentarios espera el público curioso, habían sido omitidos; pero unas pocas páginas de observaciones misceláneas suplirán, en mi sentir, todo lo que se puede aguardar de una pluma tan perezosa como la mía.

XXVIII.
Cocina americana. Tertulias. Vestido. Trineos. Hábitos interesados. Aviso de un colector de contribuciones. Anécdota del duque de Sajonia-Weimar.

No debo ciertamente olvidar en la relación que escribo de cuanto sé de la América del Norte, una parte tan esencial como la cocina. Muchas anomalías hay en la manera de servir hasta las mesas de primer orden; pero como tales variedades son puntos de costumbre o gusto, no se infiere de ellas que los americanos miren un artículo tan importante con indiferencia o abandono y que pongan los fuentes en la mesa o en la alacena, o que la sopa, el pescado, las pastas y la ensalada se coman o no según la disciplina ortodoxa, poco importa. Yo temo no ser bastante capaz de hacer una crítica erudita sobre este punto, y lo tanto me contentaré con las observaciones generales.

Allí se vive ordinariamente con abundancia, pero sin ese gusto exquisito, esa disposición esmerada que en Europa llamamos delicadeza y regalo. Los americanos consumen una cantidad extraordinaria de tocino. El jamón y lonchas de vaca salen a la mesa por la mañana, a mediodía, y a la noche. Sus mezcolanzas son las más estrambóticas que se pueden imaginar: yo he visto comer huevos y ostras todo junto, el sempiterno jamón con la compota de manzana, solomillo de vaca con albérchigos en conserva, y pescado en salmuera con cebollas. El pan es excelente en todas partes, mas apenas lo prueban, porque se atracan por la mañana y por la tarde de unos malditos bollos calientes que están a medio cocer. La manteca es pasadera, pero rara vez tienen la deliciosa nata que se encuentra en Inglaterra hasta en las más pequeñas lecherías, porque en realidad sus vacas están menos bien cuidadas que las nuestras.

Las legumbres comunes son abundantes y muy buenas; no vi coliflores, y sea por falta de riego a causa de la escasez de lluvias en el verano, sea por falta de cuidado, las hortalizas se acaban mucho antes en América que en Europa. El maíz hace un papel principal en la mesa de los norteamericanos, que lo comen de diferentes maneras: unas veces lo guisan verde y lo sirven del mismo modo que los guisantes, otras lo quebrantan, cuando está seco, lo hierven y lo sacan a la mesa como el arroz, y a ese plato dan el nombre de *hominy*. De la harina del maíz hacen a lo menos una docena de especies distintas de pastas, todas en mi sentir a cual peor, y también mezclando una tercera parte de esta harina con la de buen trigo amasan el mejor pan que yo he comido.

Nunca vi rodaballo, salmón ni merluza fresca; pero las lubinas y el sábalo son excelentes. En la composición de las salsas se nota gran falta de habilidad, y no solamente en la composición de las que confeccionan para el pescado sino de todas las demás. Se sirven muy pocos platos aderezados, y de todos los que vi ni uno siquiera hubiese merecido la aprobación de nuestros inteligentes. Tienen un pato silvestre regaladísimo que llaman *Canvass Back*, y sería superior al pavo, si lo aliñaran más delicadamente; mas la caza es muy inferior a la de Europa, y ni hay liebres ni yo vi nunca un faisán. A pesar de sus agudas tentaciones de comer dos veces, rara vez saborean un segundo servicio; mas casi todas las mesas tienen sus postres (palabra que los americanos pronuncian a su manera[111]), los cuales cubren la mesa aun antes de que quiten los manteles, y consisten en pastelería, frutas en dulce, y cremas. Los americanos son «extravagantemente apasionados», según su misma expresión, de pudings, tartas y toda clase de dulces, con especialidad las damas; pero de ninguna manera se pueden comparar con los gastrónomos de Europa en el conocimiento de sopas y guisados.

Los mas de ellos no beben en la mesa sino agua, y por una contradicción extraña el pueblo más bebedor de la tierra es el que menos vino bebe comiendo; las señoras nunca pasan de un vasito, y la mayor parte de ellas no toman ni aun esa ligera porción. En efecto la pasión de la bebida, que

111 … desert (invariably pronounced *desart*).

todo el mundo reconoce en aquellos habitantes, no la satisfacen en banquetes alegres, sino, hablando llanamente, en el rincón de la alcoba, cuando no vuelven repletos de la taberna. El café no se sirve inmediatamente después de la comida, porque es parte de la grave ceremonia del té, que sale algunas horas después. Las comidas de señoras y caballeros, propuestas como partidas de diversión, son rarísimas, y a no ser que se hallen reunidos varios extranjeros, poca es la conversación que sazona los momentos de la mesa. Yo creo además que ciertamente no aumenta el buen orden de una comida el sentar a un lado las mujeres y a otro los hombres; sin embargo apenas se ve otra colocación en sus convites.

Sus reuniones nocturnas o tertulias son más que soberanamente tristes: los hombres suelen jugar a las cartas ellos con ellos, y cuando juega una dama, es menester que no se juegue por interés; no se conoce el *écarté* o descarte, no se ve una pieza de ajedrez; la música es escasísima, y la escasísima deplorablemente mala. Entre los negros oí cantar a varios que tenían hermosa voz y seguían con gusto y exactitud sus canciones, pero poquísimas veces oí a un americano blanco hombre o mujer, que no desentonara antes de llegar a la mitad, debiendo asegurar que no me apercibí, por lo que oí cantar en sociedad, de que tuvieran una leve tintura de los principios de la música. Comer desaforadamente pasteles, tortas y bizcochos, beber helado, devorar ostras en escabeche, y hacer alarde de la mitad de su caudal gastada en sargas y rasos, tales parecen las intenciones y objeto principal que se proponen en sus tertulias.

Muchos jóvenes me aseguraron que las reuniones más animadas, y por consiguiente menos fastidiosas, eran aquellas en que no se admitían las mujeres casadas, aserción de cuya verdad no me queda la más ligera duda. Esas reuniones exclusivas son frecuentes y duran hasta muy tarde; creo que en estos casos generalmente pasan el tiempo bailando. En los bailes regulares se admiten señoras casadas, que no obstante su admisión suelen tomar muy escasa parte en la diversión, y a menudo ninguna. Los refrescos son siempre abundantísimos y costosos, pero la manera de tomarlos es lo más desagradable y melancólico. Yo estuve en muchos bailes particulares, en donde no se había perdonado diligencia ni gastos, y allí se sentaban a cenar los hombres en un cuarto separado, y las mujeres tomaban su colación en pie en otra pieza.

Las giras de campo son muy raras, y cuando las emprenden, no todas salen bien. Los dos sexos están separados la mayor parte del día y no llegan a juntarse sin grandes restricciones y fastidio, porque esto se opone abiertamente a sus costumbres generales. Los hombres no pueden, sin faltar al decoro, abandonarse a su recreo predilecto de fumar cigarros y beber licores fuertes, y en cuanto a renunciar a esos placeres, no hay tal dosis de complacencia en el carácter americano.

Las damas se sirven de métodos extraños para realzar la importancia de sus gracias: ya se pintan sin medida ni disimulo cara, cuello y brazos con almidón pulverizado, afeite que produce un resultado sobre manera desagradable de día, y no muy ventajoso de noche; ya se cuelgan una peluquería entera en la cabeza, porque desgraciadamente por llevar mucho pelo, teniéndolo ellas en general muy hermoso de la naturaleza, se cargan de rizos falsos con el exceso mas chocante[112]. Me parece que esta moda proviene de la indolencia con que se ocupan de su tocador, y de la falta de camareras hábiles que sepan peinar con gusto; pues es menos incómodo pegar aquí un racimo de bucles postizos, allí otro, acá y acullá y en todas partes, que conservar el cabello natural en trenzas o bandas bien aderezadas.

Aunque los gastos de vestir entre las damas exceden mucho en proporción de su modo general de vivir a los de las señoras de Europa, el gusto, si se exceptúa Filadelfia, está muy atrás en los Estados Unidos. Allí no se consultan las estaciones para los colores de los vestidos, sombreros y demás artículos del traje: yo he tiritado muchas veces, viendo a una joven elegante atravesar la

112 Mistress Trollope nota en las norteamericanas un defecto, moda o como quiera llamársele, que en Inglaterra es, por lo menos, tan general como nuestra viajera lo supone en los Estados Unidos. La única diferencia que se advierte entre las inglesas y las americanas es que las primeras no son tan ricas de hermosas cabelleras como las segundas. (Nota del traductor.)

nieve con un sombrero de color de rosa pálido, puesto como un castillo roquero en la misma coronilla; y conocí también a una señorita cuyo lindo cabello se le quedó enteramente helado, por llevarlo de ese modo. Nunca usan manguitos ni botas, y les choca infinito el ver un buen par de zapatos fuertes y medias de algodón, aunque sea sobre el hielo y entre nieve. Ellas van en medio del invierno con sus pobres dedos metidos en prensa en sus escarpines de miniatura, que no les quitan más humedad que la que recogería el cáliz de una prímula; sin embargo debo añadir para excusarlas que esa coquetería parece menos extraña cuando se les mira los pies que casi todas tienen preciosos.

Su marcha no es graciosa, y en general puede decirse que ninguno de sus movimientos lo es, pareciendo por lo común mucho mejores cuando están quietas que cuando se mueven; ni yo sé la causa de un defecto semejante, porque a la verdad tienen en abundancia los maestros de baile franceses. A mí se me antojaba que muchas veces solía descubrir cierta mezcla de afectacion y melindre en su paso corto y ligero, verdadero movimiento de menudeo, y en su eterno menear de manos. No bailan bien, o mejor diría, no parecen bien bailando: toda la hermosura de sus rostros no puede suplir la falta absoluta de garbo y gentileza en una posición en que se presenta toda la persona, ni cubrir el defecto universal del busto, que rara vez es completo o está formado con gracia.

Yo no he visto todavía a un americano andar o pararse bien; a pesar de todos sus ejercicios y revistas militares, casi todos son hundidos de pecho y cargados de espaldas: tal vez nacen estos defectos de no atreverse oficial alguno a decirle a un hermano libre «levantad la cabeza»; pero sea la causa la que se quiera, el resultado a los ojos de un extranjero es muy notable. La estatura y fisonomía de la mayor parte de la población son extremadamente hermosas en hombres y mujeres, pero no saben sacar partido de tan agradables ventajas: diez veces más hermosos parecerían los habitantes de cualquiera otro país con la mitad de la belleza de los norteamericanos.

En actividad y perseverancia para toda clase de especulación, tráfico y empresa, que prometa algún provecho pecuniario, nadie les excede. Yo he oído decir a un inglés que residía muchos años en América que siguiéndolos, alcanzándolos, encontrándolos, en la calle, en el camino, en el campo, en el teatro, en el café, o en su casa, nunca había escuchado una conversación entre ellos, sin que la palabra dólar dejara de resonar a cada instante en el diálogo. Esa unanimidad y simpatía no se pueden encontrar con tal grado de perfección sino acaso en un hormiguero. El resultado es exactamente el que cualquiera prevería. Teniendo delante de los ojos eternamente por objeto único el bajo interés, se acostumbran inevitablemente a pensar de una manera bajamente interesada, Y, lo que es peor, ese apego sórdido al dinero acaba por último embotando la conciencia y apagando hasta la más ligera chispa de probidad.

Yo no conozco prueba de una evidencia más palpable que la que del tono de sórdida moral, producido por esa pasión tan exclusiva como universal del dinero, da la descripción que hacen los mismos americanos de los habitantes de la Nueva Inglaterra. Todos convienen en que ofrecen un espectáculo delicioso de industria y prosperidad, y citan aquel distrito y su población constantemente como la muestra mejor de su admirable país; sin embargo no he encontrado un solo individuo de ningún estado de la Unión, que no pinte a los habitantes de la Nueva Inglaterra como dobles, tacaños, egoístas y tramposos. Los yanquis (como llaman a los habitantes de Nueva Inglaterra) confiesan esas cualidades con una sonrisa de satisfacción, y se jactan de que no hay hombre en el mundo que pueda ponerse con ellos a sacar ventaja en un contrato. Les he oído referir a ellos mismos, y sin avergonzarse, anécdotas de sus compañeros y amigos que, si se creyeran entre nosotros, desterrarían a sus héroes para siempre de la sociedad y compañía de la gente honrada, y todo eso lo contaban con un aire de sencillez y buena fe que me solía hacer dudar si los que hablaban sabrían lo que quiere decirse con honradez y probidad.

Sin embargo los americanos declaran que «ellos son los hombres más morales de la tierra», y lo he oído decir muchas veces no sólo en la conversación y en los papeles públicos sino en el púlpito. Tal jactancia de superioridad en virtud y costumbres provoca un examen rigoroso, y en

cuanto a los resultados del que hice por mi parte, durante una residencia de cuatro años, observando con una atención infatigable e informándome con el más vivo interés, aseguro con toda la sinceridad y honradez de un convencimiento imparcial, que juzgo el carácter general de los norteamericanos muy inferior en virtud y costumbres al carácter general de los europeos.

De su religión, tal cual aparece en lo exterior, ya he tenido ocasión de hablar con frecuencia; no es mi ánimo el juzgar su corazón, aunque sin la menor presunción o falta de caridad, debo tomarme licencia para decir que la protestante Inglaterra y la católica Francia tienen a los ojos de un simple mortal semblantes más religiosos y morales, tanto por la decencia venerable del culto externo, como por el fruto interior de probidad y buena fe que se advierte en el comercio de la vida y en todas las relaciones de hombre a hombre.

Bajo otro punto de vista, el que visite aquellas regiones, sin buscar más que lo que el buen sentido puede hacerle buscar, a saber: un vasto continente, el cual está en su mayor parte como salió de las manos de la naturaleza, y una población ocupada, bulliciosa y trabajadora cortando y rompiendo para abrirse camino por él, no se llevará chasco. Lo que más acrece el interés de aquel espectáculo, es la prodigiosa facilidad que ofrece el país para el comercio interior, a causa de los ríos, lagos y canales que cruzan el territorio en todas direcciones, y procuran a los ramos de tráfico pertenecientes a la agricultura y al comercio un movimiento tan rápido que en ninguna otra parte tiene ejemplo. Este movimiento tan notable se advierte en todos los distritos de la federación, por donde se ha derramado hasta ahora la población creciente del país, y forma en mi entender la particularidad más digna de atención y más importante de aquella nueva sociedad. Apenas me acuerdo de haber visto una sola ciudad donde no hubiese buques o barcos de ésta o la otra forma en perpetua y plena actividad.

Los carruajes de toda especie no se parecen a los nuestros; los de los particulares, calculando por las apariencias, sólo están construidos para servir en el verano, pues son muy cómodos para la estación del calor, pero de ningún modo agradables en el invierno. Las carretas y carros son muy fuertes, cualidad esencial para los caminos que tienen que atravesar. Las diligencias son más pesadas y menos cómodas que las de Francia[113], que con las de Inglaterra no pueden compararse en cosa alguna[114]. No vi un arnés que debiera considerarse hermoso, ni creo que se encuentre en toda la federación un tren completo con los caballos, el carruaje, los arreos y los criados en armonía.

Los trineos son deliciosos, y se fabrican a tan poca costa, que es extraño que no tengamos todos en Inglaterra nuestro trineo para la estación del hielo, que suele durar bastante en nuestro país, y a veces nos permitiría emplearlo una buena temporada. En los Estados Unidos se sirven de ellos con más frecuencia de noche que de día, costumbre cuya razón nunca pude saber, como no sea porque a nadie se ve desocupado por la mañana y ciertamente no hay diversión más agradable que la de correr, el cuerpo bien cubierto de pieles suaves, en un trineo que se desliza con la rapidez de una flecha, con una luna que brilla casi como el sol de mediodía, cortando un aire transparente y puro, y haciendo centellear la nieve como si estuviera sembrada de diamantes. Y luego el movimiento silencioso de los caballos tan mágico y extraño, y el sonido dulce de las campanillas que se encuentran y llevan, todo contribuye a calmar el corazón y excitar el ánimo; en una palabra, yo no desaprobaba el correr por la noche, solamente que hubiera querido correr de día también.

Casi todos los habitantes del campo tienen un carruaje que llaman *carryall*, es decir: *llévalotodo*, nombre según sospecho tomado de la *cariole*[115] que tantas veces se menciona en la

---

113 Y por consiguiente mucho más que las de España, donde las pocas que hay son buenas y están bien servidas. (Nota del traductor.)

114 En efecto sería difícil comparar con exactitud los caminos y diligencias de cualquiera otro país con los caminos y diligencias de Inglaterra, que son lo mejor que se conoce en uno y otro ramo. (Nota del traductor.)

115 En nuestra lengua se designa con el nombre de *carriola* un carruaje abierto de tres ruedas en que la familia real solía presentarse en público. En los Estados Unidos se llama así una especie de calesín o silla volante. (Nota del traductor.)

linda novela canadiense *Emily Montague*[116]. Su construcción es bastante tosca, pero está perfectamente dispuesto con su sólido techo y sus cortinas *de quita-y-pon* para cualquier tipo de excursión de verano.

Los vapores de Norteamérica serían deliciosos para viajar, si se introdujeran algunas mejoras en sus reglas sociales, pero rara vez se emplean para excursiones de mera diversión. Tampoco me acuerdo de haber visto botes ni barcos de recreo que en realidad lo fueran, en ninguno de los muchos parajes en que podrían usarse con tanta seguridad como placer.

¡Cuántas veces me acordaba de nuestro adagio familiar «Siempre trabajar y nunca jugar volverán tonto a Juanito». Jonathan no es tonto, pero es muy insípido y triste. Los ingleses no son ni con mucho tan joviales como sus alegres vecinos del otro lado del canal de la Mancha, mas si se comparan con los americanos son unas sonajas, y todos los días entre ellos son días de fiesta, y las noches carnaval.

Tal vez se aflojaría un poco la cuerda, si las damas pudieran obrar por sí con independencia; pero es de notarse como una particularidad de sus costumbres que excluye la posibilidad de cualquiera peligrosa infracción de semejante especie, el que pocas señoras disponen del dinero porque no se lo confían. Yo he presenciado cien veces, estando en compañía de señoras muy acomodadas y que vivían con el mayor desahogo, que habiéndoles llevado cuentas hasta de un solo dólar, no las podían satisfacer por no tener dinero, y enviaban al acreedor a sus maridos para que reclamase el pago. Lo mismo sucede siempre que se trata de desembolsar inmediatamente cualquiera cantidad, y aun en las compras al contado dicen: «Mandad la cuenta con las cosas, y mi marido os dará un vale.»

Me parece que fue durante mi residencia en Washington, cuando me informaron de una disposición gubernamental que es en mi opinión sumamente curiosa, y por lo tanto creo deberla mencionar aquí.

Todo administrador de correos o «diputado maestro de postas», como dicen ellos, tiene obligación de remitir en su parte una lista de los títulos de todos los diarios que recibe en su oficina para la distribución. Esta lista se presenta al Secretario de Estado, el cual, conociendo perfectamente el carácter político de cada diario, puede calcular por ella el movimiento de todos los miembros de la *monstruosa* turba. Semejante medida es una invención mañosa para tener la clave de las opiniones en la mano en un país, donde la lectura de los periódicos es una parte del pan nuestro de cada día, pero ¿conviene enteramente con su absoluta libertad? Yo no creo que en Inglaterra tengamos esas trampas, para arreglar la distribución de empleos y de sueldos.

Si mal no me acuerdo, fue en Indiana donde Mr. Trollope vio una noticia o aviso concerniente al pago de contribuciones, la cual conservo como un dechado curioso de la manera que tienen los empleados públicos de atraer y convencer a los ciudadanos libres, para que cumplan con las leyes.

«ATENCIÓN DELINCUENTES.

»Los que me son deudores de contribuciones, derechos, notas, gabelas y adelantos son especialmente requeridos a venir y pagar el día primero, o antes del día primero de diciembre de 1828, pues no se tendrá más indulgencia. Yo he llamado a pagar una y muchas veces, por avisos y de otro modo, con muy poco resultado; pero ahora ha llegado el tiempo en que mi situación requiere que inmediatamente me paguen los que me deben. Yo no puedo pagar la suma total del duplicado de las contribuciones y mis otras deudas sin cobrarla de los que me la deben. Ni puedo atinar porque no pagan sus contribuciones los que las deben: parece según la negligencia de muchos que ese dinero se les antoje que es mío, o que yo tengo lo bastante para sufragar las atenciones del estado, y que puedo esperarlos hasta que les sea conveniente el pagar. Ese dinero no es mío, ni tengo bastante para satisfacer la suma de las contribuciones debidas. Mi único arbitrio es *colectar*; al ponerlo en

116 La inglesa Frances Brooke (1724-1789) residió cinco años en Canadá, A su regreso a Inglaterra, publicó en 1769 *The History of Emily Montague*, considerada la primera novela canadiense. Es una novela romántica, pero que también describe la compleja sociedad colonial, compuesta de británicos, franceses, hurones e iroqueses.

planta sentiría mucho tener que valerme de la autoridad que la ley me confiere para hacer efectivo el pago. Debía ser la primera atención de todo buen ciudadano pagar sus contribuciones, porque así se sostiene el gobierno. ¿De qué sirve el votar impuestos si no se han de cobrar? Tened por seguro que procederé a recaudar conforme a la ley; así ya sabéis que obráis avisados.

»JUAN SPENCER, Sheriff y colector, D. C.

»20 de noviembre de 1828.

»*Nota*. El jueves 27 del corriente, A. Saint-Clair y Jorg-H-Dunn, *esquires*[117], salen para Indianápolis: yo deseo que los que puedan pagarme, lo hagan, a fin de remitir todo el dinero que me sea posible juntar, para ahorrarme el 21 por ciento que caerá sobre mí el 8 de diciembre próximo.

»J. S.»

El primer otoño que pasé en América, me sorprendió el sentir la vuelta de un calor fuerte y pesadísimo, acompañado de una niebla espesa, cuando ya el calor de verano debía darse por enteramente acabado. A ese estado de la atmósfera dan el nombre los habitantes del país de *verano indio*, y al comenzar a sentirse dicen: «Ya vamos a tener encima el verano indio.» Pregunté lo que esa expresión significaba, y me respondieron que el fenómeno llamado verano indio es efecto del fuego que los salvajes ponen a los bosques, el cual se propaga, y despide hasta una distancia considerable el calor y el humo que se advierten en el aire. Después he leído la explicación siguiente que me parece mucho más racional:

«El verano indio se llama así, porque en el período particular del año en que se verifica, los indios se dispersan y rompen sus comunidades de aldeas y rancherías, internándose en el país, a fin de prepararse para la caza. Esa estación traza una línea divisoria entre el calor del estío y los hielos del invierno, y por su temple suave es la más favorable para sus emigraciones. La causa de este calor es la combustión lenta de las hojas y demás materia vegetal de los interminables e ilimitados bosques. Los que han penetrado en lo interior de las selvas en esa temporada, conocen perfectamente todas las circunstancias. El calor se siente en los pies con mucha intensidad, mientras el vapor que sube, calienta todo lo que envuelve, y extendiéndose por la ancha atmósfera, llena el ámbito de los cielos de su calor y humo particulares.»

Un calor tan poco natural no podía dejar de producir las enfermedades con que azota a la humanidad el otoño en aquellas regiones. Su efecto, aun en las personas cuya salud general no sufre alteración alguna, es terrible para los nervios. Yo por mi parte me hallaba mucho peor que con el fuego abrasador de la canícula.

Poco antes de nuestra llegada a América, el duque de Sajonia-Weimar había hecho un viaje por los Estados Unidos. Yo he oído hablar a muchas personas de sus modales llanos y afabilidad natural, sin embargo no pudo escaparse del desagrado que cualquiera vestigio de sentimientos nobles y maneras delicadas produce infaliblemente entre las clases ordinarias de los norteamericanos. Para ejemplo divertido de esa antipatía, hice el extracto siguiente de un periódico del país:

«Un corresponsal de la *Charlestown Gazette* nos refiere una anécdota concerniente al viaje reciente del duque de Sajonia-Weimar por nuestro país, que no nos acordamos de haber oído, aunque se ha contado alguna ocurrencia de igual talante con respecto al verdadero capitán Basil Hall. La escena pasó en el camino que va de Augusta a Milledgeville. Parece que el sagaz duque tomó tres o cuatro asientos, o más en la diligencia regular, para su acomodo y el de su familia, y creyó que con eso tenía ya asegurado el monopolio del coche. No tanto como eso, sin embargo; un pasajero se presenta y hace inscribir su nombre en el libro, asegurando su asiento con el pago de los precios ordinarios. Cuando el duque fue a entrar en el coche, se vio con la mayor sorpresa a nuestro pasajero cómodamente instalado en uno de los mejores sitios, bien envuelto en su capote, y roncando como un búfalo. El duque muy irritado reclamó los miramientos, y preguntó en un inglés

117 Me parece extraño que los republicanos de los Estados Unidos conserven esa calificación aristocrática: *esquire* en Inglaterra es el individuo de la clase que corresponde a la de nuestros *hidalgos*.

muy chapurreado la causa de tamaña usurpación, insistiendo en exigir con un tono muy de príncipe, aunque no con lenguaje muy principal, que el intruso saltara del rincón en que con tanta impudencia se había acomodado. Pero el duque tenía que aprender su primera lección de republicanismo. El conductor era uno de esos sureños sólidos que siempre están dispuestos a dejar caer su humanidad sobre el primer gato silvestre que les salta a los pies, y con el mismo tono de resolución dijo al duque que aquel pasajero era tan bueno como él, si no mejor, y que no se movería una paja, porque no era posible la más leve alteración. El de Sajonia-Weimar se enfureció con esta oposición a que tan poco estaba acostumbrado y amenazó al buen Juanito con la aplicación de su bastón. Semejante amenaza es una de las que en el dialecto de Georgia exponen a un hombre *a remar contra corriente en río salado*[118]; así saltó nuestro conductor de su pescante, y despojándose para el combate, se encaramó en el coche berreando como un jabalí, provocando al príncipe de algunos cinco acres a que realizara su amenaza. Pero su alteza no quiso aceptar el medio que se le proponía, y se contentó con asegurar al enfurecido sureño que, en cuanto llegaran a la capital, daría parte a su excelencia el gobernador. La segunda amenaza fue tan fatal casi como la anterior: el individuo amenazado se exaltó hasta ese punto de rabia, que aunque diferente de la locura, se confunde con ella en lo violento de sus efectos, y mandando al gobernador a la..., juró que por su parte lo mismo le daría de coces al gobernador que al duque, y que no le dieran más trabajo que pegarles el mismo voleo a duque y gobernador, que lo haría, que estaba cierto, etc., etc.; y plantándole una zarpa en la cara al atónito y aterrado señor, con la otra lo empotró en un rincón junto al viajero, cuya presencia había sido origen del disgusto amargo de su excelencia, y haciendo montar con el malparado amo a los criados, volvió triunfante a su puesto, y continuó su jornada.»

Estoy íntimamente persuadida de que la tal anécdota de brutalidad no choca menos a las pocas personas cultas y bien educadas que se hallan dispersas por los Estados Unidos, que a mí; pero si en su opinión no es la posibilidad de tales escenas una degradación nacional, estamos ellas y yo muy distantes de pensar del mismo modo. Los americanos (hablando de la gran masa) no tienen otras ideas de lo que constituye la diferencia entre ese «príncipe de un pedazo de tierra» y ellos, que las que tiene un caballo de tiro sobre la distancia que lo separa de un caballo de raza vencedor en la carrera. Si el pobre rocín hablara cuando se le quiere hacer que ceda el pesebre mejor a su gallardo rival, diría tal vez: «Un caballo es un caballo»; y ¿es más racional la lógica con que un Houynnhnm[119] transatlántico desecha toda superioridad, apoyándose en que «un hombre es un hombre?»

Ese cuento justifica la respuesta de Talleyrand a Napoleón, cuando le preguntó qué pensaba de los anglo-americanos: «Sire, ce sont de fiers cochons, et des cochons fiers.»[120]

118 Darse de mojicones. (Nota del traductor.)

119 Naturalmente, referencia a los *Viajes de Gulliver* de Swift.

120 «Señor, son unos fieros cochinos y unos cochinos fieros.» (Nota del traductor.)

XXIX.
Literatura. Extractos. Bellas Artes. Educación.

El carácter de la literatura americana está, generalmente hablando, apreciado con bastante tino en Europa. La inmensa exhalación de ese tremedal de diarios que penetra hasta el último rincón del país y que absorben con ansia todas las clases, es sin disputa una de las causas principales de su inferioridad. Cuando los diarios son los órganos más importantes del ingenio y de la sabiduría de un pueblo, apenas pueden hallar cabida en él las gracias más elevadas de la composición.

Es cierto que entre los americanos hay muchos que escriben bien, pero no lo es menos que esos buenos escritores, para sacar hasta la ventaja de que lean sus producciones, se ven en la necesidad de hacerse editores de algún diario o revista. Por lo que yo misma he visto, no son sus mejores ingenios los que gozan de más popularidad. El gusto general es decididamente perverso, y esto se comprueba no sólo con la enorme cantidad de tonterías que arroja la prensa diaria y semanal, sino con la hinchazón de tono que emplean para alabar a sus autores sabandijas.

A mi parecer un escritor americano debe considerar como una distinción honrosa que los papeles públicos no lo admiren, y como una fortuna escapar de sus encomios; porque yo me imagino que hay muy pocas personas de gusto a quienes pueda lisonjear un anuncio como el siguiente que copié de un periódico de Nueva York, donde lo leí a continuación del título de un volumen de poesías de Mr. Brooks y su esposa; pero de eso se componen sus anuncios literarios por lo común.

«Los amantes de los números clásicos y apasionados pueden prometerse muchas delicias con la musa de Brooks, mientras el arpa multi-corde de su señora, la Norna del Arpa del Correo, que nadie sino ella puede tocar, tiene una cuerda para todos los corazones.»

El conocimiento ligerísimo que tienen de los buenos modelos de composición que tan necesarios se juzgan para completar la educación de una persona verdaderamente instruida, es otra causa palpable de inferioridad en su literatura nacional. Quizá no falta razón para deplorar el exceso de tiempo que se emplea en Inglaterra para adquirir el latín y el griego, siendo muy dudoso si el poder escribir en esas lenguas con facilidad y corrección vale el trabajo que cuestan. Pero mientras en el mundo haya letras, no se podrán negar las ventajas que produce el conocimiento familiar y completo de los exquisitos modelos de la antigüedad, conocimiento que sin exponerme a una contradicción puedo asegurar que posee cierto número, aunque proporcionalmente cortísimo, de personas de las clases más altas en América. Ni se suponga que las traducciones proporcionan los mismos frutos que las obras originales: por más nobles que sean los pensamientos que nos han legado los antiguos, su fuerza de expresión es infinitamente más importante para los escritores modernos, como objeto de estudio, y esa fuerza de expresión no se alcanza en las traducciones. Por otra parte me parece que los norteamericanos no están mucho más adelantados en la literatura moderna, para que pueda ésta suplir aquella falta y contribuir a formar su estilo. Entre las obras de literatura moderna que clasifican como tales, muy pocas cuentan más allá de las publicaciones inglesas del día.

Hablar de Chaucer y aun de Spencer[121] como de poetas modernos les parece inexplicablemente ridículo; y toda la rica y variada elocuencia de Italia desde Dante hasta Monti es poco más o menos tan conocida entre ellos como entre nosotros las efusiones galesas de Urien y Modred[122].

---

121 Véase la nota 30.

122 El Homero y el Pindaro del principado de Gales en Gran Bretaña. (Nota del traductor.)

Rousseau, Voltaire, Diderot y demás escritores franceses del siglo pasado eran leídos de los viejos federalistas; pero ahora más bien se miran esos nombres como malas palabras y dicterios que como nombres grandes; y o me engaño mucho, o no se encuentran cien americanos, entre los que nunca han salido de su país, que hayan leído alguna obra de La Fontaine o de Boileau. Con todo aun son menos los que conocen la hueste amabilísima de escritoras francesas, cuyas memorias y cartas brillan en todas sus páginas con una felicidad de estilo sin igual. La literatura española y la portuguesa no son más conocidas; y en cuanto a los ingenios del tiempo de la reina Ana, sólo se hallan por casualidad en alguna docena y media de casas antiguas, allá en el último rincón de un estante carcomido, liados como papel viejo y cubiertos de polvo y telarañas con Sherlock y Taylor: antiguallas que no pueden ponerse en armonía con los progresos inmensamente rápidos del entendimiento que señalan la superioridad de los americanos.

Las obras que entre nosotros pasan como dechados perfectos de la literatura inglesa sea de nuestros días sea de los tiempos anteriores, no son ciertamente producciones que se deban a la imitación de tal o tal estilo determinado; pero *La Reina de las Hadas*[123] quizá no existiría, si Ariosto no hubiera escrito el *Orlando*; ni Milton[124] habría sido tan perfecto poeta como es, si Virgilio y Taso le hubieran sido extraños; no porque deba el buen discípulo remedar frase por frase lo que ha leído, sino porque le es imposible pensar con elevación, sentir con delicadeza, y expresarse con elegancia, si el fondo de sus ideas y de sus sentimientos, y el caudal de sus expresiones son de un orden inferior.

La lectura de novelas está allí en grande auge, pero el mercado lo provee principalmente Inglaterra; aunque tienen unas cuantas novelas muy buenas. El *Francis Berrian* de Mr. Flint[125] es una producción deleitosa: hay en el estilo de este escritor una frescura y un vigor que corresponden exactamente a lo que se busca en la literatura de un país nuevo, y que son casualmente las prendas que se echan menos en la literatura americana. Su estilo se me antoja casi siempre hinchado y afectadísimo en sus composiciones de imaginación. Aun cuando tratan el asunto nacional de más importancia, es decir, los indios, rara vez logran desempeñarlo con energía u originalidad. En todos sus historias de indios repiten, una vez y otra y mil, varios rasgos generales conocidísimos de la fisonomía física y moral del pueblo de las selvas, de modo que el lector pierde hasta los vestigios del carácter individual. La *Historia del Valle de Misisipí* escrita por Mr. Flint, es una obra de mucho interés y profunda instrucción, que con el tiempo llegará a ser bien conocida en Inglaterra, donde probablemente obtendrá todo el aprecio que merece, mucho mejor que en América.

---

123 Poema de Spencer. (Nota del traductor.)

124 Autor célebre de varios poemas, entre los cuales descuella como un monumento europeo su *Paraíso perdido*. El señor Reinoso ha imitado este poema en su *Inocencia perdida*, arrogante vuelo, que indica a donde el señor Reinoso hubiera llegado, si hubiese continuado el rumbo del paraíso. No es ese ensayo poético la semejanza sola que tiene con el poeta inglés el escritor sevillano. (Nota del traductor.)

125 Véase la nota 70.

El doctor Channing[126] es un escritor tan conocido en Inglaterra que no necesita de mi testimonio para que se confirme su reputación de gran talento. Como predicador con dificultad se le hallará un rival en ninguna parte. Es de la religión de los Unitarios, a la cual pertenecen, según me informaron varias personas que conocían perfectamente la biografía literaria del país, casi todos los hombres distinguidos.

Mr. Pierpoint es un orador muy elocuente y un dulce poeta. Sus obras no son tan conocidas de los ingleses como deben serlo.

Mr. Everett ha escrito algunos hermosos versos, y a juzgar de sus talentos por las muestras de sus alocuciones tales cuales se leen en el volumen intitulado *Elocuencia de los Estados Unidos*, yo por mi parte lo colocaría mas bien entre los poetas que entre los oradores; pero la fama americana lo ha decidido de otro modo.

Mr. Flint, de la Luisiana, ha publicado un volumen de poesías que debe naturalizarse en Inglaterra.

Mr. Hallock, de Nueva York, posee una facilidad grande para la versificación, y está muy en moda como poeta de salón, aunque en mi opinión Mr. Hallock tiene un sí es no es de demasiado respeto a su persona y de harto poco a sus lectores.

Me parece que Mr. Bryant descuella entre todos los poetas de los Estados Unidos, «Como ciprés entre abatidos mimbres.» Ese ingenio remonta su vuelo a muy alta región, y tiros como los míos no pueden llegar hasta él; además, «Yo soy de otra parroquia», y por lo mismo juez acaso incompetente.

De los muchísimos extractos de poesías varias que hice, no he hallado, al revisarlos para transcribirlos, uno solo cuya inserción no sirviera más para descubrir la malicia y la tontería (¡oh malcasada pareja!) que para dar pábulo a una crítica provechosa.

Confieso que no he leído ni aun uno de los cuarenta cantos de la maciza *Fredoniad* del doctor Emmons; pero como no he conocido a ninguno de sus compatriotas que haya hecho más que yo, confío en que se me disculpará por la falta de arrojo poético.

Los americanos tienen muy pocas tragedias nacionales, no pasando su número de media docena, y esas de fecha muy reciente. Sería poca generosidad insistir mucho en esta parte: la sola tentativa en una de las empresas más arduas de la poesía es por sí misma honrosa, y el éxito ha sido por lo menos igual al que han obtenido en los demás ramos de la literatura.

Mr. Paulding es un escritor popular de novelas; últimamente se han publicado en Inglaterra algunas de sus producciones.

Miss Sedgwick es también muy conocida entre los ingleses su *Leslie Hope*, novela hermosa. Mr. Washington Irving y Mr. Cooper han elegido otro campo para coger sus laureles, y son tan conocidos que apenas es menester mencionar aquí sus nombres.

---

126 Entre los autores que menciona Trollope a partir de aquí, podemos destacar los siguientes:

Walter Channing (1786-1876) fue un médico y académico norteamericano. Además de obras científicas, publicó en 1851 un libro de versos titulado *New and Old*, en el que recoge descripciones, recuerdos, viajes…

Edward Everett (1794-1865) fue un político, orador y escritor norteamericano.

Fitz-Greene Halleck (1790-1867), poeta norteamericano en ocasiones comparado con Byron.

William Cullen Bryant (1794-1878), poeta muy influido por el romanticismo y periodista. Partidario de la abolición de la esclavitud.

James Kirke Paulding (1778-1860), prolífico escritor y político. Partidario de la esclavitud.

El célebre Washington Irving (1783-1859) fue diplomático y escritor. Vivió buena parte de su vida en Europa, y su obra es una de las cumbres de la literatura romántica. Durante su estancia en España escribió los famosos *Cuentos de la Alhambra*, y la poca exacta *Vida y viajes de Colón* (aunque aprovechó abundantemente la obra de Fernández Navarrete).

Nathaniel Bowditch (1773-1838), matemático norteamericano. Publicó en 1802 su útil *The New American Practical Navigator*, que resultó un éxito considerable y duradero.

Yo por supuesto no soy capaz de formar opinión alguna acerca de sus obras científicas; pero lo que por casualidad he leído de ellos en esta materia, se me antoja escrito con grande claridad y mucha exactitud.

Parece extraordinario que un país, donde se profesa altamente un respeto sumo a las ciencias, carezca enteramente de observatorios. Ni en sus principales escuelas, ni en sus ciudades existe cosa alguna de esa especie; ni tampoco oí que hubiese personas de ninguna clase que se dedicaran al estudio de la astronomía.

No tuve el gusto de hacer conocimiento con Mr. Bowditch, de Boston; pero sé que este señor goza de una reputación muy elevada como matemático entre los sabios de Europa.

Las obras póstumas de Jefferson estaban en grande boga y corrían por todas partes, durante mi residencia en el país. Las tales obras son una plaga fatal. Jefferson ha escrito con más claridad de expresión que solidez de pensamiento, y su democracia delirante ha hecho en su patria muchos estragos. Semejantes doctrinas, a pesar de su veneno y superficialidad, halagan demasiado el amor propio de un pueblo, donde cada individuo prefiere derivar su importancia política y moral de la creencia en que está de no tener a nadie por cima, que de estar convencido de que en su posición respectiva forma parte de una sociedad grande y noble. El sistema de Mr. Jefferson, si a realizarse llegara, haría del género humano una masa discorde y embrollada de átomos en perpetua contienda, y la máxima predilecta de *Yo soy tan bueno como tú*, no tardaría en desterrar las leyes y el Evangelio de la sociedad, quedándose en su lugar como fundamento del código de la anarquía. Como quiera que sea, sus principios, aunque no enteramente puestos en acción por fortuna, han producido ya sin embargo los resultados más lamentables.

Todas esas pretensiones de igualdad social no son más que vagas declamaciones y embelecos desprovistos hasta de apariencia, pero bastan para dar a las costumbres de los pobres el giro de una insolencia brutal, y para sujetar al hombre independiente a la necesidad de comprar su reposo y seguridad con una mentira, pues sanciona con una baja sumisión un principio, contra el cual protesta su conciencia. En efecto sería imposible negar que los ilustres varones de Norteamérica alcanzan el poder y la fama, pronunciando eternamente una aserción hipócrita, de cuya falsedad están íntimamente convencidos. Los ciudadanos de los Estados Unidos no son ni moral ni físicamente iguales. ¿Lo pensó por ventura Washington cuando su voz (felizmente para ellos) arrebató los votos de tantos millares? ¿Lo pensó Franklin, cuando pasó desde la imprenta al ministerio? A la verdad, Franklin echó una mirada riéndose sobre los que se quedaban atrás, y con el mayor agasajo, aseguró a los pobretes que todos eran iguales; pero Franklin no dijo la verdad, y estaba persuadido de que no la decía. El mismo Jefferson, el grande, el inmortal Jefferson, que, aun pasado el meridiano de la vida, imponia a las jóvenes que estaban bajo su yugo la condición terrible de someterse a su capricho, y llegó así a ser padre de innumerables infelices esclavos, ese hombre que repetía por mañana y tarde, como su himno y su plegaria plegaria «Todos los hombres han nacido libres y son iguales», ¿lo creía de buena fe, o también el padre de la pandilla compró la inmortalidad con un embuste?

* * *

También hice algunos extractos de los cinco pesadísimos volúmenes de la *Elocuencia de los Estados Unidos*, los cuales inserto aquí, más bien a causa de su interés público que con objeto de hacer una crítica literaria de ellos.

Mr. Hancock (uno de los venerables patriarcas que firmaron el acta de independencia) se explica del modo siguiente, hablando de Inglaterra:

«Si yo poseyera el don de profecía, no me atrevo (excepto por mandado divino) a desarrollar las hojas en que los destinos de ese reino, un tiempo poderoso, están escritos.» Es lástima que Mr. Hancock una ese *no me atrevo* con el otro *poseyera*, porque quizá sin esa faltilla de gramática hubiéramos sabido de antemano, por una revelación en extremo edificante, todas las terribles cosas que iba a hacernos la república.

Sesenta años han pasado desde que pronunció las palabras citadas el profético orador; el tiempo no les ha dado mayor fuerza; pero sí ha dado más arrojo a los hombres, porque en uno de los últimos aniversarios del 4 de julio, Mr. Rash, sin aguardar a mi parecer el mandato divino, nos regala el bello retrato que copio del carácter inglés:

«Volviendo los ojos a la Inglaterra, vemos una aspereza de carácter, considerado en general, que toda Europa percibe y reconoce; un espíritu de censura indecorosa sobre todo lo que pertenece a costumbres e instituciones que no son conformes a las suyas; una ferocidad en varios rasgos característicos de sus hábitos nacionales, que se ingiere hasta en sus pasatiempos y diversiones-pasatiempos y diversiones que ningún otro pueblo puede soportar, no teniendo la sensibilidad tan encanallada; una arrogancia que no se manifiesta en su comercio mutuo, pero a que dan suelta con los extranjeros, ya sea en su mismo país, ya sea en el país de los otros cuando allí residen alguna temporada; un código de leyes criminales que nada recuerdan del sentimiento generoso inspirado por la humana fragilidad, que andan a caza de la desgracia, y que han derramado más sangre con la calma y resolución de la severidad judicial en los dos últimos siglos, creciendo siempre sus sanguinarios estragos, que la jurisprudencia de ninguna otra nación tan culta e ilustrada como ella durante su existencia; los azotes sin piedad en su ejército, castigo particular suyo; los vicios entronizados en las clases elevadas y el descaro insolente con que hacen alarde de ellos; las distinciones onerosas prodigadas a la opulencia y el nacimiento, tan fatales a la moral sana de las naciones y destructoras con escarnio de la virtud. He ahí algunos de los rasgos que se presentan a la contemplación del que observa a los habitantes de esa isla.»

¿En qué alambique se puede extraer de la obra del capitán Hall la milésima parte de mala voluntad que contiene ese pasaje? Sin embargo toda la América del Norte ha resonado de confín a confín con los ecos de las execraciones que han excitado sus bárbaras calumnias.

Oigamos ahora un tono diferente. Veamos como elogian los americanos. Mr. Everett en un reciente aniversario del 4 de julio habla de este modo:

«Estamos autorizados para asegurar que la era de nuestra independencia es la fecha del establecimiento de la única organización perfecta de gobierno.» En otra parte: «Nuestro gobierno es en su teórica perfecto, y lo es también en su práctica. Así hemos resuelto nosotros el gran problema que ofrecían los negocios humanos.» Y luego: «De las regiones aéreas de Utopia descendió un dechado de perfecto gobierno, que ha encontrado su habitación y su nombre en nuestro suelo.»[127]

Entre las cosas que leí como variedades, noté una relación americana detallada, o con más verdad, oficial, de la toma de Washington por las tropas inglesas en 1814. Un suceso tan antiguo y de tan poca importancia por su influencia, apenas merece que se aluda a él; pero hay en el documento oficial pasajes que me parecen muy entretenidos.

Al instante mismo que los americanos fueron atacados por los ingleses en las alturas de Bladensburg, hubo entre sus generales un curioso altercado, sobre el punto en que debían tomar posición, y lo que debían hacer. Sabido es que los ingleses se arrojaron sobre ellos en guerrillas. El general americano (Winden) en su relación describe de esta manera lo que siguió.

---

127 Nada es más admirable que ese amor apasionado con que miran los hombres su país. Yo he llorado al pie del Atlas, oyendo al venerable Xeque Elmmenid ensalzar las glorias del desierto la felicidad de los arenales. El fanatismo patriótico es una virtud; sin él no contaría la Grecia Codros y Arístides, Roma Horacios y Catones, España Pelayos y Guzmanes, el mundo héroes y sabios. Los cosmopolitas no carecerán de aprobación, mientras haya en los pueblos patricios degradados que sólo viven contentos donde sacian sus caprichos; pero tampoco se librarán de la censura y del desprecio de los buenos ciudadanos. El día en que los norteamericanos se entibien en ese amor exclusivo a su libertad y a sus instituciones, empezará un período de decadencia que acabará en su ruina. Si sus cosas no merecen una aprobación absoluta, harán mal en no aprovecharse de los consejos u observaciones que puedan recoger en favor suyo; pero sería infame que ellos aprobaran la censura extranjera, como es infame entre nosotros hacer coro con los extraños, para vilipendiar las venerables reliquias de las costumbres nacionales. Mistress Trollope, sin advertirlo, justifica por sí misma a los norteamericanos. ¿Qué patriota tiene más amor a su país, más entusiasmo por las glorias inglesas, más fanatismo por sus antiguas y nobles instituciones? (Nota del traductor.)

«Nuestros escopeteros (*riflemen*) rompieron el fuego entonces, e hicieron hasta seis descargas, cuando observé que se retiraban corriendo a una arboleda. Allí hicieron alto, y por un momento creí que iban a volver a su posición primitiva, mas al cabo de algunos instantes se dispersaron enteramente, retirándose sobre la izquierda de la línea de Stansburg; con todo habiendo tomado los proyectiles una dirección más horizontal, se siguió la fuga universal del centro y de la izquierda de esta columna. El 5° regimiento y la artillería permanecieron firmes, y esperaba yo que impidiesen la aproximación del enemigo; pero avanzando sus guerrillas, incomodaban sus fuegos considerablemente el 5°, y para ponerlo fuera de ellos, mandé que se retirara. Esta orden sin embargo fue inmediatamente seguida de contraorden, no queriendo verificar la retirada antes que la necesidad fuera mas urgente, y esperando que saliera el enemigo en masa y pudieramos atacarlo en términos de igualdad. Pero sus fuegos molestaban cada vez mas al 5°, hiriendo a varios; y viendo pasar una gruesa columna por la parte superior del camino, y desplegar sobre su izquierda, mandé tocar retirada; pero no se retiraron, sino huyeron en un completo y absoluto desorden.»

Del regimiento de Beall da el general esta relación sucinta: «Hizo una o dos descargas inútiles, y huyó.»

En otra parte dice lastimosamente: «La caballería lo hubiera hecho todo menos cargar.» El parte bonito y metafísico del general Armstrong se reduce, para explicar la causa de la derrota, a la frase siguiente: «No hay duda, la causa principal de nuestro desastre se ha de buscar en el apego a la vida.»

La acción de Washington, que en sus resultados fue ciertamente provechosa a América, pues debe mirarse como la causa de que hayan construido el hermoso Capitolio que ahora ennoblece la ciudad, en lugar del antiguo que incendiaron nuestras tropas, se consideró entonces nada menos que como una calamidad nacional. En un volumen de poesías diversas, leí una composición escrita con la intención patriótica de reanimar el espíritu público abatido con aquel descalabro: uno de los tercetos me asustó, porque a la verdad, por más consolador que fuera para los americanos en aquella época, no deja de anunciarnos el peligro que siempre nos amaga, a nosotros pobres habitantes de una pequeña isla.

«Si a Jorge le quemamos por su guerra
Su casilla de Kew, como lo haremos,
¿No será eso quemar toda Inglaterra?

Si mal no me acuerdo, ya he hecho mención del éxito infeliz que hasta ahora han tenido todas sus obras jocosas: últimamente han querido tentar de nuevo el género vedado; pero todavía no puede decidirse cuál sea el resultado. Los editores son unos cómicos de la compañía de Boston, y la obra lleva por título: *Anuario Cómico Americano*. Va acompañada de grabazones por el estilo, mas no con la gracia de los de Cruikshank[128]. Entre los chistes de este gracioso volumen hay varios que se dirigen a ridiculizar a los ingleses, sobre todo por su incapacidad absoluta de pronunciar el inglés. En realidad era necesario que contratáramos con algunos profesores americanos, por que de lo contrario vamos a perder hasta los últimos vestigios de pureza y exactitud en la pronunciación.[129]

---

128 El célebre pintor, ilustrador y caricaturista escocés Isaac Cruikshank (1764-1811).

129 Como muestra del estilo y asuntos del *Anuario Cómico Americano* extracta Mistress Trollope un retazo del diálogo de una piececilla titulada *Dichos y Hechos*. El personaje en cuya boca ponen los autores el trozo copiado por Mistress Trollope, es un caballero inglés, un cierto capitán Mandaville que atormenta la pobre lengua inglesa del modo mas salvaje; pero el lector de la traducción no podría nunca comprender por la imitación mía la fuerza de una burla, merecida o no, que da a cada palabra por la alteración de una sola letra el significado más ridículo. Aunque hubiera yo imitado el dejo de una de nuestras provincias, no babría conseguido dar la más leve idea del chiste de ese extracto. Dios me libre de la tentación de imitar a cierto dómine que traduciendo la *Eneida* con sus discípulos, les tiraba de las orejas a los pobres muchachos para explicarles el ruido del viento! (Nota del traductor.)*

* Éste es el pasaje suprimido:

As a specimen, and rather a favourable one of the work, I transcribed an extract from a little piece entitled, *Sayings and Doings, a Fragment of a Farce*. One of the personages of this farce is an English gentleman, a Captain

No obstante debo recordar que ni aquí ni en otra parte alguna, es mi ánimo confundir en la frase general «los americanos» la porción instruida y que ha viajado con aprovechamiento. Mis observaciones no pasan de la línea que es forzoso trazar entre estos, y la generalidad que juzga de nuestra pronunciación y modos de decir por lo que ha oído en su país.

Sería absurdo abultar estos pequeños volúmenes con extractos que probaran la verdad de mis aserciones, pero ya que hablamos del gusto y giro de sus obras ligeras, y también del tono más común de sus modales, no me es posible dejar de transcribir un pasaje de una publicación anual americana, a saber: *El Presente* (*The Token*), donde se pretende bosquejar una escena de la vida elegante. Este trozo forma parte de un diálogo entre una señorita del más alto puesto, y su tutor, que es además su amante, aunque no declarado todavía.

«—Con qué ¿no queréis decirme —dijo ella— lo que os ha sucedido y porqué tenéis ese ceño que parecéis tan grave y sensible como un diccionario, cuando por el consentimiento universal, y aun por el mío, lo alegre sólo priva?

»—¿Tan grave os parezco, Miss Blair?

»—¿Tan grave os parezco, Miss Blair? Cualquiera diría que hoy no sabía mi lección. ¡Vaya señor mío! ¿Os ha pisado el buey negro, cuando habéis salido?

»Philip quiso hacer que se sonreía, pero en vano. Se mordía los labios y callaba.

»—Yo tengo orden de entreteneros, Mr. Blondel, y si mi pobre meollo puede dar la vuelta a esta isla encantada, no dejaré de cumplir con mi deber. Voy a empezar con la sanguijuela. ¿Qué os duele, señor?

»—¡Miss Blair! —dijo yendo a reconvenirla— ¡Miss Blair!

»—Ahora ¡qué lástima! Soy una mala curandera: porque a la verdad que me den con un látigo, si yo sé que Miss Blair es una terciana o un tabardillo. ¿Cómo habéis cogido ese mal, señor?

»—Realmente, Miss Blair...

»—Vaya, bien lo veo; no os gusta la medicina: pues dejémosla. Ahora voy a ser sensible. Hace un día hermoso, Mr. Blondel. Para dar un paseo en compañía de una persona agradable.

»—¿Ha estado mucho tiempo Mr. Skefton? —preguntó Philip interrumpiéndola.

»—Nadie lo sabe.

»—¡De veras! ¿Sois tan ignorante?

»—Y¿porqué vuestra sabiduría hace esa pregunta?»

En ninguna sociedad del mundo es tan clara y palpable la ventaja que resulta de viajar como en América. En los otros países se halla cierto tono de simplicidad sin pretensiones, que sirve de más que de compensación por la falta de grandes conocimientos transcendentales o de observaciones profundas; pero en América no existe semejante tono, excepto acaso solamente entre los pocos que, habiendo echado una ojeada sobre la porción insignificante de la tierra que no está incluida en los Estados Unidos, han aprendido a conocer, cuanto le queda que saber todavía a su

---

Mandeville, and among many speeches of the same kind, I selected the following. Collins's Ode is the subject of conversation.

«A—r, A—a—a it stroiks me that that you manetion his the hode about hangger and ope and orror and revenge you know. I've eard Mrs. Sitdowns hencored in it at Common Garden and Doory Lane in the ight of her poplarity you know. By-the-boye, hall the hactin in Amereka is werry orrid. You're honely in the hinfancy of the istrionic hart you know; your performers never haspirate the haitch in sich vords for instance as hink and hoats, and leave out the win wice, wanity you know; and make nothink of hommittin the k in somethink.»

There is much more in the same style, but perhaps this may suffice. I have given this passage chiefly because it affords an example of the manner in which the generality of Americans are accustomed to speak of English pronunciation and phraseology.

It must be remembered, however, here and every where,that this phrase, «the Americans», does not include the instructed and travelled portion of the community.

poderosísimo y sapientísimo país. Porque los demás declaran todos a una voz, y en efecto así lo creen, que ellos únicamente, y nadie más que ellos entre los hijos de los hombres, poseen la ciencia y el ingenio, y que uno de sus privilegios exclusivos es el de hablar inglés elegantemente. Para esta última persuasión hay dos razones: la una es que la gran mayoría de los americanos nunca han oído otro inglés que el de ellos mismos, a no ser el que chapurrean los pobres irlandeses de la ínfima clase; y la otra, que los que han tenido ocasión de encontrarse en sociedad con los pocos ingleses de educación que han visitado los Estados Unidos, han descubierto en ellos una diferencia señalada entre sus frases y acentos, y los idiotismos y dejo de los que estaban acostumbrados a oír, por lo que como de cajón han decidido que ningún inglés sabe o puede hablar inglés.

Las revistas de América contienen algunos buenos artículos, escritos con solidez y claridad; pero no hay en ellos ni asomo de esa viveza jocosa, de ese espíritu agudo y penetrante de sátira que desespera al que recibe sus punzadas, pero que tan útil es para desbastar las desigualdades del mal gusto, y reducir al lodo de donde se levanta con tanta presunción la tontería. Tampoco se descubren rastros de esa graciosa erudición cuya familiaridad y conocimiento general caracterizan el estilo de las mejores revistas de Europa, e introducen al lector en una excelente sociedad. Ni los escritos ni la conversación de los americanos participan de los visos de ese tono, que dista tanto de la pedantería como de la ignorancia, y que no es la misma instrucción, sino el efecto de ella: tono tan insinuante, tan sutil, que lo mismo se trasluce en los salones más festivos y reuniones más alegres de Europa, que en la biblioteca claustral o en el retrete solitario del sabio, y tal vez sea la última perfección de la más perfecta sociedad.

En uno de los números recientes de cierto periódico trimestral americano, salió un artículo sobre la obra del doctor Von Schmidt Fiseldek, del cual hice el extracto que publico, como padrón curioso de los sueños que allá se forjan en su mente con tanto deleite.

El doctor Von Fiseldek que no solamente es doctor sino que a la borla junta el penacho de caballero de Dannebrog, no ha pisado en su vida el suelo americano, sin embargo el doctor caballero ha escrito una profecía, anunciando que los Eslados Unidos han de gobernar y gobernarán el mundo entero, porque son tan grandísimos y tienen tantísimo territorio inculto. Vaticina que el Norte y el Sur de América se unirán con estrecha alianza, y darán a la Europa un golpe mortal, añadiendo que el momento terrible no está lejos, aunque tiene la modestia de decir francamente que no pretende señalar a punto fijo la época en que su predicción se cumplirá.

La profecía dánica, como cualquiera se puede imaginar, encanta al articulista, que en su entusiasmo exhorta a todo el mundo a leer el libro del doctor Fiseldek, porque «no puede resultar sino mucho bien de tales meditaciones sobre lo que sucederá, y porque contiene ideas eminentemente calculadas para despertar las más altas esperanzas del destino que los aguarda, y servirá para inculcar en la nación el convencimiento de que es menester que se prepare para tan altos destinos.» En otra parte prorrumpe nuestro *revistista* en la siguiente efusión: «América, joven como es, es ya el faro, el pueblo patriarca de los pueblos que luchan en el universo»; y después añade: «Sería apartarse del orden natural de las cosas, y de la regla ordinaria del gran plan de la Providencia, sería cerrar los oídos a la voz de los tiempos, y los ojos al inevitable enlace de las causas y los efectos, el refutar la probabilidad extrema, por no decir la certidumbre moral de que el Mundo Viejo reciba el impulso del Nuevo.» El artículo tiene veinte páginas, pero me limitaré a transcribir solamente otro pasaje, que puede servir para manifestar la manera de raciocinar de los americanos, y como se llegan a imbuir en la opinión de que la gloria de Europa es en realidad un baldón que la oscurece. «El europeo, dice nuestro redactor, envanecido con la ilusión de su superioridad, se abandona al reposo en sus hogares, brillando con sus prestadas plumas, recogidas en todos los ángulos de la tierra y por la industria de todos sus habitantes, pues jamás lo hubieran adornado de ellas ni sus fuerzas ni su ingenio, y continúa disfrutando goces que la naturaleza le ha rehusado.»

La *Revista Trimestral Americana* merece justamente el puesto más elevado entre las demás producciones de la literatura periódica, y por lo tanto se puede citar muy oportunamente como la clave que da el tono al coro de la opinión pública.

* * *

La incorrección de la imprenta es grandísima. Sus reimpresiones convierten en parodias ridículas los libros franceses o italianos que reproducen. El latín no sale mejor librado, y el griego saldría peor, si no tuviera la fortuna de que no les dé la manía por reimprimirlo a menudo.

Con respecto a las Bellas Artes, sus pinturas son, en mi opinión, excelentes, o por mejor decir, superiores a lo que esperarse debía con tan poco estímulo y menos protección, siendo maravilloso que haya una persona que tenga valor para dedicarse a una profesión, en que se le ofrecen tan pocas probabilidades de apoyo. El oficio de carpintero abre al que entra en él una senda infinitamente mas segura para llegar a la fortuna; y esto es tan sabido, que solamente una pasión verdadera e invencible puede alucinar a los que se consagran a las Bellas Artes. La causa de los pocos progresos que hacen los que se sienten podridos de esa pasión, es sin duda la falta total de cuantos medios contribuyen a sostener la aplicación, y convertir el estudio en un trabajo eficaz y provechoso. Un artista joven, cuyas circunstancias no le permitían visitar la Europa, pero que no obstante estaba resuelto a seguir, en lo que posible le fuera, el método de estudio europeo, me dijo que iba a comenzar el dibujo natural del cuerpo humano, y que con ese fin se había provisto de un vestido sutil de seda para vestir a sus modelos, pues ninguna persona, de cualquiera clase o condición que fuese, querría someterse a servir de modelo sin cubierta.

En Alexandria fue donde vi la mejor pintura de artista americano que yo haya encontrado. El cuadro representaba a *Agar e Ismael*. Acababa de llegar de Roma, donde el pintor, que era un joven llamado Chapman, había estado estudiando tres años. Su madre me dijo que tenía veinte y dos años y una pasión decidida por el arte si al volver a su país obtuviera la acogida que merece su talento y mantuvieran con un noble estímulo su ardor y su trabajo, creo que aun volvería a oír hablar de él.

Se dice mucho acerca de la difusión universal de la buena crianza en América, y no se dejan de admirar y encarecer con entusiasmo los adelantos del entendimiento en todo el territorio de los Estados Unidos. En cuanto a los americanos, ellos se creen, con toda la sinceridad de que es capaz el corazón de un niño, que han superado, superan, y superarán a la raza intelectual de toda la tierra. Yo bien sé que una sola palabra que indique la más ligera incredulidad en este punto, me acarreará una excomunión de la otra parte del Atlántico, mas sería mengua omitir una materia tan interesante. Antes de salir de Inglaterra me acuerdo que con mucha admiración había oído declamar a una persona elocuente, amiga mía, contra nuestro sistema de educación pública, porque reduce las varias facultades de nuestros niños a una senda trillada, sin fijar mucho la atención en los talentos particulares por que despuntan.

Esta censura es en extremo laudable; mas creo que es necesario dudar de la solidez de su fundamento, y esas dudas se ocurrirán a cuantos hayan observado el efecto del sistema contrario en los Estados Unidos.

De todos los informes que pude recoger, y a la verdad procuré con todo esmero que fuesen exactos, aparece que en efecto se emprende mucho, pero realmente muy poco más se adquiere o nada fuera de leer, escribir y llevar los libros de cuenta y razón. Si se lee el prospecto del sistema que se sigue en nuestras escuelas públicas y el de un seminario de primera clase americano, nos chocará la diferencia que hay entre la estrechez y rutina escolástica del primero, y la variedad y objeto inmenso del segundo. Pero profundizad un poco la materia, y veréis como la vieja rutina de las escuelas inglesas ha producido glorias más altas y talentos más sólidos, que todo lo que prometen los bramidos y truenos de esos índices.

No dejan tampoco los americanos que los jóvenes estudien hasta los veinte y dos o veinte y tres años, y para no sufragar los gastos que esa prolongación les traería, han declarado *ex cathedra*

americana que no es menester. La educación pues se acaba a los diez y seis años, y muchas veces antes, y entonces empieza el aprendizaje de «juntar plata.»La idea de que se necesite más instrucción que la que buenamente se adquiere en ese tiempo, se mira comúnmente como ridícula y efecto de preocupaciones monacales, a lo cual se añade que, si en una escuela los antiguos quisieran más tiempo de enseñanza, los modernos les negarían la sumisión. Cuando el arañar la plata comienza, se acaba el ocio, y toda la instrucción que puede alcanzarse después, se recoge al paso en las novelas, revistas y diarios.

¿A qué edad puede formarse el gusto? ¿Cómo adquirirse un estilo correcto y elegante, ni aun siquiera para hablar? o ¿cuándo juntarse con las riquezas naturales de la inteligencia americana los tesoros de dos mil años de pasada meditación y progresos señalados del entendimiento humano? Esos son los instrumentos, si así puedo explicarme, que nuestro elaborado sistema de enseñanza académica pone en manos de nuestros estudiantes: cuando los poseen y saben manejarlos, empléenlos de la manera que se les antojare, nunca les servirán de estorbo.

No hay pueblo que parezca más deseoso de excitar admiración y recibir aplauso que los norteamericanos, sin embargo no lo hay tampoco que menos se incomode o que haga menos sacrificios para merecer la primera y obtener el segundo. Pero por más que se extasíen y se prodiguen mutuamente cuantos elogios es capaz de inventar el orgullo nacional, no lograrán que lo restante del mundo forme coro para repetir sus alabanzas de buena fe. Todavía es menester que la América haga muchos sacrificios individuales, y que se relaje un poco su parsimonia nacional, para que pueda competir con el viejo mundo en gusto, en saber y en liberalidad.

La única vez que el orgullo nacional ha roto los diques de la economía americana, ha sido en la recepción del general Lafayette, y eso indubitablemente se debe atribuir al sentimiento de que solamente son capaces en mi entender, es decir al entusiasmo que les inspira el término feliz de su contienda en favor de la independencia nacional. Empero no, porque tan digno sentimiento se reconozca universalmente por una causa pura y legítima de triunfo y noble orgullo, se ha de convertir en caudal de gloria, para que las demás naciones acepten lo que se les quiera embocar por valor efectivo. Los padres de los americanos actuales fueron colonos, combatieron denodadamente, y se hicieron un pueblo independiente. Merecieron por sus hazañas y patriotismo la victoria que alcanzaron y la admiración que obtuvieron en vida, hasta de los mismos de cuya soberanía se acababan de emancipar: la gloria no ha abandonado sus sepulcros remotos y sin nombre, ni su esplendor menguará jamás en las páginas de sus anales.

Sus hijos han heredado la independencia, y con ella el honor de tener por padres a aquellos valientes; mas no basta ni lo uno ni lo otro para darles la reputación de instruidos y caballeros que pretenden, ni tampoco los autoriza a que hablen eternamente de su gloria cuando no hacen más que beber julepe de menta y mascar tabaco, jurando por las barbas de Júpiter tonante (o cualquier otro juramento) que son muy graciosos y muy amables y de una gratísima sociedad, y completando su panegírico con los ultrajes que prodigan a quien no responde en alta voz: ¡Amén!

No se entienda que yo dudo de la existencia de muchos americanos distinguidos: dudar que en América se encuentren talentos y facultades intelectuales de toda especie sería absurdo. ¿Porqué no se han de encontrar? Lo que yo sostengo es que en punto de gusto y de instrucción están terriblemente alcanzados, y eso los hace incapaces de graduar una escala de proporción con que medirse a sí mismos. De aquí resulta que tan pagados estén de su mérito, y que muestren esa confianza altiva, esa vanidad despreciadora, cualidades que pertenecen tanto al carácter nacional como al de los individuos, y que los exponen a la burla de los demás, al mismo tiempo que les impiden reformarse.

Si se desdeñan de seguir la senda que las otras naciones han seguido, para llegar a ser lo que decididamente quieren ser, tendrán que contentarse con los encomios y admiración que ellos mismos se repartan entre sí, y cerrando los oídos a la crítica del Mundo Viejo, resignarse a ser «su propio, grande y prodigioso galardón.»

* * *

Alejandría tiene tantas iglesias, capillas y conventículos, proporcionalmente hablando, como cualquiera de las demás ciudades de la Unión. Yo visité las más de ellas, y en la católica y la episcopal asistí a los oficios, que fueron celebrados con grande compostura y reverencia.

Pero no oí sermón mejor que el que predicó en una iglesia metodista un indio paicúa. Hubiera sido imposible resistir a la emoción profunda que inspiraba la sencillez candorosa de aquel infeliz. Trazó con terrible elocuencia el cuadro fiel de la decadencia de su nación bajo la influencia unida de la avaricia y la destemplanza de los hombres blancos. Describió los efectos de la religión que habían abrazado, y los sentimientos que ella inspira, como muy saludables. La pureza de su moral y la sinceridad de la simpatía que despertaba en su alma la condición de sus hermanos salvajes, demostraban que era el ministro mejor y que con más provecho podía servir el templo de los bosques. Su inglés era correcto, y su pronunciación participaba muy poco del dejo natural del país.

* * *

Estando todavía nosotros en las cercanías de Washington, estalló un cisma violento y sin ejemplo en el gabinete. Los cuatro secretarios del despacho hicieron dimisión de sus ministerios, dejando solo al general Jackson para manejar la inquieta navecilla del estado.

Los diarios publicaron con este motivo un sin número de aserciones contradictorias, dejando los políticos su cigarro a medio fumar, por no distraerse en sus meditaciones profundas sobre acontecimiento tan extraño; pero ni toda la elocuencia de los fumadores, ni aun los manifiestos ultra-diplomáticos que dieron al público los ministros dimisionarios, explicaron el misterio. Aquella ocurrencia produjo la caricatura única pasadera que yo haya visto en el país. El presidente está representado en ella solo en su poltrona, con un ceño que manifiesta su mal humor, y haciendo los mayores esfuerzos para detener una de las cuatro ratas que corren alrededor, a la cual le tiene cogido el rabo con el pie. Las cabezas de los animalejos son bastante parecidas a las de los cuatro ex-ministros. El general Jackson parece en efecto que rogó a Mr. Van Buren, secretario de estado, que permaneciera en el gabinete hasta que se le nombrara sucesor, y esto dio motivo a la agudeza con que respondió su hijo, preguntándole cuándo volvería su padre a Nueva York: «Cuando el presidente le quite el pie.»

XXX.
Viaje a Nueva York. Río Delaware. Diligencia. Ciudad de Nueva York. Colegiata instituida para señoritas. Teatros. Jardín público. Iglesias. Canal de Morris. Modas. Carruajes.

A pesar de la lentitud que acompaña necesariamente a las consultas y disposiciones que preceden a la navegación para atravesar el Atlántico, nuestro plan quedó al cabo arreglado; según él, en primavera iríamos a Nueva York y visitaríamos las cataratas del Niágara, y a principios del verano nos embarcaríamos para regresar a nuestro hogar.

No bien llegó la carta que decidió nuestra resolución definitiva, cuando empezamos nuestros preparativos de marcha. Hicimos un último viaje por el Potomac, dimos el último adiós a la Virginia, y consagramos un día a nuestros buenos amigos de las cercanías de Washington.

La estación, aunque perezosa y tardía, ya estaba entrada lo bastante para procurarnos un viaje alegre; y aunque el camino de Washington a Baltimore no ofrecía la pompa de verdura y follaje que habíamos admirado al pasarlo la primera vez, sin embargo aun estaba atractivo y podía llamarse hermoso. Las azaleas estaban cubiertas de flor, y los delicados y amarillos pimpollos del sasafrás casi rivalizaban con su fruta en belleza.

En Baltimore nos volvimos a embarcar a bordo de un vapor colosal, y llegamos a Filadelfia sobre la media noche. Allí cambiamos de buque, y tuvimos tiempo antes de salir por la mañana, para dar la última vista a los pórticos dórico y corintio de los dos célebres templos consagrados a Mamón[130].

El río Delaware continúa su curso por cima de Filadelfia, atravesando un terreno demasiado llano para que su perspectiva sea pintoresca y graciosa; sin embargo no dejan de animarla tantas casas de campo como cubren sus orillas; porque si en la arquitectura de aquellos edificios campestres y en la disposición de sus jardines se nota menos inteligencia y gusto que en las deliciosas quintas del Támesis, no por eso es menos agradable el recrearse con su vista, al pasar cortando rápidamente las aguas plateadas de la corriente anchurosa que riega sus llanuras. Allí se ven la riqueza y los placeres que tan en armonía están con la noble ciudad a que sirven de desahogo. Una de aquellas habitaciones llamó nuestra atención, no sólo por ser mayor que las otras y más opulenta, sino porque el recinto que servía de cementerio a la familia, estaba señalado por un soberbio monumento de mármol negro y blanco, que se levantaba con majestad melancólica en frente de la puerta de entrada.

En la Virginia y Maryland habíamos observado que casi todas las familias tienen junto a la misma habitación en que viven su pequeño cementerio, plantado de acacias y cipreses; pero una morada tan opulenta para servir de asilo a las cenizas de los muertos parecía un adorno demasiado melancólico en la mansión de los vivos.

Desde una distancia considerable divisamos la morada de José Bonaparte, situada en la orilla de la Nueva Jersey, en medio de una vasta extensión de territorio del que es posesor.

Allí el ex-monarca ha edificado varias casas, que están ocupadas por inquilinos franceses. El país es muy llano; pero han construido un terraplén por los dos lados, el cual domina el río y da vista hasta una distancia muy lejana.

En el punto en que forma el terraplén un ángulo recto, han erigido una capilla magnífica, que tiene toda la apariencia de un observatorio. Yo admiré el ingenio con que el católico príncipe ha

130 El banco de los Estados Unidos y el de Pensilvania. Mammón o Mammona era la divinidad que adoraban los siríacos como dispensadora de las riquezas. (Nota del traductor.)

hermanado la religión y el buen gusto. La parte superior del edificio representa por todos lados una inmensa cruz, formando el travesaño, si puede llamarse así, la salida de un ancho balcón que da vuelta a una torre. Un caballero cuáquero de Filadelfia exclamó, mirando atónito aquella construcción:

—¡Ahí vemos el monumento de una corona derribada! ¡Cosa rara! Los reyes destronados buscan y encuentran su mejor defensa en una república.

El acento del cuáquero participaba más del tono de la filosofía que del tono de la burla, y el aire de su rostro anunciaba la suavidad y la benevolencia; pero yo escuché a otros que apuraban su ingenio y chiste para lanzar epigramas poco cuáqueros sobre la satisfacción agradable que debía inspirar a un pretendido rey la seguridad de una alianza fiel entre su cabeza y sus hombros.

En Trenton, capital de la Nueva Jersey, dejamos nuestro buque tan cómodo y cuyo movimiento era tan suave y casi imperceptible, para enjaularnos en el coche mas detestable que jamás construyera cristiano con el fin de dislocar las coyunturas de sus desgraciadísimos y nunca bien compadecidos prójimos. Diez máquinas de tortura semejantes a nuestro carretón se llenaron con los pasajeros que salieron con nosotros del vapor. El cambio de nuestro movimiento no fue más notable que el que se operó en el humor y semblantes de nuestros compañeros de viaje.

Los elegantes que habían hecho la travesía de Filadelfia a Trenton, tendidos a la larga en un blando sofá, o meciéndose en una silla, con toda la satisfacción que inspiran un corsé tieso y la empinada e inflexible corbata, y que matando de amor a las mal avisadas bellezas que osaban mirarlos de reojo, parecían armados de ballena de un buque encantado, aquellos mancebos garridos de cuerpo tan guardado, de corazón tan dulcemente pacífico, magullados, no bajo el peso sino por los pellizcos de su armadura, tenían más traza de víctimas que sufrían el martirio de la rueda, que de apuestos donceles prontos a provocar lides de amor. En realidad, los infelices debían pasar las penas del purgatorio, porque las ballenas se les metían en el alma, y sus caras hacían las muecas y gestos más extraños a que se puede prestar el semblante humano.

¡Qué triste fue también la mudanza para las lindas señoritas con sus inmensos sombreros, cada uno de los cuales necesitaba el sitio de tres! ¡Pobre gente! Yo me imaginaba que tal vez serían de la familia de Ondina, bella ninfa de las aguas, y que sólo se podían sonreír, al escuchar el ruido de su elemento. Muchas veces, viendo a mis compañeros tan horriblemente alterados, se me pasaron vivísimos deseos de preguntarles: «¿Tengo yo vuestro ceño?» A la verdad creo que yo tenía un semblante más airado, porque tanto el camino como el dichoso carruaje eran demasiado malos para mi filosofía.

Por fin nos encontramos, medio vivos todavía, a bordo del buque que nos debía conducir bajando por el río Raritan a Nueva York.

Al entrar en el vapor, nuestra intención era acostarnos y curarnos los huesos; pero la vista de una mesa cubierta con limpieza y primor nos hizo mudar de parecer, y nos sentamos a comer en lugar de irnos a dormir. Mal pecado y vergüenza hubiera sido cerrar los ojos, cuando no tardamos en avistar una de las escenas más pintorescas de aquel país. Yo no he visto la bahía de Nápoles, y así no puedo hacer comparación; pero no soy capaz de imaginar por mera fantasía un cuadro más espléndido y agradable que el puerto de Nueva York. Varios son y a cual más hermoso los objetos que por todas partes se ven, pero nombrarlos sería solamente dar una lista de palabras, sin que por ellas pudiera concebirse la más ligera idea del encanto de aquella perspectiva. Dudo que el pincel de Turner hubiera alcanzado a retratarla con exactitud, tal cual se alzaba delante de nosotros con todo su esplendor y majestad. Parecía que nuestra quilla se abría paso por olas de oro líquido para entrar en el puerto de Nueva York, y conforme íbamos pasando las verdes islas que salen de su seno, como centinelas que guardan la hermosa ciudad, el sol extendía a cada momento más y más lejos sus últimos rayos con una dirección horizontal, como para indicarnos alguna nueva gloria de tan sublime cuadro.

Nueva York, aun viéndola con una luz más sobria, nos pareció una bella y noble ciudad. A nosotros que acabábamos de atravesar por selvas y montañas a medio desmontar, y que salíamos de la sociedad de una población ruda y grosera, tal vez nos pareció más hermosa, más opulenta, y más refinada que nos hubiera parecido, si hubiésemos llegado directamente de Londres; pero concedido esto, debo asegurar que en mi opinión Nueva York es una de las más hermosas ciudades que yo haya visto, y tan superior a las demás de los Estados Unidos, sin exceptuar Filadelfia, como Londres a Liverpool, o París a Rouen. Su situación no puede mejorarse, y quizá no le lleva ventajas en esa parte ninguna otra población. Fundada en una isla, que un día cubrirá toda, sube como Venecia del fondo de la mar, y como la más bella entre las bellas ciudades en los días de su gloria, recibe en su regazo el tributo de todas las riquezas de la tierra.

La punta meridional de la isla de Manhattan divide las aguas de la bahía en los ríos del norte y del este; allí está asentada Nueva York extendiéndose de río a río, y corriendo hacia el septentrión hasta unas tres o cuatro millas. Yo creo que ocupa tanto terreno como París, pero está mucho más claramente poblada. La extremidad de la punta que da a la mar está fortificada con una batería y forma un punto admirable de defensa; pero en estos días de flaca paz es un paseo público, y quizá el más hermoso paseo de que pueda jactarse ninguna otra ciudad. Allí comienza el magnífico Broadway (Camino ancho), como llaman a la hermosa avenida que atraviesa toda la población, soberbia calle que puede competir con cuantas he visto en longitud y anchura, ricas y vistosas tiendas, frescos y primorosos toldos, aceras cómodas, y concurrencia elegante. Verdad es que no la anima el bullicioso estruendo de los innumerables trenes de Bond-street, y que no posee las opulentas fachadas de Regent-street; pero su extensión es grandiosa y está adornada con varios bellos edificios, de los cuales hay algunos cercados de jardines y de árboles. El parque donde está la suntuosa casa de la ciudad, es muy bello.

Pero ¿de qué servirá la descripción de los pormenores de aquella gran metrópoli del Nuevo Mundo? Yo no he leído todavía descripción alguna de ciudad, por completa y exacta que haya podido ser, que me la representara como si yo la viese; además, si hay ese talento de transportar la imaginación del lector a iglesias, plazas, y largas y variadas calles, yo estoy convencida de que no lo tengo; así que en lugar de describir minuciosamente Nueva York, me contentaré con decir que durante las siete semanas de nuestra residencia en ella, a cada instante hallamos alguna cosa nueva que ver y que admirar; y si no fuera porque tan lejos está de todas las cosas del Viejo Mundo que tan arraigadas viven en el corazón de un europeo, diría que no he visto ciudad mas halagüeña para fijar en ella una residencia agradable.

Las casas de las familias ricas son extraordinariamente bellas, y están lujosísimamente alhajadas. Más y más veces suelen verse colgaduras de seda o raso que muselinas ni indianas; los espejos en nada ceden a los de Londres; los veladores, costeros y mesas son tan elegantes como los mejores de nuestros muebles; y por añadidura tienen todos los lindos adornos de porcelana francesa y dorados con mayor abundancia, porque van a precios mucho más cómodos. Todas las casas están alfombradas perfectamente, de alto a bajo, y los remates y partes menudas como escaleras, barandas, cuadros de puertas y demás, son de gusto muy superior. Casi todas las ventanas tienen persianas verdes por la parte exterior; los balcones no son muy comunes, ni se ven engalanadas las habitaciones por fuera con tantas flores como en París o en Londres; vi empero infinitas estancias adornadas por dentro exactamente de la misma manera que el tocador de una petimetra europea. Bufetes y mesitas pequeñas que parecían floreros exhalando deliciosos perfumes, cartones, bronces, bustos, camafeos y vasos de alabastro, servían de ilustración a varios volúmenes con cubiertas de seda, que contendrían algunos versos o romances de la predilección de las damas; en una palabra todas las lindezas y bagatelas elegantes de nuestros salones se veían esparcidas por la estancia con la misma profusión y la misma negligencia estudiada que se ven entre nosotros.

Hudson-square o plaza de Hudson y sus cercanías son, en mi entender, los sitios más de moda de la población. La plaza es soberbia, y está plantada de árboles de muchas y muy diferentes

especies, no faltándole para competir con nuestras mejores plazas sino que sieguen con más cuidado y más a menudo la yerba que crece en el centro desmesuradamente. La verja que rodea el recinto plantado, es tan bella y elevada como las de las Tullerías, y para dar una idea del esmero con que a toda costa la han hermoseado, bastará decir que la arena del piso de los paseos y senderos que la atraviesan fue trasportada a Nueva York, no como lastre, sino como cargo.

El defecto principal de las casas de Nueva York es la demasiada uniformidad. Quien ve una, las ve todas. Yo les encuentro también el de la distribución interior, que no me gusta. En casi todas las casas están en el mismo piso el comedor y los salones, dividido aquel de estos por anchas puertas de dos hojas, que abiertas forman una pieza verdaderamente estupenda, pero que, cerradas, hacen dos piezas mal unidas; pues no hay puerta que baste para alejar un comedor de un salón a la distancia que debe separar cosas tan opuestas. Sin embargo no por eso los convites mezclados de damas y caballeros son más frecuentes: defecto enorme de la sociedad, que no solamente los priva de los momentos más expansivos y deliciosos, sino que los induce a repetir a menudo sus banquetes de hombres sin mujeres, lo que ciertamente no contribuye a refinar las costumbres ni pulir los modales.[131]

Las reuniones de noche o tertulias, excepto las de la juventud, son generalmente reuniones para hablar un rato. La temporada de nuestra residencia en Nueva York era demasiado tardía para grandes reuniones, mas lo que vimos, bastó para convencernos de que se debía encontrar una sociedad, que en cualquiera parte merecería la calificación de deliciosa. Rara vez se juega a las cartas; y la música, no teniendo profesores que sostengan sus conciertos, no es por lo común tan buena como la que se oye en las reuniones particulares de Londres.

Los americanos ciertamente no tienen la misma necesidad de divertirse que las otras gentes. Quizá por eso serán más circunspectos y juiciosos, pero también por eso son mucho menos agradables a los ojos del observador y de los extranjeros.

Hay tres teatros en Nueva York, los cuales visitamos. El teatro del Parque es el que solamente merece la aprobación de la moda, pero el de la Enramada (*Bowery*) le es infinitamente superior en belleza. A la verdad este teatro es de los más lindos en que yo he entrado; perfecto en su tamaño y proporciones, adornado con elegancia, y rival de cualquier otro de Londres en escenario y maquinería; a pesar de tantas ventajas no está en moda. La buena sociedad ha fulminado su anatema de reprobación contra el de Chatham, de modo que se necesita más que valor para poner el pie en sus umbrales, y no creo que mi curiosidad hubiera ido tan lejos, si no hubiera visto anunciado el *Rienzi*, tragedia de Miss Mitford[132]. La pieza, que vi representar allí por la primera vez, me gustó mucho, aun desempeñada muy mediocremente como lo fue: en efecto grande y muy grande debía ser el interés que me inspiraba, cuando hasta que cayó el telón, no vi la cuarta parte de las cosas extrañas que se revolvían en aquella atmósfera. En el primer asiento de un palco primero

131 Para la mayor parte de los ingleses la uniformidad, que constituye una de las condiciones de la belleza artística para los críticos meridionales, es una falta insoportable. Poesía, música, pintura, arquitectura, escultura, todo pasa entre ellos por la necesidad de transiciones violentas. Después de haber contemplado la regularidad y simetría de los templos y palacios de Italia y Francia, y los soberbios edificios que se admiran en España, no puede menos de extrañarse la falta de armonía del parque del Regente de Londres. Sin embargo, esa variedad tiene su mérito, y sobre todo gusta mucho a los que no han formado su opinión antes de ver las cosas, como suele acontecer, y no basta para condenar una estructura que se desvía de las formas admitidas en otro país. La arquitectura, como todas las artes, ha empezado por lo necesario, ha buscado después lo bello y ha dado al cabo en lo superfluo; con todo siempre ha conservado una relación estrecha con los gustos del pueblo en que se ha adoptado una manera con preferencia a otra, y ha obedecido a la ley imperiosa de las necesidades que nacen de las costumbres. Los techos de los climas meridionales no pueden ser los de los climas del norte: el sol inspira una forma de arquitectura; la nieve exige otra, y lo que justifica la diversidad de las formas externas, sanciona las diferencias de la distribución interior. (Nota del traductor.)

132 Mary Russell Mitford (1787-1855) escritora inglesa que se dedicó a la poesía, el costumbrismo y el teatro. La tragedia *Rienzi*, obra que menciona Trollope, es de 1828. Se centra en la vida del romano del siglo XIV Cola di Rienzo, que venía siendo considerado por los liberales como precursos del nacionalismo italiano.

descubierto desarrollaba una buena madre el más maternal de los oficios maternales; varios caballeros se habían aligerado de sus inútiles casacas y levitas; en una palabra, reinaba en aquella distinguida concurrencia el menosprecio más filosófico de toda decencia humana.

En el teatro del Parque volví a ver al *Roscio americano*, es decir, por si no se acuerda el lector, a Mr. Forrest. Representó el papel de Damon, y a la verdad, no me pareció un ruiseñor, ni sé con quien se pueda comparar quien berrea como Mr. Forrest. En cuanto a mí confieso que no me gusta el famoso actor de los americanos.

Otra noche vimos en el mismo teatro la ópera de *Cinderella*, cuya primera parte ejecutó Mistress Austin con infinito aplauso. La pieza fue muy bien representada efectivamente, y nos proporcionó la ocasión de ver el teatro lleno de una lujosísima concurrencia; pero hasta en medio de toda aquella elegancia sobresalían más de una cara que no había tocado la navaja en muchas semanas, quijadas hinchadas con el bulto de un trozo de tabaco gigantesco, y labios en que se había acostrado el zumo asqueroso de esa maldita yerba, oyéndose al mismo tiempo sin cesar el escupir que necesariamente provoca. Si sus teatros tuvieran la orquesta de Feydeau[133], y un coro de ángeles por complemento, poco placer disfrutaría yo en ellos, si había de sufrir el efecto armonioso de ese bajo concertante perpetuo.

Estando en Nueva York me presentaron el programa de un colegio elegante, del cual hice los extractos siguientes, como muestras del método vasto y progresivo de educación propuesto para las jóvenes.

INSTITUTO COLEGIAL DE BROOKLYN
PARA SEÑORITAS

Brooklyn Heights, enfrente de la ciudad de Nueva York.

DIVISIÓN DE MENORES.

SEXTA CLASE.

Gramática Latina, *Liber Primus*; el Lector latino de Jacob (primera parte); Geografía moderna; Aritmética especulativa y práctica, acabada; Gramática de Elocución del doctor Barber; Caligrafía, Lectura, Composición y Música vocal.

QUINTA CLASE.

El Lector latino de Jacob (segunda parte); Antigüedades Romanas; Salustio; Introducción a la composición latina de Clark; Geografía Antigua y Sagrada; Estudios de Poesía; Breve compendio de Retórica; Dibujo de cartas, Composición, Lectura y Música vocal.

CUARTA CLASE.

Los *Comentarios* de César; los cinco primeros libros de la *Eneida* de Virgilio; Mitología; Watt sobre el entendimiento; Geografía política (por la obra grande de Woodbridge); Historia Natural; Tratado de los Globos; Historia Antigua; Conclusión de los Estudios poéticos; Gramática Inglesa, Composición, Lectura y Música vocal.

DIVISIÓN DE MAYORES.

TERCERA CLASE.

Virgilio (acabado); Oraciones selectas de Cicerón; Historia Moderna; Geometría plana; Filosofía Moral; Lectura crítica de los Poemas de Young; Dibujo de Perspectiva; Retórica; Lógica; Composición y Música vocal.

SEGUNDA CLASE.

---

133 Mistress Trollope no ha elegido ciertamente el teatro de París cuya orquesta puede dar fuerza a su condición. El teatro de Feydeau está cerrado hace mucho tiempo. El teatro de París cuyo instrumental es magnífico, es sin duda el de la Academia real de Música; pero sus coros son tan execrables como brillantes *sus corps de ballet*, o comparsas de baile. (Nota del traductor.)

Tito Livio; Horacio (sus odas); Teología natural; un pequeño Resumen de la Historia Eclesiástica; Biografía de las Mujeres; Álgebra; Filosofía Natural (Mecánica, Hidrostática, Neumática y Acústica); Filosofía intelectual; Evidencias del Cristianismo; Composición y Música vocal.

PRIMERA CLASE.

Conclusión de Horacio; Tácito; Filosofía Natural (Electricidad), Óptica, Química, Mineralogía y Geología; Compendio de Economía Política; Composición y Música vocal.

El francés, el español, el italiano y el griego, pueden aprenderse en dicho establecimiento, si algunas de la señoritas educandas lo desean.

La lonja o bolsa es muy hermosa, y puede considerarse como un término medio entre el aspecto sombrío que ofrece el Cambio-Real de Londres y la sencilla y elevada elegancia que adorna la Bolsa de París. Las iglesias son simples, pero muy primorosas, y perfectamente conservadas por dentro y por fuera; sin embargo ninguna de ellas tiene la más ligera apariencia de esplendor, siendo la catedral católica de Baltimore, el único templo de la América septentrional que deba llamarse opulento.

En Nueva York, como en los demás pueblos de los Estados Unidos, las iglesias parecen durante los oficios jardines de tulipas: tan brillantes, tan alegres, tan vistosos cuadros forman los grupos y filas de sombreros a la francesa y de caras como rosas; pero cuadros y filas que no interrumpen las desnudas cabezas de la parte masculina de la población, cuya asistencia a los ejercicios religiosos está en la misma proporción que se ha notado anteriormente con respecto a las otras ciudades de la Unión.

Solamente en Nueva York logré ver la otra parte de la pintura. En la orilla opuesta del río del Norte, como a la distancia de tres millas por cima de la población, hay un sitio llamado Hoboken. Un caballero que poseía en aquel terreno una casa magnífica y varias tierras, y también estaba en posesión del derecho de pasaje, para hacer éste más productivo, había reducido su jardín en unos cuantos bancales, dejando lo restante convertido en un paseo público tan simple como elegante. No es posible que la imaginación se figure otro de más atractivo: una cintura anchísima de ramaje y arbustos floreros, claveteada de corpulentos árboles silvestres, corre por espacio de dos millas a lo largo de una colina que domina el sin igual Hudson: a veces engalana las rocas hasta la misma margen del río, y a veces deja un asomo de playa bastante desnuda para que se estrellen en su rudeza las mansas olas, que remedan dulcemente con su música el coro estrepitoso del Océano. En los puntos del delicioso soto de Hoboken, desde donde se puede disfrutar de las ventajas de la perspectiva, se encuentran anchos terreros y glorietas con un piso arenado soberbio; y por todas partes cruzan sendas y calles, más anchas y más estrechas, de las cuales llevan unas a lo más intrincado del bosque, y otras van descendiendo gradualmente a las encantadoras ensenadas de la escondida margen.

La entrada de este Eden en miniatura no cuesta más de seis centavos, que se pagan en la barca. Nosotros fuimos un domingo, que hacía una bellísima tarde, con la intención expresa de observar los caprichos o costumbres de Hoboken. Millares de personas cubrían el recinto, mas después de haber tenido la paciencia de contarlas repetidas veces, nos convencimos de que las diez y nueve vigésimas partes eran hombres. Las mujeres estaban en la iglesia. Nunca he sentido como entonces, aunque he meditado con frecuencia acerca de la materia, toda la fuerza del convencimiento de que el domingo, el día del señor, el día santo, el único en que la mayoría del mundo cristiano puede emplear su tiempo como más le acomode, se pasa mal, si se pasa enteramente entre cuatro paredes escuchando a un predicador terrestre por más sabio y elocuente que sea.[134]

---

134 El traductor ha suprimido estos versos del escocés James Beattie (1735-1803), que Trollope tampoco identifica.

¿En qué consiste que los americanos, que por tan buenos esposos y buenos padres pasan, dejen a las que más aman sobre la tierra, en las cadenas de hierro del fanatismo más tiránico, mientras ellos gozan de la libertad de espíritu suficiente para permitirse salir a espaciarse en el templo del Dios de la vida? ¿Cómo pueden respirar el aire embalsamado de los campos sin pensar en la atmósfera corrompida que tan gravemente oprime pechos, para ellos más queridos que los suyos propios? ¿Cómo pueden mirar las flores de la primavera, sin acordarse de sus tiernas hijas que son más lindas todavía, y que van perdiendo su color y su fuerza, sentadas por espacio de muchas horas de un tiempo de fuego, emparedadas con cientos de infelices compañeras víctimas como ellas, escuchando los alaridos de un predicador presuntuoso, canonizado por algún conventículo de viejas? Ese martirio no les puede parecer necesario para salvarse, porque, si tal les pareciera, no se eximirían ellos, a lo menos de una parte de sus penas. ¿Porqué pues lo permiten? ¿Temen por ventura el ceño de esos sacerdotes de propia autoridad, que se ordenan a sí mismos, y les ofrecen a sus mujeres e hijas como víctimas propiciatorias? ¿O creen más completa su libertad semanal, porque sus mujeres e hijas se encierran cuatro y cinco veces al día en una capilla o en una iglesia? La verdad es que en Hoboken, como en cualquiera otra parte, hay *reposoires* o descansos, que al pasar por delante de ellos, os desencantan por un momento con el tufo del tabaco y del whisky, y quizá no pueda entrarse en ellos con una mujer o una hija. El dueño del terreno se ha visto sin embargo en la necesidad de hacer menos desagradables a la vista semejantes horrores: hay uno con especialidad que parece un templo griego, y si en lugar de embriagarse con su grosero whisky, bebieran vino, podría consagrarse a Baco; pero en este como en muchos otros puntos están discordes las antiguas y modernas repúblicas.

Es imposible dejar de pensar, después de haber pasado un domingo en las iglesias y capillas de Nueva York, y otro en los jardines de Hoboken que los millares de hombres bien vestidos que se ven gozando de los placeres del campo, se han deshecho de los millares de mujeres bien vestidas que se entierran en un templo, abandonándolas a la gente de sotana, por lo menos, durante el día. Los americanos se abrogan la reputación de un carácter superior de moralidad y religión; pero esta división de sus horas de reposo y huelga no dan una idea muy favorable ni de una ni de otra[135].

Oh! how can they renounce the boundless store
Of charms, which Nature to her vot'ries yields!
The warbling woodland, the resounding shore,
The pomp of groves , and garniture of fields,
All that the genial ray of morning gilds,
And all that echoes to the song of even,
All that the mountain's sheltering bosom yields,
And all the dread magnificence of heaven;
Oh! how can they renounce, and hope to be forgiven!

¡Oh! ¿Cómo pueden renunciar a la ilimitada reserva
de encantos que la Naturaleza ofrece a sus devotos?
El gorjeo del bosque, la resonante costa,
la pompa de los bosques y la ornamentación de los campos,
todo lo que el rayo afable de la mañana ilumina,
y todo lo que resuena con el canto de la tarde,
todo lo que el seno protector de la montaña ofrece,
y toda la terrible magnificencia del cielo;
¡Oh! ¿Cómo pueden renunciar y esperar ser perdonados!

135 Puede añadirse a lo que se ha dicho en la nota 74 que los habitantes de los países fríos y nebulosos deben ser en las ceremonias de su culto como en sus costumbres menos alegres, menos opulentos, menos poéticos que los moradores de climas más despejados y hermosos. Los norteamericanos, hijos de los reformadores fanáticos ingleses, han cedido a la influencia de un sol más ardiente y de los brillantes y magníficos cuadros que los rodean. Las mujeres han conservado la devoción y el entusiasmo, porque todo culto tiene una poesía interior que los hombres no comprenden, o que desoyen en medio del tumulto de los negocios. El aspecto sombrío y silencio sepulcral de los días consagrados por los protestantes a Dios viene más que del espíritu de judaísmo que se ha encarnado en su revolución religiosa, de la apatía y morosidad de su carácter. Los druidas erigieron sus sangrientas piedras en los bosques septentrionales: el culto festivo de los gentiles, sus danzas y sus cantos no congeniaban con

Visité todas las exposiciones de Nueva York. Los Medicis de la república tienen que hacer muchos esfuerzos para que sus colecciones artísticas o científicas merezcan alguna consideración. Lo peor del caso es que, excepto una media docena de individuos, los buenos ciudadanos están más que contentos, están encantados.

Los pulmones de la prensa periódica no cesan de respirar elogio y triunfo, sí, casi se mueren en éxtasis al hablar de sus obras maestras nacionales. Apenas se me creería, si fuese yo a referir los diferentes ejemplos de absoluta ignorancia en materia de pintura que la casualidad me hizo reparar entre las personas de la primera clase de la sociedad. Muchas veces suele encontrarse el espíritu de liberalidad y el deseo de patrocinar las Bellas Artes juntos con una falta total inconcebible de conocimientos sobre el mismo ramo que se deciden a proteger. Una duda acerca de la excelencia de sus artistas es recibida con mucho resentimiento, y un buen señor me dijo con una exquisita urbanidad, que en la época presente estaba todo el mundo de acuerdo para conocer que entre nuestros dos países se había acabado enteramente la competencia, y que debía esperarse naturalmente que excitara un poco de envidia mezclada con sorpresa en la madre patria el contemplar la distancia, a que sus colonias la iban dejando atrás.

Debo sin embargo hacer justicia a los pocos artistas con quienes tuve el gusto de hacer conocimiento, y decir que sus pretensiones personales son mucho más modestas que las que por ellos quieren sostener sus patronos. A varios de ellos les he oído confesar su atraso y lamentarse de su ignorancia en cuanto a la parte del dibujo, y he visto que manifestaban con frecuencia cierto respeto voluntario al mérito de los artistas de Europa, aunque tal vez no tenían otra noticia de sus obras que la que dan los grabados, y una deferencia por su autoridad que revelaba el verdadero instinto del ingenio para las Bellas Artes. En efecto yo creo que los americanos poseen las disposiciones naturales más ventajosas que puede desear un pintor, pero necesitan abrirse camino en medio de las tinieblas de una noche espesísima. Cuando se funda una Academia, lo primero que hacen es colgar de las paredes de sus salas cuanto mamarracho les presentan. No emplean el método de copiar modelos vivos para perfeccionarse en el dibujo natural y familiarizarse con la verdad del colorido; no tienen orden ni plan en sus estudios. Unos muchachos que conocen tanto las formas humanas como sus maestros conocen los ojos, la nariz y la boca de la luna, empiezan pintando retratos. Si algunos de ellos dejaran a un lado su paleta, por un año a lo menos, y aprendieran a dibujar; si asistieran a las clases de anatomía y a los anfiteatros de disección, tomando notas no de las palabras, sino de las formas, músculos, y junturas del cuerpo humano, entonces comenzarían sus exposiciones a merecer que la crítica se ocupase de ellas.

La exposición más importante que se abrió, mientras estuvimos allí, fue sin disputa la del coronel Trombold, y yo no sé como los patriotas de los Estados Unidos puedan permitir que aquella colección, verdaderamente nacional, esté siendo una carga inútil en poder del artista. Muchos de los diseños que la forman, son de mano maestra; pero como sucede con su ilustre compatriota West, los diseños de este pintor son precisamente sus mejores dechados.

No puedo imaginarme que haya cosa más perfecta que la parte interior de los establecimientos públicos de Nueva-York. Hay en todas las disposiciones y en el arreglo particular que en ellos se observa un instinto y buen juicio práctico que es imposible que deje de llamar la atención de los extranjeros. El Asilo de los Desamparados ofrece una particularidad muy digna de citarse. La institución ha sido fundada para corregir y reformar a los muchachos y muchachas, a quienes la

los germanos ni con los habitantes salvajes de las islas británicas. En los nuevos estados de América se puede observar el mismo rasgo de fisonomía característica. En los estados donde se vive bajo de un cielo menos puro, en medio de una perspectiva menos halagüeña, y dentro de una atmósfera pesada, los lazos de la sociedad no se han estrechado tanto, ni las costumbres religiosas se han alejado de reserva y circunspección de los maestros que con tanta gracia como veneno ha ridiculizado Butler* en su *Hudibras*. (Nota del traductor.)

* Samuel Butler (1612-1680) fue poeta inglés que en su poema satírico *Hudibrás* ridiculizó a los presbiterianos y a los puritanos de Cromwell. Su protagonista es un coronel presbiteriano que, acompañado de su criado Ralpho, sufre continuas derrotas y humillaciones. Está evidentemente inspirado en Don Quijote.

justicia ha condenado por algún delito. Las disposiciones del establecimiento son tan admirables como su objeto: cada parte de por sí inspira un interés profundo, pero la diferencia que se advierte entre los dos sexos es singular. Los muchachos son en mi opinión el más bello plantel de jóvenes que yo haya visto en mi vida educar juntos, muchachos lucidos, alegres, prontos y llenos de inteligencia; las muchachas son exactamente el reverso: rudas, torpes, indiferentes y melancólicas.

Hablando con el superintendente general del establecimiento, le hice esta observación, y me respondió que la realidad correspondía perfectamente a la apariencia. No había una de aquellas zagalonas que no hubiese sido descubierta en esta o la otra picardigüela; mas los varones, sustraídos ya al mal influjo que los había llevado a servirse de su ingenio, recobraban su antigua lozanía, y viéndose otra vez libres de peligro y de mancilla, volvían a mostrar en sus rostros la esperanza y el contento. Las muchachas por el contrario apenas pueden volver a levantar la cabeza. Varones y hembras son en aquel asilo tan diferentes como el roble y la azucena después de la tempestad. El uno, al recibir el soplo de las auras que vuelven a agitar sus ramas sacude las gotas de la lluvia y muestra su verde cabellera con mayor pompa y lucimiento; la otra, cuando se han marchitado sus hojas de seda, se encoje avergonzada y esconde su frente en la tierra para siempre.

* * *

El día que pasamos en Nueva Jersey fue delicioso, porque lo empleamos en visitar con una reunión muy agradable los planos inclinados que usan en lugar de compuertas en el canal de Morris.

Esta obra es de la mayor importancia, y prueba con otras mil que el pueblo americano es el más emprendedor de todo el mundo. Me dijeron que el canal de Morris, que junta las aguas del Hudson con las del Delaware, tiene cien millas de largo, y que en esa distancia pasa por una variedad de terrenos, cuya elevación sube algunas veces a mil y seiscientos pies. De esta elevación gana la altura de mil cuatrocientos pies por medio de planos inclinados, de los cuales da cada uno sobre sesenta pies de alzada perpendicular, y sostienen como unas cuarenta toneladas. Por cada cien pies de arranque perpendicular, se gastan en pasarlos doce minutos. El gasto no llega a la tercera parte del que se necesitaría para subir por medio de exclusas. Si en Inglaterra se abren mas canales, no debe olvidarse un método tan provechoso[136].

El canal de Morris es una obra verdaderamente extraordinaria; no sólo varia su nivel hasta quinientos pies, sino que en un punto corre por el lado de una montaña a treinta pies de altura sobre la cúspide de los edificios más altos de Paterson que está en la falda; y en otro cruza los saltos del Pasaico por un acueducto de sesenta pies de elevación sobre el nivel del río. Esta soberbia construcción se debe en gran parte a la energía patriótica y noble ingenio de Mr. Cadwallader Colden.

No hay elemento en el carácter nacional de los americanos que tanto respeto inspire, como ese arrojo y constancia con que emprenden y llevan a cabo las obras públicas. Nada los arredra, cuando halaga sus cálculos una esperanza razonable de provecho. Así se han levantado como por encanto ciudades opulentas en medio del desierto, y si los norteamericanos llegaran a persuadirse que en cualquiera rincón del Océano había un montón de dólares escondidos, no tengo la más leve dificultad en creer que veríamos en año y medio un camino cubierto, por donde se iría directamente al punto determinado.

* * *

En Nueva York me dijeron que en muchas partes del estado tenían por costumbre pagar el servicio de los ministros presbiterianos del modo siguiente. Cierto día del año, que de antemano se fija, concurre a casa del ministro un miembro de cada familia de las que forman la congregación. Todos llevan su ofrenda (proporcionada a los haberes de cada cual) de artículos necesarios para el mantenimiento de una casa. Las personas más pobres dejan modestamente sus tributos en un gran

136 Este consejo a ningún pueblo puede procurar más ventajas que a los pueblos para quienes se hace esta traducción. Ministros, acordaos del canal de Morris. (Nota del traductor.)

canasto, que con el objeto de recibirlos está colocado a la puerta de la casa; las que llevan regalos de mayor importancia y capaces de honrar la piedad de quien hace el donativo, pasan a la estancia donde está reunida la sociedad. Entre los artículos de que me hicieron mención como de partes de esos presentes, hacen su papel el azúcar, el café, el té, el queso, los barrilitos de harina, las piezas de lienzo de Irlanda, los juegos de porcelana y de vidrio, etc. Cuando la sociedad está reunida y la operación preliminar de dar y recibir se ha terminado, hay su refresco, es decir: andan alrededor el té y el café y las tortas que necesariamente los acompañan. Esto no cuesta un ciento al reverendo ministro, y ni aun el trabajo de preparar el obsequio hecho a los contribuyentes, porque se encargan de todo y corren con todas las disposiciones las damas selectas de la congregación. A estas juntas dan el nombre de visitas rotatorias.

Otra costumbre que se observa en Nueva York, y que no parece que tenga una causa tan razonable, es el mudarse de casa todos los años. El día primero de mayo la ciudad de Nueva York ofrece el aspecto de una ciudad que abandonan sus vecinos huyendo de la peste, o bien una plaza capitulada a cuyos habitantes se les permite sacar sus muebles y alhajas. Trastos nuevos y brillantes, y trastos carcomidos y desvencijados, carros, carretas, y carretones, cuerdas, lonas y paja, empaquetadores, mensajeros y carreteros blancos, amarillos y negros, ocupan las calles de este a oeste, de norte a sur, todo este día. No hablé a persona alguna de semejante costumbre que no se lamentara de ella, pero todo el mundo me aseguró que era una incomodidad inevitable, cuando se vive en una casa alquilada. Varios de mis amigos de Nueva York han edificado casas o las han comprado sólo por evitar ese inconveniente anual.

Hay en Nueva York un número considerable de negros, cuya emancipación se completó en 1827, y ni en Filadelfia, donde las opiniones contra la esclavitud son tan activas como violentas, se dan un aire de tanta importancia como allí. Tienen capillas aparte servidas por ministros negros, y un teatro en que no representan más que negros. En el teatro han destinado una galería para los blancos que quieran ir a sus representaciones, fuera de la cual no se les permite sentarse; siguiendo en esta disposición con una rigorosa etiqueta e indisputable justicia el orden de los teatros de los blancos, en todos los cuales hay una galería exclusivamente para el uso de los negros. Yo he visto muchas veces, especialmente los domingos, grupos de negros elegantemente vestidos, y me he divertido con el aire de galantería de que se revisten los hombres cuando acompañan a sus hermosas, y que es muy superior a la urbanidad de los blancos en circunstancias iguales. Una vez encontramos en Broadway a una negra joven puesta de tiros largos conforme al ritual de la moda más rigurosa, y acompañada de un elegante negro, cuyo traje no era menos acicalado: lente, cadena, nada se había olvidado. Iba el gentil y cortesano caballero con su sombrero en la mano y con el respeto y atención de la solicitud más tierna. Estaba a la sazón en una ventana de una hermosa casa, tal vez la hija del dueño, joven blanca y muy linda, entre dos caballeros blancos también; pero ¡ay! ¡los dos tenían encasquetados sus sombreros y uno de ellos fumaba!

Si no fuera por la manera particular de andar que distingue a las mujeres de América, Broadway podría tomarse por una calle francesa, en la que la moda reuniera a todas las petimetras elegantes de la población. El traje es enteramente a la francesa, y ninguna de las prendas que lo componen, excepto acaso las medias de algodón, debe provenir de Inglaterra, so pena de merecer la excomunión absoluta como contraria al buen gusto. Todo lo inglés es allí grosero, decididamente *de mauvais ton*; objetos ingleses, modas inglesas, acento inglés, maneras inglesas, son términos de censura, y decirle a una pobre mujer que parece inglesa, es hacerle la burla más cruel que inventarse puede.

Yo recuerdo que visité la Francia muy poco después de haber invadido nuestras tropas su territorio del modo más ofensivo imaginable; sin embargo a pesar de los resentimientos que tantos años de guerra debían haber producido y enconado, Inglaterra estaba en moda, y todo lo que era inglés era admirado. Yo concluyo de ahí que las querellas de familia han de ser más difíciles de

apaciguar; porque quince años de paz no han bastado todavía para aplacar las iras de nuestro hermano Jonathan, ni moderar el odio que alimenta en su corazón contra la tierra de sus padres,

Que quisiera ver quemada,
Ya que otra cosa no fuera.»

Me parece casi excusado añadir que la clase patricia de los americanos se distingue por la amenidad y agasajo con que recibe a los extranjeros.

La gente decente, o si se quiere, los caballeros (*gentlemen*), son lo mismo en todas partes, y un caballero americano y su familia saben tan bien como las personas más delicadas de otros países, desempeñar con los extranjeros los deberes de la sociedad y hacer los honores de su patria; pero esta clase, aunque verdaderamente existe, es muy poco numerosa, y no puede en justicia presentarse como una muestra del todo.

* * *

Las más de las casas de Nueva York están pintadas por fuera, pero se ha procurado con infinito esmero que la pintura no desfigure el material que preserva; al contrario no hay cosa más primorosa. Ahora emplean mucho una hermosa piedra que llaman piedra caliza de Jersey, la cual tiene un color pardo soberbio, y hermosea mucho los edificios que se construyen con ella. También poseen un granito ceniciento de gran belleza. Las aceras de la mayor parte de las calles están enlosadas, lo que no solamente las hace muy superiores a las aceras de ladrillo de Filadelfia, sino que las hace en extremo cómodas y hermosas.

Por la noche las tiendas, que continúan abiertas hasta muy tarde, están brillantemente iluminadas con gas, y se ve en toda aquella población el mismo movimiento, se oye el mismo bullicio, se nota la misma vida que en Londres o en París: contraste que realza más la solemne tranquilidad de Filadelfia.

Hay unos cuantos árboles en diferentes partes de la ciudad, y observé muchos plantones que guardan con el mayor cuidado. Si fueran más abundantes sería una delicia, porque el efecto de los reflejos del sol en el verano terrible del país es intolerable.

El hielo abunda con profusión tal, que no creo que haya una sola casa en que falte el lujo de un pedazo de hielo para refrescar el agua y endurecer la manteca. Los coches de alquiler son los mejores del mundo, pero abominablemente caros; siendo necesario, al hacer el ajuste con un cochero estar tan sobre sí como al pasar por un bosque infestado de bandidos. Si no se estipula con él de antemano en términos claros e ininterpretables, el caballero del látigo y pescante puede desollar al pobre que ha tenido la desgracia de poner el pie en el estribo de su trampa. La primera vez que monté en coche en Nueva York, me costó el olvido de esa condición dos dólares y medio que me hicieron pagar por una carrera de veinte minutos. Cuando lo dije al mozo de la fonda, me preguntó si había hecho ajuste.

—No —contesté.

—Entonces me parece —replicó el mozo con la mirada habitual de triunfo del país —que el yanqui ha sabido más que vos.

Los carruajes particulares son infinitamente más hermosos y más cómodos que cuantos he visto hasta ahora en ninguna otra parte. La falta de libreas vistosas les hace perder mucho lustre y elegancia, pero no obstante un tren de verano de Nueva York con sus lindas mujeres y sus hermosos niños parece muy bien en Broadway, y en ninguna otra parte resultaría chocante.

El lujo de la aristocracia de Nueva York no se reduce a la ciudad; apenas hay un acre de tierra en la isla del Manhattan que no ofrezca a la vista una quinta preciosa o una magnífica morada. Las mejores ocupan la parte de los ríos del norte y del este, a cuyas márgenes descienden sus jardines. Entre éstas, la más bella quizás es una casa situada en la primorosa aldea de Bloomingdale (Valle Florido); en el espacio de unas sesenta yugadas de tierra se reúnen casi todas las perspectivas y escenas rústicas del campo y los cuadros más pintorescos de la jardinería. Describir la variedad de

oteros y cañadas, de bosques y praderas, de rocas y ríos, fuera trabajo tan inútil como querer dar alguna idea de aquellos pensiles deliciosos por medio de comparaciones. Yo nada he visto que se parezca a la quinta de Bloomingdale. Tampoco diré hasta qué punto puede embellecer a mis ojos aquel ameno sitio la influencia de la hospitalidad elegante que encontré allí; pero seguramente no conservo memoria más fresca ni recuerdos más vivos de ningún otro paraje, no habiéndome visto jamás en medio de una sociedad que más agrade conocer, que más se sienta dejar que la de los moradores de Woodlawn.

XXXI.
Recepción en los Estados Unidos de la obra del capitán Basil Hall.

Estando ya casi al término de nuestros viajes, quisiera, antes de concluir, volver a mencionar lo que considero como uno de los rasgos que más determinan el carácter nacional de los americanos, a saber esa sensibilidad exquisita, esa irritabilidad extremada respecto de cuanto se habla o escribe acerca de ellos. De esto no puedo citar quizas ejemplo más chocante que el del efecto producido en casi toda clase de lectores por la publicación de los *Viajes por la América del Norte* del capitán Basil Hall[137]. A la verdad fue una especie de terremoto moral, y la vibración que ocasionó en todos los nervios de la república desde un extremo a otro de la Unión, no se había calmado todavía cuando salí de aquel país en julio de 1831, dos años después del sacudimiento.

Yo me hallaba en Cincinnati cuando salió esta obra a luz, pero hasta el mes de julio de 1830 no me fue posible conseguir un ejemplar. Un librero a quien llegué a pedirla, me dijo que había tenido en efecto unos cuantos ejemplares antes de conocer la índole de la obra, pero que habiéndose enterado después, por ninguna cosa del mundo vendería otro ejemplar. Otras personas de su oficio no deben haber sido tan escrupulosas, porque los *Viajes del capitán Hall* se leían en la ciudad, en el campo, en las aldeas, en las granjas, en las rancherías, en el vapor, y en la diligencia, y era un grito universal de alarma que no ha tenido ejemplo en tiempo ni país alguno.

Para mí fue ciertamente una casualidad afortunada no poder encontrar esos volúmenes hasta que todo el mundo hablaba de ellos, porque la curiosidad que me aguijoneaba por saber el contenido de una obra tan violentamente anatematizada por todo un pueblo, me indujo a hacer investigaciones que provocaron la manifestación de muy curiosos sentimientos.

Yo creo que siempre se han considerado como bellos rasgos de carácter e indicios de una buena índole ese ardiente deseo con que se solicita la aprobación de los otros, y la sensibilidad delicada con que se sufre toda censura; pero el trance en que la obra del capitán Hall puso a la república, manifiesta de una manera palpable que cuando estos sentimientos se llevan al exceso, producen una flaqueza que raya con la tontería.

Hubiera dejado atónito a cualquiera oír a hombres que en otras materias mostraban un juicio sano, enunciar sus opiniones en ésta. Yo no me acuerdo de haber escuchado una vez sola un raciocinio en que no ahogara la pasión el buen sentido que generalmente se encuentra en la crítica nacional. No hablo de la falta de justicia, y de una interpretación exacta y leal; esas prendas tal vez no debían esperarse. De los individuos de otras naciones se ha dicho que tienen el cutis delicado, mas los ciudadanos de los Estados Unidos aparentemente no tienen pellejo, según respingan y cocean cuando los toca el aire, a no ser que sople templado con la adulación. No era pues extrañar que las agudas y terribles observaciones de un viajero que ellos sabían que sería escuchado, fuesen recibidas tan agriamente. Lo extraordinario del negocio consistía, primero, en el exceso de rabia a que se entregaban, y, segundo, en la puerilidad de las invenciones que se forjaban para explicar la severidad, con que se les figuraba que habían sido tratados.

No contentos con declarar que los tales volúmenes no contenían una sola palabra de verdad desde el principio hasta el fin, aserción que oí repetir casi siempre que se hacía mención de la obra o de su autor, todo el país se echó a campo través para descubrir las causas que habían llevado al capitán Hall a los Estados Unidos, y que habían producido la publicación de sus viajes.

Entre otras cosas oí decir con tanto aire de certidumbre y gravedad, como si fuera una declaración formal de alguna autoridad infalible: que el capitán Hall había sido enviado por el

137 Véase la nota 71.

gobierno inglés a América, a fin de poner una barrera a la admiración creciente que excitaba en Inglaterra el gobierno de los Estados Unidos; que había hecho su viaje pagado por el Tesoro, y que por orden superior había encontrado criticable todo lo que había visto en aquel país.

Ni se entienda que las interpretaciones que cito eran hablillas de ésta o la otra reunión; estoy persuadida que tal es la creencia de una parte muy considerable de la federación: porque es tan profundo el convencimiento en que vive ese pueblo singular de que nadie lo puede ver sin admirarlo, que jamás admitirán la posibilidad de que persona alguna descubra sinceramente y con honradez la menor cosa que desaprobar en ellos o en su nación.

En Filadelfia vi un librillo sin nombre de autor, escrito con la intención de manifestar que el capitán Basil Hall no merecía crédito ni asentimiento, porque no solamente había calumniado a los americanos, sino era persona por otras muchas razones de una conducta muy equívoca, en cuanto a moral y principios. Como prueba de esta aserción se presenta entre otras la relación jocosa siguiente, en que describe sus apuros por falta de una campanilla. El comentador llama esto un ejemplo de repugnante grosería.

«Un día, era ya tarde para el almuerzo, y como no había agua en mi jarro, salí más que de prisa a medio afeitar, a medio vestir y algo más que medio incomodado, buscando agua, como un marino a cuarto de ración se echa a buscar un arroyo en una playa desconocida. Subí, bajé las escaleras, y entrando en descubierta en una media docena de habitaciones diferentes, hubiera podido caer en la estancia de una dama, como dice la canción, lo que, considerando el estado en que nos habríamos visto, hubiera sido harto embarazoso...»

Otro ejemplo de esta grosería moral es, según el mismo crítico, el pasaje en que el capitán Hall dice que en todo el tiempo que estuvo en los Estados Unidos jamás vio un coqueteo.

También iba de boca en boca la reconvención de ingratitud. Que él mismo declare la buena acogida en invariable agasajo con que fue siempre recibido, y que al mismo tiempo censure el país era una contradicción que todo el mundo citaba como testimonio concluyente de la ingratitud más infame que hubiera podido abrigar jamás el corazón de un hombre. Una vez me aventuré yo a preguntar delante de unas doce personas, si no sería mayor tacha en un escritor dejarse seducir por los halagos particulares para adulterar los hechos que presentarlos conforme a la verdad, resistiendo a toda especie de consideración personal.

—¿Los hechos? —exclamó a una voz todo el corro—; ¡hechos, hechos! Afirmo que no hay una palabra de hechos desde el principio hasta el fin.

Las revistas americanas son en gran parte, me parece, conocidas en Inglaterra, así que no necesito citarlas; pero algunas veces me ha causado extrañeza que a ninguna de ellas se le haya ocurrido traducir en americano clásico la maldición de Abdías[138]. Si lo hubieran hecho poniendo (él, Basil Hall) entre paréntesis, en lugar de (él, Abdías), se hubieran quitado de encima un mundo de peso.

Me resulta difícil describir la curiosidad con la que me senté a leer sus tremendas páginas, y aun más hacer justicia a mi sorpresa por su contenido. Asegurar que no encontré en ellas ni una sola observación exagerada en toda la obra, no es decir lo bastante. Es imposible que las personas que hayan visto el país, no se convenzan de que el capitán Hall buscó cosas que admirar con un deseo vivísimo de encontrarlas y encarecerlas. Cuando alaba, lo hace con un placer evidente, y con una evidente repugnancia y contra su gusto censura, cuando tiene que censurar, excepto en los casos en que impelido por motivos puramente patrióticos, se ve obligado a sentar lisa y llanamente, lo que su patria debe saber para su instrucción y provecho.

---

138 *Obadiah's curse* en el origen. Se refiere al libro de Abdías, del Antiguo Testamento, en el que el autor profetiza contra Edom: «Mira, yo te he hecho pequeño entre las naciones, bien despreciable eres. La soberbia de tu corazón te ha engañado, tú que habitas en las hendiduras de la roca, que pones en la altura tu morada, y dices en tu corazón: *¿Quién me hará bajar a tierra?* Aunque te encumbres como él águila, y pongas tu nido en las estrellas, de allí te haré bajar yo, oráculo de Yahveh.» (versículos 2-4 del único capítulo.)

El hecho es que el capitán Hall ha obtenido las mayores ventajas que puede un viajero desear para ver un país, y así ha recorrido los Estados Unidos. Con excelentes cartas de recomendación por supuesto para los personajes más distinguidos, y con la recomendación todavía más influyente de su fama, en todas partes lo han recibido con todo el aparato del ceremonial y la etiqueta de confín a confín de la federación. El país se ha presentado a sus ojos vestido de gala, y ofreciéndole poca o ninguna oportunidad de juzgarlo sin adornos, retoques y postizos, con todas sus imperfecciones a la vista, como mi familia y yo lo hemos contemplado a menudo.

El capitán Hall ha tenido ciertamente ocasiones excelentes para estudiar la forma del gobierno y familiarizarse con las leyes, y además para recibir sobre aquella y éstas los mejores comentarios verbales, en el trato con los más ilustres varones de la república. De estas ocasiones ha sacado un partido inmenso; nada se ha ofrecido a su vista que no haya obtenido esa especie de atención analítica que solamente puede prestar un viajero experimentado y filósofo. De aquí el grande interés y la importancia de sus *Viajes*; pero, si un hombre con igual penetración visitara los Estados Unidos, sin más medios para estudiar el carácter nacional que el comercio ordinario de la vida de todos los días, yo estoy íntimamente persuadida de que formaría una idea más baja aun de la atmósfera moral del pueblo angloamericano que la que manifiesta el capitán Hall.

Y por otra parte tengo el firmísimo convencimiento de que, si el capitán Hall no se hubiera retenido, todavía hubiese expresado una indignación más alta que la que muestra contra muchos puntos del carácter americano que, como aparece de otras circunstancias, tan a fondo conocía. Su regla, juzgando por lo que se ve, ha sido no decir más de la verdad, de lo que bastara para grabar una impresión justa en la mente de sus lectores, y causar el menor disgusto posible a la irritable gente de quien escribe. Asienta sus propias opiniones y sus sentimientos, y deja conocer que ha tenido sobrado fundamento para adoptar los unos y los otros; mas se percibe que evita a los americanos la amargura que el pormenor de las circunstancias hubiera debido producir.

Si a cualquiera se le antojara decir que origen de mi opinión es una mala antipatía a doce millones de extranjeros que yo no conozco, sufriré resignada un fallo tan injusto, y ciertamente no iría yo a provocar por mero capricho las injurias que mis ideas me deben granjear. Empero no es una opinión vaga, un sentimiento inútil, hay más que opinión y sentimiento en mi sacrificio.

Yo sé que entre los mejores, más religiosos, más benévolos de mis compatriotas, hay centenares, por no decir miles, seguros en su alma y conciencia de que la libertad política y religiosa (tal cual existe entre los norteamericanos) sería para nosotros un beneficio. Cuántas veces hubiera yo querido, durante mi residencia en aquella región, que uno de esos concienzudos pero mal engañados pensadores, poseyendo toda la confianza de su patria, pasara unos pocos años en los Estados Unidos, parte entre las masas del pueblo que forma los diferentes escalones de aquella nueva sociedad, para conocerlas lo bastante; parte fuera de ellas, mas lo suficiente para poder averiguar las causas y comprender bien la extensión de los efectos.

Entonces podríamos esperar una lección saludable que enseñara a nuestros filántropos alucinados a temblar al más ligero síntoma de poder democrático entre nosotros, una lección que haría temblar a nuestros mismos sectarios con sólo el pensamiento de abatir la iglesia establecida, porque aprenderían a costa de un terrible ejemplo que ella es el baluarte que nos protege contra los tenebrosos horrores de la superstición fanática por una parte, y contra los asaltos más terribles todavía de la incredulidad por la otra. Y más que todo, ese hombre vería tan claro como la luz, que donde quiera que todas las clases de la sociedad se afanan por adquirir dinero, y ninguna piensa en gastarlo, no queda tiempo para pensar en la honradez ni fuerza para poner en práctica sus severas doctrinas. En un país en que cada uno está empleado en estudiar cómo sacar más ventajas de los tratos que establece con sus compatriotas y amigos; ¿dónde se hallará la clase honrada, para la cual son de necesidad absoluta como introducción esencial los principios y la observancia de los sentimientos caballerosos?

Que en América haya hombres de poderoso ingenio, de corazón benéfico, y de elevación de sentimientos morales, cosa es que yo no ignoro, y aun podría, si alguno arrojara el guante, nombrar individuos que nadie en el mundo les lleva ventaja en esas partes; pero ellos son excelentes a despecho de sus instituciones, no en consecuencia de sus instituciones. No son esos los que llaman enredos y falsedades las aserciones del capitán Hall, ni de ellos temo las injurias que van a hacer llover sobre mí estas páginas. Yo confío solamente en que tendré bastante fuerza para dominarme y seguir el ejemplo de mi predecesor, que en su obra recientemente publicada con el titulo de *Fragmentos*, asegura no haber leído ninguna de las críticas de los americanos. Ha obrado con juicio, si ha querido conservar una chispa de sus buenas disposiciones hacia la América del Norte; y al mismo tiempo ha perdido muy poco en punto a utilidad crítica, porque generalmente hablando, se reduce lo más de lo que han escrito a personalidades groseras o a quejas contra su ingratitud e inicua conducta, quejas que sorprende ver que haya quien las propale.

Los chistosos párrafos que siguen, extractados de los *Fragmentos* deben en mi entender embarazar mucho a los americanos. Quizá pensarán que el capitán Hall quiere picarlos, cuando dice que no ha leído ninguna de sus críticas; mas yo toco en estos pasajes la evidencia certera de que ese aserto no se aparta un ápice de la verdad. Si el capitán Hall hubiese leído una cincuentésima parte del vituperio con que han intentado desacreditar sus *Viajes* y que yo he tenido la desgracia de hojear, con dificultad se hubiera resuelto a escribir lo que sigue.

Si los americanos se niegan todavía a cerrar la mano que les ofrece con la honrada llaneza y franca cordialidad de un verdadero *John Bull*[139] de los tiempos de antaño, sin duda son peores de lo que yo los creía.

El capitán Hall, después de describir la buena acogida y agradable hospitalidad que recibió primeramente en una casa de posadas en Nueva York, continúa así: «Si vive todavía nuestra huéspeda, yo espero que jamás se arrepentirá de haber prodigado tantas y tan agradables atenciones a un hombre, que algunos años después ha tenido quizás la desgracia de hacerse más anti-nacional que él quisiera, en un pueblo a quien tanto debe y a quien realmente profesa tanto afecto. Sin embargo todavía espera con la más viva solicitud que lo crean, cuando les declara, que, habiendo dicho en su última publicación nada más de lo que en su juicio era debido a la verdad rigurosa y a la integridad de la historia, en cuanto sus observaciones y sus ideas alcanzaron, aun conserva, como siempre ha conservado y siempre conservará el más cordial afecto y buena voluntad a la América.

»Los americanos están repitiendo sin cesar que la piedra fundamental de su libertad estriba en la doctrina de que todos los hombres son libres, y tienen el derecho de formarse sus opiniones, y publicarlas con candor y moderación. ¿Se indica en esa doctrina que un extranjero está excluido de la participación de tales privilegios? Si no, podré preguntar: ¿En qué he traspasado yo los límites de esos privilegios? Los americanos no tienen ciertamente derecho para darse por ofendidos, porque mi manera de ver y de pensar sea diferente de la de ellos; no obstante me han asegurado que la prensa de aquel país me trata a la baqueta. Si no se cree la sinceridad de mis razones, sólo diré que soy amargamente calumniado. Si me equivoco, más digno sería compadecer mi ceguedad política, que irritarse contra mí, porque mis opiniones difieren de las suyas; y si por casualidad tengo razón, la confirmación más directa y decisiva de la exactitud de mis observaciones, en el concepto de toda persona indiferente, resultará quizás del mismo encono de los que se resienten, cuando les dicen la verdad.

»No obstante y a pesar de todo, pocas cosas serían tan gratas a mi corazón como saber que mis amigos de ultramar aceptaban mi palabra, y que, considerando lo que de ellos he escrito, bajo el punto de vista de las materias públicas a que en efecto pertenece, consentían en contar conmigo ausente, como siempre lo hacían cuando me hallaba entre ellos, y estoy cierto de que me recibirían, si volviera a su país, como a un amigo particular. Mis opiniones políticas eran diferentes de las

139 Como si dijera de un verdadero Juan Toro, de un verdadero Laín Calvo; pero nosotros, que yo sepa, no tenemos todavía una personificación admitida ni nacional ni provincial. (Nota del traductor.)

suyas, y lo son ahora de la misma manera que entonces; pero deseo con sinceridad que como individuos sean felices, y me alegraré que prosperen como nación. Como dicen los persas, *¿qué más puedo decir?* ¡Ojalá que estas pocas palabras contribuyan a reconciliarme con un pueblo que se alaba justamente de no sufrir la malicia! En cuanto a mí nada tengo que olvidar, porque he evitado con el mayor estudio la lectura de las críticas que de mi libro hayan podido hacer los americanos a fin de no menguar los sentimientos amistosos que conservo a su país. Tal vez he perdido la ocasión de instruirme y de rectificar mis primeras impresiones, si son erróneas; pero hago tanto caudal de los recuerdos agradables de mi viaje, y de la memoria que ha dejado en mi alma la hospitalidad con que en todas partes fue acogida mi familia, que con razón, o sin ella, no puedo resolverme a leer cosa alguna que perturbe mis halagüeños pensamientos. Así que separémonos amigos, o más bien volvamos a juntarnos con una amistad ingenua, y si este pobre libro acierta a cruzar las olas del Atlántico, que lo lean sin recordar lo que ha pasado entre nosotros, o en todo caso sin recordar más de aquellas partes de nuestras antiguas relaciones, que puedan ser satisfactorias a todos los interesados.» (*Hall's Fragments*, vol. I, p. 200.)

Me parece que es imposible leer no sólo estos párrafos sino otros muchos de los deliciosos tomitos que contienen los *Fragmentos*, sin apercibirse de que su autor es tan poco digno de la reputación de rudeza y mala voluntad como el hombre que menos acreedor fuere a tal concepto.

Al leer en América la obra del capitán Hall, la observación que, si mal no recuerdo, excitó más profundamente mi atención, y que sin la menor duda estaba en armonía completa con mis propias ideas, es la siguiente:

«En todos mis viajes, sea por los países de los infieles o por los de la cristiandad, no he tropezado nunca con gente con la que me ha sido más difícil hacerme entender que con los americanos.»

Yo he hablado en Londres y en París con extranjeros de muchas naciones y con frecuencia por medio del oscuro conducto de un idioma apenas entendido; pero no me acuerdo de un caso en que me costara tanto trabajo el explicar mis sentimientos, mis impresiones y mis ideas a los que me rodeaban, como me costaba el que me comprendieran los americanos. Sea cualquiera el grado de fe que merezca mi aserto, es imposible que comprenda toda la extensión de lo que digo con respecto a ese punto quien no haya visitado aquel país. Para comprenderse mutuamente las personas que hablan, se necesita menos a mi entender una misma lengua como un mismo modo de pensar, unos mismos hábitos de vida, o por lo menos cierta armonía general entre sus ideas y sus costumbres; mientras que en realidad apenas hay un solo punto de contacto ni en simpatía ni en carácter entre los americanos y nosotros.

Pero sin detenernos en las causas, siendo el hecho como yo lo he asegurado, me parece que basta para completar la apología de la obra del capitán Hall contra la cólera y rabia que ha excitado, y que sus adversarios han expresado tan fuera de propósito y con tan poca dignidad. No pueden realmente entender ninguna de las ideas del escritor ni apreciar los sentimientos más triviales del viajero, y por lo tanto no alcanzan a vencerse y creer en la sinceridad de las impresiones que describe. Toman por ironía el candor con que habla y con que sin disputa siente, o bien desconfían de su sinceridad en un todo; rechazan con desdén y califican de afectación la repugnancia que le cuesta herir el amor propio de las personas de quienes ha recibido una acogida cariñosa; y, aunque deben conocer perfectamente en el fondo de sus corazones, que los ha tratado con muchísima menos severidad de la que habría podido hacerlo sin caer en la injusticia, y que, estaban infinitamente más a su merced de lo que él ha querido manifestar, pretenden, hasta entre ellos mismos, que ha exagerado los vicios de su carácter y de sus instituciones; cuando la verdad es, que les ha dado cuartel con un grado de compasión que hace honor a su índole, por más que ellos no la merezcan; y que al mismo tiempo ha ensalzado sus méritos con la mayor habilidad, siempre que ha encontrado cualquiera cosa que se ha prestado ligeramente a la alabanza.

Es fácil comprenderlo porque los principios *tories* que manifiesta el capitán Hall causan la desaprobación de los republicanos de América, especialmente (y esto con muy dudoso tino desde el punto de vista de la venta de libros, atendido el espíritu reformista de nuestros tiempos) especialmente, decía yo, abrazando una causa y haciendo una profesión de fe política, en que usando la frase de Kentucky «va a por todo el cochino»[140], o como si dijéramos, echa el resto, y declarando abiertamente en su capítulo final que no solamente sostiene firme y resueltamente la «Iglesia y el Estado»[141], sino que entiende que la cámara de los comunes de Inglaterra es, ya que no un dechado de todas las perfecciones, por lo menos, la más perfecta, y más apropiada para representar el pueblo tal cual la práctica enseña que el pueblo puede representarse.[142]

Un *tory* anti-reformista tan franco y decidido debía naturalmente parecer una monstruosidad abominable queriendo juzgar las obras del sistema democrático americano, y en efecto como tal ha sido considerado en América, y a lo que he alcanzado a comprender en la misma Inglaterra. La experiencia que el capitán Hall ha adquirido en veinte o treinta años de viajes por todo el mundo, en nada cuadra a los radicales ni del uno ni del otro lado del Atlántico; al contrario, a causa del valor de esa autoridad que proviene de la observación, se irritan al ver que ha añadido su peso contra ellos en la balanza. Si el capitán Hall no se hubiera convertido con lo que ha visto en la América septentrional, abandonando el partido de los *Whigs*, cuya fe profesaba y de cuyos principios ha dado testimonio en su descripción de la América del Sur, su libro habría sido mucho más popular en Inglaterra, durante el período de estos dos últimos años de excitación pública: quizás pasará largo tiempo sin que se haga justicia a la obra del capitán Hall, pero acaso no será menester tanto para que en nuestra patria se reconozca su mérito y se fije en ella la atención nacional.

---

140 Véase la nota 90.

141 *Church and State*, divisa de los *tories*, es decir, del partido ultra-aristocrático de Inglaterra. (Nota del traductor en la que se advierte su postura, por entonces, ultra-progresista.)

142 Basil Hall publica el primer volumen de sus *Fragments of voyages and travels* en 1831. Si están incluidas en él sus alabanzas a la Cámara de los Comunes británica, resultan anteriores a la primera de las reformas del sistema electoral, la *Representation of the People Act* de 1832, con el conjunto de las cuales el sistema parlamentario fruto de la revolución de 1689 se transformó en un régimen liberal.

XXXII.
Expedición al Niágara. El Hudson. West-Point. Hyde-Park. Albany. Yanquis. Cataratas de Trenton. Rochester. Salto de Genesee. Lockport.

¡Cuán raudamente se deslizan las horas y semanas en una ciudad como la de Nueva York, especialmente cuando se disfruta de la amistad de algunas personas que son del trato más agradable que se pueda hallar en ambos hemisferios! Pero todavía nos quedaba por emprender un largo viaje para contemplar una de las maravillas del mundo.

El día 20 de mayo nos pusimos en marcha para el Niágara. Tanto había yo oído ponderar la hermosura extraordinaria y superior del río Norte, que temía llevarme chasco, y encontrar mezquina la realidad después de tan pomposas descripciones. Mas no alcanza la elocuencia humana a describir bien con todos sus esfuerzos los encantos de la naturaleza como los que presenta el Hudson. A cada milla se descubre una combinación nueva y sorprendente de rocas, árboles y agua desde el momento en que se emboca el río por Nueva York, hasta que se deja en Albany, y siendo de 180 millas el trayecto que se recorre, no se observa la más ligera irrupción de vistas pobres o de paisajes áridos.

Por espacio de veinte millas, a la izquierda, presenta la margen de Nueva Jersey una muralla de roca, que por su forma perpendicular y sus hendiduras lineales llaman las Empalizadas. Esta muralla se suele levantar hasta la altura de ciento cincuenta pies, y a veces se hunde en una profundidad de veinte. Cortan aquí y allí su uniforme semblante corrientes de agua que se precipitan por las grietas de las peñas, como serpientes de cristal; y por todas partes la brillante verdura del follaje con la gala y esplendor del clima y de la sazón, guarnece y taracea el sombrío valladar. En la orilla opuesta forma un contraste delicioso con los peñascales de enfrente la isla del Manhattan con su hojosa diadema tachonada de quintas y mansiones rústicas.

Pasada la isla, la ribera oriental va tomando por grados un carácter salvaje y montañoso, pero muy variado: bosques, prados, llanuras y encastilladas lomas, todo va presentándose a dos ojos del viajero por una sucesión rápida, conforme el gigante vapor va subiendo la corriente con su ordinaria velocidad.

El viaje durante muchas millas inspira un interés considerable, que es independiente de la magnificencia del panorama, porque se pasa por varios puntos que fueron teatro de acontecimientos importantes de la guerra de la revolución.

No pude mirar sin aflicción el sitio donde fue capturado el pobre André[143], ni el lugar de su ejecución.

Algunos fuertes, generalmente situados en las posiciones más dominantes, muestran todavía en sus ruinas despedazadas por el cañón los lugares donde se desarrolló lo más reñido de la contienda. No dejé yo de experimentar, al contemplar aquellos escombros, el interés moral de que carece el territorio de un pueblo nuevo, interés sin el cual no hay viaje en mi sentir que dure mucho tiempo sin cansar el espíritu.

A unas cuarenta millas de Nueva York se entra en las Tierras Altas (Highlands), como llaman a una cordillera de montañas que costea el río por uno y otro lado. Solamente viendo aquel sitio, se puede comprender su hermosura. La imaginación pudiera figurarse sin violencia que las masas caprichosas que ha agrupado allí la naturaleza, y sus innumerables accidentes de luz y sombra

143 John André (1750-1780), oficial y espía inglés durante la guerra de Independencia, que logró ganarse al general americano Arnold y pactar la entrega de West-Point. Sin embargo, el plan fracasó, Arnold huyó a Inglaterra, pero André fue capturado y ahorcado.

tienen por objeto formar el dechado de un tránsito ameno por medio de rocas, de bosques y de aguas. Tal vez se levanta de repente un pico que esconde su punta en las nubes, o aparece como un magnífico relieve engastado en la superficie del cielo; luego se abre un hondo barranco, en cuyas verdes quebradas y sombrías simas se pierde el pensamiento. Por espacio de algunas millas parece que el río forma una sucesión de lagos; a menudo se encuentra el pasajero encerrado por todas partes en medio de un arco de rocas tajadas que suben desde las mismas márgenes del río, y luego que da la vuelta a una punta, la corriente sesga y vuelve a servir de espejo a nuevos sotos, praderas, y aldeas o rancherías que se retratan en el fondo sereno de sus aguas.

La cárcel del estado Sing-Sing, está edificada sobre la orilla misma del río sin ornamento ni belleza para templar las imágenes tristes que sugiere. El *Sleepy Hollow*[144] de Washington-Irving, que está por cima de la prisión, restablece la tranquilidad en el corazón y refresca la fantasía con inspiraciones más alegres.

West Point, donde se estableció la academia militar de los Estados Unidos, dista cincuenta millas de Nueva York. El paisaje que rodea el establecimiento es magnífico, y aunque los edificios de la institución están construidos con la hermosa sencillez y clásica regularidad que señalan siempre las obras de los gobiernos, se hallan situados soberbiamente, y tan ceñidos de bosques que ofrecen un aspecto bellísimo. Las notas prolongadas de una corneta, que yo presumo que dirigía las maniobras del ejercicio de los alumnos, resonaban con penetrante y solemne dulzura, al tiempo de pasar nosotros por delante.

Como a unas treinta millas mas lejos está Hyde Park, sede magnífica del doctor Hosack[145]. La cumbre nebulosa del remoto Kaatskill empieza a formar allí el perfil del entorno: sería difícil imaginar un recinto más ameno y pintoresco. En aquel paraje pasamos un día con muchísimo gusto, y al otro día por la mañana volvimos a cortar las aguas en una de las fondas flotantes que llaman barcos de vapor. O este día, o el anterior tuvimos a bordo doscientos pasajeros en la gran cámara, y todos se sentaron juntos a una mesa cubierta abundantemente y con muchísima elegancia. Una sucesión continua de quintas de familias ricas, muchas de ellas extremadamente lindas, guarnece las márgenes del río hasta Albania, a donde llegamos ya muy entrada la noche, pero no nos costó trabajo hallar una excelente posada.

Albany es la capital de estado de Nueva York, y posee varios edificios públicos muy buenos allí se encuentran todavía algunas reliquias curiosas de los antiguos colonos holandeses.

De Albany salimos en una diligencia que nos condujo a distancia de diez y seis millas, porque quisimos evitar el sin número de esclusas que embarazan la entrada del canal del Erie. En Schenectady nos embarcamos en uno de los paquebotes del canal para Utica.

Este modo de viajar puede ser muy agradable con una sociedad escogida con gusto, un tiempo sereno y templado, y un viento fresco que ahuyente los mosquitos; pero me es casi imposible trazar en mi imaginación un motivo de comodidad que fuera suficiente para decidirme en circunstancias ordinarias a volverme a embarcar en semejantes paquebotes. Como las conveniencias son tan escasas, no hay americano que, al poner el pie en el barco, no muestre en todas sus acciones un sistema de egoísmo inflexible. La biblioteca, como llaman a un estante con diez o doce libros, la mesa de juegos, los estrechísimos camarotes, la sombra de la cámara principal, todo se lo disputan de un modo que os hace envidiar la suerte del caracol: a lo menos yo hubiera cedido entonces algo de mi dignidad humana, por el privilegio de encerrarme en una concha que hubiese sido mía, y solamente mía. A quien no ha oído en sus viajes sino cumplimientos, y le han dicho en todas partes: «Sentaos aquí; en este sitio iréis con más comodidad», debía parecerle poco armonioso el «ese es vuestro lugar, yo he cogido éste primero.»

144 El famoso relato sobre un jinete sin cabeza. Escrito en Europa, fue publicado en 1820 en su *The Sketch Book of Geoffrey Crayon, Gent.*

145 David Hosack (1769-1835), célebre médico, botánico y profesor.

En las mujeres de Norteamérica se nota cierta calma (hablo de las maneras exteriores de las que se encuentran por casualidad) que nunca llamaré yo dulzura. En los momentos de prueba, como por ejemplo los de acomodarse a bordo de un paquebote, los hombres andan listos, obran resueltos, y comprometerán la comodidad de cualquiera, con tal que ellos no arriesguen lo más leve de la suya. Las mujeres son rudamente obstinadas, y hasta que se termina el arreglo de las colocaciones, parecen puercos espines con todas las púas levantadas, y puestas en facha para impedir que se acerque nadie que pueda disputarles su acomodo. En circunstancias en que una inglesa parecería orgullosa, y una francesa *nonchalante*[146], una dama americana parece enojada: hasta las muchachas más lindas sacan el labio, fruncen las cejas y ponen un ceño tan áspero e intratable como sus bisabuelas.

Aunque no atravesábamos por el territorio de los yanquis de la Nueva Inglaterra, pasábamos sin embargo bastante cerca para encontrar en las diligencias y barcos muchos modelos divertidísimos de esa raza singular. Yo por mi parte amo sobre manera a los yanquis, pero confieso que no quisiera tener con ellos la más ligera relación de negocios, y que los evitaría con todo empeño cuanto posible me fuera, por no experimentar la verdad de su propia frase, a saber «que no fuesen demasiado agudos para mí.»

No es raro en estos tiempos trabajosos de nuestro mundo tropezar en todas partes con gentes, que llevan la agudeza hasta el lindero de la honradez, y aun a veces con quien tal vez salta un poquito al otro lado; mas yo creo que el yanqui es el único entre todos los mortales que haga alarde de saltar a pie juntillas la barrera del honor y la probidad. No es cosa fácil dar una idea clara y exacta de lo que es un yanqui: si oís definir su carácter a un virginiano, lo creeréis el diablo; si se os pintan ellos mismos, los tomaréis por unos dioses, aunque un poco mañeros: Mercurio convertido en ciudadano notable y hecho hombre de bien. Matthews los ha representado muy bien con respecto al «Yo espero»,«yo calculo», y «se me antoja»; pero eso no es más que la concha: mucho se esconde en ella de dulce y de amargo. En astucia, cautela, industria y perseverancia, se asemejan al escocés; en costumbres de pulcritud frugal, se parecen al holandés; en el amor del lucro se identifican con los hijos de Abraham; en la admisión franca, y admiración superlativa de sus cualidades y carácter no hay más que ellos sobre la faz de la tierra.

Los cuáqueros han sido celebrados por el ahínco imperturbable con que evitan dar una respuesta directa; ¿pero qué cuáquero podría habérselas con un yanqui en esta especie de esgrima? En efecto nada puede compararse con su extraordinario ingenio para eludir una pregunta, excepto la habilidad con que las hacen. Mucho temo echar a perder una conversación que oí a bordo del paquebote del canal de Erie, o quitarle su gracia, olvidando al referirla alguna de las palabras delicadamente dobles, cuyo disimulo me deleitó mucho, no obstante que no perdí tiempo para escribirla. Los dos interlocutores eran yanquis, pero no se habían visto antes, ni tenían motivo tampoco para conocerse de oídas. Uno de ellos, después de haberse informado poco a poco del punto de donde cada uno de los pasajeros que iban a bordo, procedía, a donde se dirigía, y por qué causa, y con qué objeto, dio por último con la horma de su zapato.

—Y pues —dijo el preguntador sempiterno a su hermano zorro— ¿a dónde bueno por este rumbo?

—Confío —respondió su compatriota— en que este canal corra bien hacia poniente.

—¿Y se sigue hasta muy lejos?

—Por ahora no sé cuántas millas podrán ser a punto fijo.

—Creo que vendréis de Nueva York.

—Es cierto que he estado muchas veces en Nueva York.

—Entonces calculo que no residís allí.

—Allí se puede hacer negocio residiendo o yendo de paso.

146 Indolente. (Nota del traductor.)

—Bien lo podéis decir. Pues entonces veo que vais a Springs.

—La gente, según dice todo el mundo, tiende a ir hacia allá; debe ser cosa buena de ver, espero.

—¿Calculáis deteneros mucho, cuando lleguéis al término de vuestro viaje?

—Eso depende de mis negocios, y de la manera que se presenten.

—Se me antoja que tenéis razón. Pero sin duda yo calculo que no dejará de tener parte en vuestra expedición algún objeto de placer, espero yo.

—Mis negocios no van en esa línea.

—Entonces los Springs no os deben llamar a esa línea.

—Los Springs es un sitio muy lujoso, me parece.

—Supongo que es su salud la que os hace salir de vuestra vida arreglada.

—La salud no me inquieta mucho, me parece.

—¿No? Pues tanto mejor. ¿Cómo andan los mercados? ¿Han subido las harinas?

—No sabría responderos con exactitud.

—Se ha hecho bastante dinero con el artículo de los Springs..

—Bien podéis decirlo.

—¿Os parece que se hacen grandes negocios con los productos del país?

—Supongo que costaría trabajo el saberlo.

—Yo calculo que hallaréis los mercados muy variables estos días.

—Los mercados no están sin variar muy frecuentemente.

—Y es esa mucha verdad. ¿Cuál puede ser el principal artículo que producís?

—Por lo general, pienso que mi principal artículo es aquel con el que gano más.

—Bien decís. Pero ¿a qué ramo llamáis vuestro ramo particular?

—Eso es lo que yo no puedo decir a punto fijo.

Y de este modo continuaron su diálogo mis dos yanquis sin adelantar ni ceder un palmo de terreno, mientras yo no me cansé de oírlos; pero al fin no pudiendo soportarlo más tiempo, los dejé muy enfrascados en él, y salí de la cámara a ocupar mi sitio sobre un arcón de la proa del paquebote, donde asenté en mi libro de notas el citado ejemplo de la conversación yanqui.

* * *

El cauce abierto para el canal del Erie corre gran trecho por medio de rocas sólidas, y así pasamos muchas veces por entre magníficas montañas. Las cascadas del Mohawk forman un cuadro interesante; los peñascos por donde el río se precipita, ofrecen a la vista las formas más fantásticas. La cascada o caída continúa por espacio de cerca de una milla, y sobre la orilla se levanta una ranchería preciosa que llaman los Pequeños Saltos (*Little Falls*). Como en aquel punto hay tantas esclusas, dejamos el barco para mejor disfrutar las hermosas vistas de la perspectiva, que ofrece algunas veces los cuadros más salvajes. Lo mismo hicieron otros varios pasajeros, y yo me divertí mucho con uno de nuestros yanquis, que nos acompañó muy cortésmente, señalándome la esterilidad y abandono del país, y excusando a sus compatriotas de la tacha que sobre ellos podía caer, con decir que la propiedad que veíamos, había pertenecido a un inglés…

—Y perdonadme, señora —continuó nuestro acompañante— pero cuando los ingleses adquieren una posesión de terreno áspero como éste, no saben aprovecharlo como hacemos nosotros; ahora el inglés lo ha vendido, y si lo veis de aquí a cinco años, no lo reconoceréis. Apostaré yo que de pronto surgirán en esos andurriales diez o doce factorías: verdaderamente es una vergüenza dejar ocioso un tesoro de agua como éste.»

Llegamos a Utica a las doce del día siguiente, un poco asados con el sol durante el día, y algo más que cocidos con el calor de una cámara embutida de pasajeros por la noche: gracias al zumo de limón y al agua de nieve (sin azúcar) que no nos sacaron convertidos en momias del dichoso paquebote; porque en efecto yo creo que sin ese delicioso cordial, los abanicos de pluma y el agua de Colonia, todos nos hubiéramos ahogado. El termómetro estaba a noventa grados.

A las dos salimos de Utica en un carruaje abierto muy agradable, para visitar las cataratas de Trenton, distantes catorce millas de un camino delicioso. La celebridad de estas cataratas se ha extendido de tal manera en los últimos años que sólo ceden en fama al salto del Niágara. El West Canada Creek, que el mapa representa como un arroyuelo insignificante, se abre paso por medio de un cauce de rocas, y en muchos puntos sube a la altura de ciento cincuenta pies. En la cumbre hay un bosque de enormes cedros, y muchos de ellos, que pertenecen a la especie del cedro blanco que deja caer sus ramas como el sauce llorón, crecen en las hendiduras de la montaña, y en varios sitios casi bañan su obscuro follaje en el torrente. La roca es de una piedra caliza de color ceniciento, y suele presentar una superficie unida semejante a una muralla.

Cerca del hotel hay una rampa muy pendiente y con escalones muy peligrosos, que baja hasta la madre de la corriente: allí os creeríais encerrados en una profunda sima de roca sólida, sin otra abertura aparente que la del cielo. El torrente se precipita con una rapidez inconcebible, y sus aguas, negras como la noche, corren tan al nivel de la peña donde estáis, y esta se adelanta con tal perfidia, que nada os advierte el peligro. En los tres años últimos dos jóvenes, a pesar de hallarse junto a sus amigos, dieron un paso de más y desaparecieron para no volver jamás sobre la tierra, como si hubieran sido presa del poder mágico del genio de las aguas. La ancha plataforma que sirve de pie a la escalera, se extiende un poco a lo largo, y de repente parece que la muralla perpendicular de la montaña detiene vuestros pasos; pero el espíritu de arrogancia que excita siempre la mente del hombre, no conoce freno ni barrera: no puede ser contenida ni por rocas ni por torrentes.

Con el auxilio de algunos barrenos de pólvora, han hecho saltar un gran pedazo de montaña, para formar una especie de explanada alrededor de un punto, y así, cuando se dobla la extremidad de ella, se ofrece a los ojos del viajero un mundo de cataratas que saltan todas juntas con un magnífico desorden. Sin embargo para acercarme siquiera al punto desde donde se puede contemplar su sublime juego, sufrí considerablemente; hay afianzada en la roca una cadena que sirve para sostenerse, al arrastrarse por aquel precipicio desvanecedor, y a mí me sirvió en efecto en el esfuerzo que hice para adelantar algún terreno; pero se acabó la cadena, y sin ella menguó mi valentía, aunque los demás continuaron ganando espacio, y volvieron contando maravillas de la sublimidad de la escena, cuya grandeza iba creciendo más y más. Mis pobres rodillas me flaquearon, la cabeza me daba vueltas como un remolino, y por lo tanto, mientras los demás ganaban la vuelta de la roca, yo tuve que sentarme y esperarlos en la plataforma de la escalera.

Ciento cincuenta pies de rocas negras y peladas a un lado, al otro una elevación igual coronada por una banda solemne de corpulentos cedros, un torrente insondable bramando en aquella cárcel, los vivos recuerdos de la leyenda pavorosa del recinto, la idea de que mis hijos estaban al borde del horrible abismo que acababa yo de dejar... ¡qué combinación tan lúgubre de imágenes y pensamientos! Y aun no se había completado el horror de aquella mansión del espanto. A poco de haberme sentado, sacudió la atmósfera un trueno tan horrísono, que al repetirlo sucesivamente por todas partes los ecos del hondo precipicio, pareció que las montañas habían sido arrancadas de sus eternos fundamentos. Yo creí que el suelo donde me había sentado retemblaba; pero el efecto total fue tan superior en sublimidad, que ni aun tiempo me dejó la admiración para sentir el miedo.

Mis hijos volvieron inmediatamente; y todos juntos contemplamos con entusiasmo el aparato sombrío, con que cubrieron las nubes de un velo espeso la boca del abismo, y el estruendo rival del torrente y la tempestad, saboreando enajenados esa deliciosa exaltación de espíritu que hace arrostrar los peligros y aun provocarlos. Unas cuantas gotas sumamente gruesas, présagas de la lluvia que iba a caer, nos asustó más que todos los horrores de la escena anterior, o por mejor decir,

nos volvieron el sentido, y nos retiramos por la espantosa escalera, llegando a la posada felizmente sin agua y sin accidente alguno.

Al día siguiente nos levantamos muy de mañana; la tempestad de la noche pasada había refrescado el aire y contribuido a reparar nuestras fuerzas. Nuestra jornada fue por diferente camino, y en vez de bajar como antes, atravesamos la tenebrosa selva, subiendo la ladera de la montaña, pero bastante cerca del borde del derrumbadero para ver de cuando en cuando las escenas de su profundidad. Al cabo de algún trecho, la senda comienza a bajar, y va hasta una especie de puerto del que ha hecho célebre mención Miss Sedgwick[147] en su *Clarence*. Este punto es el más bello de las cataratas. Tiene una pequeña balaustrada por el frente que le sirve de balcón, la cual está literalmente colgada sobre el tremendo caos. Aunque es una baranda endeble, inspira la confianza de la seguridad, en que se cree cualquiera que se asoma a ella: yo me acuerdo que experimentaba la misma sensación que había experimentado antes, viendo por una verja altísima un toro enfurecido que estaba al otro lado. Las paredes de esta glorieta están cubiertas de nombres autógrafos, y yo me sentí muy acosada de la risa, al contemplar ese juego de la vanidad, cuando un individuo de nuestra reunión descubrió entre los innumerables garabatos que llenan la roca: «Trollope, Inglaterra.» Los bien conocidos caracteres fueron saludados con tanto placer que no pienso volverme a reír jamás de que cualquiera deje su nombre, donde sea posible que un amigo lo encuentre.

Volvimos a comer a Utica, y nos hallamos con que era menester que aguardáramos la diligencia de Rochester que debía salir al día siguiente, o que nos resignáramos de nuevo a soportar los tormentos del paquebote del canal. Nuestra impaciencia nos indujo a preferir el segundo partido, no muy prudentemente en mi sentir, porque las incomodidades se acrecentaban por instantes para nosotros. Los distritos de Oneida y Genesee son en extremo hermosos; pero si no hubiéramos vuelto por otro camino, muy poco hubiéramos podido contar de ellos. Desde el canal nada se ve bien, y, hablando en plata se ve poquísimo. Yo creo que toda mi diversión se redujo a oír nombres. Una ciudad, que consiste en la taberna donde se vende el whisky, y otro tenderete de mala muerte, se llama Port Byron. El primer nombre que yo vi en Roma escrito sobre la puerta de un bodegón, fue el de Remo, cosa que hacía infinito honor a la instrucción clásica de los padrinos y madrinas del establecimiento; pero sería nunca acabar ir refiriendo las sandeces sin fin de esa especie que nos salían al encuentro.

Al segundo día de haber salido de Utica, llegamos por la mañana a Rochester que dista ciento y cuarenta millas, y confirmamos nuestra resolución de no volver a poner los pies en ningún barco de canal, a lo menos, en América.

Rochester es una de las ciudades más famosas que se han construido por el plan de los edificios ligeros. En efecto contiene muchos de madera que son magníficos, y más casas, almacenes, factorías y máquinas de vapor que se han levantado jamás en un espacio igual de tiempo al que se ha gastado en alzar esta ciudad; pero me dijo uno de mis compañeros de viaje, que todavía estaban por arrancar en las bodegas los troncos de los árboles cortados para edificar sobre el terreno del bosque.

El salto de Genesee está junto a la población, y dentro de unos cuantos meses estará quizás en el centro de ella. Es una soberbia cascada, que cae perpendicularmente de una elevación de ciento sesenta pies; pero yo la vi por la ventana de una factoría, y como no me gustaba aquella manera de verla, me condujeron muy urbanamente a la puerta de un molino de aserrar: en suma, han sacado tal partido y con tanto ingenio del gran privilegio de agua, que no hay un sitio donde su voz y su movimiento se encuentren confundidos con la voz y el movimiento de la admirable maquinaria de esta floreciente ciudad.

La catarata de Genesee ha adquirido fama por haber sido donde el loco aventurero Sam Patch[148] dio su último y fatal salto. Ya había saltado otra vez, y había logrado volver sobre el agua y ganar la orilla del río perfectamente a salvo; pero la última vez lo vieron vacilar al precipitarse, y no

147 Véase la nota 70.

lo vieron ya más. Parece que había tenido algún presentimiento de su suerte, porque, habiendo llevado siempre consigo un oso, que era su compañero en todas esas aventuras de precipicios y torrentes, y que se arrojaba al agua detrás de él, saliendo también con él sin lesión, lo dejó encargado este día a un amigo, a quien legó su posesión, en caso de que no volviera. Nosotros vimos el oso que mantienen y cuidan en la fonda principal de Rochester: soberbio animal, y el más manso que he conocido de su especie.

Desde aquí empezó nuestra expedición a tomar un aspecto más montaraz y salvaje. A uno y otro lado del camino no se ve más que bosques, y la aparición de alguna que otra choza es un rarísimo evento. Afortunadamente la senda fue buena durante la mayor parte del día, porque es un arrecife que corre a lo largo de la loma, cuya cima ofrece ese sendero natural. Esta cordillera tiene una elevación muy extraña, y la opinión más en boga acerca de ella es que antiguamente formaba la linde del lago Ontario, junto al cual pasa. Cuando se acabó la loma, se acabó el camino, y lo restante de la jornada hasta Lockport que corre por un terreno pantanoso y lleno de troncos que cortan el paso a cada instante, fue un martirio del que, a buen librar, salimos con muchos coscorrones y todas las coyunturas de nuestros magullados cuerpos casi dislocadas.

Lockport es sobre toda comparación el pueblo más raro que yo haya visto en mi vida. Tan pronto como abatían una media docena de árboles, levantaban una factoría; los troncos disputan aun el terreno a las columnas, y los pórticos se ven luchar con las rocas. Parece que el espíritu de la maquinaria, habiendo invadido los pacíficos dominios de la naturaleza, haya fijado en Lockport su campo de batalla para disputarle el señorío.

El genio insiste en querer trazar un cauce para que el río siga un rumbo, aunque la buena madre ha dirigido siempre su marcha alegre y bulliciosa por otro; hasta las montañas caen bajo sus pies, y toman la forma que les imprime su voluntad soberana. La batalla ha sido perdida y ganada. La naturaleza ha sido completamente vencida y arrojada del campo, y el demonio que cruje, silba, hiende y raja y todo lo modifica, ha tomado posesión de Lockport para siempre.

Aquí dormimos bastante mal. Yo nunca me he sentido más malhumorada ante lo que los americanos llaman mejoras: el pueblo, tal cual está actualmente, es en realidad un pueblo horribilísimo, y yo confieso que lo dejé con el mayor placer.

Nuestra jornada inmediata fue Lewiston. Durante el tiempo que empleamos en andar algunas millas antes de llegar al descanso, tuvimos la satisfacción de ver y saludar a la frontera británica.

Aunque muy distante, se ve perfectamente el monumento erigido al general Brock en una eminencia vecina a Queenstown.

Desayunamos en Lewiston, pero cada taza de café se nos antojaba un pecado: tanta era ya nuestra impaciencia y tanto se aumentaba, conforme nos acercábamos al término de nuestra larga peregrinación, para llegar al santuario que la naturaleza parece haber depositado tan lejos de sus adoradores, con el fin de probar la fuerza de su devoción.

Sólo nos faltaban unas cuantas millas para tocar el pie del altar, pero tuvimos que atravesar un paso de barca, porque nos determinamos a gozar de la primera vista en territorio inglés. El río Niágara es muy hermoso por aquella parte; las orillas son escarpadas y ásperas, con una riqueza de colorido y esmalte no sólo en las rocas sino en los bosques y breñales que las cubren; y el agua es brillante, clara e indeciblemente verde.

Al pasar la barca, uno de los pasajeros hizo varias preguntas al muchacho que la conducía acerca de la batalla de Queenstown; su poca edad no le permitió recordar muchos pormenores de aquel evento; pero era inglés, y sus respuestas llevaban el sello bien impreso de la lealtad británica. Preguntóle entre otras cosas el viajero, si los ciudadanos de los Estados Unidos no habían sido arrojados al río desde las alturas.

---

148 Sam Patch (1799-1829) fue conocido como el *Saltador yanqui*. Tuvo un gran éxito de público con sus espectaculares saltos en diferentes cascadas.

—¿Porqué no? Muchos lo fueron; pero era justo enseñarles que había agua entre nosotros, y ya veis que eso podía contribuir a que se estuvieran quietecitos en su casa y no vinieran a incomodarnos en la nuestra.

¡Nuestra casa! ¡Qué interés no despertaba esta frase a cada milla! ¡Nuestra casa! Sin la idea halagüeña de contemplar si no «nuestra casa», a lo menos nuestro territorio, hubiera procurado dormirme, para engañar el tiempo que aun debíamos tardar en ver la catarata del Niágara.

Empero era una delicia para mí ver encinas inglesas, y habitaciones inglesas y niños ingleses. Las muchachas, como si hubieran tenido la intención de convencernos de que no eran hijas de ciudadanos, nos hacían reverencias y cortesías cuando pasábamos, y ese ligero golpe de una urbanidad tanto tiempo desconocida nos produjo una emoción grandísima.

—¡Mamá, mamá! ¿Esas lindas niñas no parecen inglesas? ¡Cómo me agradan! —fue la exclamación que arrancó su vista a mi familia.

XXXIII.
Niágara. Llegada a Forsythe. Primera vista de las cataratas. Goat Island. Los rápidos. Búfalo. Lago Erie. Canandaigua. Aventuras de la diligencia.

Por fin llegamos a Niágara. El día era de los más brillantes que puede dar el mes de junio, aunque cualquiera día me hubiese parecido brillante, al contemplar por primera vez lo que por espacio de tantos años había yo ansiado ver con tanto ardor.

El ruido del Salto no se percibe hasta que se está cerca de la posada que lo domina. Al entrar por las puertas se ve al otro lado por medio del salón un espacio abierto, rodeado de galerías, puestas unas sobre otras, y al instante comprendimos que desde allí se veía el gran prodigio.

Yo temblaba como una tonta, y mis niñas se asieron a mí temblando también, pero me parece que en nuestros rostros debía brillar el contento. Encontramos un mozo que simpatizó en cierto modo con nosotras, y no nos dejó correr a la primera galería, como teníamos intención de hacer, sino que nos condujo a una galería superior que ocupamos al instante, descubriéndose de una vez a mis ojos todo lo que había yo anhelado ver, deseado contemplar y aun en que había soñado tanto tiempo.

No es para mí posible hacer una tentativa para describir la maravilla del Niágara; conozco que no poseo las fuerzas que se necesitan para bosquejar tan sublime cuadro.

Después de haber dado una mirada larga e insaciable, dejamos la galería, para acercarnos todavía más, y al salir de la casa tuvimos la buena fortuna de encontrar un caballero inglés[149] que nos había sido presentado en Nueva York[150]. Este caballero estaba allí algunos días, y sabía perfectamente a dónde y cómo nos había de llevar. Si algún mortal hay que pueda describir la escena que admiramos entonces, ciertamente es nuestro compatriota, y yo espero que lo hará. En cuanto a mí, solo diré que me abrumaron completamente el pasmo, el terror y las delicias.

Sólo acertaba a llorar, y mis lágrimas procedían de una mezcla extraña de placer y dolor: durante un largo intervalo, mi físico se afectó de una manera tan violenta que no me sentí muy dispuesta para las sensaciones agradables; mas luego que se calmó la emoción de los sentidos y que logré recobrarme algún tanto, gocé a la verdad de un deleite indefinible.

Decir que mis esperanzas no se frustraron, sería valerme de una expresión demasiado floja para dar un indicio siquiera de la sorpresa y asombro que produjo en mi alma aquella escena, en que había yo soñado tanto tiempo. Para mí tiene más que su inmensidad: allí se oculta más que los ojos ven y los oídos oyen; un misterio confuso vuela alrededor de tanta maravilla que ni aun a la imaginación le es dado penetrar; pero yo no me atrevo a detenerme en este punto: la materia es peligrosa, y querer describir las sensaciones que yo experimenté, sería arrojarme en el abismo del delirio.

En el Salto puede decirse con toda exactitud que no hay nada más que ver que el Salto. No hay allí como en Trenton soberbias rocas ni selvas encumbradas; todo lo que se ve se reduce a la catarata; pero es la catarata de un Océano, y si estuviera hacinado en cada orilla un monte Pelión sobre cien Osas, no quedaría tiempo para mirarlos.

---

149 El consumado autor de la novela *Cyril Thornton*. (Nota de la autora.)

150 El militar escocés Thomas Hamilton (1789-1842) publicó en 1827 *The Youth and Manhood of Cyril Thornton* (La juventud y la madurez de Cyril Thornton)

El estruendo es mucho menor de lo que yo me había figurado. Cuando se está junto a la misma caída del agua, puede cómoda y distintamente oírse una conversación sin levantar la voz sobre el tono ordinario. A mí me parece que la causa de esta disminución de estrépito consiste en que no cae el Niágara inmediatamente sobre rocas, como el Potomac cuyo ruido es infinitamente superior, sino que se precipita directamente y sin romperse, excepto con su mismo rebote. El color del agua, antes de que su repercusión misma la esconda bajo una atmósfera de espuma y niebla, es del verde más brillante y delicado. La violencia de su impulso la arroja lejos y describe una larga línea, antes de comenzar la curva de su caída, siendo el efecto de la luz, que sin cesar muda sus colores prismáticos al pasar aquel arco transparente, la vista más hermosa que darse pueda.

Bajamos hasta el borde del agua que recibe el torrente, y desde allí miramos de perfil la herradura que forma el Salto. Parece una audacia terrible acercarse tanto, más todavía pararse y aun más alzar los ojos para contemplar su inmensidad. El punto, en mi entender, de que es imposible que pueda formarse idea quien no haya visto la catarata, es el centro de la herradura. La fuerza del torrente se quiebra en aquel punto, y la tremenda masa de las aguas, rodando, retorciéndose y enroscándose al desprenderse para caer, sugiere el pensamiento de una pujanza irresistible, de que ningún otro objeto me ha inspirado jamás una confusa imagen.

La siguiente anécdota, que oí a persona fidedigna, dará alguna idea de esa terrible fuerza.

Después de la última guerra americana, tres de nuestros buques pertenecientes a la estación o apostadero del lago Erie fueron declarados inútiles para el servicio, y por consiguiente condenados. Algunos oficiales de sus dotaciones consiguieron el permiso de precipitarlos, haciéndoles saltar las cataratas del Niágara. El primero se hizo astillas en los rápidos; el segundo se hundió antes de llegar al Salto; pero el tercero, que estaba en mejor estado, saltó con denuedo y conservó su forma, hasta que desapareció bajo la nube de vapores que cubre el fondo del precipicio. Ofrecióse una recompensa de diez dólares al que presentara el mayor fragmento de cualquiera de los tres buques naufragados, cinco por el fragmento que se siguiera a éste, y así sucesivamente. Sólo se pudo descubrir un trozo, que vendría a tener cosa de un pie: estaba como machacado en un yunque, y sus orillas mordidas con la forma de los dientes de una sierra. ¿Qué había sido de la cantidad inmensa de madera que se había precipitado? ¿Qué remolino desconocido se la había tragado de modo que, contra las leyes comunes de la naturaleza, no había aparecido sobre la superficie ni el más leve vestigio de una cantidad tan grande de materia flotante?

A otro lado del arco de la catarata está la isla Goat (Cabra), y al otro lado de la isla Goat, el Salto americano, atrevido, recto y cubierto de espuma como nieve en su lucha con las rocas que le disputan el paso; pero no se aproxima ni en sublimidad ni en terrible hermosura a la media luna de la ribera opuesta. Allí la forma de la espantosa caldera en que se derrama tan furibundo diluvio, los cien plateados torrentes que se congregan alrededor de sus bordes, el movimiento igual y solemne con que lanza su inmenso caño por cima de la roca, la líquida esmeralda de sus unidas aguas, las guirnaldas y festones de cristal que saltan y se cruzan tan caprichosamente, y luego la niebla opaca que cubre con sus alas los horrores del hondo abismo donde todo se confunde, constituyen una escena casi superior a las fuerzas de la contemplación humana, y demasiado enorme en sus rasgos para que la mire un mortal. «Los ángeles temblarían al verla»; y los nervios que no cedieran a su impresión y no se abatieran a la primera vista de la estupenda catarata, serían en mi concepto más bien obtusos que fuertes.

Los pormenores minuciosos de una localidad no pueden llamar la atención de los que no han experimentado su influencia por bien o por mal, con placer o con dolor. No hablaré pues de los escalones que suben por el mismo borde del torrente, ni de los descansos lodosos y resbaladizos, en que por más que se estremezca, se tiene que apoyar quien no quiera perder su reputación de viajero romántico. Nosotros llevamos a cabo una vez y otra todas esas hazañas desde el día de nuestra llegada, y al acabarse el día, estaba yo cansada de veras, aunque no daría los recuerdos de aquellas horas de agitación y zozobra por los de otras muchas más suaves y tranquilas de mi existencia.

Al día siguiente a las cuatro de la mañana ya estaba yo otra vez en la pequeña glorieta junto al salto de la herradura, que más parece que se rarifica en un espacio de agua que en un ambiente de aire: allí tomé un baño matinal de aspersión con el rocío que se desprende y cae por todas partes. El vapor que subía como una niebla espesa, cubría entonces la mayor parte del panorama, pero la misma obscuridad ocultaba allí un encanto especial, y conforme iba creciendo la luz, las nubes se iban también arrollando y desapareciendo, hasta que brilló el sol y volvió a ofrecerse a mis ojos la inmensa maravilla.

El arco iris de la cascada no se ve desde el territorio inglés hasta la tarde, rasgo que aumenta considerablemente la hermosura del magnífico cuadro. El arco alegre y vistoso salta de una catarata a otra como un puente del reino de las hadas.

Después de almorzar pasamos al lado americano, y exploramos la isla Goat. El paso del Niágara por en frente de los Saltos, es uno de los tránsitos mas bellos y deliciosos que puede concebir la imaginación. La barca cruza tan cerca de las cataratas que alcanzan a los pasajeros las gotas de un ligero rocío. La seguridad real y el peligro aparente tienen su parte en el placer que se siente. El río cala por aquel paraje doscientos pies de profundidad. El paso por la roca conduce a un punto, que está inmediato a la catarata americana por la parte superior. La masa de las aguas es vastísima, y tiene toda la sublimidad de elevación, la anchura y el estruendo, pero no posee la influencia mágica de su rival. La isla Goat manda por todas partes una soberbia vista de los rápidos o remolinos: la furibunda rapidez con que se arrojan en la sima insondable, es espantosa, y echar un puente sobre ellas sería un noble atrevimiento.

Por debajo de las cataratas corre el Niágara entre rocas encumbradas, coronadas de bosques espesísimos y unidos, que forman un contraste notable con las orillas hundidas de la parte superior. Parece como si una fuerza volcánica hubiera roto el nivel del río. El Niágara es ancho y profundo al salir del lago Erie; pero su curso es tranquilo por espacio de unas cuantas millas, y sus riberas son iguales. Sin embargo la madre del río comienza a hundirse poco a poco, y su tersa y cristalina superficie se riza ligeramente como las aguas serenas del lago, cuando el viento las empieza a turbar. La imagen de los árboles que, aunque al revés, se retrata como en un espejo en el sosegado cristal de las aguas, se cimbra, se tuerce, se enrosca, hasta que al fin se borra, y en esa confusión de objetos que se violentan, y se chocan, y se confunden en el tumulto que los destruye, la imaginación ve un caos inmenso donde se pierde un mundo entero. A cada paso crece la velocidad de la corriente; las rocas, oponiendo estorbos y mas estorbos, enfurecen las aguas obstinadas, que cambian su color de esmeralda en la blancura espumosa de la nieve. Así continua el río por espacio de una milla, y luego las rocas se hunden, dejando abierto un precipicio de ciento y cincuenta pies, y el torrente se lanza en pos de ellas. Dios dijo: «Sea una catarata», y una catarata fue. Cuando el río se ha recogido en su nuevo cauce, las paredes de éste presentan por uno y otro lado un horrible abismo de roca sólida tajada. Algunas plantas vistosas suelen colgar por aquí o por allí, y en muchos sitios la encina, el fresno y el cedro cubren con su rico follaje el aspecto horrible del derrumbadero.

Esta violenta transición de unas riberas llanas e iguales a un hondo barranco, parece que indica alguna gran convulsión como causa probable del fenómeno, y cuando me dijeron que cerca de allí había un manantial de agua hirviendo, pensé que la fuerza volcánica estaba todavía en acción, y que aun podían aumentarse las maravillas de aquella región.

Los cuatro días que pasamos en el Niágara fueron de excitación y cansancio, pero fecundos en sensaciones deliciosas y en pensamientos sublimes. El rocío nos empapó completamente; las rocas nos cortaron los pies; el sol nos quemó las caras; miramos la catarata por arriba, mirámosla por abajo; nos asimos a cuantas peñas ofrecían una eminencia; bañamos nuestros dedos en la corriente a pocas varas de distancia de la estruendosa caída; en una palabra, procuramos llenar de las ideas del Niágara todos los nichos de la memoria, y me parece que nunca olvidaremos sus imágenes.

Encontramos muchos grupos de viajeros en nuestras excursiones, principalmente de americanos; pero no paraban mucho la atención, o nos parecía a nosotros que la paraban poco en los prodigios que los rodeaban.

Un día estábamos sentados en el punto de una eminencia, cerca del transbordador, que domina la vista de ambas cataratas. Este punto, sea dicho al paso, se considera como la vista general más grandiosa de la escena. Un individuo de nuestra reunión estaba ocupado en bosquejar lo que sin embargo yo creo que no es dado al lápiz ni al pincel retratar con buen éxito, de manera que por la pintura o el dibujo pueda formarse una idea aproximada el que nunca ha visto el modelo. Habíamos pedido dos o tres sillas prestadas en una granja vecina, y habiendo cogido algunas ramas, que con la adición de nuestros chales y sombrillas habíamos procurado convertir medio en gruta, medio en toldo, para libertarnos del sol de mediodía, no tengo duda en que debía parecer que estábamos bien acomodados y gozando de un fresco vivificante.

Una partida numerosa que había cruzado desde la ribera americana al lado inglés, subió por la difícil cuesta que conduce a la altura desde el paraje en que los había dejado la barca. Mientras subían daban la espalda a los Saltos, y al acercarse a la cumbre, nosotros fuimos el objeto principal que se presentó a sus ojos. Todos se quedaron parados, mirándonos con una perfecta tranquilidad. Este examen tuvo su desarrollo a distancia de unas doce a catorce yardas del sitio que ocupábamos, y duró sobre cinco minutos, tiempo en que recobraron aliento y repararon sus fuerzas. Entonces avanzaron en cuerpo, y uno de los de la partida, o dos de ellos se pusieron a mirar el dibujo del paisajista, pero del revés, colocándose entre él y el objeto que estaba copiando, aunque me parece que no cayeron en esto. En seguida nos empezaron a preguntar, cuánto tiempo hacía que estábamos en los Saltos; si había mucha gente; si no eramos del viejo país, y cosas semejantes. En cambio supimos muchas nuevas interesantes, como por ejemplo: la de que ellos acababan de llegar. Y sin embargo, ninguna de las personas del grupo, y eran ocho, ni siquiera había vuelto la cabeza un instante, para admirar el espectáculo más estupendo de que la naturaleza puede hacer alarde.

La sociedad de la posada se relevaba casi todos los días. Muchas partidas se apeaban por la mañana, iban a ver las cataratas, volvían a la posada a comer, y se marchaban en el coche de la tarde. Muchos de los grupos eran indescriptibles por la rareza caprichosa de su facha y modales. De cuando en cuando solía caernos también como una exhalación tal cual *dandy* o petimetre de primera tijera.

Una vez, estando en la soberbia galería que da por detrás de la posada a la catarata de la herradura, vimos asomar por la ventana que domina la perspectiva, una pierna con su bota y todo, de un individuo de la graciosa raza: lo demás de su persona estaba arrellanado en su silla, con la cabeza envuelta en una densa nube de humo de tabaco.

Cuando he solido tropezar con algunos de los ultra-elegantes de nuestro país en las escenas más salvajes y grandiosas de él, he observado frecuentemente que, a lo menos entonces, se desprenden en gran parte de su aire, y de su elegantismo, como si se ruborizaran de que el dios de la naturaleza los viera representar tan ridículas farsas en su presencia, cuando se ofrecía a sus ojos con el aparato de su divinidad; y más de una vez también me ha sorprendido ver cuanto seso suele abrigarse en esos bustos huecos de la moda. Pero en América no mueven a esa clase de personas la hermosura del paisaje ni la grandeza de las escenas terribles; antes bien los exquisitos jóvenes del Nuevo Mundo se esmeran en lucir su garbo y buen talante en medio de ellas, mostrando con infatigable ahínco su elegante abandono. Verdad es que no tienen mucha oportunidad para desplegar sus gracias en la rutina diaria de la actividad mercantil, en que pasan la vida, y esto puede servir de amplia y satisfactoria explicación, de lo que más arriba queda asentado.

Afortunadamente para nuestros placeres estas visitas elegantes alteraban muy poco el carácter solemne del espectáculo. Todos los que van a la posada de Forsythe (excepto Mistress Bogle

Corbet[151]) corren a la glorieta, e inscriben sus nombres en un registro que allí se guarda, y la mayor parte desciende por la escalera de caracol que conduce a la plataforma de las rocas de abajo. Allí también hay una glorieta, pero separada unas cuantas yardas de la entrada de la caverna maravillosa qué forman por una parte el torrente que salta, y por la otra la gigantesca roca por cima de cuya cumbre se precipita. A este débil refugio contra el bramido salvaje de las aguas y la lluvia cegadora del rocío que se desprende de ellas, suelen dirigirse casi todos los hombres y muchas de las lindas viajeras; pero frecuentemente he visto que les faltaba el ánimo, y que volvían al abrigo de la escalera calados de agua y llenos de lodo, dejándonos en tranquila posesión de la tremenda escena que con tanta delicia contemplábamos. ¡Qué inútil debe ser toda tentativa para describir aquel sitio! ¡Cuán en vano se harán todos los esfuerzos de que es capaz la mente del hombre, para dar una idea de las emociones que produce! ¿Hay por ventura placer más exquisito que el de permanecer horas enteras en un mar de rocío, en medio del estruendo incesante de la catarata, sobre las rocas que estremece la confusión perpetua del torrente en su cauce, en una atmósfera mas de agua que de aire calado el cuerpo, aturdida la cabeza, sacudidos los nervios, temblando, respirando con trabajo, el corazón oprimido, la imaginación exaltada? Y esas terribles sensaciones son verdaderos placeres, y los placeres más vivos de que yo creo haber gozado. Nosotros nos acercamos con frecuencia a la entrada de la espantosa caverna, pero, aunque dos o tres personas de nuestra sociedad penetraron hasta el fondo, yo nunca me atreví a internarme. Al querer pasar del umbral de la inmensa abertura, me faltaba el aliento, y el dolor que sentía en mi pecho era tan agudo, que toda mi curiosidad no bastó para que lo soportara una vez sola.

¿Qué era la caverna de los vientos de los tiempos antiguos comparada con esta? En la del Niágara reina un genio más poderoso que Eolo.

No fue este sitio de espanto y de peligro el único en que nos encontramos solos. La senda que tomaban los «grupos» para la glorieta, donde se guarda el «libro de los nombres», era la misma siempre. Esta senda desciende a la orilla escarpada del torrente desde la verja del jardín, y la han hecho bastante fácil, a fuerza de vueltas y revueltas, pero no es de ningún modo el camino que más ventajosamente puede procurar la graduación del placer, o el gusto de la sorpresa al extranjero, que se acerca al lugar donde ha puesto la naturaleza uno de sus mayores portentos.

Durante nuestra permanencia en aquel punto, vimos empezar otra escalera, que debía rivalizar en atractivo con la que se usa ahora, y de que dista muy pocas yardas; pero que en mi opinión de ninguna manera contribuirá a la comodidad de la bajada. La erección del pilar maestro o fuste central de esta escalera espiral fue una de las operaciones más formidables que el hombre pueda intentar, y sólo verla me mareó completamente. Después de haber asegurado su cimiento en el fondo, se descolgaron de las rocas los carpinteros, sostenidos por maromas, hasta las vigas que servían de traveseros, y mientras estaban ellos sentados en medio de aquel caos de vapores y estruendo, reflexionaba yo que nunca había visto exponer la vida a tanto peligro y tan inútilmente. La obra no obstante prosiguió sin desgracia alguna, y ya estaba para acabarse, cuando dejamos la posada.

Mucha pena costaba a nuestro corazón dar el último adiós al Niágara, y al contemplarlo por la postrera vez, sentíamos una inquietud semejante a la congoja; pero «teníamos que hacerlo», como dicen los americanos, y dejamos el sublime salto, el 10 de junio, para ir a Búfalo.

El camino a lo largo del río por cima de las cataratas es tan hermoso, como puede serlo un arrecife que costea una corriente pura y cristalina de una milla de ancho, siguiendo paralelamente a la orilla hasta que llega al paso de la barca de Black Rock.

Allí saludamos casi con un grito de entusiasmo el pabellón inglés que vimos por primera vez en la arboladura de la *Bull Dog*, gentil corbeta del comodoro Barrie, que subía el río a remolque, para ganar el lago Erie, debiendo el comodoro dar la vuelta de los lagos.

151 El escocés John Galt (1779-1839), que vivió un tiempo en el Canadá, publicó *Bogle Corbet, or the Emigrants*, en 1831.

En Black Rock volvimos a pasar a los Estados Unidos, y a pocas millas de un traqueteo infernal nos encontramos en Búfalo.

Entre las mil y una ciudades, mil y una rancherías, mil y un lugares que vi en América, me parece que la población más rara que se puede ver, es Búfalo. No es tan selvática como Lockport, pero también parece que todos sus edificios se han construido de prisa, si bien no hay objeto que no descubra una gran pretensión: allí se ven pórticos, allí os paseáis por columnatas, allí encontráis pilares, allí se admiran cúpulas, y toda esa grandeza no tiene más falta que el ser de madera. Todo el mundo os dice en Búfalo, como en las demás poblaciones nuevas, y todo el mundo lo cree, que sus mejoras y sus adelantos son más rápidos y portentosos que cuantas mejoras y adelantos ha conseguido el género humano, hasta que los americanos le han quitado los andadores a la naturaleza. Sin embargo para mí no hay más maravilla sino que tantos millares, o por mejor decir, tantos millones de personas crean en el siglo XIX, que viven bien, viviendo de aquel modo. Seguramente se debe afirmar que los Estados Unidos se extienden, pero no se elevan.

El *Eagle Hotel*, que es una inmensa fábrica de madera, tiene todos los humos de un establecimiento espléndido, pero sus monstruosos corredores, sus techos bajos, y sus intricadas habitaciones, me hacían creer que me hallaba en una catacumba más bien que en una posada. Cuando llegamos, ya se había concluido la mesa redonda del té, y cenamos con bastante satisfacción en compañía de un caballero que había ido con nosotros desde las cataratas; pero al otro día por la mañana almorzamos en una sala larga, estrecha y baja, con cien personas, y sin cosa alguna que hiciera la tal pitanza o sus disposiciones llevaderas.

¿Qué puede inducir a tantos ciudadanos razonables a dar la preferencia a esas largas y silenciosas mesas, mal abastecidas de jamón frito, de pescado en salmuera, o de hígado, sobre un pedazo de pan comido agradablemente en sus casas con sus mujeres y sus hijos? ¡Cuánto mejor me sabría un alimento cualquiera, con tal que todos los días lo comiese con mi familia, aunque fuera en la cabaña de un indio, que los manjares más regalados lejos de ella en las mesas redondas de esas fondas espaciosas! Esa costumbre sin embargo parece universal, a lo menos, nosotros la hemos encontrado sin sombra de variación desde Nueva Orleans hasta Búfalo...

El lago Erie no tiene para mis ojos el menor asomo de hermosura; ni es la mar ni es el río, y sus cercanías carecen de los encantos que generalmente realzan los alrededores de los lagos menores. El único interés que me inspiró su anchura insignificante, provenía del pensamiento que los recuerdos del Niágara excitaban en mi mente: aquellas aguas tan serenas, tan mansas estaban destinadas a engrosar la furia del torrente, y precipitarse con él en el golfo espumoso del Niágara. El camino, por donde fuimos a Avon, es abominable, atravesando por bosques y breñales que apenas han empezado a descuajar. Avon es un miserable y triste lugarejo tan feo como embarazado, y ninguna de sus «Romas, Cartagos, Ítacas y Atenas», me ha irritado tanto como ese nombre. Este Avon no corre dulcemente, ni tiene otras ondas que los caños del whisky o el zumo del tabaco.

La jornada del día siguiente fue mucho más agradable, porque vimos el lago de Canandaigua. Tiene este lago como unas diez y ocho millas de largo, pero es bastante estrecho, y se alcanza a ver la orilla opuesta, ricamente entapizada con una verdura lozana y variada, a que sirve de fondo una larga cadena de montañas. Quizás aumentó los hechizos ordinarios de aquella escena mágica el estado de la atmósfera: una de las tormentas repentinas, y de color tan sombrío que en un momento cambian el aspecto de todos los objetos, se levantó sobre la cima de las montañas, y cruzó el lago, mientras lo estuvimos mirando. Otra circunstancia dio también un vivo, pero tristísimo interés al espectáculo de la naturaleza. Han construido en una eminencia que domina el lago, una casa de madera magnífica, tan bella como puede serlo una casa pintada y adornada de pórticos y columnas de palo, y cerca del soberbio edificio se alza un tinglado para vacas y demás animales domésticos. A este tinglado, y junto al palacio de hongos del hombre blanco, se habían refugiado dos indios buscando un abrigo contra la tempestad. Uno de ellos era anciano, y su venerable cabeza indicaba por su apostura y su expresión una profunda melancolía; el otro era mozo y en el fondo de sus ojos

había una tristeza tranquila todavía más interesante. Allí estaban los naturales y legítimos señores de la hermosa región, mirando el lago delicioso que aun lleva el nombre que sus padres le dieron, contemplando la borrasca que se engendraba en su seno, y que no sería tan fatal como la que que había reventado sobre sus cabezas. Aunque he hecho mención del lago antes que de la pequeña población de Canandaigua, sin embargo al venir del oeste se encuentra ésta primero. Es una bonita aldea tan linda como la más linda que el hombre haya edificado. Cada casa está rodeada de un ancho jardín, y en aquella estación florida, estaban todas medio enterradas en rosas.

Es verdad que las casas son de madera, pero están pintadas con gusto, y tan bien reparadas, y tan bien plantadas en medio del esmaltado ramaje, que es imposible dejarlas de admirar.

Cuarenta y seis millas más lejos está Geneva, bellamente situada sobre el lago Seneca, que es también una pieza de agua soberbia, y a mi parecer la población puede rivalizar en hermosura con la que lleva su nombre en Europa.

Dormimos en Auburna, celebrada por su cárcel, donde tuvo origen el sistema de corrección americano tan altamente aprobado. En esta parte del país no faltan iglesias; cada ranchería cuenta su templillo de madera, y en muchas hay dos, para que los metodistas y los presbiterianos no riñan.

Pasamos por una reserva de indios en seguida, y los bosques aun no tocados volvieron a cubrir el camino. Repetidos grupos de indios cruzaron por nuestro lado en varias direcciones, y advertimos que iban mejor vestidos, y estaban infinitamente más limpios, que los que habíamos encontrado errantes lejos de los fuegos de sus padres. Las mantas, que usan y que se tercian con gracia inimitable en guisa de capas, eran blancas como la nieve.

Nos aprovechamos de la proporción que nos ofreció la pérdida de una herradura, para dejar el coche, y acercarnos a una gran reunión de ellos, compuesta de hombres, mujeres y niños, que se regalaban con un manjar que yo no conocí, pero en que la leche hacía su papel. Los pobres no sabían hablarnos, mas nos recibieron con risas y agasajos, y sin duda nos entendieron, cuando les preguntamos si tenían mocasines que vender, porque sacudieron sus rizos de ébano y respondieron: «No.»

Nos señalaron una arboleda hermosa de cocos, el lugar en que los caciques de las seis naciones solían tener su gran consejo; la persona a quien debimos esta indicación nos dijo que se había encontrado en varias de sus asambleas, y que, a pesar de no entender su lengua, había concluido por los grandes efectos que entre ellos producía su elocuencia, que poseían ese don en alto grado.

A la caída del día, nos ocurrió una aventura que reanimó nuestras dudas sobre si los blancos invasores, al arrojar a los naturales de sus bosques, han adelantado mucho en la civilización del país. Por lo que a mí toca prefiero la barbarie indígena a la cultura exótica.

Es pues el caso, que en Vernon se paró la diligencia para recibir a «una señora.» Cuando ésta entró, llenó hasta la última pulgada que quedaba vacante en el coche, por que antes «éramos ya ocho.»

Pero no bien se hubo sentado, cuando su galán se presentó con una sombrerera de palo tan grande como la diligencia. Paróse un poco para meditar sobre las posibilidades de mejor colocación levantó su caja como para plantárnosla encima de nuestras rodillas, la bajó como para ponérnosla a los pies; hasta que pareciéndole imposible, se dirigió a una de las personas de nuestra sociedad, diciéndole con un estilo verdaderamente yanqui:

—Si quisierais bajar un instante no más, me parece que hallaría lugar para mi caja.

—Es posible. Pero ¿dónde lo hallaría yo entonces para mí?

A estas palabras pronunciadas con acento inglés, salieron de la taberna de enfrente una media docena de apasionados del whisky, y abrazaron la causa del *galán*.

—Eso es porque ustedes serán viajeros ingleses, ¿no es verdad? ¿Y qué? Acá hemos viajado por mejores países que Europa, hemos viajado en América, y la caja entrará, me parece.

Nosotros reclamamos contra la evidente injusticia de un proceder tan inconsiderado, y yo me aventuré a decir, que, no llevando nosotros equipaje ninguno por ser el espacio tan corto, me parecía que un pasajero casual no tenía derecho para incomodarnos tanto.

—¡Derecho! ¡Vaya! Eso es lo que saben, ¡derecho! El derecho podrá valer en Europa, valdrá; ¿y qué? Eso suena exactamente a tiranía inglesa. ¿No digo bien? Pero aquí no pasa.» Y entonces comenzó a empujar la caja de madera contra nuestras rodillas, con todas sus fuerzas.

—No hay ley que permita una conducta semejante —dije yo.

—¡Ley! —exclamó un caballero muy particularmente beodo— ¡ley! Aquí nos hacemos cada cual sus leyes, y nos gobernamos a nosotros mismos.

Éstas fueron las palabras de la disputa. Sin embargo debo añadir en justicia, que evidentemente los tales caballeros habían hecho un consumo más que ordinario de whisky, pero acaso pueda decirse como *in vino veritas, veritas in whisky.* Como quiera que sea, los ciudadanos del paraíso occidental siguen a los gentiles en tener una ley para ellos solos.

Durante la cuestión, el cochero permaneció sentado tranquilamente en la sombrerera, sin decir una palabra, y parecía que no dejaba de divertirse con la contienda. Por último la diferencia se decidió definitivamente en favor nuestro por la naturaleza misma de la estructura humana, que sólo se puede comprimir hasta cierto grado.

Gran parte de este día tuvimos la buena estrella de tener por compañeros de viaje a un caballero y a su hija, personas en extremo inteligentes y agradables; pero estuve muy cerca de enredarme en una maraña de cuestiones, por haberme aventurado a hacer observaciones sobre una frase usada por aquel señor, y que había ya oído en todos los ángulos de la federación, desde que había puesto el pie en su territorio. Habíamos hablado de pinturas, y yo había procurado no desviarme de mi regla general, a saber: «decir lo menos posible, cuando era poco agradable lo que hubiera tenido que decir.» En el curso de la conversación nombró a un artista americano, cuyas producciones conocía yo muy familiarmente, y después de haberlo comparado a Lawrence [152](juzgando del mérito de éste por su retrato de West, que ahora está en Nueva York), añadió, y «lo que es más, señora, perfecto discípulo de enseñanza propia.»

Antes de responderle, reflexioné prudentemente sobre lo que debía responder; porque en primer lugar me era imposible tragar que se comparara a nuestro inmortal Lawrence con un vilísimo chafarrinero, y luego no estaba en mi mano vencerme para decir Amén; así me mantuve callada bastante rato, hasta que por último me acordé de la frecuencia con que había oído la frase de enseñanza propia usada no como una excusa sino como un elogio positivo.

—Pues qué, señora, ¿hay acaso mayor alabanza?

—Ciertamente que no, cuando se habla del mérito individual de un artista sin medios de instrucción; pero no es una alabanza en mi entender, cuando se aplica a sus obras.

—¿No entendéis que sea una alabanza, señora? ¿No es atribuir ingenio a un autor? Y ¿qué es la instrucción comparada con el ingenio?

No quiero repetir todos mis dichos y pensamientos en favor del estudio y sobre las desventajas de una ignorancia profunda; más bien querría yo, si posible fuera, dar una idea de la mezcla de indignación y de desprecio manifestada por nuestro compañero, al oír que yo sostenía, que era necesario el estudio para formar el gusto y desarrollar el talento. Finalmente he aquí como cerró la discusión:

—Es inútil disputar sobre un punto que ya está decidido, señora: los mejores jueces declaran que los retratos de Mr. H*** son iguales a los de Lawrence.

—¿Quién ha pronunciado esa sentencia, caballero?

---

152 Thomas Lawrence (1769-1830), considerado como uno de los mejores retratistas ingleses. El retrato mencionado es el del pintor norteamericano Benjamin West, que fue pintado en 1810.

—Los hombres de gusto de América, señora.

Al oír su respuesta, le pregunté si pensaba que iba a llover.

* * *

Las diligencias, según parece, no tienen paradas o altos regulares para almorzar, comer, y cenar. Estos intermedios tan necesarios, siendo improvisados generalmente, son malos, malísimos, detestables sobremanera. Divertíanos ver la paciencia con que nuestros compañeros de viaje americanos comían lo que les presentaban, sin proferir una palabra de queja, y como sufrían, sin hacer el más ligero esfuerzo para conseguir un cambio ventajoso; pero no bien entraban en la diligencia cuando empezaba el coro de las lamentaciones: «ha sido una vergüenza», «ha sido un robo», «ha sido envenenar a la gente». Yo pregunté al cabo la razón de una conducta tan extraña, y la causa por la que no se quejaban a tiempo?

—Porque ningún caballero ni dama de América que tiene una posada, sufriría que se le echase en cara una falta.

Llegamos a Utica muy tarde y con mucha fatiga, pero nos acostamos de buen humor con las delicias de una buena posada y de una perfecta urbanidad, y nos levantamos suficientemente restaurados, para disfrutar los placeres de la jornada que íbamos a emprender por medio de las escenas más interesantes y románticas del mundo.

¿Quién dice que América no es pintoresca? No me acuerdo; pero el que lo haya dicho, no debe haber viajado desde Utica hasta Albany. Efectivamente yo no concibo que ningún otro país presente una extensión de noventa y seis millas más hermosa ni de más variados encantos. El arrecife sigue la dirección del río Mohawk, que corre por medio de escenas que se mudan de campos, donde por todas partes brota la abundancia, en rocas y selvas; se ven lindos oteros cubiertos de ganados, y divididos unos de otros por derrumbaderos de 500 pies de profundidad. La belleza que distingue las cercanías de las pequeñas cataratas del Mohawk, es tan singular como sorprendente. Aquí, como en otros muchos ríos de América, parece que el cauce es mucho más estrecho ahora de lo que debía ser en otro tiempo, y el espacio que antes había llenado, está cubierto de yerba verde y crecida, excepto a intervalos, en los que de repente se levantan masas de rocas, coronadas por árboles que viven con la substancia escasa que las peñas pueden procurarles. La carrasca enana o chaparro, los cedros, y el fresno de las montañas se mezclan de cien diferentes maneras, y forman grupos a cual más vistoso; cada nuevo cuadro es tan bello y quizás más que el cuadro que le precede. Yo nunca he visto un sitio más dulcemente salvaje.

Sorprendióme oír a uno de nuestros compañeros de diligencia, al pasar por un punto de singular belleza: «Todas estos contornos pertenecen, o han pertenecido, a Mr. Edward Ellice, miembro del parlamento inglés: ha vendido una porción considerable de terreno, y ya, señora, podéis ver como prospera la parte vendida» y diciendo esto apuntaba a una casa de madera grande, donde se leía sobre la parte pintada de blanco: «Dinero por trapos» en letras del tamaño de tres pies.

Entonces me acordé de que cerca del mismo sitio se había quejado nuestro yanqui de la indiferencia inglesa por los privilegios de agua. Él no nombró a Mr. Edward Ellice; pero sin duda Mr. Ellice es el inglés «que nunca había pensado en mejoras.»

Muchas veces he confesado mi incapacidad para la descripción, incapacidad de que estoy persuadida en mi alma y conciencia, pero debo repetir aquí mi confesión, para que no se tome por negligencia u otro vicio el silencio con que tan ligeramente paso por medio del valle sin igual de Mohawk. Yo quisiera que algún pintor, con el ardimiento que da la fuerza de la juventud, diera fe a mis palabras, y cruzara el Atlántico, para visitar un verano en romería artística el estado de Nueva York. Y haría bien, porque con toda seguridad puede afirmarse que el mundo no ofrece en el mismo espacio y con la misma facilidad de acceso, tantos asuntos para su pincel. Montañas, bosques, rocas, lagos, ríos, cataratas, todo lo reunirá allí en la cima de la perfección. Pero debe ser tan atrevido como un león para colorear, si no quiere perder su tiempo. Hay una claridad de ambiente, una

fuerza de claroscuro, una solidez en el follaje, y una brillantez de contrastes, que harán un colorista de cualquiera que tenga ojos. Mas que tenga valor para tomar con su pincel sombras negras como la noche, y matices cuya luz cegara al águila; y como presumo que mi joven pintor es un entusiasta, le aconsejo que vaya primeramente al Niágara, porque sus alas atadas se abatirían hasta en el valle del Mohawk. Si su ardor se aumenta, puede templar su sed en Trenton, y mientras permanezca allí, creerá que nada hay más allá. Si un artista aventurero se resuelve a seguir mi consejo, a su vuelta (cuando por mi proyecto haya ganado una cantidad de dinero prodigiosa) sólo le pediré por recompensa dos paisajes. Uno será el que represente el lago de Canandaigua; el otro el que recuerde el bosque de nogales donde los caciques de las seis naciones se juntan a consejo.

En nuestro viaje, no me acuerdo qué día, pasamos por un sitio del bosque a corta distancia del camino, el cual nos fue señalado como el teatro de una escena verdadera, mas en extremo romántica. Durante la grande y terrible revolución francesa de 1792, logró escaparse de sus horrores un joven de una familia noble, habiendo salvado su cabeza con dificultad, y sin la posibilidad de salvar ninguna otra cosa. Llegó a Nueva York en un estado casi completo de miseria; y después de haber pasado la mañana de su vida no solamente en medio del esplendor, sino en medio del esplendor de la corte de Francia, se vio atropellado por la población afanosa de Nueva York, sin tener un dólar con que evitar morirse de hambre. En semejante situación casi es preferible la guillotina. El joven aristócrata hizo inauditos esfuerzos para encontrar donde ganar su vida trabajando; pero ¿quién había de emplear las manos blancas, los brazos débiles del infeliz, cuando se presentaba en el mercado la fuerza y robustez de tanto Hércules negro? Renunció pues a la esperanza de hallar medios de alimentarse entre sus semejantes, y abandonando la tentativa de solicitar el auxilio de los hombres, resolvió retirarse a los bosques para buscar en ellos un asilo. Quedábanle unos cuantos chelines solamente, y con los restos de su pobre caudal compró un hacha y ganó el territorio de Oneida. Cortó unos cuantos árboles de los más endebles de la selva, y se construyó un abrigo de que se hubiera reído el mismo Robinson Crusoe, porque no le preservaba de la lluvia. La falta de alimento, el rigor del tiempo, y un trabajo demasiado rudo para quien no estaba acostumbrado a tantas fatigas y padecimientos, produjeron el resultado natural que no podía evitar la flaqueza de una organización delicada. El desgraciado joven cayó enfermo, y tendido en la dura y húmeda tierra, ahogado más que cubierto bajo las deshojadas ramas que caían sobre él, yacía abrasado por una sed rabiosa, y temblando en el acceso de una fiebre aguda, con la esperanza de que cada momento fuese el último de su vida por único consuelo.

Cerca del sitio que había elegido para su miserable guarida, había un *wigwam* o cabaña, que era la última de una aldea india; pero estaba totalmente escondida en la espesura del bosque de suerte que no la había percibido. No se sabe cuantos días estuvo el infeliz proscripto sin alimento, mas se hallaba en una insensibilidad absoluta, cuando una india joven, que el azar llevó desde su *wigwam* a la choza del moribundo, entró y lo vio en situación tan triste... El corazón de las mujeres es en mi sentir muy semejante, si no es el mismo en todas partes; la muchacha no se detuvo a examinar si el color de un hombre que sufría era blanco o rojo: corre a su cabaña, vuelve con la velocidad del pensamiento, y el pobre extranjero tiene ron, leche y mantas. No, su ángel tutelar no lo abandonará; cuando el enfermo recobró sus sentidos, su cabeza descansaba en la falda de la hija del desierto, que con la ternura de una madre le hizo beber los cordiales que le había llevado.

No hay ojos negros, aunque sea en Francia, en Italia, ni aun en España, que puedan expresar el cariño más elocuentemente que los ojos hermosos de una india. Todas las naciones entienden ese lenguaje, y el pobre francés leyó clara y distintamente en la mirada ansiosa de su amable enfermera, que no lo dejaría morir abandonado.

La historia es bastante romántica hasta aquí, pero lo que sigue, no deja también de serlo. La India presentó a su tribu el hombre blanco que llamaba su amigo, y que fue adoptado por los salvajes como hermano, aprendió su lengua, se vistió a su manera y abrazó todas las costumbres de su vida. Su gratitud no tardó en convertirse en un sentimiento más profundo: el amor fue la

recompensa de la beneficencia, y si se ha de creer la crónica del distrito, el noble francés y la salvaje americana vivían felices y disfrutaban más que de las delicias del amor conyugal; pero cuando el proscripto se vio padre de muchos hijos empezó a sentir los estímulos de la memoria, y querer pasar de la vida salvaje a la existencia civilizada.

Mi historiador no me explicó el proyecto con que visitó Nueva York; pero en efecto fue a la ciudad con traje indio, y supo que la tranquilidad se había restablecido en su patria: noticia que le dio la esperanza de que le restituyeren alguna parte de los vastos dominios que antes había poseído su familia.

Me he extendido quizás demasiado en mi relación: y no debo añadir para terminarla, sino que sus esperanzas se cumplieron, y que una parte de su numerosa y floreciente familia está establecida en Francia, y otra permanece en América (uno de sus miembros pienso que es abogado en Nueva York), mientras el héroe y la heroína de la historia continúan habitando en el distrito de Oneida, no en un *wigwam* o cabaña, sino en una buena casa, hermosamente situada, con todas las conveniencias de la vida civilizada.

Tal es la relación que oí a un compañero de viaje de diligencia. A mí me ha parecido interesante y como tal la he repetido, aunque no tengo mejor autoridad para asegurar su verdad, que la aserción de un viajero desconocido.

XXXIV.
Vuelta a Nueva York. Conclusión.

El hotel Adelphi nos volvió a recibir en Albany el día 14 de junio, y nos decidimos a pasar allí el día siguiente, tanto para ver el pueblo, como para reponer nuestras fuerzas que habíamos apurado en una expedición cansadísima y con el calor insoportable de la estación. Hubiera sido muy difícil encontrar mejor descanso para nuestro propósito. Las habitaciones de la posada son espaciosas y ventiladas, y hay nieve con abundancia.

Pero, a pesar de las muchísimas conveniencias de esta excelente posada, me sorprendió el plan de vida tan anti-inglés que seguían dos señoras que, al parecer, se habían establecido en ella permanente. Eran una madre y su hija; la hija era en extremo linda, y tenía dos criaturas. Yo no sé donde estaban los maridos de aquellas damas, si vivían o se habían muerto; ellas me dijeron que hacía un año que estaban a pensión en la fonda. Almorzaban, comían y cenaban en la mesa redonda, unas veces con veinte personas, otras veces con ciento, según daba la casualidad; iban bien vestidas, tocaban el piano en la sala común, y me aseguraron que se hallaban muy bien, y que no les faltaba conveniencia algún. ¡Qué vida!

Algunas partes de la ciudad son hermosas. El Mercado principal, la Cámara de representantes, y algunos otros edificios públicos están ventajosamente situados sobre una colina que mira al Hudson, con anchos patios, cubiertos de yerba y adornados de árboles alrededor.

Muchas de las tiendas son grandes, y están dispuestas y arregladas con gusto. En una de ellas me ocurrió una anécdota que me divirtió infinito. Entré para comprar agua de Colonia, pero como la que me sacaron era, sin exageración, malísima y muy barata, pregunté si no la tenían de más precio y mejor.

—Sois extranjera, por lo que adivino —fue la respuesta—. Los yanquis buscan lo barato, y eso les basta; aquí no se paran tanto en la bondad del artículo como las inglesas.

Nada acertaría a sobrepujar en hermosura el paisaje que vimos al bajar el Hudson al día siguiente. Como pensaba en algunos de mis amigos de Inglaterra, admiradores apasionados de la naturaleza pintoresca, no pude contenerme y exclamé:

«Que je vous plains! que je vous plains!
Vous ne la verrez pas.»[153]

Porque ni aun la vista panorámica, que brilla a sus ojos una hora entera con todo el esplendor escénico de Drury-Lane o de Covent-Garden, podría darles una idea de tan sublime cuadro. El arte no les mostraría más que un lado. El cambio, el contraste, la incesante variedad, que se os presenta al virar de un lado a otro; la tersa y líquida faz del ancho espejo en que se retrata el espectáculo de las orillas, y mas que todo la brillante claridad del aire por medio del cual se ve, son portentos de hermosura que solo pueden creerse, atravesando el Atlántico.

Conforme nos acercábamos a Nueva York, se iba templando el calor ardentísimo del día, y caían las sombras de la tarde sobre las bellas quintas que pasábamos, refrescando con un aura consoladora la atmósfera abrasada. Realmente no alcanza mi imaginación a figurarse nada más exquisitamente delicioso que este acercamiento a la ciudad. El arranque soberbio de la ribera sobre la orilla de Jersey, y la dulce amenidad de las praderas frescas y sombrías de las márgenes opuestas con la plateada y ancha corriente que se desliza entre ellas, forman una pintura que sirve de excusa al viajero, cuando dice y repite que el río Hudson no cede en belleza a ninguno de los que corren fuera del Paraíso.

---

153 «¡Cómo os compadezco! ¡cómo os compadezco! / No la veréis jamás.»

Ya estaba entrada la noche cuando llegamos a la ciudad, y nuestra satisfacción fue grande al hallar vacante nuestro alojamiento de la calle de Hudson, y a nuestra agradable huéspeda, la irlandesa, dispuesta a volvernos a recibir. Allí pasamos otra temporada de quince días, temporada en que volvimos a disfrutar los halagos de la elegante hospitalidad de Nueva York, aunque esta vez nos dispensó su agradable acogida bajo la sombra de sus alegres quintas. En verdad que si toda la América fuese como esta ciudad, y toda su población, no toda, sino una corta porción de ella, como los amigos que he dejado allí, no me detendría en declarar que era el país más hermoso del mundo.

Empero ya era tiempo de despedirse. Teníamos que tratar el negocio importante de nuestro pasaje para volver a nuestros hogares. Cualquiera puede conocer lo que es atravesar el Océano antes de comprender la inmensa importancia de los pormenores y arreglos que son inevitables para acomodarse. La primera vista del capitán, cuya fisonomía se estudia con la mayor ansiedad, para adivinar si es amable, o si es áspero; la ojeada, no mucho menos importante, que se echa al mayordomo, hombre generalmente de color, pero de no menor expresión en el rostro; el examen minucioso aunque rápido de los camarotes y cámaras; el de las buenas o malas disposiciones de la escalera, por donde se tiene el pasajero que encaramar y dejar caer de la cubierta al camarote, y del camarote a la cubierta; todo esto no se puede entender bien, hasta que se ha pasado por la necesidad de apreciarlo a su justo valor.

Al cabo quedó arreglado este negocio interesante, y arreglado felizmente. Las apariencias prometían mucho, la realidad sin embargo excedió nuestras esperanzas. Apresuramos nuestros preparativos, y empaquetamos nuestra «prendería», como el capitán Mirven llama con harta dureza el tocador y guardarropa de las damas, bienes parafernales del mayor precio para una mujer, y con los demás artículos mis seiscientas páginas de garabatos. Basta ya de ellas; sin embargo es menester que añada unos cuantos renglones.

Sospecho que lo ya escrito probará hasta la evidencia que no me gusta la América. Ahora bien, como suceda que he encontrado allí con personas que amo y admiro con más que un amor y una admiración de un conocimiento ordinario, y como suceda también que yo declaro que el país es hermoso a la vista, y riquísimo de todos los dones de la abundancia, yo misma no puedo dejar de preguntarme ¿en qué consiste que la América no me gusta? Yo quisiera conocerme a mí misma, y confesar a los demás, porque ni su hermosura ni su fecundidad no bastan para neutralizar, o dulcificar en gran parte la aversión que dejan en mi mente sus recuerdos unidos.

Yo me acuerdo de haber oído decir hace algunos años, habiéndose discutido acerca de las ventajas o desventajas de una residencia particular que era el ¿quién? y no el ¿dónde? lo que hacía un lugar apacible o desapacible. La verdad de la observación se me quedó grabada profundamente en la memoria, y a cada paso he hallado pruebas de la exactitud de ella en los acontecimientos comunes de la vida. Al aplicar la máxima a Norteamérica, no hablo de mis amigos ni de los amigos de mis amigos. El corto bando de los patricios es una raza a parte; ellos viven entre sí mismos y para sí mismos; miran con prodigiosa indiferencia las materias de estado que abandonan a sus sastres y remendones de calderas, y sería tan errado tomarlos por dechados del pueblo americano como sería errado creer que la cabeza de lord Byron es el tipo de las cabezas de milores, los muy nobles y muy honrados pares de la Gran Bretaña. Lo repito: yo no hablo de estos; hablo de la población en general, tal cual se encuentra en la ciudad y en el campo, como se ve entre el rico y el pobre, en los estados donde hay esclavos y en los estados donde no los hay. De esa generalidad digo que no me gusta. No me gustan sus principios, no me gustan sus costumbres, no me gustan sus opiniones.

Yo sé bien que como mujer y como extranjera, sería poco decente que dijera que no me gusta su gobierno, y por lo mismo no lo digo. Que ellos están contentísimos con él, es muy cierto, y eso vale considerablemente más que el que lo estén o no cuantas viejas tengan el capricho de andar viajando por el mundo. Yo he entrado en el país por Nueva Orleans, he residido en la parte occidental de los Allegheny por espacio de más de dos años, y he pasado otro año en las

poblaciones atlánticas y en el país que las circunda. Durante ese tiempo he hablado con ciudadanos de todas clases, órdenes y grados, y jamás he oído proferir a ninguno la más ligera queja, la palabra menos comedida contra su gobierno. No debe pues sorprender que cuando cualquier americano oye a un extranjero que pone en duda la sabiduría de sus instituciones, y que desaprueba algunos de sus efectos, de por cierto inmediatamente que el extranjero que critica es incapaz de juzgar, o que lo hace impelido por un sentimiento malicioso de envidia y malquerencia.

«¿Cómo alguna persona en su cabal sentido puede dudar de la excelencia de un gobierno tal, que estamos experimentando desde hace medio siglo, y que cuanto más tiempo pasa tanto más lo queremos?»

Tal es la pregunta que naturalmente hace todo americano, cuando no se admite a ciegas la excelencia de su gobierno; y yo estoy tentada a responder que nadie que haya visitado el país, y conozca a sus habitantes, dudará en su buena razón de que es un gobierno que les cuadra, en el estado en que ahora se hallan, mas no dudará tampoco de que absolutamente a ningún otro país puede convenir.

Yo no sé si el gobierno ha hecho que sea el pueblo lo que es, o si el pueblo ha hecho al gobierno lo que parece ser; pero si ha sucedido lo segundo, menester es confesar que ha mostrado un tesoro de sabiduría que el mundo entero puede admirar y de que debe aprovecharse. Notorio es, hablando históricamente, que la población blanca que ahora ocupa los Estados Unidos tuvo por cepa y tronco original a personas que o emigraron voluntariamente o fueron desterradas de la madre patria. Fue propicia la tierra que encontraron a su incremento y prosperidad; la colonia creció y floreció. Pasaron años y más años; los hijos y los nietos y los bisnietos y tataranietos de los primeros colonos la poblaron, y la encontraron rebosando en ríos de leche y miel. Que quisieran guardarse para ellos esa leche y esa miel, nada tenía de muy sorprendente.

¿Qué hizo la madre patria por sus hijos ausentes? Envióles bizarros y alegres oficiales que les guardaran sus fronteras, las cuales pensaron ellos que podían guardar por sí mismos; y en seguida diole el capricho de imponer derechos a su té, cosa que era menos llevadera; y para aliviar esta molestia no dejaba a la distante colonia que sacara gran raja de sus favores, ni tuviera parte en sus glorias. No iba a escoger entre los colonos a sus altos y poderosos caudillos, a sus sabios y prudentes consejeros los destellos que emanan de ese brillante sol del honor, del trono británico, apenas alcanzaban hasta sus lejanas costas. No conocían a sus reyes ni a sus héroes, ni se curaban de ellos; el más medrado de sus traficantes era su principal magnate; las santas cátedras del saber se habían convertido en cunas de superstición, según su opinión; la aristocracia con todo su esplendor era una sanguijuela que les chupaba su «sangre de oro». La riqueza, las ciencias, la gloria de Inglaterra, nada era para los pobladores de la nueva región; vivir y gobernarse a su manera, todo.

¿Puede vituperarse su deseo de conseguir su independencia? ¿Quién lamentará su triunfo?

Y ya dueños de su propia fortuna ¿qué debieron haber hecho? Sus ancianos se alzaron y dijeron: «Formemos un gobierno que nos convenga a todos: un gobierno rudo y áspero y turbulento, que no afecte dignidad, gloria, o esplendor, que no intervenga en lo que cada cual quiera hacer, ni se entrometa en lo que haya hecho, que no imponga contribuciones, leyes de caza ni leyes de pobres, que deje a todo el mundo el derecho de contribuir a la formación de las leyes, y que no moleste a nadie para observarlas, que no dé a los magistrados púrpura ni a los jueces martas ni terciopelos, que, si un ciudadano se enriquece, tenga cuidado de que sus nietos pidan limosna, para que se conserve la igualdad, que abandone a cada uno el cuidado de velar por sí; y de ese modo, añadieron, si la Inglaterra nos incomoda, entonces pelearemos todos por nuestra independencia y libertad.»

¿Se pudo imaginar cosa mejor para un pueblo en tales circunstancias? O ¿debe parecer extraño que un pueblo en tales circunstancias esté contento con tal gobierno? Todavía es menos extraño sin embargo que los que están acostumbrados a vivir en el seno de la tranquilidad y del orden, y conocen que su país va perfectamente, y que prospera sin su vocear, alborotar, arañarse, y

trepar por donde el diablo los encamina para sostenerlo, den gracias a los dioses por no ser republicanos.

Hasta aquí todo es bien. Que los americanos prefieran una constitución que les cuadra tan perfectamente a otra que de ningún modo les cuadraría, no es motivo para que nosotros les suscitemos una pendencia; ni tampoco deben ellos buscarnos rencilla, si nosotros no nos sentimos dispuestos a cambiar las instituciones que nos han hecho lo que somos por ningún otro código del mundo.

Empero cuando un europeo visita la América, se levanta contra él una especie de tiranía extraordinaria; y por lo que yo he leído, y puedo juzgar por mi propia experiencia, es una tiranía que ningún país la ejercido nunca contra los extranjeros.

Los franceses visitan la Inglaterra, ellos *s'abiment d'ennui* en nuestros severos banquetes, se encojen de hombros al ver nuestro *corps de ballet*, y se ríen *a gorge déployée* (*)[154] de nuestra pasión por las carreras de caballos, y nuestra afición decidida al *roast-beef* y al *puding* de pasas.

El inglés les devuelve la visita, y la primera excursión que hace al llegar a París, es al «Teatro de Variedades» a toda prisa, por ver *Les Anglais pour rire*[155], y si en el tumulto de risas y aplausos, se oye levantarse una carcajada más cordial que ensordece el estrépito general, buscad a la persona de quien proviene, y os encontraréis con un inglés.

El italiano viene a nuestra verde isla, y gime y se lamenta de nuestro clima; declara que el aire que destruye una estatua no puede ser saludable para el hombre; suspira por sus naranjos y sus macarrones, y se sonríe al ver que nuestra nación pretende los laureles de la poesía, mientras no se oyen cantar poemas épicos en las calles. No obstante nosotros recibimos con agasajo al hombre sensible del mediodía, escuchamos sus quejas con interés, cultivamos nuestros naranjeros, y hacemos que nuestros hijos aprendan a chapurrear las octavas del Taso, con la esperanza de hacernos mas agradables.

Sin embargo no llevamos nosotros la censura con más paciencia que las demás naciones de Europa, ni el deseo de aprovecharse de ella es tan general entre los ingleses: nosotros nos reímos y la calificamos de injusta, como hacen nuestros vecinos con respecto a nosotros, riéndose con nosotros y adoptando nuestras modas y costumbres. Estas chanzas recíprocas divierten, y entretienen el buen humor sin agriar el amor propio ni provocar una enemistad rencorosa; y mientras los gobiernos están en paz, los individuos de todas las naciones de Europa hacen punto de orgullo y aun materia de placer, el juntarse unos con otros a menudo, discutir, comparar, raciocinar sobre sus variedades nacionales, y adoptar, como señal de buen gusto y elegancia, el imitarse alternativamente en todos los adornos exteriores que hermosean la existencia.

El resultado de esas disposiciones recíprocas se percibe agradabilísimamente en nuestros días por todas las capitales de Europa. La larga paz de que gozamos ha dado ocasión para que unas tomen de otras lo mejor de sus costumbres y maneras, y de ahí ha resultado el adelanto rápido del pulimento e instrucción general que se nota en todas partes.

Para los que están identificados con ese orden de cosas, el contraste que les presenta el Nuevo Mundo es más repugnante de lo que puede figurarse la imaginación; y es indudable que ésta es en gran manera la causa del sentimiento general de hastío y fatiga que se apodera de la memoria, al recordar las horas pasadas en la sociedad americana.

Una sola palabra que indique incertidumbre de que alguna cosa o todo lo de aquel país no es lo mejor del mundo, produce un efecto, que no es fácil entender, sin haberlo visto y sentido. Si el patriotismo de los ciudadanos de Norteamérica fuera tan acendrado como ellos lo proclaman, ciertamente no se encerrarían en la dura, seca y obstinada persuasión de que ellos son los primeros y

---

154 A carcajadas. (Nota del traductor.)

155 *Los ingleses para reír*: especie de sainete en que se sacan a las tablas todas las ridiculeces que pretenden hallar los franceses en sus amigos de ultramar. (Nota del traductor.)

los mejores del género humano, de que no hay que aprender sino lo que su sabiduría es capaz de enseñar, y de que nada es digno de adquirirse sino lo que ellos poseen.

Difícilmente descubriría el ingenio del hombre un antídoto mas eficaz contra los progresos del entendimiento que semejante persuasión; con todo no he oído discurso público, ni leído obra *ex profeso* dedicada a la nación, en que no se esfuercen a imbuir al pueblo en ella.

Indicar a la generalidad de los americanos que el curso silencioso de los acontecimientos humanos puede alterar su gobierno amado, no es a la verdad seguir la senda por donde se granjeará sus favores el que los solicite; aunque no necesitan en realidad atormentarse con tales miedos. Mientras de común acuerdo y general consentimiento desatiendan la preeminencia que ha concedido la naturaleza a las grandes facultades, mientras eviten que despierten en su corazón ningún sentimiento de respeto humano y de honor los altos talentos, las maneras graciosas, y la elevación merecida, que vivan seguros no perderán el camino que llevan, ni dejarán de ser lo que ahora son.

He oído asegurar sin embargo que hay algunos de ellos que se alegrarían de ver ciertas modificaciones; algunos que con la sabiduría de filósofos y la veraz franqueza de hombres de honor condenan una igualdad que reconocen como falsa y que miran como imposible.

Yo creo en efecto que esos hombres existen, aunque jamás me han sido comunicadas semejantes opiniones, y me regocijaría de todas veras de que pasara sus manos el poder.

Si tal aconteciere, si se introdujere en medio de ellos el refinamiento, si aprendieren al cabo a honrar las gracias, a estimar los honores, a amar la caballería de la vida, entonces diríamos adiós a la igualdad americana, y procuraríamos avenir con la sociabilidad europea una de las mas bellas regiones de la tierra.

Apéndice
Breve investigación sobre el nombre real y el carácter de la autora de este libro. Por el editor americano.

Al presentar al público americano la siguiente obra, los editores[156] no pueden resistirse a felicitar a sus compatriotas por la aparición de una descripción tan justa y feliz del carácter y las costumbres americanas. Moderada, conciliadora y de buen humor, no puede sino sorprendernos con la exhibición de nuestras propias virtudes y llenarnos de una orgullosa satisfacción al descubrirnos mucho mejores de lo que esperábamos. Al provenir de la fuente que proviene, teníamos motivos para anticipar la cantidad habitual de prejuicios, ignorancia y tergiversación que ha distinguido hasta ahora a la mayoría de los viajeros ingleses en los Estados Unidos; pero el lector se sorprenderá y se deleitará al descubrir que la bondadosa autora ha omitido en varias ocasiones la oportunidad de introducir varios incidentes pintorescos, como puñales, navajazos y similares, en los que el Sr. Fawkes, el Sr. Fearon y otros han insistido con tan singular satisfacción.

Si la autora hubiera albergado la menor chispa de mala voluntad hacia la buena gente de este país, en lugar de contentarse con hacer que todos los hombres de los Estados Unidos masquen tabaco y escupan jugo de tabaco en la cara de la gente, podría, con casi igual verdad, haber extendido la práctica a las mujeres y los niños. Respecto a estos últimos, por un sentimiento de conmiseración amistosa, se ha olvidado de decir a sus lectores que comienzan a usar del tabaco cuando tienen una semana de edad, y algunos de ellos incluso antes.

La bondadosa autora también ha descuidado informar al público inglés de que es una práctica universal en los Estados Unidos que los caballeros, tan pronto como terminan de comer, pidan una horca o un rastrillo para escarbarse los dientes. Algunos prefieren la primera, otros el segundo; pero en general la horca es la favorita. Podríamos dar otros ejemplos en los que el espíritu de moderación cristiana aparece luminosamente en la obra; pero creo que la omisión de mencionar prácticas tan indecorosas como las que acabamos de especificar y tan notorias para todos será evidencia suficiente del carácter de la escritora.

Sin embargo, hay varias partes del libro de una naturaleza tal que despiertan fuertemente mis sospechas de que la autora no es lo que pretende ser, una dama inglesa. Estas sospechas, junto con la curiosidad universal que muestra el público norteamericano sobre la historia, el carácter y la identidad de una persona a la que le debemos tanto por esta nota singularmente elogiosa, me han inducido a investigar el asunto con todo el cuidado y el esfuerzo que su importancia merecía, y ahora expondré al lector mis resultados.

Mi primera duda se originó en ciertas indicaciones misteriosas que acompañan la primera visión de esta persona ante el lector. Hace su aparición navegando por el Mississippi. Nadie sabe de dónde viene, adónde va o qué la trajo a este país. Sin embargo, poco a poco, ella pretende que vino a visitar a una vieja amiga, de cuya residencia era profundamente ignorante. Esta vieja amiga vive en algún lugar de Maryland o de Virginia, y, como atajo, la autora navega hasta Cincinnati, viaja a Wheeling y cruza a la ciudad de Washington. En un momento la encontramos relacionándose con Fanny Wright en Nashoba; en otro, está en Cincinnati compartiendo la hospitalidad de la buena

156 La obra fue reimpresa en Nueva York por *The Booksellers*, en un único volumen, en el mismo año 1832 en que se publicó la obra original. Este crítico prefacio inicia la obra, y a continuación se incluye la nota siguiente: «AL PÚBLICO. La advertencia anterior del editor estadounidense puede quizás llevar a suponer al lector que se han realizado algunas modificaciones en la obra de Mrs. Trollope. Ese no es el caso. La obra se ha reproducido palabra por palabra respecto a la edición inglesa.»

gente y tomando notas, supongo, para pagar su deuda de gratitud; y en otro, yendo a fiestas de té en Maryland, para obtener materiales para hacer ridículos a sus anfitriones. Ella pretende tener un marido. Pero lo envía inmediatamente a Inglaterra para que envíe a su hijo a la universidad, y no sabemos nada más del caballero. Con quién viajó después, o por qué viajó, es un misterio inescrutable. Si admitimos que ella es lo que sostiene, ha de haber tenido un protector, porque ciertamente no podría haberse confiado sola con los «escupidores nacidos libres», que comen sus cenas en cinco minutos, ¡esos bárbaros!, y se hurgan los dientes con horcas, ¡esos monstruos! Estas dudas se fortalecieron gradualmente y finalmente se concentraron en una única conclusión que ahora procederé a desarrollar al mundo.

En primer lugar, me he convencido de la imposibilidad de que el libro sea obra de una dama inglesa. Contiene intrínseca la evidencia contraria, y aunque el lector ilustrado sin duda pensará que es una obra que va más allá de lo obligado, procederé a exponer algunos de los motivos por los que he llegado a esta conclusión.

Creo que es absolutamente imposible que una dama inglesa, incluso con las mejores y más amables intenciones del mundo, se digne convertirse en espía de los hábitos domésticos y la economía de las mujeres de cualquier país, con el fin de exponerlas al mundo; aunque, como hemos observado antes, ha sido bastante moderada, teniendo como ejemplos a los señores Fearon, Fawkes y, sobre todo, el famoso barón Munchausen. Una dama inglesa sensata y bien educada se preocuparía tanto por la reputación de ese sexo en cuya estimación estaría tan profundamente interesada, como para convertirse en el instrumento para descalificarla y degradarla a los ojos de la humanidad. Preferiría acreditarlas por sus hábitos domésticos antes que ridiculizarlas por lo que podría considerar estupidez: preferir ser útiles en casa en lugar de ser notorias en la calle. Tampoco creo que ninguna dama inglesa respetable y de buenos principios se reiría de su propensión a hacerse útiles atendiendo a los deberes de caridad, o más que útiles mediante la observancia de los oficios de la religión.

Una dama inglesa, sin duda, difícilmente descendería a esa singular minucia de la pintura en la que nuestra autora se entrega tan frecuentemente. Me refiero a las historias de los «insectos», la curiosa descripción e insinuaciones de la escena de la reunión de la asamblea campestre; el episodio del párroco amoroso; el diálogo entre la señorita Clarissa y el señor Smith, ilustrado tan felizmente por la lámina que lo acompaña; y sobre todo la representación de la escena en el teatro, y la joven dama medio vestida en su tocador. Se verá que este último esbozo es obra de un tal Sr. Hervieu, quien, por supuesto, debe haber estado presente en el vestuario de la dama mientras se realizaba la operación, o como un *voyer*[157] cualquiera, miró por el ojo de la cerradura. Las damas inglesas no son lo que creo que son, si ellas, o cualquiera de ellas, olvidaran tanto lo que se les debía a ellas mismas y al carácter de su país, como para prestar su nombre y sanción a una grave violación del decoro común de la vida, y una exposición en sí misma no sólo traicionera, sino indecente. Me atrevo a decir que ninguna dama de ninguna nación sería madrina de un libro adornado con ilustraciones como las que acompañan a *Domestic Manners of the Americans*; y debo decir que los editores tenían algunos escrúpulos en perpetuar estas caricaturas groseras y poco delicadas, pero que finalmente se vieron inducidos a renunciar a su modestia en esa ocasión, por el deseo de iniciar a sus lectores americanos en una idea del refinamiento y la delicadeza de esta dama viajera.

De las frecuentes revelaciones casuales de esta pretendida dama inglesa, parecería que era recibida con amabilidad y hospitalidad dondequiera que fuese; que era frecuentemente invitada a fiestas sociales, donde, con la franca apertura que caracteriza a la gente de este país, se le permitía escuchar y ver todo lo que estaba sucediendo, todas las minucias de la economía doméstica; y que *fue domesticada* durante mucho tiempo en la familia de una anciana, donde era tratada con toda la amabilidad con la que se trata a una hija. Me entristece considerar que en tales circunstancias, una dama inglesa aprovechara la oportunidad que le brindaba este trato amistoso y familiar constante

157 El prologuista norteamericano se refiere a *Peeping Tom*, Tom el Mirón, personaje de la leyenda de Lady Godiva.

para revelar al mundo esos sagrados misterios que la delicadeza (y también la gratitud) prohíben al extranjero bienvenido en nuestras casas, proclamar por los terrados y por todas partes. Esto es una grave violación de la confianza que depositamos en cada huésped. Y ya que estamos en el tema, observaré que ha sido tal la frecuente repetición de estos ultrajes al pacto sagrado entre el extranjero y su huésped por parte de mercenarios escribidores, que los caballeros americanos son ahora bastante renuentes a la hora de admitir a un inglés en sus cenas o en su hogar, por temor a que esté recibiendo a un espía que, cuando regrese a su propio país, pagará los gastos de su viaje tratando de exponer a su anfitrión y a su familia al ridículo de sus compatriotas ignorantes y llenos de prejuicios. Pueden atribuir este descuido a la antipatía nacional, pero es el resultado de una larga serie de hospitalidades pagadas con ingratitudes. Digo ingratitud; porque cuando un hombre llega a un país extraño donde no tiene parientes ni amigos, y a cuya hospitalidad no tiene derecho excepto a la del extranjero, debería estar agradecido por toda la amabilidad y atención que recibe.

Para completar las pruebas que esta obra exhibe por todas partes de la absoluta imposibilidad de que haya sido escrita por una dama inglesa, me limitaré a referirme en general a la ausencia total de las características femeninas que exhibe en su texto. Hay una falta completa de delicadeza en el estilo y en los sentimientos; un desprecio grosero por todos esos decoros agradables que son sagrados a los ojos de una dama bien educada; una ignorancia frívola de la vida elegante; y sobre todo una intromisión atrevida y temeraria en escenas y temas, que esperamos, por el honor de la vieja Inglaterra, excluya la posibilidad de que cualquier dama inglesa tenga la más mínima participación en su producción.

Sin embargo, como el mundo en general y el público norteamericano especialmente, no pueden dejar de sentir interés en identificar a la autora de una obra elogiada por la *London Quarterly Review*, después de haberme convencido del hecho anterior, me puse a trabajar esforzadamente para averiguar quién era el verdadero autor. En esta búsqueda he tenido un éxito eminente. He comprobado más allá de toda duda razonable que el verdadero autor no es otra persona que el capitán Basil Hall, o *All*, como se le llama en los círculos literarios de Londres, donde se mueve con tanta distinción. Si el lector se sobresalta ante esta audaz declaración, sólo pido su seria atención a las pruebas que a continuación presentaré. Si después de reflexionar sobre todas ellas, con el profundo interés que naturalmente inspira un tema tan trascendental, no se convierte a mi opinión, lo denuncio como una compañía adecuada para aquellos pecadores incrédulos que dudan de que *ipse* es *él mismo*[158], de que Basil All es Basil All y de que una pulga en una manta es lo mismo que una pulga en cualquier otro lugar.

En primer lugar, amable lector, quiero señalarle la afirmación positiva e incondicional de la supuesta señora Trollope (me sorprende que el capitán no haya elegido un *nomme de guerre* más probable) «sabe que ni el capitán Hall ni la señora Hall entraron en el camarote de damas del barco de vapor durante todo el viaje.» Esto es para refutar la historia de que el digno redactor de los cuadernos de bitácora fue arrojado a tierra, como los niños en el bosque, en un cañaveral en el Mississippi, debido a su perseverancia en violar las normas del barco de vapor. Ahora bien, me gustaría preguntar cómo la supuesta señora Trollope pudo *por casualidad* saber todo esto. No presume de haber estado presente al mismo tiempo; su lenguaje no es el de un rumor; y vuelvo a preguntar cómo pudo saber esto, a menos que hubiera sido, como sostengo que es, el mismísimo capitán All. La cosa es tan clara que no malgastaría ni una palabra más en el tema, si no fuera porque estoy decidido a asegurarme doblemente y a detectar a este impostor que ha deshonrado el carácter de las damas inglesas. Por mi parte, me sorprende la perseverante negación del capitán de este hecho, ya que es notorio para el mundo que fue arrojado a tierra, en un cañaveral, donde fue encontrado por el capitán del *Alligator*, perteneciente a Bob Ruly en el Mississippi, consolándose sus tristes fantasías comiendo un poco de caña de azúcar y rememorando sus viajes.

158 Cita de Shakespeare en *As you Like it*, quinto acto, primera escena.

En segundo lugar, la narración que hace la supuesta Mrs. Trollope de la sensación creada en los Estados Unidos por la publicación del diario de a bordo del capitán, proporciona otra prueba contundente de la identidad de estas dos personas. Si aceptamos su relato, se sintió como el impacto de un terremoto de un extremo al otro de los Estados Unidos. La tierra tembló, las tumbas devolvieron a sus muertos, las montañas gimieron, las cuevas bostezaron (lo cual era muy natural), los ríos murmuraron, los hombres juraron, las mujeres regañaron, los niños lloraron, los terneros balaron, las gallinas cacarearon, los perros ladraron y hasta los mudos peces intentaron expresar su indignación. No hay duda de que si hubieran podido hablar, habría sido peor para el capitán Hall, de quien se ha escrito:

«Por el capitán Hall
todos hemos pecado.»

Me pregunto, ¿podría cualquier ser humano, excepto un autor cuyo cerebro había sido devorado por la vanidad y que confundió la indignación desdeñosa con la fama, haber elogiado y mimado tanto su propio cuaderno de bitácora? ¿Podría alguna dama inglesa haberse engañado tanto con respecto a la enorme importancia del mencionado diario de a bordo, como para imaginar que el buen pueblo de los Estados Unidos lo consideraba de otra manera que como una compilación de ignorancia y vanidad, o le daba una importancia mayor que a un mosquito cuya zumbido impertinente a veces irrita a uno hasta el punto de apartarlo con un abanico o una pluma? La vanidad de esta idea de su vasta influencia, sólo podía proceder de la vanidad adoradora de un padre que se inclina sobre su último retoño y lo imagina como el ser más perfecto, porque es como él mismo.

En tercer lugar, las diversas citas introducidas por la pretendida Mrs. Trollope proporcionan en este caso una evidencia adicional de su identidad, al mostrar una intimidad con el diario de a bordo, que creo sinceramente que no ha recaído en la suerte de ningún otro ser humano que el propio capitán. Desafío al mundo a que presente un ejemplo de que el diario de a bordo del capitán haya sido citado alguna vez por algún escritor respetable, excepto con el fin de reprobar su vanidad, corregir su presunción o establecer su ignorancia. Además de esto, cualquier persona que compare el diario de a bordo con la obra de la pretendida señora Trollope, detectará mil marcas de identidad. La misma descarada impertinencia; el mismo raro y feliz talento de sacar conclusiones de premisas que las contradicen; la misma curiosa felicidad en ponerse en ridículo; la misma ridícula presunción de superioridad; las mismas bromas melancólicas y desesperada vivacidad; la misma hipocresía sobre la religión, a saber, la iglesia establecida de Inglaterra; y el mismo desprecio por sus preceptos de buena voluntad para toda la humanidad. En resumen, si realmente hay dos individuos tan distintos como el capitán All y la señora Trollope, felicito a la nación inglesa por poseer otro par de gemelos siameses.

Algunas personas, de una sagacidad nada despreciable, me han insinuado la posibilidad de que el capitán All sea la señora Trollope, en lugar de que la señora Trollope sea el capitán All. La idea es factible y merece un examen a fondo, aunque el resultado es de poca o ninguna importancia para nosotros; porque si el capitán es la señora Trollope, o la señora Trollope el capitán, sólo concierne a las damas inglesas, que sin duda me estarán agradecidas por intentar esta reivindicación de sus modales y carácter. Es cierto que son uno y el mismo, pero confieso que hay alguna dificultad para determinar el sexo de estas dos chismosas gemelas. Cuando escucho la locuaz y parlanchina charla del capitán, me siento irresistiblemente inclinado a decir que es la señora Trollope, o alguna vieja fea disfrazada de hombre; pero cuando reflexiono sobre las burdas descripciones, las indelicadas alusiones y las historias de idiotas y escupitajos de la señora Trollope, me siento igualmente irresistiblemente atraído a la convicción de que es algún engreído e ignorante *Jack Tar*[159], contando sus bromas en el castillo de proa, con una pizca de tabaco en la boca y su sombrero de lona deliberadamente ladeado en su cabeza. Así vuelvo de nuevo a la región de la

159 Expresión inglesa aplica a los marineros británicos. Literalmente significa *Juanito Alquitrán.*

duda, y por ello me veo obligado a dejar el tema a la laboriosidad de algún futuro investigador. Confío en que se haya dicho lo suficiente para demostrar, a satisfacción de todo lector imparcial, que el capitán Basil All es la señora Trollope con pantalones, o que la señora Trollope es el capitán Basil All con enaguas.

Nueva York, junio de 1832.

CLÁSICOS DE HISTORIA

http://clasicoshistoria.blogspot.com.es/

521 Jesse Ames Spencer, *Historia de los Estados Unidos* (2 tomos)
520 Benjamín Franklin, *Esclavos y razas (1751-1790)*
519 Alejandro Manzoni, *Historia de la Columna Infame*
518 Alejandro Manzoni, *Los novios. Historia milanesa del siglo XVII*
517 Fernando Patxot, *Las ruinas de mi convento*
516 Marqués de Ayerbe, *Memorias sobre la estancia de D. Fernando VII en Valençay*
515 Jerónimo Münzer, *Viaje por España y Portugal en los años 1494 y 1495*
514 Conde de Robres, *Historia de las guerras civiles de España desde 1700 hasta 1708*
513 Isidoro de Sevilla, *Historia de los reyes godos, vándalos y suevos*
512 Ángel Salcedo Ruiz, *Contra el regionalismo aragonés (1918-1920)*
511 Juan Moneva y Puyol, *Disertaciones políticas (republicanas y regionalistas)*
510 Andrés Nin, *Las dictaduras de nuestro tiempo*
509 Francisco Cambó, *Las dictaduras*
508 Manuel Chaves Nogales, *La vuelta a Europa en avión; los reportajes del Heraldo*
507 Guillén de Lampart, *Proclama por la liberación de la Nueva España y otros textos*
506 Carlos Pereyra, *La obra de España en América*
505 Pedro Mártir de Angleria, *Cartas del Nuevo Mundo 1493-1525*
504 Juan Moneva y Puyol: *Política de represión y otros textos*
503 Francisco Cambó: *Un catalanismo de orden; textos 1907-1937*
502 Macalister y otros, *Palestina en 1911 (Encyclopædia Britannica)*
501 George Robinson, *Viaje a Palestina y Siria en 1830*
500 Augusto Conte, *Recuerdos de un diplomático*
499 Pere M. Rossell, *La Raza*
498 *Las razas europeas en la antropología racista. Textos, mapas y gráficos*
497 Marco Aurelio, *Soliloquios*
496 Cayetano Barraquer, *Quema de conventos y matanza de frailes en la Barcelona de 1835*
495 Francisco Raull, *Historia de la conmoción de Barcelona en... julio de 1835*
494 Eugenio de Aviraneta y Tomás Bertrán Soler, *Mina y los proscriptos*
493 Ramón Xaudaró y Fábregas, *Bases de una constitución política… y otros textos*
492 Joaquín del Castillo, *Las bullangas de Barcelona o sacudimientos de un pueblo oprimido...*
491 John Tanner, *Narración de su cautiverio y aventuras con los indios de Norteamérica*
490 Alphonse Daudet, *Tartarín de Tarascón*
489 Gustave de Beaumont, *Estado Unidos en 1831: Esclavitud, racismo, religión, tribus indias...*
488 William Jay, *Causas y consecuencias de la guerra de 1847 entre Estados Unidos y Méjico*
487 Manuel Gil Maestre, *El anarquismo, hechos e ideas*
486 Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*
485 Richard F. Burton, *Peregrinación a La Meca y Medina*
484 Romualdo Nogués, *Aventuras y desventuras de un soldado viejo natural de Borja*
483 Vicente de la Fuente, *La sopa de los conventos*
482 John Leech, *Grabados de la Historia cómica de Roma*
481 José García de León y Pizarro, *Memorias*
480 Gustavo Adolfo Bécquer, *Desde mi celda. Veruela. Costumbres de Aragón*
479 Washington Irving, *Cuentos de la Alhambra*
478 Manuel de Galhegos, *Obras varias al real palacio del Buen Retiro*
477 Évariste Huc, *Recuerdos de un viaje a la Tartaria, el Tíbet y la China en 1844, 1845 y 1846*

476 Rafael Torres Campos, *Esclavitud e imperialismo en el África árabe*
475 Rosendo Salvado, *Memorias históricas sobre la Australia*
474 Juan Fernández de Heredia, *Libro de los fechos et conquistas de la Morea*
473 *Crónica del rey de Aragón Pedro IV el Ceremonioso*
472 Plinio el Joven, *Cartas. Libro I al IX*
471 Thomas Macaulay, *Revolución de Inglaterra*
470 Manuel Fraga Iribarne, *Razas y racismo*
469 Juan Bautista Pérez, *Parecer sobre las planchas de plomo que se han hallado en Granada*
468 G. Lenotre, *Historias íntimas de la Revolución Francesa*
467 Pierre Gaxotte, *La España de los años treinta. Artículos de «Je suis partout»*
466 Lucio Marineo Sículo, *Crónica de Aragón*
465 Gonzalo de Céspedes, *Excelencias de España y sus ciudades*
464 Plinio el Joven, *Panegírico de Trajano y correspondencia con el emperador*
463 *Auca de l'Estatut de Catalunya*
462 Thomas Macaulay, *Constructores del imperio británico en la India*
461 *Los ilustrados y la esclavitud*
460 José Pascasio de Escoriaza, *La esclavitud en las Antillas*
459 Alonso de Sandoval, *Mundo negro y esclavitud*
458 Claudio Claudiano, *Elogio de Serena*
457 *Concilio IV de Toledo (año 633)*
456 Pedro Bosch Gimpera, *España, Para la comprensión de España, y otros textos*
455 Ramón Menéndez Pidal, *Lenguas y nacionalismos. Artículos y polémicas*
454 Charles Van Zeller, *Guerra civil en España. Esbozos y recuerdos*
453 Antonio Pirala, *Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista* (6 tomos)
452 Plinio el Viejo, *Hispania antigua en la Naturalis Historia*
451 Benvenuto Cellini, *Su vida escrita por él mismo en Florencia*
450 *Propaganda y doctrina. Editoriales y oros textos de la revista Escorial (1940-1942)*
449 Diego Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra*
448 Nuño de Guzmán, *Jornada de Nueva Galicia y otras cartas*
447 Alfredo Chavero, *Explicación del lienzo de Tlaxcala*
446 Ramón Menéndez Pidal, *Tres artículos sobre Bartolomé de las Casas*
445 Américo Vespucio, *Tres cartas sobre el Nuevo Mundo*
444 Publilio Siro, *Sentencias*
443 Aulo Gelio, *Noches áticas*
442 Tito Lucrecio Caro, *De la naturaleza de las cosas*
441 Aurelio Prudencio Clemente, *Psicomaquia o Pelea de las Virtudes y los Vicios*
440 Luciano de Samósata, *Historias verdaderas*
439 Concepción Arenal, *La cuestión social*
438 Benjamin Constant, *De la libertad de los antiguos comparada con la de los modernos*
437 Emilio Mola Vidal, *Memorias de mi paso por la Dirección General de Seguridad*
436 Manuel García Morente, *Idea de la Hispanidad*
435 Vaclav Schaschek y Gabriel Tetzel, *Viaje de León de Rosmital por España en 1466*
434 Andrea Navagero, *Viaje por España 1524-1528*
433 Georg von Ehingen, *Viaje por España en 1457*
432 Francesco Guicciardini, *Relación de España 1512-1513*
431 Santiago Ramón y Cajal, *Patriotismo y nacionalismos. Textos regeneracionistas*
430 Julián Ribera, *Lo científico en la historia*
429 Juan Gálvez y Fernando Brambila, *Ruinas de Zaragoza en su primer sitio*
428 Faustino Casamayor, *Diario de los Sitios de Zaragoza*
427 Georges Desdevises du Dézert, *Ideas de Napoleón acerca de España*

426 Wenceslao Fernández Flórez, *Columnas de la República 1931-1936*
425 Berman, Low y otros, *Antes de la catástrofe. Caricaturas políticas en* Ken *1938-1939*
424 Dolores Ibárruri “Pasionaria”, *Artículos, discursos e informes 1936-1978*
423 Gregorio Marañón, *Artículos republicanos 1931-1937*
422 Emil Hübner, *La arqueología de España*
421 Alexandre de Laborde, *Grabados del Voyage pittoresque et historique de l’Espagne*
420 Pompeyo Trogo, *Los asuntos de España*
419 Frederick Hardman, *Escenas y bosquejos de las guerras de España*
418 Fustel de Coulanges, *Alsacia alemana o francesa, y otros textos nacionalistas*
417 Theodor Mommsen, *A los italianos (la guerra y la paz)*
416 Fustel de Coulanges, *La ciudad antigua. Estudio sobre el culto, el derecho y las instituciones*
415 *Historia Augusta. Vidas de diversos emperadores y pretendientes desde el divino Adriano...*
414 Anténor Firmin, *La igualdad de las razas humanas (Fragmentos)*
413 Fermín Hernández Iglesias, *La esclavitud y el señor Ferrer de Couto*
412 José Ferrer de Couto, *Los negros en sus diversos estados y condiciones*
411 *Textos antiguos sobre el mito de las edades: Hesíodo, Platón, Ovidio, Virgilio, Luciano*
410 Tertuliano, *Apologético*
409 Flavio Arriano, *Historia de las expediciones de Alejandro*
408 Luciano de Samósata, *Cómo ha de escribirse la Historia*
407 Vasco de Quiroga, *Información en derecho sobre algunas Provisiones del Consejo de Indias*
406 Julián Garcés, Bernardino de Minaya y Paulo III, *La condición de los indios*
405 Napoleón Colajanni, *Raza y delito*
404 Ángel Pulido, *Españoles sin patria y la reza sefardí*
403 Ángel Pulido, *Los israelitas españoles y el idioma castellano*
402 George Dawson Flinter, *Examen del estado actual de los esclavos de la isla de Puerto Rico*
401 Vicente de la Fuente, *Historia de las sociedades secretas antiguas y modernas en España*
400 Francisco Guicciardini, *Historia de Italia… desde el año de 1494 hasta el de 1532* (2 tomos)
399 *Anti-Miñano. Folletos contra las Cartas del pobrecito holgazán y su autor*
398 Sebastián de Miñano, *Lamentos políticos de un pobrecito holgazán*
397 Kenny Meadows, *Ilustraciones de Heads of the people or Portraits of the english*
396 *Grabados de Les français peints par eux-mêmes* (2 tomos)
395 *Los españoles pintados por sí mismos* (3 tomos)
394 Ramón de Mesonero Romanos, *Memorias de un setentón natural y vecino de Madrid*
393 Joseph-Anne-Marie de Moyriac de Mailla, *Histoire generale de la Chine* (13 tomos)
392 Fernando de Alva Ixtlilxochitl, *De la venida de los españoles y principio de la ley evangélica*
391 José Joaquín Fernández de Lizardi, *El grito de libertad en el pueblo de Dolores*
390 Alonso de Ercilla, *La Araucana*
389 Juan Mañé y Flaquer, *Cataluña a mediados del siglo XIX*
388 Jaime Balmes, *De Cataluña (y la modernidad)*
387 Juan Mañé y Flaquer, *El regionalismo*
386 Valentín Almirall, *Contestación al discurso leído por D. Gaspar Núñez de Arce*
385 Gaspar Núñez de Arce, *Estado de las aspiraciones del regionalismo*
384 Valentín Almirall, *España tal cual es*
383 *Memoria en defensa de los intereses morales y materiales de Cataluña (1885)*
382 José Cadalso, *Defensa de la nación española contra la Carta Persiana... de Montesquieu*
381 Masson de Morvilliers y Mariano Berlon, *Polémica sobre Barcelona*
380 Carlo Denina, *¿Qué se debe a España?*
379 Antonio J. de Cavanilles, *Observaciones sobre el artículo España de la Nueva Encyclopedia*
378 Eduardo Toda, *La vida en el Celeste Imperio*
377 Mariano de Castro y Duque, *Descripción de China*

326 Manuel Azaña, *La velada en Benicarló. Diálogo de la guerra en España*
325 François Bernier, *Viajes del Gran Mogol y de Cachemira*
324 Antonio Pigafetta, *Primer viaje en torno del Globo*
323 Baronesa D'Aulnoy, *Viaje por España en 1679*
322 Hernando Colón, *Historia del almirante don Cristóbal Colón*
321 Arthur de Gobineau, *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*
320 Rodrigo Zamorano, *El mundo y sus partes, y propiedades naturales de los cielos y elementos*
319 Manuel Azaña, *Sobre el Estatuto de Cataluña*
318 David Hume, *Historia de Inglaterra hasta el fin del reinado de Jacobo II* (4 tomos)
317 Joseph Douillet, *Moscú sin velos (Nueve años trabajando en el país de los Soviets)*
316 Valentín Almirall, *El catalanismo*
315 León Trotsky, *Terrorismo y comunismo (Anti-Kautsky)*
314 Fernando de los Ríos, *Mi viaje a la Rusia Sovietista*
313 José Ortega y Gasset, *Un proyecto republicano (artículos y discursos, 1930-1932)*
312 Karl Kautsky, *Terrorismo y comunismo*
311 Teofrasto, *Caracteres morales*
310 Hermanos Limbourg, *Las muy ricas Horas del duque de Berry (Selección de las miniaturas)*
309 Abraham Ortelio, *Teatro de la Tierra Universal. Los mapas*
308 Georg Braun y Franz Hogenberg, *Civitates orbis terrarum (selección de los grabados)*
307 Teodoro Herzl, *El Estado Judío*
306 *Las miniaturas del Códice Manesse*
305 Oliverio Goldsmith, *Historia de Inglaterra. Desde los orígenes hasta la muerte de Jorge II.*
304 Sor Juana Inés de la Cruz, *Respuesta de la poetisa a la muy ilustre sor Filotea de la Cruz*
303 *El voto femenino: debate en las Cortes de 1931.*
302 Hartmann Schedel, *Crónicas de Nuremberg* (3 tomos)
301 Conrad Cichorius, *Los relieves de la Columna Trajana. Láminas.*
300 Javier Martínez, *Trescientos Clásicos de Historia (2014-2018)*
299 Bartolomé y Lucile Bennassar, *Seis renegados ante la Inquisición*
298 Edmundo de Amicis, *Corazón. Diario de un niño*
297 Enrique Flórez y otros, *España Sagrada. Teatro geográfico-histórico de la Iglesia de España.*
296 Ángel Ossorio, *Historia del pensamiento político catalán durante la guerra… (1793-1795)*
295 Rafael Altamira, *Psicología del pueblo español*
294 Julián Ribera, *La supresión de los exámenes*
293 Gonzalo Fernández de Oviedo, *Relación de lo sucedido en la prisión del rey de Francia...*
292 Juan de Oznaya, *Historia de la guerra de Lombardía, batalla de Pavía y prisión del rey...*
291 Ángel Pestaña, *Setenta días en Rusia. Lo que yo vi*
290 Antonio Tovar, *El Imperio de España*
289 Antonio Royo Villanova, *El problema catalán y otros textos sobre el nacionalismo*
288 Antonio Rovira y Virgili, *El nacionalismo catalán. Su aspecto político...*
287 José del Campillo, *Lo que hay de más y de menos en España, para que sea lo que debe ser...*
286 Miguel Serviá († 1574): *Relación de los sucesos del armada de la Santa Liga...*
285 Benito Jerónimo Feijoo, *Historia, patrias, naciones y España*
284 Enrique de Jesús Ochoa, *Los Cristeros del Volcán de Colima*
283 Henry David Thoreau, *La desobediencia civil*
282 *Tratados internacionales del siglo XVII. El fin de la hegemonía hispánica*
281 Guillermo de Poitiers, *Los hechos de Guillermo, duque de los normandos y rey de los anglos*
280 Indalecio Prieto, *Artículos de guerra*
279 Francisco Franco, *Discursos y declaraciones en la Guerra Civil*
278 Vladimir Illich (Lenin), *La Gran Guerra y la Revolución. Textos 1914-1917*
277 Jaime I el Conquistador, *Libro de sus hechos*

276 Jerónimo de Blancas, *Comentario de las cosas de Aragón*
275 Emile Verhaeren y Darío de Regoyos, *España Negra*
274 Francisco de Quevedo, *España defendida y los tiempos de ahora*
273 Miguel de Unamuno, *Artículos republicanos*
272 *Fuero Juzgo o Libro de los Jueces*
271 Francisco Navarro Villoslada, *Amaya o los vascos en el siglo VIII*
270 Pompeyo Gener, *Cosas de España (Herejías nacionales y El renacimiento de Cataluña)*
269 Homero, *La Odisea*
268 Sancho Ramírez, *El primitivo Fuero de Jaca*
267 Juan I de Inglaterra, *La Carta Magna*
266 *El orden público en las Cortes de 1936*
265 Homero, *La Ilíada*
264 Manuel Chaves Nogales, *Crónicas de la revolución de Asturias*
263 Felipe II, *Cartas a sus hijas desde Portugal*
262 Louis-Prosper Gachard, *Don Carlos y Felipe II*
261 *Felipe II rey de Inglaterra, documentos*
260 Pedro de Rivadeneira, *Historia eclesiástica del cisma de Inglaterra*
259 Real Academia Española, *Diccionario de Autoridades* (6 tomos)
258 Joaquin Pedro de Oliveira Martins, *Historia de la civilización ibérica*
257 Pedro Antonio de Alarcón, *Historietas nacionales*
256 Sergei Nechaiev, *Catecismo del revolucionario*
255 Álvar Núñez Cabeza de Vaca, *Naufragios y Comentarios*
254 Diego de Torres Villarroel, *Vida, ascendencia, nacimiento, crianza y aventuras*
253 *¿Qué va a pasar en España? Dossier en el diario* Ahora *del 16 de febrero de 1934*
252 Juan de Mariana, *Tratado sobre los juegos públicos*
251 Gonzalo de Illescas, *Jornada de Carlos V a Túnez*
250 Gilbert Keith Chesterton, *La esfera y la cruz*
249 José Antonio Primo de Rivera, *Discursos y otros textos*
248 *Citas del Presidente Mao Tse-Tung (El Libro Rojo)*
247 Luis de Ávila y Zúñiga, *Comentario de la guerra de Alemania… en el año de 1546 y 1547.*
246 José María de Pereda, *Pedro Sánchez*
245 Pío XI, *Ante la situación social y política (1926-1937)*
244 Herbert Spencer, *El individuo contra el Estado*
243 Baltasar Gracián, *El Criticón*
242 Pascual Madoz, *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España...* (16 tomos)
241 Benito Pérez Galdós, *Episodios Nacionales* (5 tomos)
240 Andrés Giménez Soler, *Don Jaime de Aragón último conde de Urgel*
239 Juan Luis Vives, *Tratado del socorro de los pobres*
238 Cornelio Nepote, *Vidas de los varones ilustres*
237 Zacarías García Villada, *Paleografía española* (2 tomos)
236 Platón, *Las Leyes*
235 Baltasar Gracián. *El Político Don Fernando el Católico*
234 León XIII, *Rerum Novarum*
233 Cayo Julio César, *Comentarios de la Guerra Civil*
232 Juan Luis Vives, *Diálogos o Linguæ latinæ exercitatio*
231 Melchor Cano, *Consulta y parecer sobre la guerra al Papa*
230 William Morris, *Noticias de Ninguna Parte, o una era de reposo*
229 *Concilio III de Toledo*
228 Julián Ribera, *La enseñanza entre los musulmanes españoles*
227 Cristóbal Colón, *La Carta de 1493*

226 Enrique Cock, *Jornada de Tarazona hecha por Felipe II en 1592*
225 José Echegaray, *Recuerdos*
224 Aurelio Prudencio Clemente, *Peristephanon o Libro de las Coronas*
223 Hernando del Pulgar, *Claros varones de Castilla*
222 Francisco Pi y Margall, *La República de 1873. Apuntes para escribir su historia*
221 *El Corán*
220 José de Espronceda, *El ministerio Mendizábal, y otros escritos políticos*
219 Alexander Hamilton, James Madison y John Jay, *El Federalista*
218 Charles F. Lummis, *Los exploradores españoles del siglo XVI*
217 Atanasio de Alejandría, *Vida de Antonio*
216 Muhammad Ibn al-Qutiyya (Abenalcotía): *Historia de la conquista de Al-Andalus*
215 *Textos de Historia de España*
214 Julián Ribera, *Bibliófilos y bibliotecas en la España musulmana*
213 León de Arroyal, *Pan y toros. Oración apologética en defensa del estado... de España*
212 Juan Pablo Forner, *Oración apologética por la España y su mérito literario*
211 Nicolás Masson de Morvilliers, *España (dos versiones)*
210 *Los filósofos presocráticos. Fragmentos y referencias (siglos VI-V a. de C.)*
209 José Gutiérrez Solana, *La España negra*
208 Francisco Pi y Margall, *Las nacionalidades*
207 Isidro Gomá, *Apología de la Hispanidad*
206 Étienne Cabet, *Viaje por Icaria*
205 Gregorio Magno, *Vida de san Benito abad*
204 Lord Bolingbroke (Henry St. John), *Idea de un rey patriota*
203 Marco Tulio Cicerón, *El sueño de Escipión*
202 *Constituciones y leyes fundamentales de la España contemporánea*
201 Jerónimo Zurita, *Anales de la Corona de Aragón* (4 tomos)
200 Soto, Sepúlveda y Las Casas, *Controversia de Valladolid*
199 Juan Ginés de Sepúlveda, *Demócrates segundo, o… de la guerra contra los indios.*
198 Francisco Noël Graco Babeuf, *Del Tribuno del Pueblo y otros escritos*
197 Manuel José Quintana, *Vidas de los españoles célebres*
196 Francis Bacon, *La Nueva Atlántida*
195 Alfonso X el Sabio, *Estoria de Espanna*
194 Platón, *Critias o la Atlántida*
193 Tommaso Campanella, *La ciudad del sol*
192 Ibn Battuta, *Breve viaje por Andalucía en el siglo XIV*
191 Edmund Burke, *Reflexiones sobre la revolución de Francia*
190 Tomás Moro, *Utopía*
189 Nicolás de Condorcet, *Compendio de La riqueza de las naciones de Adam Smith*
188 Gaspar Melchor de Jovellanos, *Informe sobre la ley agraria*
187 Cayo Veleyo Patérculo, *Historia Romana*
186 José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*
185 José García Mercadal, *Estudiantes, sopistas y pícaros*
184 Diego de Saavedra Fajardo, *Idea de un príncipe político cristiano*
183 Emmanuel-Joseph Sieyès, *¿Qué es el Tercer Estado?*
182 Publio Cornelio Tácito, *La vida de Julio Agrícola*
181 Abū Abd Allāh Muhammad al-Idrīsī, *Descripción de la Península Ibérica*
180 José García Mercadal, *España vista por los extranjeros*
179 Platón, *La república*
178 Juan de Gortz, *Embajada del emperador de Alemania al califa de Córdoba*
177 Ramón Menéndez Pidal, *Idea imperial de Carlos V*

176 Dante Alighieri, *La monarquía*
175 Francisco de Vitoria, *Relecciones sobre las potestades civil y ecl., las Indias, y la guerra*
174 Alonso Sánchez y José de Acosta, *Debate sobre la guerra contra China*
173 Aristóteles, *La política*
172 Georges Sorel, *Reflexiones sobre la violencia*
171 Mariano José de Larra, *Artículos 1828-1837*
170 Félix José Reinoso, *Examen de los delitos de infidelidad a la patria*
169 John Locke, *Segundo tratado sobre el gobierno civil*
168 Conde de Toreno, *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*
167 Miguel Asín Palacios, *La escatología musulmana de la Divina Comedia*
166 José Ortega y Gasset, *España invertebrada*
165 Ángel Ganivet, *Idearium español*
164 José Mor de Fuentes, *Bosquejillo de la vida y escritos*
163 Teresa de Jesús, *Libro de la Vida*
162 Prisco de Panio, *Embajada de Maximino en la corte de Atila*
161 Luis Gonçalves da Câmara, *Autobiografía de Ignacio de Loyola*
160 Lucas Mallada y Pueyo, *Los males de la patria y la futura revolución española*
159 Martín Fernández de Navarrete, *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*
158 Lucas Alamán, *Historia de Méjico… hasta la época presente* (cuatro tomos)
157 Enrique Cock, *Anales del año ochenta y cinco*
156 Eutropio, *Breviario de historia romana*
155 Pedro Ordóñez de Ceballos, *Viaje del mundo*
154 Flavio Josefo, *Contra Apión. Sobre la antigüedad del pueblo judío*
153 José Cadalso, *Cartas marruecas*
152 Luis Astrana Marín, *Gobernará Lerroux*
151 Francisco López de Gómara, *Hispania victrix (Historia de las Indias y conquista de México)*
150 Rafael Altamira, *Filosofía de la historia y teoría de la civilización*
149 Zacarías García Villada, *El destino de España en la historia universal*
148 José María Blanco White, *Autobiografía*
147 *Las sublevaciones de Jaca y Cuatro Vientos en el diario ABC*
146 Juan de Palafox y Mendoza, *De la naturaleza del indio*
145 Muhammad Al-Jusaní, *Historia de los jueces de Córdoba*
144 Jonathan Swift, *Una modesta proposición*
143 *Textos reales persas de Darío I y de sus sucesores*
142 Joaquín Maurín, *Hacia la segunda revolución y otros textos*
141 Zacarías García Villada, *Metodología y crítica históricas*
140 Enrique Flórez, *De la Crónica de los reyes visigodos*
139 Cayo Salustio Crispo, *La guerra de Yugurta*
138 Bernal Díaz del Castillo, *Verdadera historia de... la conquista de la Nueva España*
137 *Medio siglo de legislación autoritaria en España (1923-1976)*
136 Sexto Aurelio Víctor, *Sobre los varones ilustres de la ciudad de Roma*
135 *Códigos de Mesopotamia*
134 Josep Pijoan, *Pancatalanismo*
133 Voltaire, *Tratado sobre la tolerancia*
132 Antonio de Capmany, *Centinela contra franceses*
131 Braulio de Zaragoza, *Vida de san Millán*
130 Jerónimo de San José, *Genio de la Historia*
129 Amiano Marcelino, *Historia del Imperio Romano del 350 al 378*
128 Jacques Bénigne Bossuet, *Discurso sobre la historia universal*
127 Apiano de Alejandría, *Las guerras ibéricas*

126 Pedro Rodríguez Campomanes, *El Periplo de Hannón ilustrado*
125 Voltaire, *La filosofía de la historia*
124 Quinto Curcio Rufo, *Historia de Alejandro Magno*
123 Rodrigo Jiménez de Rada, *Historia de las cosas de España.* Versión de Hinojosa
122 Jerónimo Borao, *Historia del alzamiento de Zaragoza en 1854*
121 Fénelon, *Carta a Luis XIV y otros textos políticos*
120 Josefa Amar y Borbón, *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres*
119 Jerónimo de Pasamonte, *Vida y trabajos*
118 Jerónimo Borao, *La imprenta en Zaragoza*
117 Hesíodo, *Teogonía-Los trabajos y los días*
116 Ambrosio de Morales, *Crónica General de España* (3 tomos)
115 Antonio Cánovas del Castillo, *Discursos del Ateneo*
114 *Crónica de San Juan de la Peña*
113 Cayo Julio César, *La guerra de las Galias*
112 Montesquieu, *El espíritu de las leyes*
111 Catalina de Erauso, *Historia de la monja alférez*
110 Charles Darwin, *El origen del hombre*
109 Nicolás Maquiavelo, *El príncipe*
108 Bartolomé José Gallardo, *Diccionario crítico-burlesco del... Diccionario razonado manual*
107 Justo Pérez Pastor, *Diccionario razonado manual para inteligencia de ciertos escritores*
106 Hildegarda de Bingen, *Causas y remedios. Libro de medicina compleja.*
105 Charles Darwin, *El origen de las especies*
104 Luitprando de Cremona, *Informe de su embajada a Constantinopla*
103 Paulo Álvaro, *Vida y pasión del glorioso mártir Eulogio*
102 Isidoro de Antillón, *Disertación sobre el origen de la esclavitud de los negros*
101 Antonio Alcalá Galiano, *Memorias*
100 *Sagrada Biblia* (3 tomos)
99 James George Frazer, *La rama dorada. Magia y religión*
98 Martín de Braga, *Sobre la corrección de las supersticiones rústicas*
97 Ahmad Ibn-Fath Ibn-Abirrabía, *De la descripción del modo de visitar el templo de Meca*
96 Iósif Stalin y otros, *Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S.*
95 Adolf Hitler, *Mi lucha*
94 Cayo Salustio Crispo, *La conjuración de Catilina*
93 Jean-Jacques Rousseau, *El contrato social*
92 Cayo Cornelio Tácito, *La Germania*
91 John Maynard Keynes, *Las consecuencias económicas de la paz*
90 Ernest Renan, *¿Qué es una nación?*
89 Hernán Cortés, *Cartas de relación sobre el descubrimiento y conquista de la Nueva España*
88 *Las sagas de los Groenlandeses y de Eirik el Rojo*
87 Cayo Cornelio Tácito, *Historias*
86 Pierre-Joseph Proudhon, *El principio federativo*
85 Juan de Mariana, *Tratado y discurso sobre la moneda de vellón*
84 Andrés Giménez Soler, *La Edad Media en la Corona de Aragón*
83 Marx y Engels, *Manifiesto del partido comunista*
82 Pomponio Mela, *Corografía*
81 *Crónica de Turpín (Codex Calixtinus, libro IV)*
80 Adolphe Thiers, *Historia de la Revolución Francesa* (3 tomos)
79 Procopio de Cesárea, *Historia secreta*
78 Juan Huarte de San Juan, *Examen de ingenios para las ciencias*
77 Ramiro de Maeztu, *Defensa de la Hispanidad*

76 Enrich Prat de la Riba, *La nacionalidad catalana*
75 John de Mandeville, *Libro de las maravillas del mundo*
74 Egeria, *Itinerario*
73 Francisco Pi y Margall, *La reacción y la revolución. Estudios políticos y sociales*
72 Sebastián Fernández de Medrano, *Breve descripción del Mundo*
71 Roque Barcia, *La Federación Española*
70 Alfonso de Valdés, *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*
69 Ibn Idari Al Marrakusi, *Historias de Al-Ándalus* (de *Al-Bayan al-Mughrib*)
68 Octavio César Augusto, *Hechos del divino Augusto*
67 José de Acosta, *Peregrinación de Bartolomé Lorenzo*
66 Diógenes Laercio, *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*
65 Julián Juderías, *La leyenda negra y la verdad histórica*
64 Rafael Altamira, *Historia de España y de la civilización española* (2 tomos)
63 Sebastián Miñano, *Diccionario biográfico de la Revolución Francesa y su época*
62 Conde de Romanones, *Notas de una vida (1868-1912)*
61 Agustín Alcaide Ibieca, *Historia de los dos sitios de Zaragoza*
60 Flavio Josefo, *Las guerras de los judíos.*
59 Lupercio Leonardo de Argensola, *Información de los sucesos de Aragón en 1590 y 1591*
58 Cayo Cornelio Tácito, *Anales*
57 Diego Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*
56 Valera, Borrego y Pirala, *Continuación de la Historia de España de Lafuente* (3 tomos)
55 Geoffrey de Monmouth, *Historia de los reyes de Britania*
54 Juan de Mariana, *Del rey y de la institución de la dignidad real*
53 Francisco Manuel de Melo, *Historia de los movimientos y separación de Cataluña*
52 Paulo Orosio, *Historias contra los paganos*
51 *Historia Silense, también llamada legionense*
50 Francisco Javier Simonet, *Historia de los mozárabes de España*
49 Anton Makarenko, *Poema pedagógico*
48 *Anales Toledanos*
47 Piotr Kropotkin, *Memorias de un revolucionario*
46 George Borrow, *La Biblia en España*
45 Alonso de Contreras, *Discurso de mi vida*
44 Charles Fourier, *El falansterio*
43 José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*
42 Ahmad Ibn Muhammad Al-Razi, *Crónica del moro Rasis*
41 José Godoy Alcántara, *Historia crítica de los falsos cronicones*
40 Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles* (3 tomos)
39 Alexis de Tocqueville, *Sobre la democracia en América*
38 Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación* (3 tomos)
37 John Reed, *Diez días que estremecieron al mundo*
36 *Guía del Peregrino (Codex Calixtinus)*
35 Jenofonte de Atenas, *Anábasis, la expedición de los diez mil*
34 Ignacio del Asso, *Historia de la Economía Política de Aragón*
33 Carlos V, *Memorias*
32 Jusepe Martínez, *Discursos practicables del nobilísimo arte de la pintura*
31 Polibio, *Historia Universal bajo la República Romana*
30 Jordanes, *Origen y gestas de los godos*
29 Plutarco, *Vidas paralelas*
28 Joaquín Costa, *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España*
27 Francisco de Moncada, *Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos*

26 Rufus Festus Avienus, *Ora Marítima*
25 Andrés Bernáldez, *Historia de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel*
24 Pedro Antonio de Alarcón, *Diario de un testigo de la guerra de África*
23 Motolinia, *Historia de los indios de la Nueva España*
22 Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*
21 *Crónica Cesaraugustana*
20 Isidoro de Sevilla, *Crónica Universal*
19 Estrabón, *Iberia (Geografía, libro III)*
18 Juan de Biclaro, *Crónica*
17 *Crónica de Sampiro*
16 *Crónica de Alfonso III*
15 Bartolomé de Las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*
14 *Crónicas mozárabes del siglo VIII*
13 *Crónica Albeldense*
12 *Genealogías pirenaicas del Códice de Roda*
11 Heródoto de Halicarnaso, *Los nueve libros de Historia*
10 Cristóbal Colón, *Los cuatro viajes del almirante*
9 Howard Carter, *La tumba de Tutankhamon*
8 Sánchez-Albornoz, *Una ciudad de la España cristiana hace mil años*
7 Eginardo, *Vida del emperador Carlomagno*
6 Idacio, *Cronicón*
5 Modesto Lafuente, *Historia General de España* (9 tomos)
4 *Ajbar Machmuâ*
3 *Liber Regum*
2 Suetonio, *Vidas de los doce Césares*
1 Juan de Mariana, *Historia General de España* (3 tomos)